



"A fabulous gothic treat of a book filled with ancient vampires, dark vendettas, and star-crossed love."

—#1 *New York Times* bestselling author DEBORAH HARKNESS  
on *The Raven*

# THE Shadow

NEW YORK TIMES BESTSELLING  
AUTHOR OF *THE RAVEN*

SYLVAIN  
REYNARD

## ELOGIOS PARA RAVEN

"Un fabuloso regalo gótico de un libro lleno de vampiros antiguos, vendettas oscuras y amor estrellado".

—Deborah Harkness, #1 *New York Times* bestselling author of the *Discovery of Witches* trilogy.

"Este libro derriba el género y lo convierte en una mezcla adictiva de misterio, romance y fantasía.

Con una prosa casi lírica y personajes mágicos que se salen de las páginas, *The Raven* hará de los fanáticos del SR y de los recién llegados una enfermera como una resaca de libros épicos".

—Christina Lauren, *New York Times* bestselling author of the *Beautiful Bastard* series.

"Reynard nunca decepciona, especialmente cuando se trata de crear personajes bien desarrollados y darles a los lectores una invitación para usar su imaginación. Este cuento oscuro y sexy se encuentra en la misteriosa ciudad de Florencia y asombrará y encantará a los lectores. El autor prueba el género paranormal para su tamaño y, como es lógico, es un ajuste perfecto".

-RT Reseñas de libros

"Me encanta esta serie. . . La escritura de Sylvain Reynard es exquisitamente bella y evoca tal emoción e imágenes vívidas. . . Lectura compulsiva mientras el lector es arrastrado por un intrigante romance sensual en el corazón de Florence. La historia de Raven y William es adictiva e hipnótica ya que lo nuevo se encuentra con lo antiguo con humor, pasión, peligro y misterio".

—Totally Booked Blog

"El oscuro y misterioso mundo de Sylvain Reynard del florentino y sus vampiros es sensual, apasionado y mortal".

—The Reading Cafe

## ALABANZA POR LA TRILOGÍA DE GABRIEL

"Me encontré cautivado por la escritura impecable de Sylvain Reynard".

-The Autumn Review

"Emocionalmente intenso y lírico".

-Totally Booked Blog

"¡El profesor es sexy y sofisticado. . . No puedo tener suficiente de él! "

-USA Today, la exitosa autora Kristen Proby

"Una historia de amor inolvidable y fascinante que barrerá a los lectores".

—Nina's Literary Escape

"La escritura de Sylvain Reynard es cautivadora e intensa. . . ¡Es difícil no sentirse atraído por el oscuro y apasionado y misterioso Gabriel, un personaje por el que estarás babeando y anhelando! "

—Waves of Fiction

"Una lectura obligada si eres un fan de hace mucho tiempo de [Sylvain Reynard] o nunca has leído una palabra que ha escrito. La escritura, como siempre, merece una mención especial por su estilo y belleza ".

—Bookish Temptations

"La historia fue magnífica, los personajes y el mundo complejo"

—Romance at Random

## PROLOGO

1268

York, Inglaterra

William no estaba huyendo.

Durante algún tiempo, había estado esperando en las sombras cerca de una de las puertas menores de la ciudad amurallada de York, su caballo atado cerca. Su amada Alicia no había aparecido. Las campanas para las \*Completas habían sonado desde hacía mucho tiempo y, por tanto, impaciente e irritado, dejó su lugar secreto de reunión y condujo su caballo en dirección a la casa de su padre.

El padre de Alicia era un buen hombre. Era un comerciante exitoso que se abrió camino hasta la cima de la clase mercantil. Pero él era anglosajón. Su ascendencia, junto con su oficio, hicieron de Alicia una pareja inadecuada para William a los ojos de sus aristocráticos padres normandos.

Pero William la quería. La había cortejado en secreto y habían planeado encontrarse y huir al norte.

Allí se casarían y, con las pocas joyas y artículos para el hogar que William le había robado a su familia, harían su vida juntos.

Era joven, fuerte y extremadamente inteligente. Alicia era hermosa, amable e laboriosa. Juntos, vivirían una vida feliz.

A pesar de su promesa, Alicia no había venido.

William maldijo en anglo-normando, su lengua materna, asumiendo que el padre de Alicia había descubierto su plan de fugarse y la había confinado a la casa.

El la amaba. La tendría incluso si tuviera que luchar contra la espada de su padre.

Incluso ahora, su sangre cantaba en sus venas y su cuerpo se tensó con deseo por ella. Habían acordado esperar hasta que estuvieran casados antes de acostarse juntos, pero eso no les había impedido besarse y disfrutar de pequeñas indulgencias siempre que podían. Estaba deseando descubrirla por primera vez y aprender los secretos de su cuerpo.

Con pensamientos tan agradables y sensuales en mente, William tropezó.

— ¡Los huesos de Dios! Juró, soltando la correa de su caballo y lanzándose hacia

adelante.

Un bajo gemido resonó desde el suelo.

Cuando recuperó el equilibrio, William se inclinó sobre lo que parecía un bulto de ropa.

Un rayo de luz de la luna cayó desde detrás de las nubes, iluminando su obstáculo.

Lo que él pensó que era un montón de ropa era, de hecho, una mujer. Llevaba una capa oscura con capucha y llevaba las faldas hasta la cintura. La mitad inferior del cuerpo estaba desnuda; la sangre salpicada en sus piernas y en el medio, donde había descansado su virginidad.

William retrocedió.

No podía dejarla así, incluso para buscar ayuda. Él bajó su pesada falda azul, cubriéndola.

La mujer se estremeció y se movió.

Tiró de su caballo y estaba a punto de montarlo cuando la mujer comenzó a susurrar. Ella movió la cabeza de lado a lado, sus largos y ondulados mechones de pelo caían libre sobre la capucha, barriendo a través de sus hombros como una cortina rasgada.

Algo en la vista de su pelo lo detuvo.

Aún sosteniendo las riendas, se inclinó hacia delante.

La mujer había sido maltratada. Ambos ojos estaban ennegrecidos y uno de ellos estaba hinchado.

Su cara estaba ensangrentada, su labio roto.

Levantó una mano temblorosa mientras parpadeaba desde su único ojo utilizable.

William sintió que la tierra caía debajo de sus pies.

Arrojó las riendas a un lado y se arrodilló. —¿Alicia? Alicia, ¿qué mal es esto?

Ella cerró su ojos y tosió.

La levantó en sus brazos, acunándola contra su pecho.

Alicia gritó desde el movimiento. Ella se movió en sus brazos, demasiado débil para luchar. Una sola y temblorosa mano buscó la tela de sus faldas, tirándolas como para cubrirse.

La vista lo atravesó.

—Alicia. Su voz se quebró. —¿Quién hizo esto?

—Extraños. Su respiración era trabajosa. —Llamé por ayuda. Nadie vino.

Sus dedos tiraron de su camisa.

—Will, logró decir, refugiándose contra él. Por un momento, ella pareció contener la respiración, luego su cuerpo lentamente se debilitó.

William la apretó contra su corazón, mientras la vida de su amada se filtraba de su cuerpo.

Alzó los ojos hacia el cielo oscuro y gritó.

\*Completas: Se denomina completas a la última oración de la Liturgia de las Horas. Estando toda la comunidad reunida en la iglesia, se da gracias a Dios por el día que se acaba y se le pide su protección divina para el descanso nocturno.

## CAPITULO 1

1 de julio del 2013

Umbria, Italia

El Príncipe de Florencia estaba afuera de una casa en Umbría, en conflicto.

Ya había presentado sus respetos a la Princesa de la región, logrando evitar su romántica propuesta. Él había disfrutado de su cuerpo en ocasiones anteriores: ella era hermosa, inteligente y vibrantemente sexual, como la mayoría de su clase. En esta noche, sin embargo, él había encontrado que no quería de sus encantos.

Después de haber rechazado cortésmente su invitación a fornicar, cazó en tierras de Umbría con su permiso a regañadientas.

Localizar al profesor Gabriel Emerson y su familia fue fácil. Él y su esposa, Julianne, eran dueños de la casa que se alzaba majestuosamente sobre una colina, las luces de sus ventanas animaban la oscuridad.

El conflicto del Príncipe no era encontrar a los Emerson o en escapar de los brazos de la Princesa. No, su conflicto deriva de una promesa.

Raven Wood era humana, hermosa de una manera poco convencional, y muy valiente. Ella también era protectora de los demás, incluidos los extraños. En un momento tierno, ella había exigido una promesa de él, que perdonaría las vidas de los Emerson. Hizo la promesa de buena fe, no solo porque deseaba que confiara en él acerca de su misterioso pasado, pero porque él se preocupaba por ella y anhelaba hacerla feliz.

Como ella había dejado en claro que no podía aceptar el hecho de que fuera incapaz de amar, había tenido la tentación de volver a cumplir su promesa y castigar al profesor por tener la audacia de reclamar propiedad legítima de las obras de arte robadas. Que lo haya hecho sin saberlo no era una excusa. El príncipe deseaba venganza, y ahora que el único ser humano en el mundo que podría persuadirlo para que se entregue a la piedad lo había rechazado, no tenía motivos para renunciar a él.

Así fue como se había detenido fuera de la casa, escuchando a Katherine Picton, una amiga mayor de la familia, que les daba las buenas noches a sus anfitriones y que Clare, la hija pequeña de los Emerson, se acostaba en la habitación de sus padres.

Esperó con impaciencia mientras los Emerson disfrutaban de un jacuzzi que se colocaba

en el balcón de su habitación.

El príncipe arrugó la nariz mientras su unión matrimonial se prolongaba. Parecía que cada vez que se encontraba con la pareja, se involucraban en relaciones sexuales.

Golpeó su pie revestido de cuero en el piso del jardín, deseando que se acoplaran más rápido.

Era una noche sin estrellas, oscura e inmóvil. El cielo era un arco de terciopelo sobre él, mientras la brisa de verano le susurraba al oído. Mientras escuchaba a Julianne gritar de placer, recordó a Raven haciendo lo mismo, mientras la amaba con dulzura.

Su mandíbula se apretó.

Amo, un eufemismo educado para la unión de los cuerpos para el placer físico.

Y, sin embargo, no podía despreciar el término cuando se lo aplicaba.

Había pasado casi un mes desde que conocía el placer de una mujer, casi un mes desde que tuvo a Raven en su cama. Aún podía sentir la calidez de su piel bajo sus manos, las suaves curvas de su figura mientras la acariciaba, el aroma de su sangre mientras llenaba sus fosas nasales.

Pero fue el recuerdo de sus ojos verdes lo que lo mantuvo quieto mientras Julianne besaba a su esposo y regresaba a su habitación. Raven tenía grandes ojos llenos de sentimiento.

¿Nunca te cansas de la muerte?

Su voz interrumpió sus pensamientos.

La verdad es que él se cansó de la muerte. Incluso ahora se sentía en conflicto. Pero el príncipe apretó sus dudas y escaló la pared de la villa, ansioso por sorprender al profesor mientras estaba solo.

Y lo sorprendió.

—Nos encontramos de nuevo. El tono de conversación del Príncipe desmentía su figura amenazante.

Sobresaltado, Gabriel se paró en el jacuzzi, su cuerpo mojado y desnudo brillando en la tenue luz que iluminaba desde el dormitorio.

—¿Qué es lo que quieres? vociferó, los dedos curvados en puños.

—Quiero que te cubras, para empezar. El Príncipe arrojó una toalla cercana hacia el hombre, mirándolo con disgusto.

El profesor se envolvió la cintura con la toalla y salió del agua. Colocó su cuerpo entre el Príncipe y la puerta del dormitorio, que cerró rápidamente.

—Dije, ¿qué es lo que quieres? La postura del profesor era decididamente a la defensiva.



—Quiero que lo mío sea mío. Me gustaría que dejaras de tomar mis cosas y las exhibas en público como si fueran tuyas.

El profesor miró al Príncipe con incredulidad. —No tengo nada tuyo. Largo. Ahora.

La mirada del Príncipe pasó por encima del hombro del profesor, mirando a través de las ventanas mientras Julianne acunaba a su hija en sus brazos.

—Tienes muchas riquezas. Harías lo mejor si atendieras a ellas y no tomes lo que no es tuyo.

El profesor frunció el ceño. —De nuevo, te estoy pidiendo que te vayas.

El ser sobrenatural negó con la cabeza, mirando al hombre de fríos ojos grises. —Me dijeron que tienes dificultad para escuchar las instrucciones. Percibo que esto es verdad.

—Te dije que te fueras. No parece estar escuchando, tampoco. Se reincorporó el profesor.

—Robaste mis ilustraciones.

Ante el primer sonido de la protesta del profesor, el Príncipe levantó su mano, silenciándolo. —Te conozco no los robaste personalmente, pero las ilustraciones me pertenecían antes de que cayeran en manos de la familia suiza que se los vendió. Los he recuperado y se quedarán conmigo. Siempre.

—Tu mientes. La familia poseía las ilustraciones durante casi un siglo.

—Sí. El Príncipe le lanzó a Gabriel una mirada desafiante. —Antes de eso, eran míos.

El profesor parpadeó confundido.

Cuando recuperó la compostura, sus ojos de zafiro se estrecharon. —Fuiste tú quien vino a nuestra habitación del hotel en Florencia. No podía verte pero podía sentir tu presencia. Gabriel bajó su voz. —¿Que eres?

—Lo que soy es intrascendente. Simplemente digamos que no soy humano. Tampoco estoy acostumbrado a discutir con los seres humanos u ofreciendo segundas oportunidades.

Una vez más, la mirada del Príncipe se dirigió a las figuras de la madre y la niña dentro de la casa.

—¿Amas a tu esposa?

La columna de Gabriel se puso rígida. —Sí.

—¿Lo suficiente como para morir por ella?

—Sin dudarlo. Gabriel dio un valeroso paso hacia adelante.

Una larga mirada pasó entre el Príncipe y el profesor. El Príncipe fue el primero en romper el silencio.

—Tengo más respeto por un hombre que está dispuesto a vivir para su familia que por alguien que esté dispuesto a morir por ellos. Protege a tu esposa e hija. Abandona cualquier intento de recuperar las ilustraciones y persuade a los italianos para que hagan lo mismo.

—Pagué un precio justo por ellos. Tu historia suena como una historieta.

Los ojos del príncipe se iluminaron y gruñó.

El profesor volvió a poner un pie, su cara una máscara de terror.

El vampiro resistió el impulso de atacar, de ejercer su poder y dominio. Miró a Gabriel, notando su tensión, el olor a adrenalina corriendo por su cuerpo, su ritmo cardíaco acelerado, y se preguntó por qué no había huido.

Gabriel presionó su espalda contra la puerta de la habitación, indicando al vampiro que tendría que pasar por Gabriel y la puerta para atacar a su familia. Estaba dispuesto a dar su vida para proteger a la esposa y la niña que permanecían felizmente inconscientes en el interior.

El Príncipe pensó en otro ser humano que era protector; una mujer que casi había dado su vida para intervenir en la golpiza de un hombre sin hogar.

No le gustaba que lo recordaran.

—Tu esposa está enferma, anunció abruptamente, ajustándose las mangas de la camisa. Las facciones de Gabriel se movieron. —¿Qué?

—Eres un hombre inteligente, o eso dicen. Por ahora estoy seguro de que te das cuenta de que tengo ciertas habilidades. Uno de ellos es detectar enfermedades humanas. No puedo identificar el problema, pero hay algo malo con tu esposa, algo que le hace faltar hierro a su sangre.

—Cuando la conocí en los Uffizi hace dos años, olí la enfermedad. Sea lo que sea, todavía la amenaza.

El profesor pareció visiblemente conmocionado por la revelación y volvió la cabeza para mirar a Julianne a través de la ventana.

—Usted adquirió las ilustraciones que fueron robadas, continuó el Príncipe. —Como soy el dueño original, los recuperaré. Debería haberte destruido, pero en cambio, te he regalado información vital sobre la salud de tu esposa. Creo que estarás de acuerdo en que he sido más que generoso.

Gabriel volvió su atención al Príncipe. Estaba claro que estaba luchando con qué creer, pero su deseo de proteger a su familia ganó.

—Dejaré la investigación y hablaré personalmente con la Interpol. Gabriel habló con los

dientes apretados. —No debería ser responsable por las acciones de otros. Si los italianos eligen perseguirte, esa es tu desgracia.

—Si tu participación cesa, no tenemos ninguna pelea. El Príncipe le lanzó una mirada sostenida, luego se acercó al borde del balcón y se volvió.

Gabriel todavía estaba parado en una postura defensiva afuera del dormitorio. Se había tapado la boca con la mano, como si se contuviera de dar la alarma.

El Príncipe lo miró con una mirada pétrea.

—Asegúrate de vivir lo suficiente para asegurar que tu hija tenga una buena vida. Las cosas les suceden a los niños cuando pierden a su padre.

Saltó sobre la barandilla y voló al suelo, antes de desaparecer en la oscuridad.

## CAPITULO 2

6 de Julio 2013

Florenca, Italia

Estuvieron de pie durante lo que parecía una eternidad, la joven y el vampiro de siglos de antigüedad, abrazados desesperadamente en el tejado de una galería, mirando a los Uffizi.

Eran los amantes más improbables. Sin embargo, era evidente que ambos eran una pareja perfecta.

El corazón de Raven estaba lleno, su mente relajada, su cuerpo saciado.

William se liberó de sus piernas, colocándola con pies inestables. Se enderezó los pantalones y sacó un pañuelo del bolsillo. Sosteniéndola con un brazo alrededor de su cintura, levantó su falda para presionar suavemente la ropa entre sus piernas.

Cuando terminó, arrojó el pañuelo al costado y bajó cuidadosamente la falda.

—Ahora que me has dado tu regalo, debo darte el mío. William le acarició la mejilla, con los ojos encendidos.

Raven presionó su mano contra su pecho, sobre su corazón. Sintió el extraño ritmo bajo su palma y el silencio casi aterrador.

—Este es mi regalo, dijo en voz baja. —Por la forma en que me tocas, puedo decir que me amas.

Él levantó sus dedos y los besó, uno por uno. —Pero querrás el otro regalo que estoy a punto de darte.

—Este es el único regalo que quiero, pero estoy feliz de tener las palabras.

—Te amo, susurró. —Defensora.

Ella sonrió contra su hombro. — "Ya no estoy herida; Soy una protectora.

—Siempre has sido una protectora. Él la besó en la frente, antes de seguir la cicatriz descolorida que la estropeaba. —Me dijiste una vez que nadie te defendió jamás. Esta noche, lo hice.

—¿Qué? Ella se retiró, confundida.

—Prometí darte justicia. Mantengo mis promesas.

Una ola de ansiedad pasó sobre ella. —William, ¿qué has hecho?

Él le sonrió lentamente. —Es lo que voy a hacer. Ven.

La atrajo con fuerza contra él y subieron al techo, sus cuerpos desaparecieron en la noche como una voluta de humo.



Raven se detuvo expectante al pie de la gran escalera en la lujosa villa de William.

—Por aquí. Hizo un gesto hacia el pasillo.

Ella miró hacia el segundo piso con anhelo. —Pensé que íbamos arriba.

Sus ojos grises bailaron. —Vamos a la biblioteca.

Raven había esperado que él la guiara (o la llevara) a su habitación, donde pasarían el resto de las horas antes del atardecer haciendo el amor. Ella frunció. —¿Por qué?

—Ven a ver. Él tomó su mano, escoltándola por el pasillo.

La biblioteca era una habitación hermosa, con librerías del suelo hasta el techo, una inmensa pared de ventanas y un techo alto y abovedado formado completamente de vidrio. La luz pálida brillaba desde afuera, pero Raven casi tropezó en la semioscuridad. William encendió una vela para su beneficio. Los vampiros tenían una visión perfecta en la oscuridad.

—Este no es nuestro destino, explicó. —Es simplemente el vestíbulo.

Se volvió hacia una de las estanterías y apretó la columna de un gran volumen escrito por Virgilio.

Con un gemido, la librería se abrió hacia adentro, revelando un pasadizo oscuro.

Raven se asomó al estrecho espacio. Ella no había disfrutado de su último viaje al inframundo, cuando él le había presentado a algunos de sus compañeros vampiros. Ella no tenía deseos de repetir la experiencia.

—Tenía muchas ganas de pasar la noche contigo en tu cama.

William la miró con avidez. —Estoy deseando que llegue eso también. Pero aún no te he dado tu regalo.

Ella miró el pasadizo. —No me gustan las sorpresas.

—Esta es una sorpresa que disfrutarás, te lo aseguro. La condujo por una escalera de

caracol, apoyando cuidadosamente su peso ya que ella estaba sin su bastón.

El espacio debajo de la villa estaba húmedo. Raven sintió que su piel comenzaba a arrastrarse y tiró de William, deteniéndolo.

—¿No puedes darme el regalo arriba? ¿En tu habitación?

—Paciencia, Cassita. La soltó para alisar su largo cabello negro. —Todo será revelado.

Continuaron por un largo pasillo marcado por una serie de pesadas puertas de madera.

Raven podría jurar que escuchó ratas arañando y corriendo detrás de ellos.

Se aferró a William hasta que, finalmente, se detuvieron frente a una gran puerta de aspecto primitivo. Estaba cerrada desde el exterior. Con soltura, levantó la barra y abrió la puerta. El pasillo hizo eco con los gemidos de las bisagras de metal.

Entró en la habitación frente a ella, usando la vela para encender antorchas que estaban suspendidas en las paredes.

Pronto el frío y húmedo espacio se bañó en cálida y parpadeante luz.

Raven vaciló en el umbral. Al principio pensó que la habitación era una bodega. Pero una mirada al interior no reveló nada como botellas de vino o barriles.

Había una vieja mesa de madera y una silla a un lado. Había apliques de hierro en las paredes que sostenían las antorchas encendidas y un par de gruesas esposas de hierro fijadas con largas y pesadas cadenas. Era solo la ausencia de armas y otros instrumentos lo que le impedía creer que estaba parada afuera de una cámara de tortura. Entonces ella vio la celda.

En el otro extremo de la habitación había una pequeña celda hecha de barras de hierro que iban desde el piso hasta el techo bajo.

La celda no estaba vacía.

Entró en la habitación, con los zapatos crujiendo sobre unas pequeñas piedras que estaban esparcidas por el suelo de roca. La humedad pareció alejarse de ella, filtrándose a través de sus plantas y sobre sus piernas desnudas. Ella se estremeció.

Dentro de la celda había un hombre, tirado en el suelo. Sus ropas estaban sucias y rotas y su pelo estaba enmarañado. En la tenue luz que brillaba a través de las barras de hierro, casi podía distinguir su rostro, pero no del todo.

Raven arrugó la nariz ante el hedor que emanaba de él, como si no se hubiera lavado en días. Como si hubiera usado el suelo de su celda para ir al baño. Curiosa, ella se le acercó.

El prisionero eligió ese momento para moverse, revelando su rostro. Los ojos de Raven se abrieron de par en par.

—Oh, Dios mío, susurró ella, deteniendo su movimiento hacia adelante.

William se materializó a su lado, llevando sus labios a su oído. —Feliz cumpleaños.

Con una maldición, Raven tropezó hacia la puerta. Solo logró tres pasos antes de que el contenido de su estómago salpicara en el piso.

William envolvió su brazo alrededor de su cintura. —Esa no es la reacción que esperaba. ¿Estás bien?

Ella lo empujó lejos, vomitando una segunda vez. Cuando terminó, él trató de tirar de ella hacia la silla.

—No. Ella empujó sus manos a un lado.

Él pareció desconcertado. —¿Qué hay de tu regalo?

—¿Qué regalo? Temblorosa, se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Te prometí justicia. Agitó una mano en dirección al prisionero. —Esto es justicia.

Los ojos de Raven se encontraron con los de William. —¿Cómo?

William sonrió, sus dientes blancos y brillantes a la luz de las antorchas.

—Lo traje aquí para que puedas matarlo.

## CAPITULO 3

El mundo de Raven se detuvo por completo.

—Por supuesto, puedo matarlo, si lo prefieres. Los ojos de William brillaron. No necesitas decidirlo ahora. Tómate tu tiempo para reflexionar sobre los detalles. Me he tomado la libertad de imponer una medida de justicia, pero nada que se acerque a lo que se debió haber hecho.

Él extendió su mano hacia su rostro, con una expresión intensa. —Feliz cumpleaños, Cassita.

Raven evitó su toque, su corazón golpeando en su pecho. Miró alrededor de la habitación, sintiendo como si las paredes se estuvieran cerrando. Tenía que escapar. Rodeando el vómito que se había agrupado en el suelo, cojeó hacia la salida. Su pierna derecha se quejó cuando se inclinó hacia adelante, el dolor se disparó desde el tobillo a la cadera.

—¿Cassita? William sonaba confundido.

Ella lo ignoró y siguió hacia la puerta.

—Ayúdame. La súplica susurrada vino de la celda. El prisionero hizo una serie de ruidos, como si estuviera tratando de levantarse, un gruñido escapó de su boca y se estrelló contra el suelo.

Raven colocó su pie en el umbral.

—¡No me dejes con él!, Dijo el prisionero con voz ronca. —Él quiere matarme. Él me empujó por las escaleras. Creo que mi pierna está rota.

El shock impidió que Raven reaccionara a los gritos del prisionero y al avance de lo que William había hecho.

El prisionero sacudió las barras de hierro. —Él es un animal. ¡Ayúdame!

Raven se volvió. —¿Crees que es un animal porque te empujó por las escaleras? Su ira repentina e inexplicable se perdió por completo en el prisionero.

—Él me secuestró. ¡Él dice que me va a matar!

—Corta la mierda, David, espetó. —Se que eres tú.

El hombre parpadeó en su dirección, varios latidos demasiado largos, antes de negar con la cabeza. —Mi nombre es Greg. Tienes que ayudarme.

Raven avanzó cojeando hacia él con la mayor velocidad que pudo reunir. —Es Jane, imbécil. Hizo un gesto hacia su cuerpo. —Tal vez no me reconociste con mi pierna



lesionada.

El prisionero agarró los barrotes con ambas manos, sus ojos frenéticos se encontraron con los de ella. —Mi nombre es Greg. Soy de Sacramento, California. Nunca te había visto antes, lo juro por Dios.

—Mentira, escupió Raven. —¿Crees que no te reconocería? ¿Crees que me olvidaría de como sueñas, maldito monstruo?

Ella se detuvo por un momento, hirviendo de furia.

—Has abusado sexualmente de mi hermana. Raven se inclinó hacia el suelo, tomó una piedra y se la arrojó. La roca pegó a una de las barras de hierro; el hombre se agachó justo antes del impacto.

—Ella solo tenía cinco años. ¡Ella era una bebé! Raven se apresuró a recoger más piedras, arrojándolas hacia él. Algunas lograron atravesar los barrotes, golpeándolo en el pecho.

El hombre retrocedió, levantando sus manos para protegerse. —Mi nombre es Greg. Tengo una esposa y dos hijos. Nunca te había visto antes.

—¡Mentiroso! Rugió Raven. —Me quedaba despierta todas las noches, tratando de protegerla. Pero llegaste a ella de todos modos. Grité por mi madre y tú me empujaste por las escaleras para callarme. No me estás callando ahora, inútil pedazo de mierda.

—¿Dices que te rompiste la pierna? Ella se inclinó a la altura de sus ojos. —¿Duele? ¿Tienes miedo de que nunca caminarás bien?

El hombre la miró como si ella estuviera enojada.

—¿A quién diablos le importa tu pierna? ¡Estoy lisiada! Nunca volveré a correr. Ella le escupió a través de los barrotes. —¡Te odio!

Con un grito ahogado, alcanzó las barras de hierro e intentó golpearlo con los puños. El hombre arrastró su pierna herida detrás de él mientras se arrastraba hacia la parte posterior de la celda, evadiendo sus golpes.

—Tienes al tipo equivocado, gimió. —Lo juro por Dios, mi nombre es Greg. Nunca lastimé a nadie. Tienes que creerme.

Raven escupió de nuevo, agarrando fuertemente las barras de hierro. —Espero que te quemes en el infierno. ¡Espero que nunca vuelvas a caminar!

William apareció a su derecha y tocó sus dedos apretados. Sus ojos se encontraron. Sin previo aviso, rompió a llorar.

—Soy inocente. La voz del prisionero se volvió más desesperada. —Juro por Dios que tienes al tipo equivocado.

William enseñó los dientes y gruñó. La humedad se filtraba a través de los pantalones del prisionero y se extendía debajo de él. Se cubrió la cabeza con los brazos y se hizo una bola.

—Una palabra más y te arrancaré la lengua. William apartó suavemente los dedos de Raven de las barras de hierro. —No le hablas a ella.

El prisionero tembló en su rincón, cuando él también comenzó a sollozar.

Con un último gruñido, William arrastró a Raven en sus brazos. Él apagó las antorchas y la sacó de la habitación, bloqueando la puerta detrás de ellos.

## CAPITULO 4

Decir que William estaba preocupado por la reacción de Raven sería una subestimación. El sonido de su llanto, un ruido agudo y desgarrador, lo torturaba.

Él la lastimó cuando todo lo que quería era complacerla. De hecho, había una parte de él que deseaba hacer sufrir al hombre que la había lastimado. Pero reconoció que la venganza era de ella, no de él. Él tenía el poder de dárselo y lo hizo. No había esperado que su enojo se convirtiera en tristeza.

Claramente, no entendía a los seres humanos.

La culpa, una emoción muy humana, le bañaba las entrañas. Ver el sufrimiento de Raven también lo hizo sentirse indefenso, lo que no era un sentimiento típico de un anciano como él.

Un destello de memoria lo alcanzó, como un rayo sobre un cielo oscuro. Sostenía a Alicia en sus brazos, observando cómo el aliento se desvanecía. Y no había nada que él pudiera hacer al respecto.

Había fallado a Alicia. Pero él era un ser diferente ahora, con diferentes poderes. Estaría condenado si fallara a Raven.

Se sentó junto a ella en la cama, colocando su mano en la parte baja de su espalda.

—Cassita. Continuó llorando, acurrucada como un feto en su costado, como si no hubiera escuchado.

Le frotó la espalda torpemente, preguntándose si debería llamar a Lucía. Probablemente sugiera que le administraran un sedante. William no estaba seguro de tener un sedante a mano. La mayoría de los suministros médicos habían sido utilizados en mayo, cuando recuperó a Raven del borde de la muerte.

Recordó la noche en que había traído a Raven moribunda a su casa. Él le había inyectado una de las cosechas más antiguas de su colección. Cuando la sangre vampírica comenzó a circular por sus venas, ella lo miró con ojos grandes y asustados. No había sabido cómo consolarla y había pasado al latín y al anglo-normando, casi sin darse cuenta. Sus palabras susurradas tuvieron poco efecto. En un momento, tuvo que sedarla, aunque solo fuera para evitar que se quitara los tubos de transfusión del brazo.

Verla llorar ahora era mucho más inquietante, porque la amaba.

—Cassita. Él habló con firmeza. —Cassita, escúchame.

—Mi hermana, logró entre sollozos. —F-u-e mi culpa.

—No. El tono de William era feroz. Ella no respondió.

—No fue tu culpa. Él agarró su bíceps, presionando para enfatizar. —La protegiste. La alejaste de él.

Raven continuó llorando. Esperando a que ella llorara, y lo hizo. Pero lo que vino después resultó mucho más inquietante. Estaba tendida de lado, de cara a la pared, con los ojos abiertos y sin pestañear.

Cuando él le habló, ella no respondió. Cuando intentó moverla, descubrió que su cuerpo mantenía la misma postura, como si sus músculos se hubieran puesto rígidos. Aún más alarmante, su ritmo cardíaco era desigual y su respiración era superficial. El sudor perlaba su frente, a pesar de que la habitación estaba fresca.

Los cambios físicos en Raven lo asustaban. Le preocupaba que hubiera dañado su mente de alguna manera, causando un daño irreparable.

Pasaron los minutos y su ansiedad creció. Dejando a un lado la precaución, él colocó sus manos a ambos lados de su rostro y la miró a los ojos. —Raven, concéntrate en el sonido de mi voz.

Ella no pareció verlo ni oírlo.

—Relajarás tu cuerpo y te acostarás. Descansarás pacíficamente hasta la mañana, sin preocupaciones. Pasó un momento sin reaccionar, y luego otro, y William repitió sus instrucciones.

Su ansiedad aumentó. Estaba muy seguro de que el control mental funcionaría; él era experto en usarlo, pero Raven era fuerte. Y si es así, cómo la vista de su padrastro había roto su mente. . .

Raven parpadeó y sus grandes ojos verdes se enfocaron en los suyos.

—Escucha mi voz, repitió. —Respira profundamente y relaja tu cuerpo.

De repente, los ojos de Raven se desenfocaron. En poco tiempo, su respiración se hizo más profunda y sus músculos se relajaron.

—Eso es, buena chica. Exhaló aliviado. —Cierra tus ojos.

Ella obedeció y él la soltó, tirando de las sábanas sobre su vestido y metiéndolas contra su cuerpo. —Descansa bien, mi amor. Besó su frente, escuchando su ritmo cardíaco y exhalando la respiración.

Durante varios minutos, la miró dormir. Su repentino alivio dio paso a la inquietud. Ella ahora estaba bajo su control y él nunca había sido un maestro más poco dispuesto.

Un pájaro en una jaula nunca es tan hermoso como un pájaro que es libre. Sus propias palabras volvieron a él.

Era necesario usar control mental en este caso, razonó. Ella estaba con una angustia

aguda.

Algo terrible le estaba pasando. Él había intervenido antes de que empeorara. O sería irreversible.

Dudaba que ella viera la situación de la misma manera una vez que estuviera en condiciones de explicarle. Él no estaba esperando esa conversación.

Su mirada viajó a la versión de Primavera que colgaba de su pared. La cara de su antigua amante, Allegra, se burló de él. Fue capturado con el recuerdo de su cuerpo quebrado en el suelo debajo del campanario después de que ella había saltado a su muerte.

El suicidio de Allegra fue el resultado de la repulsión y la desesperación. Cientos de años después, todavía estaba preocupado por el incidente. Y tal vez, aunque no lo admitiera, también se sentía responsable.

Miró a la belleza de pelo negro que dormía en su cama. Solo se habían reunido unas horas antes. Él no estaba preparado para perderla.

William había esperado que ella estuviera complacida con su regalo, que había tenido mucho cuidado en procurar. Pensó que disfrutaría la oportunidad de exigir justicia al hombre que le había dañado la pierna y había abusado de su hermana. En cambio, ella había estado horrorizada y molesta. Incluso ahora, el sonido de sus gritos heridos sonó en sus oídos.

Y él fue el responsable.

Presionando un beso en la parte superior de su cabeza antes de colocar el brazalete que la marcaba como suyo en su muñeca. Le había devuelto la pieza cuando se separaron. Era justo que ella lo use de nuevo.

Sus labios revolotearon sobre la piel pálida que cubría las venas en su muñeca. Tenía hambre, era cierto, pero no podía soportar la idea de alimentarse ahora. La dejó a su sueño artificial y se movió rápidamente al primer piso. Lucia y Ambrogio recibieron instrucciones detalladas sobre Raven y del prisionero en la mazmorra. Luego, William envió un mensaje a Stefan, el médico jefe del principado, para llamarlo a los aposentos privados en el Palazzo Riccardi.

Finalmente, William abandonó la villa, viajando al palacio a través de una serie de pasillos secretos que yacían debajo de la ciudad de Florencia. Él no oraba. Dios lo había condenado a él y a sus hermanos. No tenía sentido encogerse ante él para pedir un favor, incluso para Raven.

Esperaba sinceramente que cualquier daño que hubiera hecho pudiera deshacerse.

## CAPITULO 5

Stefan de Montreal era el médico del principado de Florencia. Era mucho más joven que el Príncipe y sus miembros del Consilium, el consejo gobernante de Florencia. Pero él había sido entrenado en la medicina del siglo XX, por lo que su experiencia en la salud y la ciencia contemporáneas era valorada. Por esta razón, su juventud como vampiro fue pasada por alto.

Sin embargo, cuando el Príncipe lo convocó al Palazzo Riccardi, Stefan temía que su mandato hubiera llegado a su fin. En los últimos años, el Príncipe había ejecutado a dos miembros de Consilium por no cumplir con su deber. Stefan estaba muy preocupado de que se convirtiera en el tercero.

Trató de consolarse con la idea de que si el Príncipe deseaba ejecutarlo, lo haría en una reunión del Consilium y no en una de sus residencias. Esto era un consuelo frío, de hecho.

—¿Es la cosecha de tu agrado? El Príncipe hizo un gesto hacia la sangre humana calentada que Stefan estaba bebiendo nerviosamente.

—Joven y dulce. Gracias mi Señor.

Stefan trató de esperar pacientemente a que el Príncipe revelara el motivo de su llamado, moviendo su copa de mano en mano a medida que el momento pasaba.

El vampiro mayor estaba junto a una ventana con cortinas, aparentemente perdido en sus pensamientos. Su propio vaso de sangre estaba sin probar en su escritorio.

Stefan encontró el hecho curioso.

—Creo que rompí a mi mascota. El Príncipe habló por fin, dándole la espalda al doctor. Stefan colocó su vaso sobre una mesa auxiliar. —¿Está muerta?

—¿Qué? No. El Príncipe se volvió y frunció el ceño.

—Perdone la pregunta íntima, mi señor. ¿Se ha alimentado de usted?

El Príncipe apretó los labios. —No. Y no es su cuerpo el que está roto; es su mente.

—Las mentes humanas, al igual que los cuerpos humanos, se rompen fácilmente. Stefan tendió los dedos sabiamente. —Es su naturaleza ser débil.

El Príncipe lo miró fríamente antes de levantar su vaso y probarla. —¿Se pueden reparar las mentes quebrantadas? Solo he tenido esta mascota por poco tiempo. Sería una lástima deshacerse de ella tan pronto.

—El efecto de la sangre de vampiro en cuerpos humanos rotos está bien documentado. El efecto en las mentes humanas es menos conocido. ¿Quién malgastaría su sangre en una

mascota con la mente rota? El médico se rió entre dientes.

Captó la mirada estrecha del Príncipe y bruscamente dejó de reír. —Nunca he visto a un paciente psiquiátrico ingerir sangre de vampiro. Admito que sería un experimento interesante. No puedo prometer resultados positivos, sin embargo.

El Príncipe volvió a colocar su vaso sobre la mesa, sus dedos pálidos trazando el borde.

—En tu entrenamiento médico debes haber tratado con la mente.

—Sí, cuando era estudiante. Pero soy un cirujano, no un psiquiatra. Serví en el Cuerpo Médico del Ejército Canadiense durante la Gran Guerra, antes de ser cambiado. Vi a los hombres perder la cabeza en la batalla y ordené su evacuación. Perdóneme, pero era experto en eliminar la metralla y amputar extremidades, no en tratar la neurosis de guerra.

—Entonces, ¿hay tratamientos? El tono del Príncipe era notablemente moderado.

—En ese momento, utilizamos la psicoterapia freudiana, la convalecencia y la terapia de choque. . . La voz de Stefan se apagó. Bebió su bebida fortificante. —La psiquiatría contemporánea es mucho más avanzada.

—Ahora la mayoría de los trastornos se tratan con medicamentos y terapia. Depende de la condición y el paciente.

El Príncipe asintió distraídamente, bebiendo de su vaso una vez más.

Stefan se inclinó hacia adelante en su silla. —Quizás si su señoría fuera a decirme qué precipitó la ruptura de su mascota, podría ser de ayuda.

—Ella sufrió un trauma cuando era niña. Recientemente, tuvo un encuentro inesperado con la persona que infligió el trauma. Su reacción a ese breve encuentro fue desconcertante.

—¿Enigmático de qué manera?

—Ella vomitó y gritó obscenidades. Ella lo golpeó y se convirtió en sollozos incontrolables.

—Ah, dijo Stefan. —Perdón, mi señor, pero esas reacciones no me resultan desconcertantes. Claramente, la mascota estaba molesta por ver a la persona y actuó en consecuencia.

—Esa no fue la parte desconcertante. Después, ella permaneció inmóvil, con los ojos muy abiertos y sin ver, con una respiración superficial. No respondió a mi voz, y cuando traté de moverla, estaba rígida.

—¿Cuánto tiempo permaneció así?

—Hasta que usé el control mental para ponerla a dormir.

Stefan arqueó las cejas. —¿No está normalmente bajo tu control?

El Príncipe sonrió lentamente. —Prefiero que mi comida tenga un poco más de vida.

El doctor levantó su copa a modo de saludo. —Un viejo como usted no necesita control mental. Pero no me sorprende que su mascota lo haya requerido en este caso. Lo que estás describiendo suena como una condición llamada catatonía. Un médico humano habría realizado pruebas con su mascota y la habría medicado. ¿Dónde está ahora?

—Ella todavía está dormida.

—¿Has tratado de despertarla?

—No.

—Puede tener problemas. La catatonía, el trauma y el control mental son una combinación de imposición. Incluso si puedes despertar a la mascota, puede que no sea lo misma.

La expresión del Príncipe se volvió incómoda, pero rápidamente la ajustó. —¿Quieres decir que el daño puede ser irreparable?

—Es posible. La mascota sufrió un colapso y usaste control mental sobre ella, lo que puede agravar los problemas mentales. Piensa que es como usar un martillo para reparar un jarrón roto. Todo lo que te queda es porcelana destrozada.

—Sard, murmuró. —¿Qué pasaría si la trataras?

La mano de Stefan se estremeció mientras guiaba su vaso hacia la mesa auxiliar.

—Soy tu sirviente y, por supuesto, haré lo que me ordenes. Pero hay poco que podría hacer que un psiquiatra humano que se especializa en este tipo de casos no pueda hacer de manera más efectiva. Tendría que eliminar el control mental antes de hospitalizar a su mascota, es decir, si se puede levantar el control. Si la mente de tu mascota está realmente rota, la solución más fácil sería mantenerla bajo control mental hasta que te canses. Por supuesto . . . Hizo un gesto vagamente.

—¿Qué? El tono del Príncipe era agudo.

—El control mental funciona solo porque la mente consciente está siendo influenciada.

Los recuerdos de la mascota todavía están intactos, simplemente no disponibles para la mente consciente. Como médico, me preocuparía que su mascota todavía tenga problemas psiquiátricos que incluso el control mental no pudiera eliminar. Por ejemplo, puede permanecer catatónico.

—¿Y si fuera a ejecutar al hombre que la perturbaba? ¿La invitó a mirar?

Stefan contuvo una sonrisa. —Con respeto, mi señor, estás pensando como un vampiro. Si tu mascota está traumatizada simplemente con ver al hombre, piensa en lo que



sucedría si se viera obligado a presenciar su ejecuci3n.

Rompi3 contacto visual y se frot3 la parte posterior de su cuello. —¿Puedo hablar libremente?

—Es por eso que te traje aqu3. El Pr3ncipe se apoy3 contra el escritorio, cruzando sus brazos sobre su pecho.

—Si prefieres que tus mascotas tengan vida en ellas, el nivel de control mental necesario para manejar una mente rota ser3a demasiado. Como dije, ser3a mejor que encontraras otra mascota m3s sana. Incluso bajo control mental, la mascota puede ser impredecible, inestable. —Agarr3 los reposabrazos de su silla.

—Un riesgo de seguridad.

El Pr3ncipe vaci3 su vaso. —Gracias, Stefan. Tomar3 tu opini3n bajo consideraci3n. Sus ojos grises se fijaron en el joven vampiro. —Supongo que mantendr3s esta conversaci3n confidencial.

—Si mi se1or.

—Bien. El Pr3ncipe pas3 su pulgar por el borde de su copa, antes de colocarla en su boca.

—Aqu3 hay una pieza notable de la historia del principado: todav3a tengo que ejecutar a un canadiense.

—D3jeme que no sea el primero, mi se1or. Stefan se inclin3 profundamente y sali3 corriendo de las c3maras del Pr3ncipe.

## CAPITULO 6

El sueño de Raven era pesado y denso, como una manta de lana en una fría noche de invierno. Ella flotó a través del color y el sentimiento, sin sueños. Su cuerpo parecía flotar sin ataduras. Fue una experiencia muy inusual.

Escuchó a William llamar su nombre, como desde la distancia. Luchó por abrir los ojos y lo encontró junto a ella, observando en silencio.

Él levantó su barbilla con un dedo frío y la miró profundamente a los ojos.

—Raven, te libero. Tu mente es tuya otra vez.

Sintió que la neblina oscura se levantaba y parpadeaba confusamente contra las luces de la habitación. Su enfoque se movió a la versión original de Botticelli de Primavera colgada en la pared. Siempre estaba colgado allí, por lo que su presencia no la sorprendió.

Pero se sorprendió al descubrir que William había colgado de su memoria el boceto que había hecho de él, el boceto que había dejado atrás cuando se separaron, al lado.

Su ritmo cardíaco se aceleró.

Ella inspeccionó su entorno, notando las cortinas de color vino que envolvía la gran cama de cuatro postes.

—¿Cassita? La cara de William estaba arrugada por la preocupación. —¿Cómo te sientes? Levantó su mano para ahuecar su rostro.

La alegría que sintió al verlo se desintegró cuando recordó que le había roto el corazón.

Él no le había devuelto su amor y ella no había estado dispuesta a aceptar nada menos.

Ella giró la cabeza y su mano se apartó. —¿Por qué estoy aquí?

—Estás aquí para estar conmigo, por supuesto. Su tono era inexplicablemente desconcertado.

Raven le lanzó una mirada oscura antes de pasar por debajo de la ropa de cama decadente. —Hemos terminado. Hemos terminado por un tiempo. Esto no es divertido.

—¿Hemos terminados?

Raven escuchó algo bastante parecido al pánico en su voz. Pero eso era imposible.

William era estoico e inexpugnable. Él nunca entraría en pánico.

—Sí. Nos separamos, ¿recuerdas? No puedo creer que me hayas traído aquí.

—Cassita. William colocó su mano sobre su brazo, su pulgar rozó su muñeca al lado del brazalete.

—Deja de llamarme así. Ella sacudió su mano y rápidamente se quitó la pulsera y se la tendió. —Devolví esto por una razón. Deja de actuar como si nada hubiera cambiado.

Cuando se negó a llevar el brazalete, lo arrojó sobre la cama. Ella balanceó sus piernas por el costado y se levantó. Justo cuando sus pies tocaron la alfombra, fue alcanzada por una extraña sensación.

Su pierna derecha le preocupaba, como solía hacer cuando estaba parada después de acostarse. Pero esa no era la sensación que llamó su atención.

No, ella se sentía curiosamente desnuda debajo de su vestido. Alisó sus manos sobre su abdomen.

Abruptamente, le dio la espalda y deslizó discretamente su mano debajo de la falda.

Cuando solo sintió piel, se congeló.

—¿Dónde está mi ropa interior?

William estaba de pie en un instante. —Raven, escúchame. Nosotros-

—¿Qué pasó con mi ropa interior? Ella se volvió enojada.

Presionó sus labios, sus ojos grises se nublaron. —Es un vestido bonito.

—No me importa lo que estoy usando, espetó. —Estoy preocupada por lo que no llevo puesto. Hemos terminado. No te he visto en un mes. ¡Ahora me despierto en tu cama sin recuerdos de la noche anterior y no estoy usando ninguna maldita ropa interior!

—¿No recuerdas anoche? Su voz era baja, silenciosa y teñida de decepción.

Ella levantó los brazos en señal de frustración. —¿Qué debería recordar? Dime.

Él comenzó a decir algo pero aparentemente lo pensó mejor. Él la miró por un tiempo.

Todo el tiempo ella apretó y desabrochó sus puños.

—El color de tu vestido te queda bien, dijo al fin. —¿Era para una ocasión especial?

Raven frunció el ceño. —Gina y Patrick organizaron una fiesta de cumpleaños para mí.

¿Que importa?

—Te visité después, en tu apartamento.

—¿Por qué?

—Porque era tu cumpleaños. Su voz se volvió suave. —Porque me preocupo por ti.

Raven cerró los ojos y gimió. —¿Por qué estás haciendo esto?

—Estoy tratando de ayudar, Raven. Lo juro. La fiesta fue anoche. Puedes acompañarme a la planta baja y llamar a tus amigos para confirmar la fecha. Hizo un gesto hacia la puerta de la habitación.

Raven inclinó la cabeza para examinar los pliegues de su vestido verde. La palma de su mano flotó sobre la tela como un pájaro flota sobre un campo de hierba. Ella encontró el movimiento calmante y que distraía.

—Recuerdo la fiesta. Le di a la prima de Gina un aventón a casa después.

—¿Y luego? William le preguntó.

—Me fui a casa. Raven cerró los ojos, viendo su cocina en su mente.

Y la hermosa figura de William, sentada en la mesa de su cocina.

—Te estaba esperando, susurró.

Las imágenes atestaron su mente, gruesas y rápidas.

—Volamos juntos sobre los tejados. Me llevaste al Duomo y me mostraste tu ciudad.

Tragó saliva. —Tú me dijiste-

—¿Sí? Su tono era ansioso.

Ella abrió los ojos. Una expresión de incredulidad pasó por sus hermosas facciones.

—Te dije que te amo. Se acercó a ella con cautela y trazó el arco de su pómulos con el dorso de su mano. —Tú me conoces, Cassita. Creo que... -Hizo una pausa, sus antiguos ojos torturados. —Espero que sepas que nunca te tomaría en contra de tu voluntad.

Una larga mirada pasó entre ellos y ella asintió.

Él le acarició la mandíbula. —No llevas ropa interior porque nos juntamos, pero solo después de confesar que te amo. Me comprometí contigo e hiciste lo mismo. Cerramos nuestros votos en la parte superior de la galería de los Uffizi.

La cara de Raven se encendió. —Recuerdo.

—Fue un acto de amor, Cassita, no un engaño.

Su mente hizo clic en las imágenes de la noche anterior: sus palabras en el Duomo, su encuentro apasionado en lo alto de la loggia, y la historia de Alicia, su amor asesinado.

La emoción burbujeó y la abrumaba. Ella se arrojó a sus brazos, presionando su mejilla contra su pecho. —Volviste a mí.

—Nunca me fuí.

Levantó su barbilla y la besó con firmeza, un beso marcado y decidido para demostrar su sinceridad.

Sus labios se movieron contra los de ella mientras hablaba. —Nunca te dejé. Yo era la sombra en tu pared. E incluso si me hubieras enviado lejos, habría seguido siendo tu sombra.

—Estaba tan triste cuando estábamos separados. Era como si tuviera una piedra que pesara sobre mi pecho.

El agarre de William sobre ella se tensó y por un tiempo estuvieron en los brazos del otro. Él se deleitó en su suavidad, su calidez, su mismo ser.

—Ya casi se pone el sol. Él rozó sus labios sobre los de ella una vez más. —Has estado dormida todo el día.

—No entiendo por qué mi cerebro estaba tan nublado. Ella guiñó un ojo. —No me diste sangre vampírica, ¿verdad?

Él se enderezó.

—¿William?

—No, no hay sangre de vampiro. Forzó una sonrisa.

Raven miró su pierna derecha, que todavía tenía una cicatriz. Lo movió experimentalmente, encontrando el mismo rango limitado de movimiento que había tenido el día anterior. Claramente, ella no había experimentado las propiedades curativas de la sangre de vampiro.

—¿Cómo te sientes? Sus ojos buscaron los de ella.

Ella se frotó la frente. —Estoy bien. Recuerdo nuestro tiempo juntos en la galería.

Recuerdo que me dijiste que me traerías aquí, pero no recuerdo nada después.

William vaciló, antes de que sus labios se extendieran en una sonrisa. —Debo haberte agotado.

—¿Me dormí en nuestro camino hasta aquí?

—Estoy seguro de que tienes hambre. Él la besó en la frente, luego se volvió hacia la puerta. —Le pediré a Lucía que prepare la cena.

Raven atrapó su mano, tirando de él. William se permitió detenerse, mirando fijamente la unión de sus manos. Era de tamaño mediano y de compleción, pero extremadamente poderosa, incluso para un vampiro.

Silenció su fuerza cuando estaba cerca de ella. De lo contrario, nunca sería capaz de contenerla.

—Estás escondiendo algo. Los ojos verdes de Raven se entrecerraron.

Él liberó su mano, estirando su brazo. —Obviamente no.

—Cambiaste el tema cuando te hice una pregunta simple. Y tus ojos están cerrados.

Miró, inmóvil, como un ciervo que intentaba evitar a un depredador.

Raven resopló. —Sé que no me diste sangre vampírica. Si lo hubieras hecho, mi pierna no me dolería. Pero es difícil creer que dormí tan profundamente y simplemente me desperté tan confundida nada más.

—A veces el olvido es una bendición. Su voz era baja. —Hay miles de cosas que me gustaría poder olvidar.

—Me estás asustando.

William pareció considerar su comentario. Él suspiró y se puso el pelo detrás del hombro.

—Ocurrió algo que pudo haber afectado tu memoria, pero esa fue una consecuencia

involuntaria.

—No me gusta sentir que mis recuerdos están fuera de mi control, ya sea intencional o no.

—¿Por qué te ves culpable?

Él retiró su mano. —La culpa es para los humanos.

—Pensaste que el amor era una emoción humana. Sin embargo, dices que me amas.

Su expresión se oscureció. —No digo simplemente que te amo, "te amo".

Miró hacia abajo, por la forma en que su pie derecho giraba en un ángulo incómodo. —

Estuvimos separados por un mes. Tú eras libre de perseguir a quien quisiera, incluido Aoibhe. No necesitas borrar mi memoria para esconderla.

—No estoy ocultando citas sexuales, gruñó William. —Aoibhe no tiene ningún interés para mí. Pensé que había dejado eso en claro. La única persona que he perseguido eres tú. La última vez que tuve relaciones sexuales fue contigo, en la parte superior de la logia. Y la vez anterior también estuve contigo, antes de que me dejaras.

—No he vivido una vida casta en este cuerpo. Pero no me dedico al despilfarro, especialmente ahora que tengo a la mujer que quiero. William le tomó la barbilla. —Te contaré sobre la noche pasada, después de haber comido y bebido algo. Mi objetivo es protegerte, no hacerte daño. Espero que llegues a creer eso.

Raven comenzó a protestar, pero se detuvo. Ella no tenía ninguna razón para no creerle. Aún así, él estaba ocultando algo y, sin importar cómo había sucedido, algunos de sus recuerdos se habían perdido.

Aunque había prometido decirle. Podría darle el beneficio de la duda, al menos hasta después de la cena.

—Necesito ducharme y cambiarme antes de la cena. Ella se tocó la falda de su vestido con consternación, notando un par de manchas.

William asintió hacia el armario. —Hay ropa para ti. Elige lo que desees.

—Debes haber esperado mi regreso.

—No esperado. Llevó su mano a su boca y la besó. —Esperado.

—¿Ducha conmigo?

William parpadeó. —¿Perdón?

Raven frunció los labios. —Supongo que no había pensado en eso. ¿Los vampiros se bañan?

—Por supuesto. Olió. —Nuestro sentido del olfato es muy agudo. Algunos de mis hermanos tienen un acercamiento flojo con respecto a la limpieza, pero me encargo de

evitarlos.

Raven arqueó una ceja y continuó. —Es verdad. Hace unos siglos, un Highlander y uno de sus parientes cercanos solicitaron unirse a mi principado. Los rechacé solo por el olor. Raven se rió, el sonido feliz llenando el gran dormitorio principal.

Él parecía pensativo. —Nunca me he duchado con otra persona.

—No lo hice, tampoco. Pero suena divertido.

William se rió entre dientes y la siguió hasta el baño en la suite.

Cuando se acercó al umbral, miró por encima del hombro y notó que él estaba mirándole la pierna herida. De repente, ella sintió calor, y no de una manera agradable.

—Sé que es feo.

Él se detuvo. —¿Qué es feo?

—Mi pierna. La forma en que camino. La noche en que esos hombres me atacaron, uno de ellos me llamó Quasimodo.

—¿Quasi modo? Eso es una tontería.

—No estaban hablando en latín. Quasimodo es el nombre del jorobado de la novela de Victor Hugo El jorobado de Notre Dame.

—¿Y te llamaron así? El tono de William era agudo.

—Acabo de recordarlo ahora.

—Me alegro de haberlos matado, por su blasfemia y por todo lo demás.

—Me alegra que me hayas salvado, William. Siempre estaré agradecida por eso. Pero lamento que los hayas matado. Dio media vuelta y entró al baño.

William frunció el ceño, recordó al prisionero que tenía en su mazmorra unos pisos más abajo. Siguió y encendió la ducha, ajustando la temperatura del agua. Él la llamó para probarla.

Los vampiros podían sentir calor y frío, pero solo vagamente. Le preocupaba que el agua estuviera demasiado caliente.

Raven vio como él eficientemente desvestido, doblando prolijamente cada artículo de ropa negra (a excepción de la ropa interior, que nunca usaba) y colocándolos en el tocador.

Ella se sacudió la pelusa imaginaria de su vestido mientras él estaba parado frente a ella, desnudo.

Tenía menos de seis pies de alto, su cuerpo delgado y fuerte. Raven se tomó un momento para apreciar la definición de su musculoso pecho y abdomen y el fuerte molde de sus muslos. Ni siquiera una estatua tallada por el escultor más talentoso podría crear

un ser con tanta perfección. Su rostro le recordó a un ángel, con sus intensos ojos grises que ahora la miraban expectantes.

Ella ocultó su cara. —Dijiste que me amabas.

—Yo sí. Además, lo dije en serio.

—El amor es algo peculiar. Lo he visto. Incluso lo aplaudí. Pero nunca creí que fuera para mí.

—¿Por qué una joven bella y feroz no debería esperar el amor?

—Porque, como dices, los seres humanos son superficiales.

—El amor es profundo. Su agradable voz hizo eco en el baño.

—El amor es tener el poder de destruir a otra persona.

William se acercó. —¿Tienes miedo de ser destruida?

—Destruída, consumida, traicionada. Ella jugueteó con el escote de su vestido.

William colocó su mano sobre la de ella, deteniéndola. —El amor crea; no destruye.

Sus labios encontraron el lugar donde su cuello se encontraba con su hombro. La besó sin prisa, trazando el camino de su clavícula desnuda con la boca. Sus dedos rozaron su cremallera. —Permíteme.

Él le desabrochó el vestido y lo dejó caer sobre las baldosas de mármol. Su sujetador siguió. Finalmente, ella estaba tan desnuda como él, y sus ojos recorrieron su cuerpo apreciativamente. —Aquí hay una fiesta para mis sentidos y mi corazón.

Sus dedos pálidos acariciaron su mejilla, su boca y su cuello. Sus fuertes manos ahuecaron sus pechos, su abdomen y sus caderas. Finalmente, sus ojos grises se encontraron con los de ella.

—El poder que describes es el poder que tienes aquí. Le tocó la frente antes de mover su mano para cubrir su corazón. —Y aquí. Es el poder que tienes sobre mí. Poder que no he cedido a otro desde que era humano. Él llevó sus labios a su oído. —Tus miedos son compartidos.

Con un lento beso en su cuello, la condujo a la ducha, de pie detrás de ella debajo de un cabezal de ducha de lluvia. Raven cerró los ojos y levantó la cara, como una flor siguiendo el sol. El agua tibia le empapó el pelo y se escurrió por las generosas curvas de su cuerpo.

—Nunca me he duchado con otra persona. ¿Qué pasa después? William apoyó las manos en sus hombros.

Se secó el agua de la cara. —Lo que quieras. Solo no me dejes caer.

La mirada de William cayó sobre su pierna derecha, que ella estaba favoreciendo. —¿Es



terrible el dolor?

—Es peor después de haber estado acostada. A veces me caigo.

William extendió su brazo alrededor de su cintura, atrayéndola hacia su pecho.

—Entonces debo asegurarme de atraparte.

Ella lo besó, extendiendo la mano para pasar sus dedos por su cabello mojado mientras el agua caía por sus hombros. Sus movimientos estaban llenos de un entusiasmo nacido del amor y el afecto y el alivio de recordar que ella no lo había perdido.

Él era de ella.

Incluso, ahora desnudo, con un alto número de imperfecciones, donde pocos hombres la veían, la abrazó. Él abrazó sus imperfecciones.

El la amaba.

Sus frías manos quemaron su piel, extendiendo los dedos sobre su abdomen y trayendo su trasero en contacto con lo que se levantaba entre sus caderas. Ella le dio su peso y él se mantuvo firme, mordisqueando y lamiendo sus labios antes de seducirla para que entrara en su boca.

Recibió la intrusión por un momento o dos, luego, con un gruñido, la hizo girar, presionando sus pechos juntos.

Raven alzó la vista ardientes hacia sus ojos grises.

—¿Estas segura?

Ella asintió.

—Necesito las palabras, Raven. Necesito saber que quieres esto.

—Te quiero.

Él tomó su boca, su lengua alternativamente penetrando y retrocediendo en un ritmo sensual. Ella inclinó su cabeza, dándole la bienvenida, mientras el agua continuaba corriendo. Las manos vagaron por la piel resbaladiza cuando sus cuerpos inferiores se alinearon. Ella tocó su cuello, sus hombros, sus bíceps, sosteniéndolos con fuerza en un esfuerzo por mantenerse en pie.

William no era un amante domesticado. En sus brazos, ella sintió su control, su deseo y la guerra que se libraba entre los dos. Pero nunca la había lastimado y siempre había centrado su atención en dar placer antes de tomarlo. Por lo general, más de una vez.

—Eres un sueño. Suspiró. —Un sueño de amor que nunca pensé que tendría.

Sus ojos ardieron en los de ella. Sin previo aviso, él la levantó, tirando de sus muslos alrededor de sus caderas. Él bajó su boca a sus pechos, saboreando y bromeando antes de chupar gotitas de agua de su ansiosa carne.

Ella envolvió sus brazos alrededor de su cuello, sintiéndolo ansioso entre sus piernas. Él la levantó más alto, con las manos debajo de su trasero, asegurándose de que estaba alineado correctamente.

—Respira, ordenó, con los ojos clavados en los de ella.

Aquí estaba el vampiro, orgulloso y poderoso, tambaleándose al borde del control. Él mostró sus dientes como por instinto y su pecho retumbó.

—Solo no me rompas, susurró, apartándose un mechón de pelo rubio de la frente.

La expresión de William se hizo aún más feroz.

—No te romperé. Cualquier daño que te haga, prometo sanar.

Él tragó su respuesta con su beso. Luego, con un solo empuje, la penetró.

Sus besos fueron tan feroces como sus movimientos cuando empujó dentro y se retiró, una y otra vez. Su agarre en su trasero se tensó cuando la levantó y la movió en concierto con su propio movimiento.

Raven se aferró a él, su mano se arrastró hasta la parte inferior de su espalda para poder empujarla más profundamente. No es que él necesitara el aliento.

Sus pechos rozando contra su pecho, la fricción despertó la excitación. Ella ignoraba los cálidos chorros de agua, los olores de jabón y William y el molesto malestar de su pierna y tobillo.

Su foco estaba en sentir mientras la llevaba rápidamente al borde del orgasmo.

Antes de que pudiera señalar lo cerca que estaba, ella llegó al clímax, su mano agarrando su cuello mientras echaba la cabeza hacia atrás. William siguió su ritmo hasta que ella terminó, su boca cayó sobre sus pechos y se llevó uno a la boca.

Cuando abrió los ojos, lo encontró mirándola con avidez.

—Solo he comenzado, dijo con voz ronca. —Respira.

## CAPITULO 7

William se levantó de la cama, sin molestarse en cubrirse. Había pasado dos horas intensas con Raven, ahora estaba envuelto en una sábana, luciendo relajado y feliz. En la mente anticuada de William, ninguna de sus actividades constituía hacer el amor. El amor era algo que existía o no; no fue hecho y ciertamente no por la experiencia (ciertamente exquisita) de los cuerpos que se unen.

Pero deseaba a la mujer curvilínea que lo miraba por encima del borde de su copa de vino. Tenía hambre de ella, cuerpo y sangre, con un anhelo que rayaba en desesperación. Él también la amaba.

No pudo evitar comparar su estado actual con el de la noche anterior: las lágrimas, los llantos y luego el castigador silencio. La evaluación de Stefan sonó en sus oídos. Mientras se sentía aliviado de haber despertado en su sano juicio, le preocupaba cómo reaccionaría cuando le contara sobre su padrastro. También estaba ansioso por su reacción al uso del control mental, a pesar de que se sentía justificado para usarlo. Estas ansiedades ensuciaron su estado de ánimo.

—¿Qué estás haciendo? Raven colocó su copa de vino junto a un plato de comida que había consumido perezosamente después de su acoplamiento.

—Vestirse, se entrecortó poniéndose un par de jeans negros (sin ropa interior). Él le daba la espalda mientras abrochaba una camisa de vestir negra, metiéndola meticulosamente en sus jeans.

—Has terminado conmigo.

En su tono, William giró alrededor. Raven parecía como si hubiera sido golpeada.

—Nunca terminaré contigo. Él suavizó su voz mientras sus ojos recorrían su cuerpo.

—Pero tus pechos son tiernos y también lo es la carne entre tus piernas. Tengo que esperar.

La mano de Raven cayó a su abdomen inferior. —¿Lo notaste?

—¿Es esa una pregunta genuina? ¿O estás asumiendo que simplemente te usaría hasta que expiraras?

Ella se dio vuelta, haciendo una mueca ante su enojo.

—Perdóname. Apretó los dientes. —Debería haber explicado que me estoy vistiendo porque debo alimentarme.

—Te vuelves irritable cuando tienes hambre. Así lo noté. Raven le lanzó una mirada irónica. Se sentó junto a ella en la cama y le dio un beso arrepentido a los labios.

—Podrías alimentarte de mí, sugirió.

—Siento la necesidad de algo más fuerte. Sus ojos se movieron hacia donde estaba su mano, descansando en su regazo.

—Me alimentaré de ti otra vez. Pronto.

Ella señaló vagamente hacia donde su mirada se había posado.

—Absolutamente. El borde de su boca apareció. —Creo que tu carne hinchada se beneficiaría de la frialdad de mi lengua. Cuando llegue el momento, probaré la sangre que fluye por tu muslo.

Raven se quedó boquiabierto.

William disfrutó su curiosa sorpresa. También disfrutó de verla envuelta en una de sus sábanas. Era una imagen que debería ser capturada en una pintura y colgada en su pared. Se preguntó si sería capaz de confiar en un artista para pintar a Raven en un momento tan íntimo, incluso si su desnudez estaba cubierta.

Rápidamente, se dio cuenta de que no lo haría.

—Únete a mí en el salón. Lucia te dirigirá.

—¿Que debería vestir?

Hizo un gesto hacia la sábana.

Ella frunció. —No puedo bajar las escaleras de esta manera.

—Esta es mi casa. Puedes ponerte o no, usa lo que quieras.

Ella tiró de la tela alrededor de ella con más fuerza. —Incluso si fuera Halloween y estuvieras organizando una fiesta de togas, no caminaría envuelta en una sábana.

William estaba desconcertado por su comentario, pero no se molestó en preguntarle. Se movió hacia el armario y barajó algunas prendas. —He estado esperando verte en esto. Colocó un largo camisón de satén negro sobre la cama.

El vestido era elegante pero sensual, con una espalda hundida que expondría la hermosa piel de Raven hasta la parte superior de su trasero. El frente era casi tan atrevido, con una V profunda que resaltaría sus generosos pechos.

Raven lo miró con las cejas levantadas. —¿De Verdad?

—También hay una bata, que en mi opinión es innecesaria. Ven a mí cuando estés lista y te contaré lo que sucedió anoche. Trató de mantener el tono ligero, pero sabía que había fallado.

Raven miró fijamente el provocativo satén que estaba cubierto casualmente sobre la cama y asintió.

William se retiró a la bodega que estaba debajo de la villa, sorroa a los gritos y al llanto

que emanaba de la mazmorra. No sintió ningún remordimiento por mantener preso al pedófilo. Siempre había despreciado a los pedófilos y había prohibido la práctica en su principado.

La bestia que yacía en la celda por el corredor que había violado a la joven hermana de Raven. William había leído los informes. También había visto fotografías de las heridas de Raven.

Él conocía la oscuridad. Él conocía el mal. Pero también sabía que había aspectos que iban más allá de cualquier cosa que él pudiera entender. No perdió el tiempo tratando de resolver los acertijos del mal. El mal tenía su propia lógica y no era algo que él, dado su propio código moral, pudiera entender.

Y los humanos piensan que somos monstruos.

Había visto muchas cosas desde el siglo XIII. Muy poco en la historia humana que lo sorprendió o conmocionó, envuelto en una capa de indiferencia. Sin embargo, él no era indiferente a Raven ni a su sufrimiento.

Lamentó no haber matado al pedófilo cuando tuvo la oportunidad. Un certificado de defunción hubiera sido un excelente regalo de cumpleaños. ¿Por qué diablos había dudado?

William murmuró una maldición. Él sabía por qué.

Mientras su mano se cernía sobre las cosecha más valiosas en su bodega, hizo una pausa. Sería fácil, demasiado fácil, matar al pedófilo y mentirle sobre eso. Pero Raven ya había demostrado que podía ver cuándo estaba siendo engañada.

Necesitaba sangre de vampiros viejos para fortalecer su resolución, a fin de encontrar las palabras para decirle a Raven a quién mantenía en su mazmorra. Además, tendría que confesarle de usar control mental sobre ella. No estaba esperando esa conversación o sus consecuencias inevitables.

Sus manos se cerraron sobre una apreciada botella, elegida por la fuerza que su dueño original poseía.

William necesitaba la sangre de un viejo mentiroso, hace tiempo muerto, para darle el coraje de decir la verdad.



Poco tiempo después, se sentó en una gran silla frente a la chimenea, frunciendo el ceño. La tarde de verano era demasiado cálida para el fuego, pero a William le gustaba. Algo sobre la vista, el sonido y el olor lo confortaban.

Raven no se quejó del calor. Ella se sentó a su derecha en una silla a juego, su pierna sana se curvó debajo de ella, bebiendo un vaso pequeño de Vin Santo.

Casi había terminado. Trató de beber discretamente, para no molestarla. Pero estaba decidido a no ocultar su alimentación de ella.

—¿Es bueno? Hizo un gesto hacia la ornamentada copa de oro en su mano.

—Muy. Levantó la bebida como en un saludo. —Es del Príncipe de Florencia anterior. ¿Te gustaría probar?

—No, gracias.

—Eso es probablemente sabio. Tenía vicios en abundancia.

William bebió con moderación antes de volver a colocar la copa sobre la mesa. Para los vampiros, la sangre y el sexo van juntos. Ahora que había alimentado un apetito, sintió otro aumentar. La lujuria era sin duda uno de los vicios del viejo príncipe y William sintió que palpitaba en su sistema.

Se entregó al lujo de admitir la apariencia de su amante. Su largo cabello negro era ondulado y se había secado al aire. Su piel tenía el brillo luminoso de una mujer bien mimada y sus ojos verdes eran brillantes y claros.

Se descubrió a sí mismo mirando los pechos que se derramaban sobre el profundo escote de su vestido. Estaban maduros y tentadores. Él se pasó la lengua por los labios, recordando su sabor en su lengua.

Raven dejó su bebida a un lado e hizo un gesto hacia la habitación oscura, iluminada como estaba por el fuego y una sola vela que ardía en la mesa junto a ella.

—Estoy empezando a pensar que no te gusta la electricidad.

Lentamente, el vampiro levantó sus ojos para encontrarse con los de ella. —Estamos más cómodos en la oscuridad.

—Lo siento.

—La luz brillante me molesta, confesó, las palabras que salieron de su lengua.

Ella tenía esa forma de mirarlo con los ojos grandes, que le impulsaban a revelar sus secretos.

—No sabía. Raven arrugó las cejas con preocupación. —Mantuviste las luces encendidas arriba.

—Quería verte.

Ella sonrió sin entusiasmo e hizo un gesto hacia su bebida. —La sangre de vampiro no parece afectarte.

—Eso no es verdad. William se relajó en su silla. —Los vampiros no son humanos, por lo que la sangre no nos afecta de la misma manera. Pero ingerir sangre de un vampiro poderoso aumenta mi fuerza. Y mi libido, agregó, pero solo para sí mismo.

—¿Es por eso que eres resistente a las reliquias? ¿Porque bebes sangre de vampiro? William comenzó, pero rápidamente trató de cubrir su reacción. —No.

—Me dijiste que no sabes por qué eres diferente de los demás: por qué puedes caminar a la luz del sol y en tierra santa. ¿Pero sabes por qué eres resistente a las reliquias? William se obligó a adoptar una expresión neutral. —Tengo una hipótesis, pero no una prueba demostrada.

—Estoy ansiosa por escucharlo. Se puso más cómoda en su silla.

Su mirada se dirigió hacia su cuello. —No esta noche. Tenemos cosas más importantes de qué hablar.

Ella se encogió de hombros y bebió su bebida, escondiéndose detrás de su vaso. William tuvo la impresión de que había sido probado y había fallado.

—No he compartido mis secretos con nadie. Miró sus manos, dándoles la vuelta a la luz del fuego.

—¿Es por eso que manipulaste mi memoria? ¿Porque descubrí uno de tus secretos?

—No. La respuesta de William fue aguda.

Levantó su copa. —La historia sobre las reliquias involucra la noche en que fui cambiado. Fue un tiempo oscuro.

Nunca he hablado de eso.

—En cuanto a la sangre, sí, me hace más fuerte. Pero yo soy viejo y sus efectos son menores de lo que serían si un joven lo ingiriera. Vació el vaso en dos tragos antes de hacer contacto visual con ella y lamerse los labios.

Raven se miró la boca, pareciendo a la vez repelido e hipnotizado. —¿Por qué tengo la impresión de que tratas de seducirme?

—Porque no hay nada más que quiera que llevarte ahora. Podría invitarte a mi regazo y hacer que tengas placer o nos podríamos acostar en el suelo, junto al fuego.

Raven vaciló, las palabras de su hermoso y talentoso amante es más que una tentación.

—Te pedí que me dejaras entrar. Tú dijiste que lo harías.

—Algunos conocimientos son peligrosos.

—Bien. Parecía frustrada. —No voy a discutir sobre cada pieza de información que se niega a compartir. Hablemos de amnesia. La última vez que tuve problemas de memoria fue cuando me diste sangre de vampiro.

—Tuviste una lesión en la cabeza. Es posible que la pérdida de memoria haya sido causada por eso.

—¿Entonces la sangre de vampiro no siempre causa pérdida de memoria?

—Puede causar pérdida de memoria, sí, pero la euforia es su efecto secundario más común.

Ella cruzó los brazos sobre su pecho. —No me siento particularmente eufórica en este momento. ¿Qué paso anoche?

Dirigió su atención al fuego, como si sus llamas le dieran coraje y sabiduría que él requería. —Antes de comenzar, necesito saber cómo te sientes.

—Me siento bien. ¿Por qué sigues preguntándome eso?

Él escaneó su rostro. —No te sientes. . . ¿perturbada?

—Me molesta que sigas evadiendo mis preguntas.

Él suspiró. —Entonces comencemos. ¿Recuerdas haber negociado conmigo por la vida de Emerson?

Raven se aferró a su corazón y las fosas nasales de William se llenaron con el aroma de su súbito pánico.

—No mataste al profesor Emerson, ¿verdad? No después de que prometiste que no lo harías.

Los ojos grises de William la inmovilizaron en su silla. —Cumpló mis promesas, como explicaré en breve. Le hice una visita en Umbría. Él y su familia están vivos, pero la Sra. Emerson necesita un médico.

Raven lo miró horrorizado.

Sacudió la cabeza. —Tu no entiendes. Ella tiene algún tipo de enfermedad. Lo sentí por el olor y le informé a su esposo. Como dije, mantengo mis promesas. Accediste a contarme sobre el "accidente". Ante esto, él miró su pierna derecha. —Acepté salvar a los Emerson. El día después de nuestra conversación, envié a Luka a América para hacer averiguaciones.

—¿Preguntas sobre los Emerson?

—No, sobre ti.

—¿Pensaste que lo inventé todo? Ella deslizó su pierna por debajo de ella, colocando ambos pies en el suelo.



—De ningún modo. De hecho, creí que me habías contado solo parte de lo que sucedió. Ella hizo una mueca. —Te dije lo suficiente.

—Por razones que revelaré en un momento, ordené a Luka llevar a cabo una investigación exhaustiva. Me proporcionó registros judiciales, declaraciones de testigos, transcripciones y archivos médicos.

El color se desvaneció de las mejillas de Raven. —Pero son confidenciales.

—El dinero puede ser un poderoso motivador. Cuando falla, Luka usa más medios creativos.

Raven cerró los ojos y se alejó de él en su silla.

Su voz se hizo suave. —Vi los informes y las fotografías. Lo que vi me enfureció más, Cassita. Me dolió. Más de lo que puedo expresar adecuadamente. Sostuviste mucho más que solo caer por las escaleras mientras protegías a tu hermana. Hubo hematomas en la parte superior de los moretones y lesiones en los brazos.

Inconscientemente, Raven tocó su brazo izquierdo debajo del arco. William siguió su movimiento con ojos vigilantes.

—El archivo de tu hermana superó lo que me dijiste. Quería ir a Estados Unidos para tratar la situación directamente, pero por diversas razones, tenía que permanecer aquí.

—Envié a Luka a observar a tu hermana y a tu madre. Como dijiste, tu hermana tiene éxito y parece contenta con el hombre que ha elegido. Supongo que sabes sobre el reciente matrimonio de tu madre.

—Cara me dijo.

—Si hubiera sido por mí, hubiera matado a tu madre. Ningún adulto razonable podría haber ignorado lo que estaba pasando en su hogar. Ella optó por ignorar los signos y por eso debería ser castigada. Sin embargo, me pediste que no la lastimara. Pero tu padrastro...

Raven se puso de pie y lo interrumpió. —Eso es suficiente.

Ella le dio la espalda, levantando la bata que había arrojado descuidadamente sobre el respaldo de su silla. Se lo puso, cubriendo la mayor cantidad de escote posible antes de anudar el cinturón con fuerza.

—Me parece deprimente que solo estés dispuesto a compartir la menor información sobre ti, pero te sientes obligado a enviar un investigador a Florida para descubrir todo sobre mí y mi familia disfuncional.

William observó sus movimientos con creciente preocupación. Podía oler el pico de adrenalina en su sangre y sintió que sus pulmones, casi superfluos como estaban, se

contraieron. Fue un sentimiento terrible: saber que estaba lastimando a la persona que amaba. Y aún no le había recordado a ella quién estaba vivo en una celda debajo de las tablas del suelo.

Tuvo que andar con más cuidado.

—No me complace relatar estos temas contigo, dijo suavemente. —Lejos de ahí. Trata de imaginar, si lo harías, lo que sería si nuestras posiciones se invirtieran. ¿Cómo te sentirías si descubrieras que tuve tus experiencias cuando eras niño?

—Probablemente me sentiría igual que tú. Pero no te haría hablar de ello, porque sabría que eso empeora las cosas. Los dedos temblorosos de Raven se dirigieron a la parte de su túnica que se abría al cuello y juntó la tela, cubriendo la base de su garganta.

—Hay un punto en esto, lo prometo. Algo te molestó anoche y, por alguna razón, tu mente lo bloqueó. Prefiero terminar mi historia aquí. Vaciló. —Pero si insistes en escuchar lo que sucedió, te lo diré.

—He llegado hasta aquí. Ella se arrastró alrededor de la silla y tomó su vaso, drenando el contenido.

—¿Te gustaría otro?

Ella dejó el vaso con un fuerte golpe. —¿Es tan malo?

Cuando él no respondió, Raven se sentó pesadamente en la silla. —Dime.

William vio cómo ella se enrolló en una bola protectora, apoyando su mejilla contra el respaldo de la silla.

Pasó una mano por su rostro. —Te hice una promesa después de nuestra conversación. Prometí que te haría justicia. Es por eso que envié a Luka a América. Descubrió que tu padrastro y sus abogados habían manipulado el sistema en relación con el incidente que las involucró a ti y a tu hermana.

Por eso escapó al castigo.

—Cuando Luka lo localizó, descubrió que el hombre había usado alias antes y después de casarse con tu madre. De hecho, el matrimonio con tu madre fue fraudulento porque ya estaba casado.

—Estaba enfermo. Eso no me sorprende. El tono de Raven era acerado.

—La investigación de Luka reveló un patrón. Durante la mayor parte de su vida adulta, tu padrastro pasaría de madre soltera a madre soltera, y se congratiría con sus vidas para poder tener acceso a los niños.

William hizo una pausa, viendo la reacción de Raven. Ella se quedó quieta, mirando al fuego.

—Tu padrastro ha estado viviendo en California con una viuda y sus hijos pequeños. Su matrimonio con ella no es válido porque todavía está casado con su primera y única esposa legal.

Ahora Raven lo miró. —Los niños, ¿es...?

—Parece que su gusto es para las niñas. Pero Luka descubrió... William se detuvo, porque el rostro de Raven había adquirido un tono verdoso. Él fue hacia ella, agachado junto a la silla. —Cassita, mírame.

Cuando ella se negó, él colocó su mano sobre su rodilla. —Esto terminó. Luka expuso a tu padrastro y al grupo al que estaba asociado. Muchos niños fueron rescatados, incluidos esos niños. Todos los pedófilos fueron arrestados.

—¿Habían muchos? Susurró ella, su expresión impresionada.

William sintió que sus pulmones se estrechaban aún más. Deseaba poder mentirle, engañarla, cualquier cosa para protegerla. Era muy posible que ella reaccionara de la misma manera que había reaccionado la noche anterior, y toda su honestidad se desperdiciaría.

Él respiró profundamente, a pesar de que era innecesario.

—Sí. Gracias a ti, los niños fueron salvados.

William vio como su mano cubría su estómago, los dedos se curvaban lentamente en un puño.

—Es porque me han herido.

—Eso es falso. Tú eres la razón por la que fui a buscarlo. Tú eres la razón por la que fueron encontrados.

—Lo dejo escapar. Si lo hubieran encarcelado en Florida, no habría lastimado a todos esos niños.

Él se levantó, inclinándose sobre ella. —No aceptes los pecados que no son tuyos.

—Ha estado haciendo esto por años. Debería haberlo detenido.

—Dime qué poder tenías cuando una niña- de- doce- años estaba en el hospital con una pierna rota.

Tu padrastro podría haber atacado a tu hermana por segunda vez, pero la sacaste de la casa. Tú la protegiste.

—Llegó a ella de todos modos. Raven se quitó la bata y se enrolló la tela alrededor de los dedos.

—Ha sido atrapado ahora. Y él no escapará.

—Pero podría haber hecho más. Más tarde, cuando tuviera la edad suficiente, podría

haber presentado otras quejas. Pude haber ido a los medios. Ella lo miró. —¿Eres rico?  
William frunció el ceño. —Sí. ¿Por qué?

—¿Qué tan rico?

Relajó su postura, colocando sus manos en los bolsillos de su pantalón. —Tengo propiedades e inversiones.

Tengo suficiente dinero en los bancos suizos.

—¿Es mucho?

Pausó. —Lo suficiente para desestabilizar Europa.

Ante su brusca inhalación, se apresuró a explicar. —He estado adquiriendo activos desde el siglo XIII. Además del robo de mis ilustraciones, nadie me ha robado nunca. Al menos, no por mucho tiempo.

—Entonces puedes ayudarlos. Ella se inclinó hacia adelante. —Puedes proteger a los niños; asegúrate de que puedan ir a la escuela. Deles la oportunidad de ver cosas bellas.

—¿Por qué?

—Porque estoy preguntando. Su expresión se volvió suplicante.

—No tengo la intención de negarme, respondió. —¿Pero por qué estás preguntando?

—Para que puedan ver una luz que brilla en la oscuridad.

William no sabía qué hacer, esta hermosa joven que llevaba su corazón por fuera. Esta dama noble, feroz y generosa que trató el sufrimiento humano como si fuera su responsabilidad para terminarlo.

Él tocó su mejilla. —Tú eres la luz que brilla en mi oscuridad. Luego colocó su mano sobre su cabeza, como un sacerdote bendice a un acólito. —Es por eso que estudiaste arte, ¿no? ¿Entonces podrías encontrar la luz?

—Cuando has estado rodeado de fealdad, no puedes evitar querer la belleza. Hice todo lo que pude para asegurarme de estar rodeada por el resto de mi vida. El padre Kavanaugh me ayudó.

William se congeló. Odiaba a los sacerdotes casi tanto como odiaba a Dios, por más de una razón. Él retiró su mano.

—Ordenaré a Luka que haga arreglos para los niños, de forma anónima, por supuesto.

—Gracias.

Se inclinó.

Raven deliberadamente cambió el tema. —¿Qué tiene que ver mi historia con anoche?

—Hubo un incidente. Estabas enojada. No te calmabas y no sabía qué hacer.

Cambió su peso de un pie a otro. —Usé el control mental.

—¿Tú qué? Raven se puso de pie, olvidando la inestabilidad en su pierna. Se tambaleó y se habría caído, pero él la atrapó. Ella empujó contra su brazo, tratando de recuperar el equilibrio. —¿Por qué harías eso?

—Escúchame. Él tiró de su brazo, tirando de ella contra su cuerpo. —Estabas llorando histéricamente.

—No tenía idea de qué hacer.

—¿Histérica? Ella colocó ambas manos sobre su pecho y empujó. —Los hombres siempre rechazan a las mujeres por ser histéricas. Es su manera de decir que nuestros sentimientos no importan.

—No te estoy descartando. Su agarre sobre ella se tensó. —Después de que dejaste de llorar, te tumbaste en la cama, mirando la pared. No te movías. No respondías. La vista de tu sufrimiento me deshizo. No podía esperar y no hacer nada. Tú, de todas las personas, debes entender.

Ella empujó contra él por segunda vez. —Eso no justifica joder con mi mente.

—¿No es así? Arriesgaste la violación y el asesinato para terminar con las golpizas de un vagabundo. Tú hablaste para proteger a Aoibhe cuando esos asesinos la acorralaron. Sus manos se deslizaron desde los codos de Raven hasta su cintura. —Arriesgaste tu vida parándote entre nosotros y los cazadores. ¿Por qué? Porque me amas.

—¿No lo ves? Yo hubiera arrojado mi brazo al fuego para aliviar tu sufrimiento.

El comportamiento de Raven se suavizó. —No puedes usar el control mental cada vez que estoy enojada.

—No fue solo por tu reacción.

—Entonces, ¿qué era?

La boca de William se cerró de golpe.

—¿Qué fue, William?, Insistió.

Él se aseguró de estar firme en sus pies antes de soltarla. Dio media vuelta y caminó hacia el fuego, colocando una mano sobre la repisa de la chimenea.

—¡Respóndeme, maldita sea!

—Tenía miedo. En el momento en que las palabras escaparon de sus labios, William deseó poder robarlas.

—¿Miedo? Repitió Raven. —Eres un vampiro. Eres un príncipe ¿De qué podrías tener miedo?

—Sard, juró, colocando su otra mano sobre la repisa de la chimenea. Bajó la cabeza, apoyándose fuertemente en su agarre.

—¿William?

—Tenía miedo de haberte roto.

## CAPITULO 8

Raven midió el perfil del vampiro y la forma en que la parpadeante luz del fuego bailaba en sus facciones. Era hermoso y terrible, un ángel oscuro y vengador con algo parecido a la angustia que irradiaba de sus ojos.

—Rompí a Allegra. Subió a la cima del campanario y saltó. Sus ojos se clavaron en los de ella. —Tenía miedo de que en mi búsqueda para darte justicia, te hubiera roto. Así que hice lo que pude para aliviar tu sufrimiento. Quise decir lo que dije arriba, Cassita. Tus miedos son compartidos.

Raven desvió la mirada, jugueteando con el nudo de su túnica.

—¿Como funciona?

Un par de zapatos negros brillantes entraron en su campo de visión, deteniéndose a unos centímetros de sus pies descalzos.

Un solo dedo levantó su barbilla.

—Es similar a la hipnosis, creo. No todos los seres humanos son susceptibles a ella. Tú, por ejemplo, eres lo suficientemente fuerte como para ser resistente.

—Entonces, ¿por qué funcionó anoche?

Él la liberó. —Porque estabas muy alterada.

Raven resopló. —Está bien, te garantizo que me hipnotizaste o lo que sea porque estaba alterada. Pero quiero que me prometas que no volverás a hacerlo.

El asintió.

—Necesito que lo digas, William.

Apretó los puños. —Lo prometo.

Ella se tensó, como si se estuviera buscando la próxima revelación. —Ahora dime exactamente por qué estaba llorando.

—Podría comenzar de nuevo. Su voz tenía una advertencia. —Tuviste una reacción extrema. ¿Qué pasa si empeora?

Raven se frotó los ojos con los talones de las manos. —Solo recuerdo partes de la semana que pasé aquí, después de que me rescataste. Incluso esas piezas son nebulosas.

—Estabas inconsciente la mayor parte del tiempo.

—Decidí que no quería revivir esos momentos. Pero necesito saber qué sucedió anoche.

—Muy bien. William asintió en dirección a su silla.

—Solo escúpelo.

Él tomó sus dedos cálidos en los fríos, acunando su mano en la suya. —Envié a Luka a buscar a tu padrastro porque tenía la intención de matarlo. Era la menor cantidad de justicia que merecías y quería darte eso. Cuando llegó el momento, sin embargo, tú y yo estábamos distanciados. Su ejecución no era una decisión que pensé que debía hacer. Los ojos de Raven se abrieron de par en par. —William, ¿qué hiciste?  
—Lo tiré por un tramo de escaleras.  
—¿Qué?  
—Le tiré del brazo, de la forma en que me describiste, él te arrancó el tuyo. Su pierna ahora está rota y sufrió, heridas menores. —La expresión de William estaba notablemente ausente del arrepentimiento. —Decidí reservar el verdadero castigo para ti. El rostro de Raven palideció y ella se apartó. —¿Dónde está él?  
William señaló las tablas del piso. —Ahí abajo.



Le tomó un tiempo a Raven procesar lo que William estaba diciendo.

—¿Está aquí?, Susurró. —¿En la casa?

—Sí.

—Tengo que salir de aquí. Cojeó hacia la puerta que conducía al pasillo.

—Está encerrado en una celda, debajo de la villa. William le siguió, hablando rápidamente. —Él nunca te hará daño otra vez, lo juro.

—¿Por qué lo trajiste aquí?

—Te prometí justicia.

—Justicia. Ella se rió con amargura. —Es demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde para la justicia. Después de convertirme en vampiro, años después de que Alicia fuera asesinada, rastree a sus asesinos y los terminé.



El labio inferior de Raven tembló. —¿Dónde estabas cuando tenía doce años?

William la atrapó y la rodeó con sus brazos. —Eres mía ahora. Nadie te toca. Nadie te lastima. Y todos los que tienen que pagar lo pagarán.

Ella se aferró a él, escondiendo su cara en su camisa. Sus brazos se apretaron alrededor de ella. —Tu reacción ante su presencia ahora es aproximadamente una décima parte de lo que era antes.

—Lo odio, William. Por supuesto que voy a tener una reacción extrema.

—Cometí un error trayéndote a él. Verlo cara a cara fue demasiado impactante.

Raven levantó su cara. —¿Yo lo vi?

—Es una bendición que no recuerdes. Creo que fue la visión de él lo que te causó tanta angustia.

Raven comenzó a temblar. Él se retiró y comenzó a frotar sus brazos arriba y abajo.

—Cassita, mírame. Hizo una pausa hasta que ella hizo contacto visual. —Estás segura. Estás aquí conmigo y no tienes que volverlo a ver.

—¿Vas a matarlo?

—O podríamos entregarlo a Aoibhe.

—¿Por qué Aoibhe?

—Ella caza y mata violadores. Dudo que le llevara mucho convencerla de que se deshaga de tu padrastro. A ella le encantaría torturarlo.

Raven parecía horrorizada.

—Cassita, preferiría ser el que lo acabe. Pero tú eres la parte lesionada. Deberías decidir.

—Nunca quise matarlo. Solo quería que Cara estuviera a salvo.

William se inclinó hacia adelante, su voz se convirtió en un susurro urgente. —Di la palabra y lo castigaré. Deja su destino a mí. No tendrás que saberlo.

—Pero lo sabría.

Sus ojos grises brillaron. —No verás remordimiento en mi cara. No siento ninguno.

Raven estaba en silencio.

Él retumbó en su pecho. —Tu padrastro merece ser ejecutado. Él te golpeó. Trató de matarte porque estabas protegiendo a tu hermana.

—Fallé, William. Ella se liberó de sus brazos, su mirada se inclinó hacia las tablas del piso.

Él apretó los dientes. —No fallaste. La protegiste, no una, sino varias veces. Y a cambio, él te arrojó por las escaleras. Di la palabra y él exhalará su último suspiro con mi mano sobre su garganta.

—Lo que le hizo a los demás fue peor.

—Entonces haz esto por ellos. Haz esto por tu hermana. Las manos de William se cerraron en puños, su cuerpo temblaba.

De repente, Raven pasó junto a él, cojeando hacia la puerta. —No puedo tomar esta decisión.

—Si no puedes, ¿quién puede?, Él la llamó.

—Cara.

## CAPITULO 9

*“Es natural condición de las mujeres desdeñar a quien las quiere y amar a quien las aborrece.”*

Un susurro de seda salió de la oscuridad, haciéndole cosquillas en los oídos a Aoibhe mientras caminaba ligeramente sobre cenizas y fragmentos de huesos. Ella cortó una figura, el vampiro alto y asombrosamente hermoso escalando el cementerio secreto que se extiende al lado de la ciudad de Florencia. El aire estaba lleno de aromas de muerte y otro aroma más agradable.

—Muéstrate, porque te mataré, y esta vez, no te prestaré el poder de la resurrección. La voz de Aoibhe era baja, el tono irlandés de su discurso daba a las palabras una cualidad musical.

Una figura encapuchada salió de detrás de un árbol e hizo una elegante reverencia.

—Buenas noches, Lady Aoibhe. Se dirigió a ella en inglés. —Te ves hermosa como siempre.

—Será mejor que sea importante. Examinó el área, sus sentidos alerta. —Es peligroso para nosotros encontrarnos.

La figura se rió. —¿Por qué deberías preocuparte? Tu cara bonita y bonitas mentiras siempre te salvarán. Si me ven, mi vida se perderá.

Levantó su nariz imperial. —Di lo que necesitas decir y sé rápido al respecto. Si llaman a una reunión de Consilium, mi ausencia será notada.

—Si el sistema de seguridad es como lo que era, ya saben que has dejado la ciudad. La figura echó hacia atrás su capucha, dejando al descubierto una melena de espeso pelo negro.

—Te ves notablemente bien para un vampiro muerto. Aoibhe sonrió.

Ibarra se movió hacia ella, pero ella lo eludió, retrocediendo varios pies.

—No me toques. No puedo volver a la ciudad oliendo a ti. Me sorprendió recibir tu misiva. Pensé que habías regresado a tu tierra natal.

Él se encogió de hombros. —Es más conveniente aquí para trazar mi venganza. ¿Qué noticias hay del principado?

—Los cazadores lograron abrirse camino dentro de la ciudad. Un grupo de ellos me atacó, pero el Príncipe vino a rescatarme.

Ibarra miró sorprendido. Abruptamente, sus oscuros ojos se estrecharon. —¿Por qué debería él venir en tu ayuda? Él se complace en matar a los miembros del Consilium. Aoibhe se preparó. —Somos aliados, él y yo. Él sabe que hay traidores entre nosotros. Y él confía en mí.

El vasco la miró con frío cálculo antes de negar con la cabeza lentamente. —¿Por qué aún no los encontraste?

—Se mantienen bien ocultos mientras arrojan sospechas sobre los demás. Vendieron los esquemas de los sistemas de seguridad a los venecianos, pero implicaron a Christopher y su gente. Ayudaron a los salvajes a entrar a la ciudad, te implicaron y provocaron tu ejecución.

—Necesitamos encontrarlos. No descansaré hasta que les haya hecho pagar. Ibarra gruñó.

—Quiero mi venganza también. Después de su muerte, se confabularon con los cazadores y les aconsejaron dónde encontrarnos al Príncipe y a mí. Apenas escapé con vida.

Las oscuras cejas de Ibarra se levantaron. —¿Tú y él estaban juntos?

Aoibhe le lanzó su largo cabello rojo. —Sí, ¿qué hay?

—Tus lealtades están divididas.

Ella escupió una maldición irlandesa. —Y tus celos son tediosos. Me prometiste lealtad, Ibarra. Te salvé la vida y guardo tus secretos. Créeme le informaré al Príncipe de que estás vivo.

Ibarra se abalanzó sobre ella, pero ella saltó hacia un lado y le mostró los dientes. —Soy el mejor amigo que tienes, vasco. No me provoques.

Él dudó. Luego, a través de un gran esfuerzo, pareció calmarse a sí mismo. —Teníamos un pacto para derrocar al Príncipe.

—Todavía tenemos un pacto. Ayúdame a destruirlo y vamos a gobernar Florencia juntos. Enfréntame, y veré tu cabeza desplegada en una espiga en el centro del gran salón. De nuevo.

Una larga mirada pasó entre los dos seres sobrenaturales. Luego, sorprendentemente, la boca de Ibarra se amplió en una sonrisa. —Eres más peligrosa que él.

—Difícilmente. Su postura se relajó, pero aún mantuvo la distancia. —Ahora, para continuar mi informe. Las fronteras parecen seguras y los cazadores han sido asesinados.

—Hay mas. Encontré un grupo a menos de cincuenta millas de aquí.

Los ojos de Aoibhe se agrandaron. —¿Se dirigen aquí?

—He mantenido mi distancia, pero podría ser persuadido para aprender más. Él examinó sus rasgos. —¿A quién sospechas de ser un traidor?

—Max está involucrado, estoy seguro de eso.

—Max es flojo y estúpido, que es mi buena fortuna. No se pudo molestar en quemar mi cadáver.

Aoibhe sonrió. —Es increíble cómo los enemigos se convierten tan pronto en aliados. Estoy de acuerdo, Max no es lo suficientemente inteligente como para montar un golpe. Alguien lo está guiando.

—Niccolò.

—Él es la elección obvia, reflexionó. —Pero ¿por qué no tomó el control cuando estábamos en guerra con Venecia? Asumió el papel de príncipe para hacer creer a los venecianos que su intento de asesinato fue exitoso.

—Él sabe que no es lo suficientemente fuerte como para derrotar al Príncipe, incluso con la ayuda de Max.

—Eso es verdad. Ella se estremeció. —Se necesitaría un ejército para derrotarlo. Cuanto más he visto de su poder, más me doy cuenta de que necesitaríamos que toda la ciudad nos ayude.

Ibarra se acercó un paso más. —¿Qué no me estás diciendo?

Ella sonrió ingeniosamente. —Nada que no sepas ya. Es un viejo, quizás el más poderoso junto al romano. Y parece tener un extraño tipo de magia que lo protege a él y a su preciosa villa.

—¿Cuál es la fuente de su magia?

—Si lo supiera, no necesitaría tu ayuda para matarlo.

La mano de Ibarra se apretó en la empuñadura de la espada que colgaba a su lado.

—Matar al Príncipe será difícil. Deberíamos comenzar con un objetivo más fácil.

—¿Quién?

—Niccolò

—Si él es el traidor, lo necesitamos vivo para que pueda hacer su trabajo, dijo Aoibhe.

—Esperemos a que caiga el Príncipe, luego lo matamos y tomamos el principado.

Los ojos oscuros de Ibarra brillaron. —No estarás viva para hacerlo.

Ella frunció. —¿Por qué no?

—¿No has leído su trabajo? Habla de eliminar amenazas a un principado antes de la transferencia de poder. Si Niccolò es el traidor, matará a todos en el Consilium excepto a su aliado más cercano antes de matar al Príncipe.

Aoibhe cerró su boca con un chasquido. —No había pensado en eso.

—Entonces necesitas mi ayuda, después de todo. Le guiñó un ojo exasperante.

—Estás perdiendo el tiempo, susurró. —¿Qué vamos a hacer?

—Estoy de acuerdo en que sería más fácil esperar y matar al sucesor del Príncipe, ya que ciertamente no será tan poderoso como el Príncipe. Pero un golpe puede fallar. Si estamos del lado equivocado, el Príncipe nos terminará. Y existe la dificultad adicional de evitar el asesinato del traidor, si decide eliminar a sus rivales.

—Haré lo mejor que pueda para seguir con vida, Aoibhe se unió secamente.

—Tenemos que descubrir al traidor lo más pronto posible. Y debemos ser precavidos, especialmente con los demás miembros de Consilium. No confíes en nadie.

Aoibhe arqueó una ceja hacia él. Se tomó un momento para examinar su entorno, la ciudad que yacía debajo de ellos, brillando como una joya, y los oscuros bosques cercanos.

—Es demasiado peligroso para ti en la Toscana. Regresa con los vascos y te enviaré un mensaje cuando sea seguro para ti regresar.

—¿Cómo tomaremos el poder si estoy a millas de distancia?

—Observando y esperando. Quien esté detrás de los ataques debe impacientarse cada vez más. Esperamos a que se revelen y les ayudamos con el golpe.

—Esa es una proposición arriesgada. Ellos pueden decidir terminar contigo primero.

Ella alisó el frente de su vestido. —Sé cómo protegerme.

—¿Qué hay de Lorenzo?

Aoibhe agitó una mano impaciente. —Me cansé de él hace más de un siglo. Estoy deseando matarlo, pero solo después de que el Príncipe esté muerto.

—¿Y qué hay del romano? ¿O la Curia?

—Ninguno de los dos interferirá a menos que nuestro conflicto se haga visible. Mientras los humanos no se enteren, estamos a salvo. Deja que los traidores se expongan al riesgo y destituyan al Príncipe, mientras esperamos al alero.

Una risa suave salió de los labios de Ibarra. —Eres mucho más astuta y peligrosa de lo que sugiere esa cara bonita.

—Los hombres me han estado subestimando por siglos. Su voz se volvió áspera. —No cometas el mismo error.

—Oh, no lo haré, justa Aoibhe. Ibarra le ofreció una mirada de evaluación. —No lo haré.

## CAPITULO 10

Raven se sentó frente a su computadora en su pequeño departamento en Santo Spirito, esperando a que su hermana respondiera a su solicitud de video chat.

Acababa de completar un boceto de San Miguel, espada en mano, listo para defender a los necesitados. Él era el santo que ella había rogado para intervenir cuando su hermana estaba siendo acosada por un monstruo. Pero el santo, si existía, había ignorado sus súplicas.

En este boceto, Miguel figuraba como un guerrero con las alas de un ángel y el rostro de un príncipe vampiro. Casi veinte años después, él había venido en su defensa. El daño, sin embargo, fue irreversible.

Su defensor estaba, en ese momento, en camino a un lugar no revelado para ocuparse del negocio del principado. Se enojó cuando ella insistió en que necesitaba hablar con Cara antes de pronunciar un juicio sobre su padrastro. Pero su ira había sido apagada, no aguda, y rápidamente dio paso a la resignación.

Estaba distraído, pensó Raven, o no habría cedido tan fácilmente. Estaba bastante segura de que sus distracciones estaban relacionadas con ella y no con el principado, porque él tenía la intención de estar a su lado mientras hablaba con Cara. De hecho, se había negado a dejarla y solo después de las repetidas solicitudes de alguien del otro lado del teléfono de Marco, cedió.

Raven creía que la culpa y el remordimiento eran emociones que experimentaba William, pero de una manera apagada. Él no entendía el peso que ella cargaba por no haber podido proteger a su hermana menor. No podía comprender la profundidad de su culpa. Eran casi las once cuando condujo con Raven hasta Santo Spirito. Podrían haber ido a pie, o más bien, William podría haber viajado a pie y haber apoyado a Raven mientras corrían por las calles oscuras. Pero él insistió en llevarse el Mercedes, como si quisiera mantenerla alejada de miradas indiscretas.

Él presionó sus labios en su frente antes de dirigirse a Marco para que la acompañara al piso de arriba. Dijo que la vería pronto y le hizo prometer que llamaría a Ambrogio si necesitaba algo.

Las entrañas de Raven se retorcieron al recordar la forma en que William la había mirado antes de salir del automóvil, casi como si tuviera miedo.

Algo andaba mal.

Ella estaba mirando el dibujo de San Miguel y su hermosa cara cuando su computadora

sonó.

La imagen de Cara llenó la pantalla.

—Feliz cumpleaños, Rave. ¿Pasaste un buen rato en tu fiesta? Los grandes ojos azules de Cara contemplaron el rostro de su hermana. —¿Que pasó? ¿Te encontraste con Bruno? Raven dejó de lado su boceto para que Cara no pudiera verlo. —No, no me encontré con Bruno. No lo veo más. Y la pasé muy bien en la fiesta.

Cara frunció el ceño. —No te ves feliz.

Raven se removió en su asiento. —Tengo muchas cosas en mi mente.

—Bueno, espero que esto te anime. Dan y yo estamos hablando de ir a verte en agosto. ¿Eso estaría bien?

—Eso sería genial. Raven sonrió y su sonrisa era genuina. —Ha pasado mucho tiempo desde que te vi.

—Te ves diferente. Cara se inclinó hacia la cámara de su computadora. —¿Has perdido peso?

—Un poco. Raven se movió incómodo.

—Te llamé ayer pero no respondiste. Te envié un regalo. ¿Lo conseguiste?

—Aún no. El correo puede ser lento.

—Cuando llegue, házmelo saber. Creo que te gustará. Cara se recostó en su silla. —¿Que pasa?

Raven luchó por encontrar las palabras correctas.

—En serio, Rave. Dime qué sucede. Cara sonaba impaciente.

Con un suspiro, Raven decidió dejar escapar el problema. —Alguien me contactó acerca de David.

—¿David quién? Cara descaradamente movió un mechón de largo cabello rubio sobre su hombro.

—David, el que estaba casado con mamá.

Los ojos de Cara se encontraron con los de su hermana. —¿Por qué alguien te contactaría sobre él?

Raven miró su dibujo de San Miguel mientras trataba frenéticamente de crear una mentira creíble.

—Um, un investigador privado estaba investigando a David, y se enteró de nosotros. Dijo que David estaba casado con otra persona antes de casarse con mamá.

Cara se encogió de hombros. —Lo sabíamos. Era un viudo, ¿recuerdas?

—El investigador dijo que su primera esposa todavía está viva. Todavía están casados.



Cara inspeccionó sus uñas, que estaban pintadas de un rosa pálido. —Entonces él era bígamo. ¿A quien le importa? Mamá se divorció de él y se casó con Stephen. No dejes que un idiota te desanime.

—Se supone que debes celebrar tu cumpleaños y divertirte. ¿Hubo chicos guapos en la fiesta?

Raven estudió la cara de su hermana. —¿A quien le importa?

—Sí, Rave, a quién le importa. No menciones esa vieja mierda. Es hora de dejarlo ir. Cara adoptó una voz cantarina y comenzó a repetir las últimas tres palabras.

Raven interrumpió. —David era parte de una red de pedófilos en California. Es por eso que estaba siendo investigado.

Cara examinó sus uñas una vez más. —¿Está él en la cárcel?

—No exactamente, cubrió Raven. —El investigador lo tiene.

Ahora Cara hizo contacto visual. —¿Qué quieres decir con que el investigador lo tiene? ¿Cómo lo sabes?

—El investigador me lo dijo. Alguien quiere que David pague por lo que le hizo a esos niños, y no por ir a la cárcel.

—¡Eso es una locura! Cara estalló. —¿Quién es ese chico?

—Olvida eso. El investigador quiere mi opinión. ¿Qué debería decirle?

—¿Acerca de?

—Acerca de lo que debería pasarle a David. Sobre lo que queremos que le suceda a él.

—¿Tienes alguna idea de lo loco que suena esto? Un tipo te contacta de la nada y le pregunta qué es lo que quieres que le hagan a tu padrastro. Eso es asombroso. Tienes que llamar a la policía.

Raven estudió a su hermana. —¿Es eso lo que quieres?

—¿Qué importa lo que quiero? Esto no tiene nada que ver conmigo. Estoy hablando de lo que debes hacer.

—Vio los registros policiales.

Cara se apartó de la cámara y comenzó a hurgar en su bolso. —No hay nada que ver.

—Cara, susurró Raven.

Los ojos de Cara se movieron hacia los de su hermana y, por un momento, Raven creyó ver el reconocimiento.

Su hermana recuperó lo que parecía un tubo de lápiz y comenzó a pintar su boca con él.

—Tienes que llamar a la policía. El chico que te llamó es un loco. ¿Cómo te encontró?

Tienes un nombre diferente.

Raven se erizó. —Él no está loco. Él me encontró porque es bueno para encontrar cosas. Él quiere escuchar lo que pensamos. Él nos está ofreciendo justicia.

—¿Justicia? Cara se rió. —Un lunático se te acerca y dice que tiene a nuestro padrastro, y ¿quieres consejos sobre lo que debería hacerle? No puedo creer que no hayas llamado a la policía ya.

—No éramos los únicos hijos que lastimó. Raven se inclinó hacia la cámara. —Pero somos los mayores.

—El investigador quiere darnos el cierre.

Cara arrojó su lápiz labial en su bolso y se movió fuera del alcance de la cámara.

—No hay nosotros, Raven. Solo eres tú. Quieres que un extraño haga Dios sabe qué hacer con David. ¿Por qué? ¿Porque tuviste un accidente y te caíste por las escaleras?

—No me caí por las escaleras. ¡Él me empujó!

—Sí, sigue diciéndote eso a ti misma.

El dolor atravesó en medio de Raven al escuchar las palabras de su hermana. —No me importa. Ella agarró la pantalla de su laptop con ambas manos. —¿Estas escuchando? Nunca era sobre mí. Era sobre ti.

—No era necesario.

—Alguien tenía que protegerte.

—¿Protegerme de qué?

—¡Por lo que te hizo!, Gritó Raven.

—¡Él no hizo nada! Cara golpeó sus manos en el escritorio. —¿Cuántas veces tengo que decírtelo? ¡No pasó nada! Él nunca me tocó. ¿Escuchaste? ¡Él nunca me tocó!

—Cara, logró Raven. Cara volvió la cara y comenzó a llorar. Raven alcanzó la pantalla.

—Lo siento.

—¿Qué diablos está pasando? Dan, el novio de Cara, apareció a la vista de la cámara. Trató de abrazarla, pero ella lo apartó.

—¡Jodete, Raven! Se giró hacia la cámara, su rostro llenando la pantalla. —Que te jodan

—Cara, lo siento. Si pudieras... La súplica de Raven fue interrumpida por la desaparición de Cara y el sonido de una puerta que se cerró de golpe.

—¿Qué acaba de pasar? Dan se agachó para poder ver la cara de Raven en la computadora.

—No quise molestarla. Estábamos hablando de nuestro ex padrastro. Me acabo de enterar de que era parte de una red de pedófilos en California.

Dan maldijo. —¿Por qué le dijiste eso?

—Quería saber cómo se sentía al respecto. Quería saber qué le daría un cierre.  
Se puso de pie, de cara a la puerta. Los sonidos de los sollozos de Cara todavía se podían escuchar en el fondo. Se movió hacia la computadora una vez más. —La molestaste.  
—Estaba tratando de ayudarla.  
—No quiero que saques esa mierda otra vez.  
—Ella es mi hermana. Raven sintió una lágrima deslizarse por su mejilla.  
—Ella no necesita tu ayuda. A Cara no le pasó nada y quiero que dejes de intentar convencerla de que así fue.  
—Dan, yo-  
—Mantente fuera de nuestras vidas. Eso es todo, Raven. Lo digo en serio.  
Antes de que Raven pudiera protestar, Dan terminó la conversación.  
Por un largo tiempo ella se sentó, mirando la computadora. Luego caminó hacia su cama y se metió bajo las sábanas, tirándolas por encima de su cabeza.



Gregor se alejó de la ventana del dormitorio de Raven y trepó al techo. Saltó de edificio en edificio con la intención de informar al Príncipe sobre lo que le acababa de pasar a su mascota.  
En verdad, estaba confundido. No entendió el tema del argumento ni su contexto. Sin embargo, estaba claro que la mascota estaba angustiada, lo que significaba que necesitaba informar ese hecho con prisa.  
Cuando bajó al nivel de la calle y se acercó a una de las entradas secretas al inframundo, aceleró el paso con la esperanza de que la mascota no se lastimara antes de poder entregar su informe.  
Él quería mantener su cabeza.

## CAPITULO 11

Esto es perturbador. El príncipe dobló el informe escrito a mano y lo colocó con cuidado en su escritorio.

Estaba sentado en una de sus habitaciones personales cerca de la cámara del consejo que estaba en el corazón del inframundo. Un conjunto de velas oscilantes se encontraba a un lado, la única iluminación en el espacio oscuro.

—Si mi señor. Es por eso que pensé que deberías verlo de inmediato. Niccolò se paró frente al escritorio. Su rostro mostraba una intensa concentración mientras observaba la reacción de su regla.

—¿Qué noticias hay de Roma? El Príncipe puso su mano sobre el informe, como si presionando hacia abajo pudiera disminuir su amenaza.

—Ninguna. Como de costumbre, el romano parece operar sin la interferencia de la Curia. Si recuerdas, el teniente romano le dijo personalmente a Lorenzo que el apoyo de Roma termina cuando comience la participación de la Curia.

—Soy consciente de eso. La mano del Príncipe se cerró en un puño. —También soy consciente del hecho de que Roma es el aliado de Florencia.

Una mirada de sorpresa revoloteó por las facciones de Niccolò.

—Sin embargo, continuó el Príncipe, —no queremos la Curia aquí.

—No, mi señor. ¿Si me lo permite?

El Príncipe agitó su mano en dirección a su asesor de seguridad.

—Gracias. La guerra con los venecianos se mantuvo en silencio. La Curia se enteró de eso pero no interfirió, probablemente porque estaban encantados de que dos principados estuvieran en guerra.

—Obviamente, el Príncipe comentó secamente.

—Pero el asesinato del agente de Interpol por un salvaje llamó la atención internacional. Luego estaban los cuerpos encontrados aguas abajo. Y más recientemente, los incidentes con los cazadores.

—Conozco muy bien nuestra historia más reciente, Sir Machiavelli. ¿Tienes algo nuevo para contribuir?

Niccolò pulió sus facciones, ocultando su irritación. —Perdóneme, mi señor. Ahora que está claro que los ojos de la Curia están en Florencia, puede ser el momento de promulgar leyes más estrictas sobre la alimentación y la matanza.

—Nuestras leyes ya son algunas de las más estrictas. Así es como hemos evitado su

atención.

—Es cierto, pero un gesto de rigor puede mejorar la situación.

—Nuestros ciudadanos siempre han disfrutado de su libertad, reflexionó el Príncipe.

—No habrá libertad para disfrutar si la Curia entra a la ciudad. Recuerda lo que le hicieron a Praga.

El Príncipe estaba lleno de repugnancia. Recordó los informes de cómo la Curia había entrado en Praga y había asesinado a la mayoría de sus habitantes sobrenaturales como castigo por asesinatos generalizados e indiscriminados. Fue un genocidio.

—¿Mi señor? La voz de Niccolò rompió en las reflexiones del Príncipe.

Se enderezó en su silla. —Describe su análisis y recomendaciones. Los revisaré y convocaré una reunión de Consilium mañana.

—Con todo respeto, mi señor, la proclamación debe provenir del Príncipe de Florencia y no del Consilium.

—No estoy en desacuerdo. Pero el apoyo del Consilium es útil para mis propósitos.

Niccolò hizo una reverencia. —Por supuesto, mi señor.

—Puede retirarse.

El Príncipe se acarició la barbilla mientras miraba la forma de partir de su asesor. Haría lo necesario para evitar la confrontación con la Curia. Incluso mientras hacía planes sobre cómo hacerlo, sus pensamientos se desviaron hacia cierta jovencita, preguntándose cómo le iría si su enemigo más peligroso alguna vez entraba a la ciudad.

Levantó una copia de una de las obras de Maquiavelo del escritorio y la abrió, notando con satisfacción que la misiva que había escondido dentro todavía estaba allí. Volvió a guardar el volumen en una de las estanterías, no porque pensara que alguna vez necesitaría presentar el mensaje secreto, sino simplemente porque era precioso para él. Y él quería que permaneciera oculto.

## CAPITULO 12

Cuando los primeros rayos del sol de la mañana iluminaron la ciudad, Raven se despertó y descubrió a un vampiro desnudo en su cama.

No fue un descubrimiento no deseado.

La cama era estrecha, demasiado estrecha para dos personas. De alguna manera, William se había deslizado entre las sábanas sin molestarla. Su cuerpo desnudo estaba detrás de ella, sus brazos alrededor de su cintura, sus largas piernas enredadas con las suyas.

Fue muy cómodo, a pesar de la frescura de su piel. Ella cerró los ojos y se acomodó en su abrazo.

—Me preguntaba cuándo te moverías. William se rió entre dientes en su oreja.

—Podrías haberme despertado.

—Y perder la oportunidad de hacer, lo que sea que llaman a esto?

—¿Qué?

Él le apretó la cintura. —No sé cómo se llama, la forma en que estamos juntos.

—Se llama *cucharita*.

William hizo una pausa. —Esa es una descripción extraordinariamente tonta para algo tan sensual.

Raven se rió y se acurrucó más cerca. Él presionó una sonrisa contra su cabello.

— Disfruto el sonido de tu risa. No recuerdo la última vez que lo escuché.

—No he tenido mucho de qué reírme últimamente.

Él flexionó su mano contra su abdomen, tirando de ella contra la cuna de sus caderas.

Ella suspiró. —Está bien.

—No hagas eso.

—¿Hacer qué?

—Mentir.

—No estoy mintiendo. Raven jugueteó con la vieja camiseta que llevaba puesta.

La mano de William se deslizó para cubrir la de ella. —Puedo decir cuando no estás siendo sincera. Puedo escucharlo en tu latido. Puedo olerlo a través de tu piel.

—Lo cual es extraordinariamente espeluznante y molesto, murmuró.

—Casi tan molesto como los humanos que murmuran. William mordió su oreja juguetonamente. —Cuéntame sobre la conversación con tu hermana.

Ella se retorció en sus brazos, pero él no la soltaría. —No quiero hablar de ello.

—¿Y su decisión con respecto a tu padrastro? William tocó el borde de su mandíbula, un suave toque, como si estuviera tratando de persuadirla para que lo mirara. —Lamento que tu conversación con tu hermana no fuera lo que esperabas.

—Eso es un eufemismo.

William estuvo callado por un momento. Raven casi pudo oírlo pensar. —Tú-me preocupas.

Ella reconoció su comentario como una admisión de debilidad.

—¿Por qué?

—No puedo dejar de pensar en la otra noche. Lo triste que estabas.

Los labios de Raven se torcieron. —Lo siento.

—No quiero una disculpa. No tienes nada por lo que disculparte. William se apartó el pelo de la frente, su cuerpo notablemente tenso. —Lo que quiero es cuidarte.

—Me cuidas lo suficiente. Raven se relajó minuciosamente, pensando en su ducha juntos la noche anterior. Ella sintió que su piel se calentaba.

—Quise decir con respecto a tu corazón y tu mente, no solo a tu cuerpo.

—Mi corazón y mi mente son parte de mi cuerpo, susurró.

—Por eso debo cuidar de todos ellos—. Despacio, entrelazó sus manos. Llevó su conexión a su boca y comenzó a besar las puntas de sus dedos. —Pensé que te estaba dando un regalo de cumpleaños, pero en su lugar te di una carga. Me gustaría eliminar esa carga. Pero puedo esperar.

Raven cambió de tema. —¿Que pasa contigo? Parecías distraído anoche.

—Tenemos algunas preocupaciones en el principado.

—¿Están hablando en serio?

—Sí, pero están siendo abordados.

—¿Qué tipo de preocupaciones?

Él comenzó a besarle las yemas de los dedos una vez más, atrayéndolas hacia su boca y lamiéndolas con su lengua. —No quiero que tomes los problemas de la ciudad. Tienes suficientes problemas.

—Me preocupo por ti, William. Si estás preocupado, yo también.

Él besó el dorso de su mano. —Me honras con tu preocupación.

—Entonces hónrame diciéndome por qué estás preocupado.

—Solo si estás de acuerdo en contarme sobre tu conversación con tu hermana.

Raven maldijo, su cuerpo tenso. —Está bien. Ella cedió después de una embarazosa pausa. —Vas primero.

El cuerpo de William se movió junto a ella. Él pareció sorprendido. Claramente, él no había esperado que ella estuviera de acuerdo.

—Los Vampiros son presa de dos grupos. Conociste al más débil, los cazadores. Nuestros espías nos informaron que el grupo más fuerte, la Curia, ha vuelto sus ojos hacia Florencia. No queremos su escrutinio.

Raven puso una mano sobre su brazo. —Cuando dices Curia, ¿te refieres al Vaticano?

—No precisamente, se cubrió.

—Entonces, ¿quiénes son?

—Nuestros enemigos jurados. Un poderoso grupo de seres humanos con, digamos, habilidades sobrenaturales. William observó su reacción, ladeando la barbilla en dirección a su pecho. —Esto es por lo que estaba preocupado. He hecho que tu corazón se acelerara.

—No puedes esconder secretos de mí solo porque me alteraré. No estoy hecha de vidrio. No voy a romperme.

Su expresión se apretó. —Los seres humanos se rompen fácilmente.

—Yo no.

Él acarició con un dedo la cicatriz que llevaba en la frente. —Desafortunadamente, mi amor, eres demasiado frágil. Una ruptura de cualquier parte de ti no es algo que pueda padecer.

Raven bajó los ojos y una sonrisa vacilante se dibujó en su rostro.

El dedo de William trazó la curva de sus labios. —No es algo para sonreír.

—Me llamaste amor.

—¿Y?

—Nadie me ha llamado así antes.

—Te conviene. Eres todo dulzura y corazón. Y todo mío. La besó con firmeza. —Tienes el corazón más dulce que he tenido el placer de escuchar.

Su sonrisa se hizo más profunda. —Dime tus problemas y pasaremos a cosas más dulces.

William retrocedió, su expresión cambiante. —Florencia ha evitado la atención de la Curia desde que me convertí en Príncipe, principalmente porque promulgué dos leyes, una que prohibía alimentar de niños y otra que prohibía la matanza indiscriminada.

—¿Qué es 'matar indiscriminadamente'?

—Matar a un humano cada vez que nos alimentamos. Hace mucho tiempo, convencí a mis hermanos de que la comida sería más abundante si nos alimentábamos sin matar.



Además, a nuestros ciudadanos no se les permite matar por deporte, ya que una tasa de asesinatos desproporcionada atrae la atención no deseada. Aquellos que no pueden cumplir con nuestras leyes están invitados a irse. Con la fuerza.

—Si las leyes han estado vigentes todo este tiempo, ¿por qué la Curia viene detrás de ti ahora?

—Escucharon sobre los cadáveres encontrados por el río y sobre el salvaje que mató al agente de la Interpol.

—Saben que aniquilamos la última incursión de los cazadores. Dado que todos estos eventos sucedieron en un período muy corto de tiempo. . . Su voz se apagó.

—¿Qué significa eso?

—Significa que si no les gusta lo que ven en el futuro, van a intervenir. Su rostro se volvió sombrío.

Los ojos de Raven se fijaron en los suyos. —¿Cómo?

—Enviarán un ejército y nos destrozarán.

Raven se sentó. —¿Nos matarán?

William frunció el ceño. —No tú. La Curia ha jurado proteger la vida humana, razón por la cual están ansiosos por acabar con nosotros.

—¿Puedes luchar contra ellos?

William rodó sobre su espalda y miró al techo. —Podemos intentar. Incluso podemos tener éxito en matar a algunos de ellos. Pero tienen armas de las que no podemos defendernos.

—No tomes esta pregunta de la manera equivocada, pero si tienen armas poderosas y quieren destruirte, ¿por qué no lo hicieron?

Los ojos grises de William se volvieron glaciales. —Saben que está más allá de ellos erradicar el mal.

—No eres malvado.

Volvió al techo.

Ella tocó su pecho. —¿Qué pasa con los otros principados, no podrían ayudar?

Él hizo una mueca. —La última vez que varios principados se unieron para luchar contra la Curia fue en la Edad Media. Nosotros los numeramos, razón por la cual la guerra duró tanto tiempo. Pero no pudimos vencerlos.

—La guerra causó pánico y muerte generalizados. Finalmente, se negoció una tregua, una tregua que declaraba que los vampiros vivirían bajo tierra, en secreto, y cedería el control de la población humana a los humanos. Si otro principado viniera en nuestra

ayuda en un conflicto con la Curia, rompería la tregua y provocaría una guerra mundial. Nadie quiere eso.

—Si la Curia atacara a Florencia, ¿tus vecinos se lo permitirían?

—No solo los dejarían, sino que también podrían sentir la tentación de ayudarlos si la Curia prometiera dejarlos solos.

Los ojos de Raven se abrieron con horror.

Él levantó su mano para acariciar su mejilla. —Antes de que cunda el pánico, deben saber que no hay garantía de que vendrán. Los conflictos con la Curia atraen la atención del público. La Curia prefiere operar en secreto.

—En estos momentos, ¿solo están mirando?

—Sí. Debo estar especialmente atento al principado y debo tener mucho cuidado para protegerlo.

—Lo entiendo. Raven sintió frío por todas partes. Ella se reclinó una vez más, hurgando bajo las sábanas.

—Espero que no. William tiró de ella hasta que ella se cubrió con él y estaban cara a cara.

—Espero que nunca lo entiendas. Mientras más lejos esté de ti la Curia, mejor.

—Dijiste que habían jurado proteger la vida humana.

—Sí, pero ya que te has convertido en lo que llaman un alimentador, se tomarían grandes molestias para separarnos. Pero suficiente de esto. No tiene sentido que te preocupes por cosas que quizás nunca sucedan. Él tomó sus labios en un largo y profundo beso.

—No quiero perderte, susurró Raven.

Él empujó su cabello detrás de su hombro, una sonrisa jugando en sus labios. —Es extraño ver a un humano tan preocupado con el destino de un grupo de vampiros. Por otra parte, debería haber sabido que tu beta protectora era lo suficientemente amplia como para aplicarse a varias criaturas.

—No creo en el asesinato indiscriminado. Y no me importa quién sea la Curia ni a quién creen que protegen. Los vampiros son seres sensibles y sus vidas deben ser respetadas.

—Hablado como un verdadero protector, susurró.

Sus manos se agarraron firmemente a su trasero mientras su lengua jugueteaba con la costura de su boca. Se tomó su tiempo, tirando suavemente de su labio inferior y mordiéndolo, solo para cubrir su boca con la suya y acariciar su lengua con la de ella. Cuando se separaron, Raven se sintió demasiado caliente.

William comenzó a bailar con sus dedos arriba y abajo de la curva de su columna

vertebral. —Ya basta de mis problemas.

—¿Qué dijo tu hermana?

—Estás desnudo.

Apenas reprimió una sonrisa. —No puedo imaginar a tu hermana diciendo eso.

Raven puso los ojos en blanco. —Estoy hablando de ti.

Las manos de William se extendieron sobre su trasero mientras estaba encima de él.

—Sí, estoy desnudo.

—¿Por qué?

—¿Por qué debería usar ropa cuando duermo al lado de la mujer que amo?

El corazón de Raven tartamudeó.

Por supuesto, él podía escucharlo. —¿Qué te está poniendo ansioso? ¿Desnudo o amor?

Sus dedos se abrieron paso a través de un mechón de cabello que se derramó sobre su pecho.

—Ambos.

—¿Por qué razón?

—Todo esto es muy nuevo.

La mano de William se deslizó desde su pelo hasta su espalda baja, levantando el dobladillo de su camiseta. —Me gusta cómo te sientes. Me gusta descubrir cosas nuevas sobre tu cuerpo: cómo reaccionas a mi tacto, a mi beso, a mi cuerpo cuando está dentro del tuyo. Eres un libro que merece ser leído una y otra vez.

Ella sonrió y presionó sus pechos contra su pecho desnudo, deleitándose con la fría suavidad de su forma muscular.

—Hablaemos de tu hermana más tarde. Vuelve a dormir.

—No estoy segura de poder. Al menos, no así. Raven movió su pierna herida, haciendo una mueca.

—Cariño, murmuró. En un instante, él cambió de posición, colocándola suavemente sobre su espalda y flotando sobre ella, arrodillándose entre sus piernas.

Raven sintió que se sonrojaba.

Ella miró hacia los intensos ojos grises. —¿Realmente tienes miedo de perderme?

—Sin calificación. Puso su peso sobre sus antebrazos, a los costados.

—Estamos en la misma.

William inclinó la cabeza para poder besar el oleaje de sus pechos a través de su camiseta. —No somos lo mismo. Eres una mujer suave, cálida y deseable cuyo cuerpo es una maravilla de arte divino.

Ella lo atrajo hacia abajo para poder esconder su rostro en su cuello. —Tranquilízate con los elogios, William. No estoy lista para escucharlos.

—Eso es una tragedia.

Ella lo agarró con más fuerza.

—Lo siento por tu hermana. Él habló junto a su oreja.

—Ella no me cree.

—¿Que tengo a tu padrastro?

—No, ella no cree que mi padrastro me haya atacado. Ella piensa que me caí por las escaleras.

El agarre de William sobre ella se tensó. —¿Ella no recuerda?

—Leíste los archivos. Ella está traumatizada. A lo largo de los años, intenté hablar con ella al respecto, pero mi madre siempre insertaba su versión de los hechos. Anoche quedó claro que los recuerdos de Cara están completamente reprimidos.

—Entiendo, entonces, a tu hermana no le interesa la justicia.

—Se podría decir.

Los amantes estuvieron en silencio por un largo tiempo. Eventualmente, Raven comenzó a acariciar su garganta con la nariz. —Tienes bigotes.

—Soy un hombre, en caso de que no te hayas dado cuenta. Flexionó las caderas como para demostrar su punto.

—Me he dado cuenta. Ella levantó la cabeza y rozó sus labios con los suyos. —Pero pensé que los vampiros seguían igual.

—Cambiamos de maneras ligeras. Nuestro cabello crece, al igual que nuestras uñas, pero muy, muy lentamente.

—Es bueno saberlo. Ella lo besó una vez más, antes de dejar caer su cabeza sobre la almohada.

—¿Qué vas a hacer con tu hermana?

—Espero poder reparar mi relación con ella. Algún día.

William frunció el ceño. —¿Hay alguna posibilidad de que sea irreparable?

—Ella estaba realmente molesta. Su novio me dijo que me mantuviera fuera de sus vidas.

Un murmullo mínimo se escapó del pecho de William. —¿Quieres que trate con él?

—Dios, no. Raven se encogió. —Dan es una buena persona. Está molesto porque Cara está molesta.

—Puedo hacer arreglos para que me envíen los archivos. Tendrán que admitir que estás

diciendo la verdad.

—No. Algunas pesadillas es un dolor tan grande que no se pueden sentir; solo puede ser observado. O negado. Deja que Cara tenga su negación.

—La estás protegiendo otra vez. William apretó suavemente a Raven. —Quizás este es un caso en el que no deberías protegerla.

—Ella tiene suficiente con qué lidiar. No voy a poner todo esto en ella. No hasta que esté lista.

William negó con la cabeza. —¿Así que seguirás llevando la carga de tu familia y el peso de su ira?

Sus ojos verdes se inclinaron hacia un lado. —No hay nada más que pueda hacer. Dijiste que querías quitarme mi carga. Pero es una carga que siempre cargaré, aunque mi hermana me crea o no.

—La justicia te liberará.

—¿Lo harás?

William abrió la boca como para tranquilizarla y la cerró. Él cambió el tema. —Vi el boceto en tu escritorio. Estoy seguro de que San Miguel se siente insultado por ser atraído por mi parecido, pero aprecio el cumplido.

—San Miguel no puede ser insultado, porque no es real.

—Él es, en realidad.

—¿Lo has visto? Su tono era ligeramente burlón.

—No el mismo Miguel, sino un ángel, sí.

Raven lo miró con los ojos entrecerrados, buscando cualquier señal de duplicidad. Ella no encontró ninguna. —No te creo.

Su mano se deslizó hacia abajo para descansar sobre su cadera. —Lo sé.

—Perdí mucho tiempo orando por ayuda cuando descubrí lo que era mi padrastro. Nadie me ayudó. Si hay cosas como ángeles, ¿por qué no ayudaron?

—Créeme, me he hecho la misma pregunta a lo largo de los siglos. Olvídate de ellos.

Déjame ser quien te haga justicia.

Raven le sonrió tristemente. —Ya eres mi ángel.

—Si yo fuera un ángel, mi nombre sería la Muerte.

—No, tu nombre sería William.

Sus ojos grises brillaron y él tomó su boca, besándola firmemente. Raven tenía una expresión nostálgica. —Quería que Cara fuera quien eligiera su destino. Ella es a la que tocó.

—Él también te tocó. Una mirada enojada brilló en la cara de William. —Mereces justicia tanto como ella.

—Lo que le hizo a ella fue peor. Ahora ella no quiere saber nada de mí.

—Puedes elegir por ella.

—No en este momento. Ella lo miró fijamente, una mirada suplicante en su rostro. —Solo quiero sentir.

—Entonces déjame amarte.

William tomó su boca con la suya, burlándose de ella con su lengua antes de sumergirse dentro.

## CAPITULO 13

No le molestaba a William mantener encarcelado al padrastro de Raven en una mazmorra. Tampoco le preocupaba el trato que le daba al prisionero ni las condiciones en que lo mantenían. Sin embargo, se le ocurrió tomar las palabras de Stefan en consideración, necesitaba dejar de pensar como un vampiro.

Raven no recordaba su encuentro con su padrastro la noche de su fiesta de cumpleaños, un hecho que William consideraba una misericordia. No deseaba revivir su memoria y le preocupaba que su reacción previa se repitiera.

Cuando Raven anunció que deseaba enfrentar al hombre, William discretamente le ordenó a sus sirvientes que limpiaran al prisionero y lo trasladaran a otro lugar en la villa, uno que sería menos alarmante.

Una vez más, deseó haber matado al hombre cuando tuvo la oportunidad, principalmente porque el monstruo se lo merecía. Y porque tenía la sospecha de que Raven, dada su verdadera naturaleza, sería incapaz de soportar una sentencia de muerte. Hubo un tiempo en que él también estaba lleno de misericordia. Pero eso fue cuando él era humano y estaba al servicio de un santo. Cuando el santo murió, también lo hizo la misericordia.

Extraño cómo Raven había resucitado tanta humanidad en él.

Estos fueron los pensamientos que William tuvo mientras esperaba a Raven, quien se estaba preparando mentalmente para enfrentar a su padrastro.

Se quedó admirando sus invaluable ilustraciones de Botticelli, reexaminando las figuras de Dante y Beatrice. Aunque no podía entender la preocupación de Beatrice por Dante, ahora más que nunca entendía la devoción de Dante.



Después del atardecer del domingo por la noche, Raven siguió a William por las escaleras hasta el último piso de la villa. Atravesaron un corto pasillo, deteniéndose frente a Marco, que estaba de guardia junto a una puerta cerrada.

—Puedes retirarte. William asintió con la cabeza a Marco, quien se inclinó y desapareció por la escalera.

Raven se apoyó en su bastón. —¿Ahora que?

William se volvió hacia ella. —Está adentro. Está restringido, lo que significa que no puede tocarte. Él no podrá hablar, pero puede verte y escucharte.

El corazón de Raven se saltó un latido.

—Cassita. William la inundó. —No tienes que verlo. Di la palabra y desaparecerá para siempre.

Ella levantó su barbilla. —No soy un cobarde.

—De hecho, no lo eres. La ferocidad de William se suavizó en admiración. —Has demostrado tu valentía una y otra vez. No es necesario que lo hagas esta noche.

—Alguien tiene que pedirle cuentas. Alguien tiene que hablar por los niños. Les debo eso. —Raven bajó la mirada hacia su pierna lesionada, que era visible debajo del dobladillo de su modesto vestido.

—Cara debería estar aquí.

—Eso se puede organizar.

—No.

William puso su mano en el pomo de la puerta. —Cualquier lesión o venganza que desees de tu visita con él se hará. Tú eres juez y jurado aquí. Todo el poder es tuyo.

—No me siento muy poderosa. Raven inclinó la cabeza.

—Déjame decirte lo que veo. William se acercó. —Veo a una mujer que se opuso al mal cuando era niña. ¿Quién luchó contra un hombre adulto para proteger a su hermana? Quién dijo la verdad, cuando los adultos en su vida mintieron. Quien, cuando su madre la traicionó, protegió a su hermana por segunda vez al huir de la casa.

Esas acciones te cuestan Y aún así, años después, te estás oponiendo al mal y defendiendo al débil.

Sus ojos se volvieron embrujados. —A diferencia de mí, nunca te rendiste a la oscuridad. ¿Quién es más poderoso, tú o yo?

—William, nosotros-

Él colocó una mano en su cuello. —Sé la respuesta a esa pregunta. Eres tu. Tú no eres la chica que él conocía. Ya no eres Jane. Eres Raven.



Ella se apoyó contra él y él tomó su peso.

—¿Estás lista? Susurró.

—Sí. Ella cuadró los hombros e inspiró profundamente.

William abrió la puerta. Crujió sobre sus bisagras, abriéndose hacia adentro a una pequeña habitación sin ventanas.

La habitación estaba oscura, a pesar de la lámpara que ardía en una mesa cercana. El espacio le recordó a Raven la buhardilla de un poeta, anidada como un tesoro bajo el techo inclinado.

Los únicos muebles en la habitación eran una sola silla. Un hombre estaba sentado en él. Sus manos estaban esposadas detrás de él y sus pies estaban envueltos en hierros, con una cadena corta corriendo entre ellos.

Raven notó que había estirado las piernas delante de él y que una de ellas se había torcido hacia un lado en un ángulo extraño, como si hubiera sido lastimada. Ella miró fijamente la pierna, recordando las palabras de William de la noche anterior. Empujó al monstruo por las escaleras.

Fue poético, tal vez, pero no bonito. Sintió una mano fría en su espalda baja y saltó, murmurando un improperio. William flotó a su alrededor, en su vista.

—Él no puede hablar. Pero escuchará.

Raven miró al hombre, cuya mirada se movía rápidamente de William a ella y viceversa. Tenía los ojos muy abiertos en su rostro magullado y golpeado, su pelo enmarañado y sucio. Pero su ropa estaba limpia, si rasgada.

Fue amordazado.

William se acercó al hombre y comenzó a murmurar emocionado detrás de su mordaza, su pierna ilesa temblaba y se sacudía.

—Silencio, silbó William.

El hombre se calmó de inmediato, sus ojos se movieron hacia Raven. Él la miró suplicante.

—Ella es la única razón por la que todavía estás vivo. William hizo un gesto a Raven con una floritura. —Te hubiera matado la primera noche. La tratarás a ella y a sus palabras con respeto.

El prisionero murmuró más fuerte contra su mordaza, moviéndose y retorciéndose en su silla. Por supuesto, no había escapatoria. Raven se agarró el estómago, tratando de no vomitar.

—No puedo hacer esto. Le dio la espalda al prisionero y comenzó a caminar cojeando

hacia la puerta.

William pasó rápidamente junto a ella y se detuvo en la puerta.

—Dígame qué hago con él y lo haré.

—No es suficiente.

—Entonces dime qué es.

—Quiero que mi padre regrese. Se le quebró la voz. —Quiero una hermana que no me odie y que no esté herida. Quiero que mi madre me ame de nuevo.

—Cassita, susurró, —ni siquiera Dios mismo puede darte esas cosas.

—Lo sé.

—Entonces déjame darte lo que pueda.

—Puedes matarlo. Pero luego soy una asesina. Y todavía no tendré lo que nos quitó.

—Esto no es asesinato. Esto es justicia.

El prisionero estalló, sus gritos amortiguados se elevaron a un tono aterrizado. Raven se giró y lo vio luchando en su silla, tratando de escapar.

—Estás atrapado, dijo, mirando su pierna lesionada. Sus ojos se enfocaron en los suyos.

—Eres impotente para evitar que hagamos lo que queramos contigo.

El prisionero continuó esforzándose contra sus ataduras, pero era en vano.

Envalentonada, ella dio unos pasos en su dirección, apoyándose pesadamente en su bastón. —Probablemente no me recuerdes. Yo era Jane.

El prisionero sacudió sus cadenas, ignorándola.

—Yo era Jane, pero ya no lo soy. Soy alguien más. Alguien a quien no puedes tocar.

¿Cómo se siente ser impotente? Ella levantó su bastón para señalar su pierna.

—¿Cómo se siente estar lisiado?

Hizo contacto visual con ella y la ira se elevó en su pecho.

—¿Por qué no me preguntas, cómo se siente?

—Cómo se sintió ser una niña tratando de luchar contra un hombre adulto. Cómo se sintió estar en el hospital con una pierna rota. ¿Por qué no me preguntas?

Ella golpeó su bastón en el piso, el sonido hizo eco en la habitación. —¡Pregúntame!

El hombre detuvo su forcejeo y miró a William, que estaba parado detrás de ella.

—¿Por qué no me preguntas cómo te sentí al acercarte con mi hermana? ¡Ella solo tenía cinco años!

Raven levantó su bastón y lo balanceó con todas sus fuerzas, golpeándole la pierna herida.

El prisionero aulló detrás de su mordaza.

Los hombros de Raven temblaron. —¿Qué hay de los otros niños? ¿Qué hay de las chicas en California?

—¿Por qué no me preguntas sobre ellos? Cuando abusas de un niño, no se puede deshacer. El niño nunca será lo mismo. Mi hermana nunca será la misma.

—No hay nada que pueda hacerte para que nos haga justicia. Nada nos devolverá nuestras vidas. Nada borrará lo que sucedió. Ella se inclinó más cerca. —Podría matarte. Apretó los dientes.

—Pero no soy un monstruo.

El hombre comenzó a luchar una vez más, sus ojos evitando los de ella. William se movió como para intervenir, pero Raven lo tomó de la manga. Sus ojos verdes se fijaron en los ojos de su padrastro. —No voy a matarte.

De repente, el hombre se calmó y él le devolvió la mirada.

—Esto no es misericordia. No te perdono. Espero que te pudras en el infierno pero no creo que haya tal lugar. Elijo vivir una vida que me permita dormir por la noche. Si bien tienes que vivir la vida que te quede sabiendo que la chica que arrojaste por las escaleras te protegió para que no se convirtiera en un monstruo como tú. Eso es lo mucho que te odio, maldito enfermo. Así de monstruoso eres.

Su cuerpo temblaba de ira. —Espero que vivas una vida larga y miserable con el resto de los monstruos antes de llegar allí. ¡Espero que te pudras!

Raven escupió en su rostro antes de darle la espalda. Ella cojeó lentamente hacia la puerta, apoyándose en su bastón.

—Envíalo a California para que lo puedan enjuiciar. Asegúrate de que sepan sobre todos los niños que abusó. Asegúrate de nunca volver a verlo.

William tomó su mano, deteniéndola. Sus ojos buscaron los de ella.

—Debería enfrentar a los niños que abusó y a sus familias, dijo.

—Necesitan su propio cierre. No voy a robar eso a ellos.

Raven abrió la puerta y caminó a través de ella.

## CAPITULO 14

Era después de la medianoche cuando Raven despertó en la cama de William. La habitación estaba oscura a excepción de una luz pálida que brillaba desde los jardines. A través de las puertas que se abrían al balcón, podía ver a William, sentado afuera. Él estaba sosteniendo un libro.

Raven tiró de la sábana alrededor de su cuerpo desnudo y se acercó a él, sin molestarse con su bastón.

—¿Qué estás leyendo?

Él la miró y sonrió. Su reacción fue tan espontánea, tan feliz, que le quitó el aliento.

Él le mostró el libro. —El arte de la guerra de Sun Tzu.

Ella arrugó la nariz. —¿Están tan malas las cosas en el principado?

Él tiró de su mano, tirando de ella en su regazo, y dejó el libro a un lado. —No te preocupes por eso. Sus labios encontraron los de ella en la semioscuridad.

—Está demasiado oscuro para leer. Apoyó la cabeza en su hombro.

—No para mí.

—¿Es eso lo que haces mientras estoy dormida? ¿Tú lees?

—Por lo general no. Sus dedos se escurrieron por su cabello.

—¿Qué haces toda la noche?

—La noche es nuestro día. Por lo general, me preocupan los asuntos de estado. Las noches son cuando alimentamos, socializamos, fornicamos. Su voz se hizo más áspera.

—Esa es una palabra muy pasada de moda para lo que hacemos.

—Lo que hacemos juntos es más que eso, sin dudas. Si fueras testigo de cómo mi tipo generalmente participa en el coito, notarías la diferencia.

El estómago de Raven se agrió. —No gracias.

—Eres un rompecabezas que no puedo resolver.

Ante el cambio en su tono, Raven levantó la cabeza. William la miraba con ojos ansiosos y penetrantes. Él apartó su cabello de su rostro, como si estuviera oscureciendo su visión.

—Me preocupaba que pudieras reaccionar ante tu padrastro de la misma manera que la primera noche. Estaba equivocado.

—No tengo una explicación para eso.

—Quizás, aunque no recordaras el incidente, parte de tu mente lo recordó.

Tal vez eso lo hizo menos impactante.

—Todavía fue impactante. Me sentí como si tuviera doce años de nuevo. Ella se inclinó hacia delante. —Pero estabas allí. Y sabía que nunca dejarías que me lastimara. Él tocó la manzana de su mejilla con su dedo. —No me necesitabas. Eras valiente y feroz por tu cuenta. He visto muchas cosas durante los siglos que he estado vivo. Conocí a muchas personas. Ninguno se ha resistido a mi comprensión de la manera que tienes. —No soy un misterio. Solo soy una chica promedio de Portsmouth, New Hampshire. —Lo dejas ir.

El cuerpo de Raven se puso rígido. Se dio vuelta, mirando los extensos jardines que bordeaban la villa, y las luces que brillaban tenuemente sobre ellos.

—No lo dejé ir. Lo enviamos a la policía.

—La justicia humana tiene fallas.

—¿Es mejor la justicia vampírica?"Sus ojos buscaron los suyos, desafiándolo.

—Los vampiros saben muy poco sobre justicia. En cambio, ellos solo conocen la venganza.

—Entonces mávalo. Tráelo y mávalo ahora.

William se movió tan rápido que casi se volvió borroso. La colocó en su silla y se paró frente a ella.

—Finalmente, dijo, volviéndose hacia la puerta.

—Y cuando él esté muerto y estemos parados sobre su cadáver, ¿qué habremos logrado? Él la enfrentó. —Estaría muerto y su alma estaría en el infierno.

—No creo en una vida futura. Entonces él está muerto. ¿Y que?

William miró hacia ella. —Tu vida continúa, feliz con el conocimiento de que pagó por sus pecados y no te molestará más.

—Mi vida no terminó por él. Esa idea le otorga demasiado poder.

La mirada de William se posó en su pierna herida, que asomaba por debajo de la sábana.

—Merece pagar.

—Sí, él lo hace. ¿Puede un hombre muerto sanar mi pierna? ¿Puede un cadáver borrar mis recuerdos o poner fin a mis pesadillas?

William apretó la mandíbula con tanta fuerza que Raven casi escuchó los crujidos de los huesos. —Creo que lograrías la satisfacción de su sufrimiento. Y sí, creo que tus pesadillas terminarían.

—Solo para ser reemplazado por otros diferentes: pesadillas en las que me veo obligada a mirar a un hombre cuya muerte yo causé. Raven se paró con los pies temblorosos, agarrando la sábana de su pecho.

—Me robó. Lo que robó no puede regresar, incluso si lo mato.

—Eso es basura, exclamó William. —Él te robó. Le robas su vida a él. Como lo que robas es mayor, ganas.

—¿Ganar? Ella se rió amargamente.

—¿Qué ganaría? ¿Dinero, poder, mi familia? Su muerte no me da nada, pero me quitaría lo que más quiero: vivir una vida donde pueda dormir por la noche, sabiendo que he hecho lo mejor que pude con lo que tengo. Esa es la vida que merezco. No dejaré que me lo robe también.

William apretó los labios, como si se resistiera al impulso de discutir.

Ella hizo un gesto hacia ella misma. —No soy un asesino. No dejaré que me convierta en uno. Él no tiene ese poder.

—Todos los humanos tienen el potencial de ser asesinos. El tono de William era glacial.

—Simplemente necesitan suficiente motivación.

Los ojos verdes de Raven brillaron y ella se puso de pie cara a cara con él. —¿Cómo es esto por motivación? Lo odio. Con cada átomo de mi ser, lo odio. Si tuviera alma, lo odiaría con eso, también. Pero me amo más a mí misma.

—El perdón no implica la negación de la justicia.

—No lo he perdonado. No lo tengo en mí.

—Entonces déjame a mí, siseó William, su rostro a centímetros del de ella. —No te diré qué es de él. Puedes olvidar que alguna vez existió.

Raven miró su pierna herida. —No lo entiendes. Nunca podré olvidarlo.

William maldijo, una sarta de blasfemias que Raven no entendió.

Ella colocó su palma sobre su corazón. —¿Cazarás a todos los que alguna vez me molestaron? ¿Matarás a mi ex novio, que me humilló y me rompió el corazón? ¿Matarás a mi amiga Gina porque ella lastimó mis sentimientos el otro día?

—Sí.

—No necesito que seas mi ángel de la muerte. Raven retiró su mano.

William estuvo callado por tanto tiempo que Raven temió haber entrado en trance. El dolor llameó en su pierna lesionada, conduciéndola de regreso a la silla.

Él estaba parado sobre ella, su expresión era conflictiva. —Fui como tú una vez.

—¿Antes de convertirte en vampiro?

El asintió.

—¿Que pasó?

Su rostro se endureció. —Vi morir a la bondad, no una, sino dos veces. Y perdí la

esperanza.

Ella extendió la mano hacia él, cerrando su mano sobre sus fríos dedos. —Una vez me dijiste que tenía esperanza, bailando en tus brazos.

Él se miró las manos, luego lentamente deslizó los labios sobre su frente.

—Ojalá tuvieras suficiente esperanza para nosotros dos.

Su agarre sobre él se tensó.

—Me recuerdas a alguien, susurró.

—¿Quién?

—Un santo.

Una risa escapó de la garganta de Raven. —Creo que para ser un santo, necesitas creer en Dios.

—Creo. Simplemente pienso que Dios es un monstruo.

—No entiendo por qué todavía crees en él si lo odias tanto.

—Algunas cosas no se pueden creer. Incluyó la cabeza. —Pero tú, me has cambiado.

—¿Cómo?

—Antes de que nos conociéramos, no lo hubiera pensado dos veces antes de quitarme la vida si hubiera decidido que la vida no valía nada.

—¿Y ahora?

William cubrió su conexión con su otra mano. —Aunque deseo desesperadamente acabar con él, preferiría complacerte.

Ella llevó sus labios a sus dedos y los besó. —Ahora sé por qué necesitas pasar las horas del día en soledad y meditación. Nadie puede pasar siglos tomando decisiones como esta y no necesita tiempo para pensar y encontrar la paz.

Él levantó su mano, entrelazando sus dedos. —Somos susceptibles a una especie de locura debido a nuestra longevidad. Descansar la mente lo mantiene a raya.

Los ojos de Raven se abrieron de par en par. —¿Locura?

—La locura que convierte a un vampiro en un salvaje.

Ella lo miró horrorizada. William continuó. —Me temo que eso no es lo peor. Además de la posibilidad de la locura, está la maldición.

—¿Qué maldición?

—Durante la guerra con la Curia, nos maldecían con una vida de solo mil años. Cuando un vampiro se acerca a esa edad, comienza a enloquecer. Supongo que es como la senilidad de la vejez en un ser humano. Luego, alrededor del milésimo año, el vampiro muere.

—Pensé que los vampiros eran inmortales.

—Fueron una vez. Pero su inmortalidad fue quitada por la Curia. Una razón más por la que los odiamos y les tememos.

—¿Cuántos años tienes, William?

—Fui convertido en 1274. Pero esto es un secreto, Cassita. Incluso los más cercanos a mí en el Consilium no saben mi verdadera edad.

—¿Por qué no?

—Varios de ellos ya son codiciosos de mi trono. No deseo que sean capaces de identificar mi debilidad.

Ella forzó una sonrisa. —Sabías que ibas a vivir conmigo.

—Esa es una de las mayores tragedias de la vida. Vaciló. —A menos que te vuelvas como yo.

Ella se liberó de su agarre. —No quiero vivir tanto.

—No dejaré que esa belleza muera, susurró.

—Pero tendrás que hacerlo, algún día. Raven sonrió tristemente. —El arte es la única belleza que nunca muere.

Él la besó, hasta que ella se abrió a él. Con un gruñido, se sumergió en su boca. Ella envolvió sus brazos alrededor de su cuello, anclándolo a ella.

Sin previo aviso, él la tomó en sus brazos y caminó hacia la cama.

En un momento, ambos estaban desnudos y él estaba arrodillado entre sus piernas.

Él colmó de besos suaves por el centro de su cuerpo, haciendo una pausa para rendir homenaje a sus pechos. Entonces su rostro descendió entre sus piernas.

Su lengua estaba fría mientras revoloteaba sobre ella. Ella cerró los ojos, sus manos empuñadas en las sábanas a cada lado de su cuerpo.

William mantuvo un ritmo pausado, saboreando y lamiendo de un lado a otro. Él acarició el interior de su muslo con su nariz antes de atraer la carne a su boca y chuparla.

La palma de su mano se deslizó por su costado para ahuecar su pecho derecho, sosteniendo el peso en su mano. Ella murmuró su aprobación, y él mordió su muslo.

—Voy a alimentarme de ti. Aquí. Él mordió la carne de nuevo, aunque solo fuera para darle una advertencia.

Ella levantó la cabeza, mirando hacia la poderosa criatura que adoraba entre sus piernas.

Ella asintió.

Él la miró a través de sus cejas y sonrió lenta y sensualmente. —Prepárate para ser complacida.



Raven vio como su cabeza descendía. Pero con el primer toque de su boca, ella cerró los ojos.

Mantuvo su ritmo lento, burlándose y saboreándola con labios y lengua.

En la cresta de su orgasmo, él la soltó y giró su cabeza hacia su pierna sana. Él agarró su muslo con fuerza y luego estaba chupando con su boca la carne y rasgando la piel con sus dientes.

Raven se elevó, su cuerpo temblaba de placer sin sentido.

William bebió, tragó y bebió un poco más, su agarre en su muslo se tensó cada vez más. Cuando su cuerpo finalmente se relajó, él la soltó, presionando la frialdad de su lengua contra la herida en su pierna.

—Podría tomarte y nunca estar satisfecho. Apoyó la barbilla en su pierna opuesta.

Raven levantó su cabeza, pero encontró la tarea demasiado grande y descansó sobre la almohada, su mente flotando en una ola de éxtasis.

## CAPITULO 15

El profesor Gabriel Emerson era como un hombre poseído.

William York lo había asustado no amenazando su seguridad, sino amedrentando a Julia y a Clare. Gabriel no sabía si lo que el misterioso ser decía sobre la salud de Julia era cierto.

Sin embargo, estaba decidido a descubrirlo.

Hizo los arreglos para que su familia (y Katherine Picton) regresaran a Boston, escoltándolas a Roma y esperando en el aeropuerto hasta que estuvieran en pleno vuelo. Luego regresó a Florencia.

Sabía que no debía quedarse en el Gallery Hotel Art. Sería fácil, demasiado fácil, para el demonio encontrarlo allí. En cambio, Gabriel reservó una habitación en un convento operado por Suore Oblate dell'Assunzione. Creía que le daría una medida de seguridad contra el agente de la oscuridad.

El lunes por la mañana, le dieron la última edición de La Nazione, el periódico florentino, para leer junto con su modesto desayuno.

Miró la portada en estado de shock.

Su antiguo enemigo, el profesor Giuseppe Pacciani de la Università degli Studi di Firenze, desapareció. Según el artículo, el especialista en Dante había desaparecido poco después del robo de las ilustraciones de la Divina Comedia de Dante de los Uffizi. El periodista sugirió una conexión entre los dos eventos aparentemente dispares, con la hipótesis de que alguien en Florencia parecía desagradarle a Dante.

El artículo mostraba una imagen oscura de Florencia y los crímenes que la habían plagado desde el robo.

La esposa de Pacciani fue entrevistada, lamentándose por el hecho de que los Carabineros no estaban dispuestos a investigar la desaparición de su esposo, alegando que no había evidencia de juego sucio y argumentando que el hombre simplemente se había cansado de su familia y los había abandonado. La señora Pacciani admitió que su esposo le había sido infiel, pero ella insistió en que nunca dejaría a sus hijos. Tampoco habría dejado atrás sus raras ediciones de Dante, que todavía se encontraba en una estantería de su departamento.

Gabriel dejó caer el diario sobre la mesa.

Él no era un hombre dado a creer en las coincidencias. Tampoco era un gran escéptico. No podía expresar cómo sabía que el robo y la desaparición de Pacciani estaban

relacionados, o cómo sabía que William York estaba detrás de los dos, pero lo sabía. Él habría apostado su vida en eso. Y eso, en sí mismo, le dio una razón más para distanciarse de la búsqueda de sus ilustraciones perdidas.

Mientras guardaba su equipaje y se dirigió a los Uffizi, se preguntó por qué William York había hecho desaparecer a Pacciani. Se preguntó por qué el ser peligroso y malévolo le había ofrecido misericordia, lo mejor, regalarle con el conocimiento de que Julia estaba enferma.

Gabriel Emerson no tenía respuestas a sus preguntas, excepto su creencia de que un poder superior estaba de alguna manera velando por él y su amada Julianne y que este poder era más grande que cualquier oscuridad.

## CAPITULO 16

Más tarde, esa misma mañana, Raven salió del ascensor en el segundo piso de la Galería Uffizi.

Se había quedado con William en su casa la noche anterior. Después de la conversación sobre su decisión, se había sentido cómoda con el cuerpo de William, tomando lo que necesitaba y esperando que ella le diera algo a cambio. Según todos los informes, William estaba muy, muy satisfecho.

Regresar al trabajo el lunes por la mañana fue un alivio. La restauración del famoso Nacimiento de Venus estaba casi completa. Pronto el proyecto de un año terminaría y la bella pintura sería devuelta a su lugar legítimo en la pared de la habitación Botticelli. A Raven se le había encomendado una actualización del progreso del equipo al Doctor Vitali, el director de los Uffizi. En verdad, era un honor que me enviaran a hacer semejante mandado, con una carpeta de fotografías digitales y una serie aparentemente infinita de informes, pero Raven hubiera preferido quedarse en el laboratorio de restauración, y continuar cubriendo la superficie de la pintura con barniz protector. Ella suspiró ante la idea, el golpeteo rítmico de su bastón resonó en el pasillo. El sonido de una voz familiar que hablaba italiano ahogó el golpeteo.

—Ya está hecho, Massimo. He despedido a la empresa privada a la que contraté para ayudar en la investigación y ya he hablado con la Interpol. No espero que las ilustraciones se recuperen y no quiero ser parte de este ejercicio inútil.

Raven se detuvo. El profesor Gabriel Emerson había regresado a los Uffizi. Y lo que estaba diciendo era más que sorprendente.

—Gabriel, amigo mío, solo han pasado unos meses. Estas cosas toman tiempo. Tus ilustraciones se encontrarán una vez que los ladrones intenten venderlas. Sería una tontería intentar llevarlos al mercado tan pronto después del robo. La voz del Doctor Vitali flotaba por el pasillo.

En silencio, Raven se acercó a la puerta abierta de su oficina.

—Es demasiado tarde. El profesor sonaba agitado. —¿Sabía que uno de los agentes de la Interpol que investigaba el robo fue asesinado?

—Sí, lamenté escuchar eso.

—¿Viste la portada de La Nazione esta mañana?

—Aún no.

Raven escuchó el crujir de papeles, suponiendo que el director estaba buscando su

periódico.

Se detuvo frente a la puerta, agudizando el oído.

—Ahí, dijo el profesor. —¿Ves la portada? Es un artículo sobre Pacciani. Desapareció poco después del robo. Nadie, ni siquiera su esposa, sabe dónde está.

—¿Estás sugiriendo que los robó?

—No. Y no estoy sugiriendo, estoy afirmando. El agente Savola fue asesinado. Pacciani está perdido. Ambos estaban conectados a las ilustraciones de alguna manera. Y ambos hombres también estaban conectados a mí.

—Mi amigo, seguro que no piensas-

El profesor lo interrumpió. —Haré lo que considere necesario para proteger a mi familia. Las calles de Florencia son peligrosas. Hace poco tiempo, se encontraron los cuerpos de tres hombres cerca del Arno, y la policía parece no tener ni idea de quién los mató. Terminé con la investigación; Me voy de Italia y regreso a Cambridge. No estoy planeando regresar pronto.

—Gabriel, esto es demasiado apresurado. Habla con el inspector Batelli. Él dice que tiene varias pistas prometedoras.

—De eso temo, murmuró Gabriel.

Sintiendo un quiebre en la conversación y preocupada por ser sorprendida mientras escuchaba a escondidas, Raven llamó a la puerta de Vitali.

Él la invitó a entrar y ella cruzó el umbral.

—Lo siento, doctor Vitali. El profesor Urbano me envió a dar un informe sobre el nacimiento de Venus.

Raven miró al director y al profesor Emerson con cautela. —Puedo volver más tarde.

—Me estaba yendo. El profesor retiró un equipaje cercano. —Adiós, Massimo. Avísame cuando estés en Cambridge.

Vitali se levantó y los hombres se dieron la mano, pero el director se mostró reacio a dejar ir a su amigo.

—Quédese. Podemos discutir esto.

—Julianne está enferma, anunció el profesor, ignorando la presencia de Raven. —Ya regresó a casa y tiene citas programadas para algunas pruebas. Necesito reunirme con ella lo antes posible. El ladrón puede tener las ilustraciones.

Raven se estremeció ante su observación final, pero no dijo nada. Gabriel asintió con la cabeza a su amigo y a Raven antes de marchar hacia la puerta, su expresión dolía.

—Profesor Emerson. El sonido de la voz de Raven le sorprendió a ella misma.

Se volvió hacia ella, levantando las cejas expectante.

—Lamento mucho que la Sra. Emerson esté enferma.

Los ojos del profesor se entrecerraron sospechosamente y Raven agarró su bastón, tropezando con sus palabras.

—La conocí. Le di un recorrido por el laboratorio de restauración. Ella fue muy amable conmigo.

El profesor miró el bastón de Raven. —No te reconocí.

—Espero que su esposa esté bien. Raven rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó una pequeña tarjeta. —Este es mi correo electrónico. Por favor, hágale saber que estaba preguntando por ella. Si hay algo que pueda hacer, cualquier cosa, hágamelo saber.

Un músculo saltó en la mandíbula del profesor. Él tomó la tarjeta de su mano y la examinó. Su expresión se suavizó.

—Gracias. Sus ojos de zafiro se encontraron con los de ella, pero solo por un momento. Luego salió de la oficina sin mirar atrás.

Con un gemido, Vitali se desplomó en su silla y se quitó las gafas, pasándose una mano por la cara.

Él estuvo callado por un tiempo.

—Bueno, señorita Wood. Cuénteme sobre el nacimiento de Venus.

Raven cojeó en una silla servicial y comenzó su informe, pero sus pensamientos estaban fijos en el profesor y su esposa, y en su hija pequeña, Clare.

## CAPITULO 17

Las noticias están por toda la galería. Emerson está sacando su apoyo de la investigación. Patrick Wong miró por encima de los hombros antes de inclinarse sobre Raven. —Me pregunto qué piensa ese imbécil Batelli.

Era martes. Raven estaba almorzando con Patrick y su novia, Gina, que trabajaban en los Uffizi con ella, en una hostería cerca de Piazza Signoria.

Cuidadosamente, Raven apoyó su tenedor en su plato de pasta.

—No he visto a Batelli desde que me arrinconó en el laboratorio de restauración. Ella se resistió al impulso de mencionar que Batelli había recibido órdenes de sus superiores de mantenerse alejado de ella desde entonces.

—Lo vi, intervino Gina. —Él y Vitali estaban en el segundo piso, discutiendo.

—Eso no me sorprende. Patrick se metió en su almuerzo con entusiasmo. —Batelli parece un idiota.

No hay huellas digitales, sin huellas, sin evidencia física. No es de extrañar que Emerson traiga una empresa privada.

Raven se concentró en su comida, tratando de no pensar en la razón por la cual no se encontraron pruebas físicas.

—Entiendo por qué el profesor Emerson se da por vencido. Gina movió su oscuro cabello detrás de su oreja. —Si nos fijamos en los robos de arte más importantes del siglo XX, la mayoría de las ilustraciones se recuperaron en unas pocas semanas o se perdieron durante décadas. Los ladrones tomaron trece pinturas del Museo Gardner en América. Han pasado veinticinco años y todavía no los han recuperado.

—El FBI cree que saben quién se llevó las pinturas, reflexionó Raven. —La Radio National Public hizo una historia al respecto.

—En veinticinco años, NPR puede contar una historia sobre Batelli y cómo acosó a empleados inocentes sin encontrar una sola pista. Patrick miró a Raven con simpatía.

—Tengo una teoría. Gina bajó la voz, mirando entre sus amigos. —No creo que el robo haya sido una oportunidad, porque hay otras salas que son más accesibles. Creo que los ladrones tenían un comprador en mente. Probablemente ya hayan entregado las ilustraciones y el nuevo propietario las esté ocultando.

Las mejillas de Raven se encendieron al pensar en la elaborada exhibición en las paredes de la villa de William. Ella comenzó a mordisquear su pasta con determinación.

—Estoy de acuerdo. Patrick se inclinó para presionar un casto beso en la mejilla de su

novia. —Creo que Emerson lo sabe, está frustrado con la Interpol y la policía italiana, y ha decidido tirar la toalla. Por ahora.

Raven hizo un esfuerzo por parecer indiferente. —¿Crees que volverá?

—Emerson me parece una persona obstinada. No va a rendirse por completo, pero no va a perder el tiempo esperando a que Batelli haga crecer su cerebro. Patrick bebió un sorbo de vino y volvió a colocar el vaso sobre la mesa. —Espero que Vitali mantenga a Batelli lejos de nosotros. Fue citado en La Nazione diciendo que no descansará hasta que se encuentren los culpables. Tengo la sospecha de que va a querer entrevistarnos nuevamente, ya que no tiene otras pistas.

Raven mantuvo sus ojos fijos en su almuerzo, sin saber qué decir.

—Basta de hablar de Batelli. La postura de Patrick se relajó. —¿Qué hay de ti, Raven? ¿Qué vas a hacer cuando termine el proyecto de restauración?

—Todavía tengo un puesto en el Hospicio. Pero no se espera que regrese hasta septiembre. Tan pronto como termine el proyecto en los Uffizi, estaré de vacaciones.

Raven tocó su brazalete de oro.

—¿Volverás a los Estados Unidos? ¿O tú y el coleccionista de anigüedades raras están de nuevo? Patrick señaló su muñeca adornada.

—No estoy segura de lo que voy a estar haciendo durante las vacaciones, pero sí. Sonrió.

—Vino a verme después de mi cumpleaños.

—Así que tienes novio. Patrick le dio a Gina una mirada significativa.

Raven se retorció. —Sí.

—Estoy feliz por ti. Gina levantó su copa en un brindis.

Los tres amigos juntaron sus vasos y el tema de conversación volvió a sus respectivos trabajos en los Uffizi y al chisme en el lugar de trabajo.

Cuando se acercaron a la entrada de los empleados después del almuerzo, Gina puso una mano cautelosa sobre el brazo de Raven. —¿Raven?

—Los alcanzaré más tarde. Patrick le dio a Gina un beso prolongado antes de desaparecer por la puerta.

Raven se apoyó en su bastón, mirando a Gina expectante.

—Quería disculparme, tartamudeó. —Acerca de mi primo. Estuve hablando con Roberto ayer, preguntándole por ti.

Raven se mordió el interior de la boca, preguntándose qué había dicho Roberto.

—Estaba enojado conmigo, confesó Gina. —Pensó que estaba tratando de jugar a la casamentera y que lo estaba haciendo solo porque es ciego y porque. . . por tu pierna.



Ella miró el bastón de Raven y se sonrojó.

—Eso no era lo que estaba haciendo. Solo pensé que tú y él tendrían mucho de qué hablar. Ambos son buenas personas que aman el trabajo de arte y la historia. Pensé que se entenderías el uno al otro. Pero no pensé-no pensé que era solo por tu discapacidad. Gina se mordió el labio, su expresión triste.

—No estoy diciendo esto correctamente. Roberto dijo que tenía prejuicios, pensando que las personas con discapacidad solo deberían estar con otras personas discapacitadas. Pero eso no es lo que pensé. Solo quería que tú y Roberto se conocieran, no para ser románticos-necesariamente-sino para ser amigos.

Raven la miró. Obviamente, su amiga estaba angustiada, y aunque su explicación era confusa, parecía sincera. Ciertamente, parecía que Roberto había dado voz a las preocupaciones que Raven tenía por sí misma. No podía culpar a Gina por disculparse.

—Gracias, dijo Raven rápidamente. —Me agrada Roberto. Es una buena persona y sé que seremos amigos. Así que gracias por presentarnos. Tocó el brazalete que llevaba puesto, casi instintivamente. —Pero estoy viendo a alguien.

—Estoy contenta. La sonrisa de Gina era amplia y feliz. —Le contaré esto a Roberto, y él también estará feliz por ti.

Abrió la puerta a su amiga y la sostuvo, antes de seguir a Raven al pasillo.

## CAPITULO 18

“Las transformaciones están estrictamente prohibidas hasta nuevo aviso. Cualquier asesinato de seres humanos dentro de la ciudad también está estrictamente prohibido. Las violaciones de esta nueva ley se castigan con la muerte”. Niccoló levantó la mirada del pergamino que estaba leyendo, interrumpido por una cacofonía de ruido que emanaba de sus compañeros miembros del Consilium.

Maximilian ya estaba de pie. —Estás quitando nuestra capacidad de aumentar nuestros números y defendernos. Él dirigió sus ojos enojados hacia el Príncipe. —¡Tu edicto significa muerte!

—Siéntate. La voz del Príncipe era baja, apenas por encima de un susurro. Max lo hizo, pero solo por un instante. Luego colocó su gran cuerpo de nuevo en su silla. El Príncipe lo miró, con el cuerpo quieto, sus ojos grises fríos y enojados.

—Si puedo, mi señor. Niccolò miró el trono.

El Príncipe movió una mano en su dirección.

Niccoló se volvió para mirar a su detractor. —Estoy ansioso por escuchar sus opciones, Sir Maximilian. Pero antes de entretenernos, me gustaría que me acompañen a la biblioteca del principado. Quiero mostrarte los relatos de la masacre de la Curia en Praga. Los otros miembros del Consilium comenzaron a murmurar en respuesta. Niccoló continuó mirando a Max hasta que el gigante prusiano bajó la vista.

—Debemos hacer todo lo posible para evitar el destino de Praga. El mejor curso de acción es que el principado exista silenciosamente y evite la atención indebida. ¿Le importaría a los nuevos reclutas? ¿Evitar que maten cuando se alimentan?

Max permaneció hosco.

Niccolò dirigió su atención a los otros miembros de Consilium. —Amigos, las medidas de austeridad son temporales pero necesarias. Debemos trabajar juntos para promoverlos entre los ciudadanos y persuadirlos a obedecer.

—Precisamente, dijo el Príncipe. —No sabemos los planes de la Curia. A medida que la inteligencia recopila, podremos modificar nuestra respuesta. Pero a menos que desee cientos de abrigos negros pululando por nuestras calles, deben apoyar y hacer cumplir las nuevas leyes.

Sus ojos grises se movieron de un miembro a otro, deteniéndose tal vez un poco más cuando se encontraron con los ojos de Aoibhe. El Príncipe asintió a su jefe de seguridad para continuar.

El teniente hizo una reverencia. —Con respecto a la Curia, hay ruedas dentro de las ruedas. Es posible que estén buscando hacer un ejemplo de un principado para demostrar su poder a los estadounidenses, que son notoriamente ingobernables. Si esperamos nuestro momento, tal vez sus ojos se fijarán en otro lugar donde podamos recuperar nuestra libertad anterior.

—Podríamos distraerlos. Pierre se levantó e hizo una reverencia. —¿Por qué no enviar una fiesta de matanza a Zurich, Londres o Berlín? Pídeles que amontonen cuerpos en una plaza pública. Llegará el pánico y la Curia no tendrá más remedio que olvidarse de Florencia y lidiar con eso.

—La idea se me había ocurrido, observó el Príncipe. —Si te atraparan, la diversión sería en vano. Nos encontraríamos bajo un nuevo escrutinio y en guerra con otro principado.

—Tendrían que lidiar primero con los humanos en pánico, respondió Pierre. —Si el espectáculo fuera grande y público, la Curia tendría que investigarlo. Estarían enfocados en otra ciudad, no en Florencia.

—Son expertos en tratar con más de un principado a la vez. Pero estoy de acuerdo, llamaría la atención. El Príncipe miró a Pierre con renovado interés. —¿Eres voluntario?

—Sería un honor, mi señor. Pierre hizo una reverencia exagerada.

—El aquelarre en Suiza son escasos y débiles. No debemos temer represalias de ellos y ciertamente la Curia se sorprendería de las matanzas dentro de esas fronteras. Pero Suiza está cerca.

¿Qué hay de París? Si te atraparan, pensarían que eres de la ciudad.

—Eso es cierto, mi señor. Un indicio de incomodidad ensombreció su rostro. —Pensé en Rusia.

—Los aquelarres del éste están en guerra con los patriarcas, intervino Lorenzo, golpeando el bastón del principado con impaciencia en el suelo de piedra. —Los patriarcas desprecian a la Curia y nunca los dejarían pasar las fronteras.

—Un punto justo. El príncipe miró a Pierre pensativo. —París es la elección obvia, dada su historia con la Curia. Estarán demasiado preocupados por evitar una masacre para hacer la guerra contra nosotros, incluso si descubren quién te envió. ¿A quién elegirías acompañarte?

—Max

El prusiano gruñó. —Es un mandado tonto.

—Simplemente estabas lamentando el hecho de que no se te permitiría matar o agregar nuevos reclutas. El tono del Príncipe era agudo. —La sugerencia de Pierre te permitirá

matar.

Hizo un gesto a Max para que se pusiera de pie. —Maximiliano, por la presente se te ordena asistir a Pierre en su misión.

—Te estoy poniendo bajo su mando.

—¡Eso es un insulto!, Farfulló Max. —Le supero en más de un siglo.

—*Audentes fortuna iuvat*. En caso de que hayas olvidado tu latín, eso significa que "*la fortuna favorece a los audaces*".

—Pierre conducirá la misión a París y tú lo acompañarás. Si fracasas, significará una sentencia de muerte. Si lo logras, serás recompensado. El Príncipe se inclinó hacia adelante en su trono. —Si te niegas, te mataré.

Si Maximiliano hubiera podido ponerse pálido, lo habría hecho. Sus ojos se agrandaron casi hasta el punto de sobresalir, sus grandes puños se apretaron y se aflojaron. Su mirada parpadeó hacia su izquierda, pero no estaba claro a quién estaba mirando. Tanto Niccolò como Lorenzo evitaron el contacto visual.

Max volvió su mirada al Príncipe y asintió.

El Príncipe se volvió hacia Pierre. —Quiero que te vayas de una vez. Gregor verá que estes listo para tu viaje. No le digas a nadie sobre tu misión. No podemos arriesgarnos a que la noticia llegue a oídos de la Curia.

Pierre y Max se inclinaron y salieron de la cámara.

El Príncipe puso sus ojos en los tres miembros restantes del Consilium. —Nuestras cifras están disminuyendo. Aún no hemos reemplazado a Ibarra y no podremos contar con Pierre y Max indefinidamente. Lorenzo, invita a Stefan de Montreal a que se una a nosotros en nuestra próxima asamblea.

—Como desee. Lorenzo hizo una reverencia. —Pero carece de los años necesarios para ser miembro de Consilium.

—Es una persona de influencia, a pesar de su juventud, se reincorporó al Príncipe.

—Volvamos al asunto que nos ocupa. ¿Hay alguna otra objeción a las nuevas leyes?

Aoibhe se levantó. —Nada de mí, mi señor. Vi lo que la Curia hizo en París a un aquelarre de los viejos. Vine aquí porque era ampliamente conocido que Florencia era uno de los únicos principados europeos que la Curia ignoró. Su expresión cambió. —Apoyo al Príncipe y sus nuevas leyes.

El Príncipe asintió y Aoibhe recuperó su asiento. Esperó un pequeño minuto antes de volverse hacia Niccolò.

—Recuérdelos a los hermanos que son libres de abandonar la ciudad, si consideran que

las nuevas leyes son demasiado restrictivas.

Sugiéales que usen los chalecos de seguridad que adquirimos para protegerlos de los cazadores, pero recuérdelos que si la Curia invade, los chalecos no los protegerán.

Esperemos que tengamos buenas noticias de París en poco tiempo.

El Príncipe se puso de pie, al igual que los miembros del Consilium, que se inclinaron ante él mientras salía de la sala del Consejo, con su capa de terciopelo negro corriendo detrás de él.



—Lleve esta misiva a Venecia de inmediato. Indíqueme a Tarquin que le entregue el tributo moroso de inmediato o arriesgue las consecuencias. El Príncipe se dirigió a su teniente, sosteniendo un sobre que había sido sellado con la marca de Florencia.

Le molestaba tener que lidiar con una pequeña irritación: el príncipe títere que se había instalado después de derrotar a los venecianos en una guerra reciente.

Lorenzo miró el sobre nerviosamente. —Mi señor, estoy ansioso por servirle en todas las cosas. Pero si les entrego este mensaje, los venecianos me matarán.

El Príncipe arrojó el sobre sobre su escritorio. —¿Y arriesgarse a otra guerra? Lo dudo. Eliminamos a su ejército cuando los derrotamos.

—Perdóneme, Príncipe. ¿Quizás Niccolò sería una mejor opción?

Los ojos grises laserados se clavaron en los de su teniente. —¿Por qué dice eso?

Los labios de Lorenzo dibujaron una expresión agria. —Ellos le temen.

—Si le temen, es más probable que lo maten.

La expresión del teniente se relajó, marginalmente. El cambio no pasó desapercibido.

El Príncipe se reclinó en su silla. —Si Venecia es tan tonta como para ejecutar a un miembro de alto rango de mi principado, los invadiré y ejecutaré su liderazgo.

—Con respeto, mi señor, ¿qué hay de la Curia?

—Es para nuestro beneficio que la Curia nos vea preocupados por los asuntos de Estado y no nos mire por los hombros. La amenaza de guerra con Venecia debería ponerlos a gusto con respecto a sus espías. Envía a Gregor.

—Si puedo, Príncipe. Lorenzo adoptó un tono conciliador. —¿Por qué no Aoibhe? Encantaría a los venecianos con la suficiente facilidad. Tarquin ya la ha llevado a ella.

—Sí, lo sé, murmuró el Príncipe. —Esa fue una de las razones por las que lo elegimos. Pero Aoibhe es demasiado valiosa como para arriesgarse a perder.

El príncipe sacó una hoja de papel y garabateó en ella. Luego lo dobló para formar un sobre y fundió un poco de cera con una vela cercana. Selló el sobre con la cera, imprimiéndole el anillo que contenía el símbolo de Florencia.

Colocó el segundo sobre encima del primero.

—Dile a Gregor que lea el mensaje principal y entregue el segundo. Él debe irse de inmediato.

Lorenzo levantó los sobres. —Como desées.

—Ordene a Gregor que regrese con el tributo lo antes posible. Una vez que lo envíes en su camino, me gustaría que te unas a Aoibhe.

—¿Para qué, mi señor?

El príncipe frunció el ceño. —Estas libre con tus preguntas esta noche, Lorenzo.

El teniente bajó la mirada. —Perdón, mi señor. Lady Aoibhe es, digamos, desafiante. Prefiero armarme antes de abordarla.

—Muy cierto. El Príncipe le entregó una misma con una pequeña sonrisa. —En vista del creciente conflicto con Venecia y del nuevo edicto que estamos promulgando, creo que el principado necesita una distracción. Quiero que tú y Aoibhe planifiquen un bacanal.

Lorenzo alzó las cejas. —Sí, Príncipe. Pero dado el escrutinio de la Curia...

El Príncipe fue rápido para interrumpirlo. —Ha llegado el momento de recompensar a mis ciudadanos por su lealtad e inspirar su fidelidad. Mientras no haya matanza, los hermanos deben ser libres de comer, beber y fornicar.

—Por supuesto, Príncipe. Vivo para servirte. Lorenzo hizo una reverencia, dejando solo al Príncipe con sus pensamientos.

## CAPITULO 19

Después de casi un año de trabajo, la restauración del Nacimiento de Venus estaba cerca de completarse. El equipo tenía que contener su emoción para no apresurarse en ninguna de las etapas finales.

Raven continuó cubriendo minuciosamente la magnífica pintura con barniz protector, día tras día. Su trabajo era importante y estaba lejos de ser insensato, sin embargo, conducía naturalmente a la contemplación y al destello ocasional de perspicacia.

Raven tenía varias virtudes intelectuales que la convirtieron en una excelente restauradora de arte. Estaba extremadamente concentrada y disciplinada y prestó atención a los detalles, hasta la más pequeña mancha de pintura. Sin embargo, estos no eran los poderes mentales necesarios para descubrir por qué el Profesor Emerson se había alejado de la investigación.

Sabía que William había interferido y que lo había hecho para protegerse. Él también había interferido para protegerla, usando su influencia para mantener a raya a Batelli. Habiendo visto la ira del profesor Emerson por el robo y la pena de su esposa, Raven estaba convencida de que tomaría algo más que un examen de los robos de arte del siglo pasado para convencerlo de que se lavara las manos.

Había aprovechado la extraña desaparición de otro especialista en Dante, el profesor Pacciani.

Raven no tenía clara la conexión entre los dos eventos, pero independientemente de lo que Emerson pensara que era, lo había intimidado.

Raven era muy consciente de la antipatía que existía entre los Emerson y William. Ella era la que había exigido su promesa de que no mataría al hombre. Pero William quería su venganza.

Había confesado enfrentarse al profesor en Umbría. Es curioso cómo esa confrontación se produjo solo unos días antes de la visita de Emerson a Vitali.

Raven meditó sobre estas ideas, pero como el lunes llegó a ser martes y el martes se convirtió en miércoles, no quiso contárselos a William. Estaba preocupada por la salud de la Sra. Emerson y esperaba que su regreso a Massachusetts le permitiera recibir la atención médica que necesitaba.

Ciertamente, cuanto más lejos estuvieran los Emerson de William, mejor para ellos.

Mientras empacaba sus materiales de arte el miércoles por la noche, esperaba que los

Emerson llegaran a su hogar a salvo y que se mantuvieran a salvo, viviendo largas y felices vidas que no incurrieran en la ira del Príncipe de Florencia. Y no perdió la esperanza de convencer a William de que algún día comparta sus ilustraciones con el mundo.



## CAPITULO 20

El jueves por la noche después del trabajo, cuando Raven subió los escalones de su apartamento, se sorprendió al ver a Bruno en el rellano.

No lo había visto desde que lo había visitado en el hospital después de que había sido atacado por el gran vampiro con forma de oso que William llamó Max. Raven se estremeció al recordarlo. Había sido su culpa que él hubiera sido herido, ya que tontamente había salido sin llevar la reliquia que William había provisto para su protección. Bruno casi había muerto y tuvo que suplicar a William que lo ayudara. Mirándolo, impecablemente vestido como él estaba en traje y corbata y con una rubia alta y delgada en su brazo, se veía saludable.

Raven cojeó hasta la parte superior de las escaleras, haciendo una pausa frente a su puerta para sonreír en dirección a Bruno.

La mujer en su brazo era el único foco de su atención. Se pararon frente al departamento de su abuela y se abrazaron, sus bocas se fusionaron en un apasionado beso. Raven se sonrojó y se giró, buscando a tientas sus llaves.

—Hola. Bruno la saludó.

El sonido de su llave y el roce de la cerradura deben haberlo distraído. Raven se volvió y sonrió. —Hola, Bruno.

—Esta es Delfina. Hizo un gesto hacia la mujer a su lado, luego miró a Raven y parpadeó. Tardó unos segundos en darse cuenta de que no recordaba su nombre.

Ella ahogó una mueca de dolor. —Soy Raven, Delfina. Encantada de conocerte.

Delfina sonrió y le devolvió el saludo.

—¿Cómo está tu abuela? Raven se volvió hacia Bruno una vez más.

—La quimioterapia está ayudando pero no está comiendo. Acabamos de traer una cena que mi madre hizo, y ella no la tocó.

—Lamento escuchar eso. Raven hizo una pausa, mirando a su puerta. —¿Le gustaría algo de compañía? No he comido aún y podría llevar mi cena y sentarme con ella.

—Eso sería generoso, gracias. Tenemos reservas para la cena, así que no podemos quedarnos.

Delfina murmuró algo que Raven no pudo oír y Bruno se rió. Puso su mano en el pomo de la puerta del departamento de su abuela. —Pero, por favor, mi madre hizo lo suficiente para las dos.

—No te molestes en traer nada.

—¿Estás seguro? Preguntó Raven, observando su reacción cuidadosamente.

—Por favor. Se liberó de Delfina y abrió la puerta del apartamento, desapareciendo dentro.

Raven podía oír el sordo murmullo de voces. En un momento, Bruno regresó.

—Está ansiosa por verte. Se puso de lado e hizo un gesto para que entrara Raven.

Rápidamente cerró su departamento y la hizo cruzar el descansillo, asintiendo con la cabeza a Delfina al pasar.

—Que tengas una buena noche. Le dio a Bruno una pequeña e incómoda ola.

—Gracias. Tomó la mano de Delfina y desaparecieron por la escalera.

Raven suspiró. Qué interesante era que una criatura como William, que era mucho más inteligente y apuesto que Bruno, la encontrara hermosa, mientras que un humano como Bruno ni siquiera podía recordar su nombre.

William era el único que la había mirado con anhelo.

Ella cerró la puerta.

## CAPITULO 21

Raven volvió la cabeza y vio a William mirándola sin pestañear, como un gato de ojos grises.

Estaban de pie en la Piazzale Michelangelo, mirando la siguiente noche, hacia el horizonte radiante de la ciudad. Cenaron juntos, pero con comida diferente, en la villa de William antes de caminar cogidos de la mano hacia el lugar que ofrecía una de las mejores vistas de Florencia.

Raven había dejado su bastón a un lado y estaba apoyada contra el bajo muro de piedra que enmarcaba el piazzale.

Ella había estado admirando los diversos puntos de referencia y la forma en que fueron iluminados. El Ponte Vecchio y el Arno reflejaban las luces de los edificios que bordeaban sus orillas.

Era tan hermoso que le dolió el corazón. Esperaba que siempre pudiera vivir allí y disfrutar de su belleza. Miró a William y encontró su mirada fija en ella.

—¿Qué estás mirando?

—A ti.

Ella volvió la vista. —Hay cosas más bellas que podrías estar mirando.

Se pasó el pulgar por el labio inferior. —Desearía tener tu talento para el dibujo. Te dibujaría así, de perfil, mirando hacia abajo sobre la ciudad.

—Noté que enmarcaste el boceto que hice de ti.

—Lo enmarqué no por el tema, sino por la artista.

—Lo colgaste junto a tu Botticelli. Su tono era ligeramente acusador.

—Los mejores artistas se muestran mejor en compañía de otros grandes artistas.

Ella negó con la cabeza, pero su sonrisa permaneció en su lugar.

Él se movió más cerca. —¿Alguna vez considerarías dibujar un autorretrato, para mí?

Raven alzó las cejas. —¿De Verdad?

—Me gustaría tenerlo.

—Entonces, sí, supongo. Se apoyó contra la barandilla, quitándose el peso de su pierna incapacitada.

—Pensé que eras hermosa, incluso la noche en que te encontré. William bajó la voz.

—Fue tu olor el que me atrajo hacia ti, me hizo una hermosa alma. Pero quedé cautivado por tus ojos.

La sonrisa de Raven floreció y volvió a mirar al Arno.

Más allá del Ponte Vecchio, cerca del Ponte Santa Trinita, era el lugar donde William la había rescatado. Ahora, cuando conducía por el puente desde Santo Spirito hacia esa zona, experimentó ansiedad y una sensación de miedo. Se preguntó si era culpable de suprimir los recuerdos de la noche en que fue atacada, o si la pérdida de memoria había sido el resultado de una herida en la cabeza y sangre de vampiro, como William sugirió. Suspiró y pensó en Cara.

—¿Por qué el profundo suspiro? William se acercó, pero no la tocó.

—Estaba pensando en mi hermana.

—He pensado en los míos a lo largo de los años.

—¿Que les pasó a ellos?

—Mis hermanas, así como mis hermanos, se casaron y tuvieron hijos. No rastree a sus descendientes, pero estoy seguro de que algunos de ellos todavía viven en Inglaterra. Algunos de ellos probablemente fueron a América o Canadá.

—¿Los extrañas?

—Realmente no. Ya había cortado los lazos con mi familia antes de convertirme en vampiro. Después del cambio, tenía poco interés en ellos. Apretó los antebrazos contra la barandilla. —Los vampiros son egoístas—sólo se preocupan de sí mismos y de lo que les agrada. Eso no deja mucho espacio para el vínculo familiar.

Normalmente, Raven habría discutido con él, señalando que los principios generales que se aplicaban a los vampiros no se aplicaban a él. Pero en ese momento, simplemente no tenía nada que ver con ella, así que guardó silencio.

—¿Cómo era tu padre?

—Era alto, más alto que tú, y grande. Él trabajó en la construcción. Tenía cabello oscuro y ojos verdes. Raven señaló su cara. —Me parezco a él. Él era divertido. A él le gustaba reír. Le gustaba llevarnos a mí hermana y a mi al parque y correr con nosotros.

—Si tuviera el poder de la resurrección, te lo devolvería.

Las lágrimas llenaron los ojos de Raven. Ella asintió, demasiado abrumada para hablar.

—¿Qué estabas pensando acerca de tu hermana?

Raven flexionó sus manos contra la piedra, encontrando la fría aspereza contra su piel una agradable distracción. —La amo. Ella es mi mejor amiga. Raven bajó la cabeza. Ella me odia.

—Si ella te odia, es evidente que le falta percepción.

—William, Raven lo reprochó. —Como no podíamos confiar en nuestra madre, me convertí en la madre de Cara de muchas maneras. Que ella rompa el contacto conmigo

es devastador.

William colocó su mano sobre la de ella. —¿Ella todavía no quiere hablar contigo?

—Intenté llamar, probé con correos electrónicos. Ella no responde.

—Lo siento. Yo . . . William negó con la cabeza.

Raven observó su expresión preocupada. —¿Qué es?

Él redirigió su mirada hacia el Palazzo Vecchio. —Veo tu sufrimiento y no sé cómo terminarlo. Me gustaría devolverte a tu padre. Me gustaría darte a tu madre y a tu hermana. Pero no puedo. Me hace. . . Hizo una pausa bruscamente. —No me gusta sentirme impotente.

Ella apoyó su cabeza contra su hombro. —Gracias.

—¿Por qué me estas agradeciendo? No he hecho nada.

—Estás aquí.

Muy suavemente, el borde de su dedo se extendió sobre la bisagra de su mandíbula.

Una larga mirada pasó entre ellos.

—Desearía haberte encontrado hace setecientos años.

Ella entrelazó sus dedos. —Ahora no nos tendríamos el uno al otro si eso hubiera sucedido.

Raven tuvo la impresión de que quería decir algo, pero estaba eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—¿Ser madre es algo que tú quieres?

Esa era una pregunta que ella no había esperado.

Ella estudió el horizonte atentamente. —No esperaba encontrar a alguien a quien amar.

El matrimonio y los niños no eran parte de mis aspiraciones. Quería una vida llena de belleza y amigos, y estaba decidida a estar contenta con esas cosas.

—Eres voluntaria en un orfanato.

—Sí.

—¿Será suficiente?

—No lo sé. Tengo treinta años, William. Probablemente me quedan diez años para tener un hijo. Tal vez quiera un hijo biológico algún día, pero en este momento me parece desalentador. La idea de crear un niño con alguien que no sea el hombre que amo es repugnante.

William levantó el brazo y lo enrolló alrededor de su cintura, acercándola a su lado.

—Ya basta de hablar de mí, William. Debería preguntarte por tus cargas. Lamento haber estado tan centrada en mí misma.

Él le apretó la cintura. —Ni siquiera te das cuenta de lo desinteresada que eres. Me has estado preguntando sobre mis problemas con los principados y preocupándote junto conmigo por días. Has hecho más que suficiente.

—Creo que toda esta conversación profunda es por la vista, espetó. —La belleza de la ciudad hace que las personas reflexionen sobre la vida, el tiempo y los deseos secretos. William se rió entre dientes y presionó un beso en su sien. —¿Qué deseas, pajarito?

—El amor permanente de un buen hombre.

Su brazo alrededor de ella se tensó. —No soy un buen hombre. No soy un hombre en absoluto. Pero te amo y mi amor es sin dudas inquebrantable.

Ella cerró los ojos y se apoyó en él.

—Te admiro. Le habló a su cabello.

—¿Por qué?

—Porque tienes principios y te aferras a esos principios incluso cuando es difícil. Eres noble.

—Me siento incómoda y abrumada más que nada.

—Así no es como me pareces. Él levantó la barbilla. —Sabiedo lo que sé sobre tu persona y tu corazón, nunca he visto a alguien más hermoso.

Ella se dio vuelta. —Para.

—Te amo. La besó en la mejilla, como un niño tímido besa a una chica a la que no puede evitar besarle.

—Yo también te amo.

William se relajó en sus brazos. Raven no se había dado cuenta de que se mantenía tenso hasta que ella sintió el cambio.

—¿Qué sucede? Ella le tocó la cara.

—Nunca tendré tu nobleza de espíritu o tu naturaleza protectora, pero mientras tenga tu amor, puedo estar contento.

La humedad pinchaba las esquinas de los ojos de Raven. —Me estás dando un dolor de muelas.

Él retrocedió. —¿Cómo es eso posible?

Ella rió. —Es una forma de hablar. Significa que eres demasiado dulce. Di algo horrible.

La expresión de William cambió y acercó sus labios a su oído. —Quiero llevarte de vuelta a la casa, así puedo contagiarte en mi cama y hacerte todo tipo de cosas perversas.

Ella acarició su barbilla con su nariz. —Mi dolor de muelas se ha ido.

Con otra risa, la tomó de la mano y la llevó de regreso a la villa.

## CAPITULO 22

Dos semanas después, el Inspector Batelli vio cómo el Mercedes negro se alejaba de Santo Spirito. Tiró perezosamente de su cigarrillo, apoyándose en una puerta que cruzaba la plaza desde el departamento de la señorita Wood.

El trabajo detectivesco podría reducirse a una máxima: seguir el dinero. Esta línea de investigación era frecuentemente aumentada por otra máxima: seguir a la ragazza. Había estado haciendo ambas cosas implacablemente por algún tiempo.

Batelli meditó momentáneamente sobre el vulgar homólogo lingüístico de la ragazza, mientras veía encenderse las luces en el departamento de Raven Wood. Ella era el punto en el que convergían los caminos de William York, el agente muerto de la Interpol, Savola, y el robo de los Uffizi.

El profesor Emerson había tratado de persuadirlo para que detuviera la investigación, sugiriendo que las ilustraciones robadas de Botticelli podrían surgir en el mercado negro una vez que el intenso escrutinio policial disminuyera. Su observación tenía mérito, pero Batelli no admitiría la derrota.

Estaba convencido de que los ladrones que habían atacado a los Uffizi ya lo hacían teniendo un comprador. Sospechaba que la obra de arte todavía estaba en el área, pero oculta. Además, sospechaba que el robo estaba relacionado de algún modo con el misterioso William York.

No sabía el nombre del hombre que Raven estaba viendo. Había tomado fotos sigilosamente, pero sus intentos de identificar a su amante se habían visto frustrados. Parecía que el hombre aparecía solo por la noche y por lo general mantenía la cara oculta, como si sospechara que estaba bajo vigilancia.

Por lo Batelli observó, el hombre más o menos coincide con la descripción física de Emerson hacia William York. Pero sin una fotografía de la cara del hombre, la descripción era inútil.

Las bases de datos de la Interpol no arrojaron nada sobre alguien llamado William York. Un intento de levantar las huellas dactilares de la puerta trasera del edificio de la señorita Wood no produjo nada, porque ninguna de las huellas podía vincularse con alguien que concuerde con su descripción.

Las matrículas de los Mercedes también eran un callejón sin salida. El automóvil estaba registrado para un diplomático suizo que no coincidía con la descripción de su amante. La intuición de Batelli le dijo que se había encontrado con un señor del crimen. No pudo

identificar la naturaleza o la etnia de la organización, pero no era la mafia ni la mafia rusa. Comenzó a hacerle preguntas a un amigo suyo que trabajaba en una fuerza de tarea contra el crimen organizado, pero su amigo estaba tan desconcertado como él. Por eso Batelli siguió mirando a Raven y a su patrón, esperando algún tipo de pista sobre su identidad.

Batelli no tenía idea de que incluso mientras seguía a Raven, un vampiro lo seguía.



## CAPITULO 23

Aoibhe fijó sus ojos oscuros en el Príncipe y arrugó la nariz. —Hueles a mascota.

El Príncipe la ignoró, caminando hacia la sala de entrenamiento.

Había tenido muy poco tiempo con Raven ese día. Había trabajado sus horas normales en la galería antes de comenzar su turno voluntario en el orfanato. Había tenido que contentarse con acariciar en el Mercedes en el camino desde el orfanato hasta su apartamento, después de lo cual se suponía que pasaría la noche con Lidia, su vecina.

El príncipe a regañadientes le dio las buenas noches antes de descender al inframundo.

Estaba aburrido, inquieto y ansioso por divertirse. Como siempre, tenía poco interés en el Teatro, y aunque estaba de humor para alimentarse, no estaba dispuesto a beber de nadie más que ella.

Había acordado que deberían pasar la noche separados, para que Raven pudiera atender a Lidia, que estaba recibiendo quimioterapia, y así poder asistir al principado. Pero la separación lo hizo irritable.

Un vampiro irritable es alguien a quien todas las criaturas deberían evitar. Por desgracia, Aoibhe no era consciente de esta máxima.

Ella trotó tras él, su vestido de terciopelo verde ondeando detrás de ella. —¿Se frotó sobre todo tu cuerpo? Apenas puedo respirar por el hedor.

El Príncipe se volvió hacia ella, su cara una máscara de ira. La verdad era que Raven, de hecho, se había frotado contra él. Se habían disfrutado el uno al otro en el asiento trasero del Mercedes de una manera que era a la vez decadente y embriagador.

El Príncipe no quería que Aoibhe supiera la profundidad de su apego a Raven, por ella.

Al ver su ira, Aoibhe retrocedió. Ella hizo una reverencia. —Perdón, mi señor.

—Hubo un momento en que descubriste que la fragancia de mi mascota era la más deseable. Si esa opinión ha cambiado, le recomiendo que mantenga la boca cerrada. Giró sobre sus talones y continuó en su camino.

Algo que parecía mucho triunfo brilló en su rostro, pero solo por un momento.

Ella siguió. —La bacanal comenzará dentro de una semana. Todo está listo.

—Bueno.

Ella habló a su lado. —Para celebrar el próximo festival, tal vez podría procurarte una bebida. Algo joven? ¿Algo nuevo?

—Estoy bien alimentado.

—¿Entonces quizás otra distracción? Se detuvo frente a una pesada puerta de madera. El

Príncipe miró hacia la puerta, contemplando su sugerencia.

Ella abrió la puerta y la sostuvo, permitiéndole al Príncipe ver dentro del gimnasio. El espacio era muy grande y tenía una galería superior. Vampiros jóvenes y viejos preparados para la batalla, practicando con diversas armas.

Entró en el gimnasio y, una vez más, Aoibhe lo siguió, cerrando la puerta detrás de ellos. Al ver al Príncipe, un silencio cayó sobre la multitud. Los ciudadanos se inclinaron respetuosamente, pausando su combate.

—Lo siento Max no está aquí. Podría hacer una lección, comentó Aoibhe.

El Príncipe no dijo nada.

Ella se movió para susurrarle al oído. —No hemos tenido noticias de Max y Pierre. Pensé que ya habrían completado su misión.

Él gruñó su frustración.

—Vamos a encontrarte un digno oponente. Miró alrededor de la habitación rápidamente.

—Por desgracia, soy el más viejo aquí, excepto por ti.

—Niccolò y Lorenzo necesitan pasar más tiempo entrenando.

—Indudablemente. Un niño pequeño probablemente podría ser mejor.

El Príncipe caminó hacia el alijo de armas y eligió una espada ancha grande y pesada.

Caminó hacia el centro del gimnasio, lanzando la espada de mano en mano. Aoibhe buscó un arma que coincidiera mas o menos con la suya y lo siguió.

Los otros vampiros se retiraron rápidamente, moviéndose al perímetro de la sala.

Al verla, el príncipe frunció el ceño. —No se puede pelear con un vestido.

—He estado peleando con un vestido desde que me transformaron. Ella lo miró con picardía. —Pero ya que objetas...

Ella se despojó de su ropa, tirándola a un lado. Estaba de pie en un piso de marfil, su largo cabello rojo alborotado de ondas sobre su cuerpo, su mano agarrando una espada. Un murmullo se levantó de la multitud, porque Aoibhe era una diosa en cuerpo y rostro.

—¿Vamos?

Él la miró por un momento, luego apuntó su espada a la de ella. —Quizás prefieras algo más pequeño.

—El tamaño de tu espada es más que adecuado, mi señor.

La risa llenó el pasillo.

—Entonces vamos a entrenar hasta la primera sangre.

—De acuerdo.

Aoibhe le guiñó un ojo y adoptó una posición de lucha, su cuerpo se volvió hacia un lado,

su espada se levantó con ambas manos y señaló hacia el techo.

Antes de que ella pudiera dar un solo paso en su dirección, él se desdibujó hacia ella, luego se retiró con la misma rapidez. Aoibhe se paró, sorprendida, una pequeña línea de sangre flotando desde su mejilla hasta el borde de su boca. La había atrapado con la punta de su espada incluso antes de que pudiera respirar.

Su lengua se asomó, esforzándose hacia la sangre. Ella sonrió lentamente. —Parece que no estás tan bien alimentada como dices.

El Príncipe frunció el ceño. —¿Estás con ganas de más?

—De hecho, mi señor. Claramente, su pequeña mascota no está abriendo su apetito.

Tendrás que tomar otro. O más. —Ella reanudó su postura, su blanca mejilla todavía manchada con la sangre negruzca, a pesar de que la herida se había cerrado.

El Príncipe agarró su espada con más fuerza, los nudillos de su mano indicaban que su burla había sido encontrada. Él le hizo señas a ella.

Esta vez, ella se movió de inmediato, acercándose a él con rapidez y balanceándose en su pecho. El Príncipe la esquivó en el último momento, su cabello revoloteando en el giro creado por su arma. Golpeó su trasero con la parte plana de su espada, haciendo que la risa burbujeara entre la multitud.

Ella se giró y le pegó un golpe desde un costado. Una vez más, él esquivó su golpe.

Aoibhe estaba empezando a perder los estribos. Ella giró en dirección de su cabeza y él se agachó, empujando su abdomen con su mano y derribándola. Su espada salió volando y aterrizó a unos pocos pies de distancia.

El Príncipe le dio la espalda y caminó hacia la puerta, al sonido de un gran aplauso. Le entregó su espada a uno de los jóvenes que estaban cerca, y salió de la sala.

Aoibhe se recogió a sí misma. —¿Qué estás mirando?, Gruñó a la multitud, arrojando su vestido sobre su cabeza y caminando hacia la puerta.



Más tarde esa noche, Raven se sentó en su escritorio en su habitación, mirando su computadora portátil. Ella borró un correo electrónico de su madre, sospechando que sería una diatriba enojada y furiosa, agraviándola por haber molestado a Cara.

Raven también ignoró un correo electrónico del padre Kavanaugh, quien, según el tema visible, había llegado recientemente a Roma. Sin duda la estaba actualizando sobre su nuevo puesto en la Iglesia.

El padre Kavanaugh se había convertido en un padre para ella y, en menor medida, para Cara. Las había llevado a Covenant House cuando huyeron de su padrastro, las había protegido y alimentado, y las había traído a un oficial de policía en quien podían confiar. Había abogado por ellas con los servicios de protección infantil y los tribunales. Y se había asegurado de que tenían a alguien en su vida que se preocupaba por ellas y las alentaba a ir a la universidad, incluso al punto de obtener becas para ellas.

Raven le debe mucho al padre Kavanaugh, pero más que eso, ella lo amaba. Si bien ella no compartía sus creencias religiosas, ella sabía que él era un hombre santo. Y ella sabía que, a su manera, la amaba a ella y a Cara. Si alguna vez surgiera la necesidad, él movería cielo y tierra para ayudarlas.

Pero ella no quería hablar con él sobre Cara. Ahora no, cuando el dolor todavía estaba fresco. Por esta razón, Raven decidió guardar su correo electrónico para otro día.

Con un corazón adolorido, ella escribió otro correo electrónico a su hermana.

*Querida Cara,*

*Lamento mucho haberte molestado. Lamento molestar a Dan.*

*Por favor, no me excluyas de tu vida, especialmente sobre esto. Nos tomó mucho de nosotros ya. No dejes que se lleve a mi hermana.*

*Te amo,*

*Raven*

## CAPITULO 24

La noche siguiente, Gregor apareció ante el Príncipe en sus apartamentos privados en el Palazzo Riccardi. Permaneció de pie, nervioso, mientras el príncipe leía el mensaje que le había enviado del consejero Tarquin, el actual líder de Venecia.

Como el Príncipe de Florencia había puesto a Tarquin en su lugar después de haber derrotado al gobernante anterior, y dado que Florencia reclamaba el dominio sobre Venecia, Tarquin no podía ostentar el título de príncipe. Él era solo un consejero. Y como cualquier vampiro de sangre negra, se irritó bajo el título.

El Príncipe miró a Gregor y sonrió. —Parece que tu misión fue exitosa. Tarquin se disculpó y, según su carta, envió un doble tributo. Supongo que tienes el tributo contigo? —Ya ha sido depositado con Lorenzo, mi señor.

—Excelente. ¿Los venecianos están preocupados por la Curia?

—No hicieron mención de ellos.

—¿Notaste algo raro en la ciudad?

—Se resienten de estar bajo el control de Florencia, mi señor. Pero aparte de eso. . . Se encogió de hombros.

El Príncipe colocó el mensaje en su escritorio, mirando cuidadosamente a su asistente personal. —No parece estar peor por el desgaste.

—No, mi señor. El ruso cambió su peso de un pie a otro. —Tarquin y sus asesores consideraron matarme, pero como yo no era miembro del Consilium me dijeron que la lesión sería mayor que la lesión a Florencia.

—Palabras sabias, pero lamentaría perderte, Gregor.

El asistente pareció sorprendido por la admisión. —Gracias, tartamudeó. —Me he enorgullecido de mi lealtad y servicio.

—Me enorgullezco también, por lo que te envió en otro viaje. Uno que debes mantener en secreto.

—Por supuesto. ¿Adónde debo ir?

—Suiza. Deseo que visites La Colonia, cerca de Ginebra. Me interesa saber cómo una familia en particular adquirió un conjunto de ilustraciones de Botticelli hace cien años.

—Sí, mi señor. Gregor dudó.

—Sale con eso, ordenó el Príncipe con impaciencia.

—No le corresponde a usted interrogarlo, mi señor. Gregor se removió nerviosamente, su mirada fija en el suelo.

—No, no es. Pero en este caso, y en vista de su leal servicio, será voluntario y tratará de resolver un viejo misterio, que espero ayude a resolver uno nuevo.

Gregor parecía confundido. —Por supuesto, mi señor.

—También mencionaré que envié a alguien en un viaje similar hace muchos años. Él regresó con la mano vacía. Esperemos que regreses con algo más.

El príncipe despidió a su asistente con un gesto de la mano, antes de contemplar la sombra que primero cayó sobre su ciudad en el momento del robo de sus ilustraciones. La sombra debe ser destruida.

## CAPITULO 25

En la noche del domingo, después de pasar el día juntos, William y Raven estaba fuera de su casa junto a su preciada motocicleta Triumph.

—No puedo. Raven retrocedió. —La última vez que monté contigo, estaba enferma.

Sus ojos se encontraron con los de ella. —Esta será diferente. Lo juro.

—Te gusta conducir rápido.

—Sí.

—Pero tengo problemas para mantenerme. Algunas veces es doloroso para mi pierna lesionada. Puede que tenga que pedirte que te detengas para que pueda estirarme.

—Entonces nos detendremos. Él se acercó y acarició su rostro con el dorso de sus dedos.

—No dejaré que te hagas daño. Juro por la reliquia.

El calor estalló en medio de Raven al sonido de sus palabras. —Debes respetar mucho la reliquia.

—Es en lo único que juras.

Él asintió con la cabeza, sus ojos grises oscuros y muy intensos. —No tenemos tiempo para la historia esta noche. Debo asegurarme de que te acuestes lo suficientemente temprano como para descansar antes de trabajar mañana.

—Prefiero escuchar tu historia.

Él le dio un beso en los labios. —Otro momento.

Ella presionó su mejilla contra su pecho y escuchó el extraño sonido de su corazón. —El proyecto de restauración está casi terminado. Estaré de vacaciones hasta principios de septiembre. Podríamos ir a algún lado.

—Me gustaría eso. Él acomodó sus dedos en su cabello. —Me gustaría llevarte a York, donde nací. Pero no puedo abandonar el principado cuando la Curia está mirando y hay un traidor entre nosotros.

—¿Traidor? Raven retrocedió, alarmado. —¿Qué traidor?

Un músculo saltó en la mandíbula de William. —Durante algún tiempo, una persona o un grupo de personas dentro del principado han estado tratando de destruirme.

Los ojos de Raven se abrieron de par en par. —¿Qué? Nunca me dijiste eso.

—Lo hice, en realidad, durante una de nuestras conversaciones sobre Aoibhe.

Raven arrugó la nariz. —Me perdonarás si he borrado la mayor parte de esa conversación.

—Creo que alguien traicionó con mi ubicación a los cazadores, razón por la cual estaban

fuera del Teatro esperando por nosotros. Si Aoibhe fuera el traidor, habría evitado esa área.

—Además, hace dos años, fui atacado por asesinos. Vinieron de Venecia pero fueron ayudados por alguien desde dentro de la ciudad. No he descubierto a quién. Todavía.

—¿Por qué no me dijiste sobre esto?

—Sucedió antes de conocerte.

Raven negó con la cabeza. —¿Qué pasó con los asesinos?

—Los destruí.

—¿Qué, todos ellos?

—Solo habían diez. Después del intento de asesinato, fuimos a la guerra con Venecia y los derrotamos. Desde entonces, los traidores han sido demasiado cobardes para arriesgarse a un conflicto abierto. Se confabularon con los cazadores para tratar de matarme. Ahora creo que están tratando de usar la Curia.

—¿Has vencido a diez vampiros? ¿Qué, a la vez?

William sonrió. —Soy un viejo.

—¿Por qué los traidores usarían la Curia? Si vienen, matarán a todos los vampiros.

—La Curia hace tratados cuando conviene a sus propósitos.

—William, susurró, descansando su mejilla contra su pecho una vez más.

Él enrolló un mechón de su cabello alrededor de su dedo, su mirada fija en el hilo negro.

—Esta no es la forma en que imaginé nuestra noche. Al menos ahora entiendes por qué no puedo llevarte a York. Su expresión se iluminó. —Pero me gustaría llevarte conmigo esta noche.

Raven miró la motocicleta, su agarre se tensó. Él la miró, una sombra de esperanza cruzando su hermoso rostro.

Ella no podría decepcionarlo. —Adelante, viejo.

Él sonrió ampliamente y la llevó a su máquina.





William parecía haber elegido el camino más oscuro y sinuoso que conducía desde la ciudad. Afortunadamente para Raven, su moto Triumph tenía luces gemelas que cortaban la noche.

Ella lo abrazó con fuerza, sentándose lo más adelante posible, su frente presionada a su espalda, sus brazos alrededor de su cintura. La posición era incómoda para su pierna, pero ignoró la incomodidad, centrándose en la sensación de estar tan cerca de la persona que amaba.

Llevaba gafas de sol, pero no llevaba casco, para su consternación. Le gustaba sentir el viento en el pelo, había dicho, y era indiferente al riesgo de un accidente.

"*No dejaré que te hagas daño*", había prometido, insistiendo en que usara un casco. Él había procurado una chaqueta de cuero negra para protegerla del viento y se deleitó en colocarla sobre ella.

Raven lo apretó con más fuerza, moviéndose hacia adelante en el asiento del pasajero en la parte posterior, su rostro vuelto hacia un lado mientras la motocicleta grande y poderosa rodeaba las curvas a gran velocidad.

—¿Estás bien? Levantó la voz por encima del rugido de la máquina.

—Es un poco rápido. Su respuesta fue amortiguada por el casco.

Ella mintió. Era demasiado rápido y la tensión de tener que abrazarlo tan fuertemente agravaba sus heridas, pero sabía lo mucho que William disfrutaba de la velocidad. Podía sentir su alegría, su salvaje abandono, mientras aceleraba el motor en las vías rectas y sin esfuerzo guiaba la moto alrededor de las curvas. La emoción recorrió su cuerpo, sus músculos tensos con control.

Sus muslos se apretaron en el lado exterior de él cuando doblaron una esquina, sus brazos cortando el implacable acero de sus abdominales. William se desaceleró y ella lo escuchó reír, el sonido de su diversión desapareciendo en el viento.

Él era feliz. Él era libre. Y porque la amaba, no se atrevería a acercarse a la velocidad que él prefería.

—Es una noche encantadora. Hizo un gesto hacia el cielo negro que se asomaba a través del dosel de árboles sobre ellos.

Ella lo abrazó en respuesta. Su pierna lesionada comenzó a latir, así que con pesar ella apretó su lado derecho, la señal de que necesitaba un descanso.

William disminuyó la velocidad de inmediato y se detuvo al costado de la carretera cerca de un camino privado. Se quitó las gafas de sol, se bajó de la moto y la ayudó con su casco, colocándolo en la parte superior del asiento antes de ofrecerle la mano.

Cuando su pierna rígida no cooperó, la levantó en sus brazos. A la tenue luz de las estrellas, aún podía ver la alegría en su rostro.

Sus cejas se unieron bajo su mirada. —¿Qué?

—Verte feliz me hace feliz.

Sin previo aviso, presionó sus bocas juntos. Cuando se separaron, le susurró al oído:

—Lo había olvidado.

—¿Has olvidado qué? Sus dedos inquisitivos se abrieron paso a través del cabello en la parte posterior de su cabeza.

—Lo que es ser amado.

Ella lo abrazó tan fuerte como pudo, tratando de mostrar con su cuerpo lo que no podía comunicar con palabras.

La colocó en el suelo, enrollándole el brazo alrededor de la espalda para sostenerla.

—Monté a caballo cuando era humano. Me gustaron. Tengo un par de autos veloces, incluido un McLaren.

—¿Qué es un McLaren?

William sonrió. —Es un automóvil fabricado por una empresa que fabrica autos de carrera de Fórmula Uno. Es un vehículo excepcional, pero desde mi primer viaje en una moto, ha sido mi favorito.

—Puedo entender eso. Ella devolvió su sonrisa.

La condujo a un bosquecillo de cipreses que bordeaba el borde de un camino privado y la llevó a una colina más pequeña.

—¿A dónde vamos?

—A un lugar especial.

Caminaron por un tiempo. Justo cuando Raven estaba segura de que ya no podía caminar, los árboles se adelgazaron, revelando un hermoso jardín en terrazas. Había pequeñas luces blancas alrededor de algunos árboles y algunas linternas eléctricas dispersas por las terrazas, intercaladas con macetas de terracota llenas de flores y vegetación. Los rosales y la lavanda perfumaban el aire. Hacia el lado derecho, a poca distancia, había un bosquecillo de naranjos.

Él la llevó al centro de la terraza más grande, al lado de una fuente grande e impresionante que presentaba una estatua de Venus y Cupido. Los limoneros en macetas se alzaban ampliamente alrededor de su circunferencia. Raven inhaló el aroma soleado y cítrico.

—Es increíble. ¿Qué es este lugar?

—El jardín pertenece a una villa más arriba. Fue construido en el siglo XIV.

—¿Conoces a los dueños?

—Conocía a los dueños originales. Creo que la villa todavía está en la familia.

—¿Eran amigos tuyos?

—No tengo amigos, Raven. Los dueños eran amigos de los Medici, y así es como los conocí.

Ella miró alrededor. —Estamos entrando sin autorización.

—Los dueños actuales son ancianos. Probablemente estén durmiendo.

—¿Vienes aquí a menudo?

—Fui invitado varias veces en el siglo XIV. Desde entonces, lo he visitado solo en ocasiones, siempre al amparo de la oscuridad. Su atención se desplazó por las terrazas, deteniéndose de vez en cuando.

—Me gustan los jardines. Es muy pacífico aquí. Y sin vampiro a la vista.

—¿Los jardines han cambiado mucho desde el siglo XIV?

—Felizmente, no.

Ella colocó su brazo alrededor de su cintura. —Dime cómo fue vivir durante el Renacimiento.

William se frotó la barbilla. —Fue fascinante. Hubo tremendas innovaciones en arquitectura, arte, política y ciencia. Florencia fue el centro de muchas de esas innovaciones. Y en el centro de Florencia estaban los Medici.

—Jugué el papel de un inglés rico que estaba ansioso por gastar el dinero de su familia y codearse con la élite. La sociedad florentina me recibió con los brazos abiertos. Aproveché esa oportunidad para aprender todo lo que pude de los innovadores intelectuales y silenciosamente comencé a adquirir arte.

—Los vampiros habían sido arrojados bajo tierra por la Curia, pero era bastante fácil mezclarse con humanos entre las horas de la puesta del sol y el amanecer. Eran lo suficientemente desconfiados como para mantener la distancia, pero no temerosos como lo habían estado sus antepasados, cuando vivíamos abiertamente.

—Conocías a Dante y Botticelli.

William frunció el ceño. —Yo sí. No puedo decir que me haya gustado ninguno de ellos. Ciertamente admiro el trabajo de Botticelli, cuando no está tratando de pintarme en una de sus pinturas.

—Conociste a Beatrice.

—No bien, pero la conocí. Era encantadora, muy noble, y el tipo de mujer que volvía la

cabeza cuando caminaba por la calle. Conocí a la musa de Botticelli, Simonetta Vespucci. Conocí a Brunelleschi, Maquiavelo, Miguel Ángel, Donatello, Leonardo, Savonarola, Galileo. . . William agitó una mano en el aire. —Tuve la ventaja de una larga vida y acceso a los círculos en los que viajaban.

—¿Alguno de ellos fue asesinado por vampiros?

—No. Los ojos grises de William bailaron. —Pero dos de ellos se convirtieron en vampiros.

La boca de Raven se abrió. —¿De Verdad? ¿Cuáles?

—Adivina. William parecía divertido.

—Um, ¿Michelangelo y Brunelleschi? Serían buenos vampiros.

—No.

Raven frunció el ceño. —Eso es muy malo. Me hubiera gustado conocerlos.

—Puedo presentarte a Simonetta. Ella es la Princesa de Umbría.

—Estás bromeando.

—No, no lo estoy. También puedo presentarte a Maquiavelo, pero ya lo conociste.

Raven se llevó una mano a la frente. —¿Qué?

—Niccolò es un miembro de mi consejo y gobernante. Estabas en la misma habitación que él cuando te vendé los ojos y te llevé a la cámara del consejo.

—No recuerdo mucho de esa reunión, aparte de estar asustada.

William besó su mejilla. —Fuiste muy valiente.

—¿Cómo es él?

—Es mucho más de lo que cabría esperar. Sin embargo, el tiempo le ha enseñado la prudencia. Raven miró a William cuando una idea repentinamente se le ocurrió. — ¿Escribió El Príncipe por ti?

William se rió entre dientes. —No, eso fue para los Medici. Maquiavelo no estaba en buenos términos con ellos y ese fue uno de sus intentos de congraciarse.

—¿Hay artistas famosos que se hayan convertido en vampiros? Monet? ¿Van Gogh?

—Ninguno de ellos. Pero no puedo hablar por todo el mundo del arte. Durante años, he centrado mi atención únicamente en el principado. En cualquier caso, muchos de mi clase cambian sus nombres para no ser reconocidos. O cazados.

—Sí, porque los historiadores del arte estarían interesados en entrevistarlos.

William negó con la cabeza. —Sería una entrevista corta. El historiador de arte muy probablemente terminaría en un plato principal.

—Pero qué manera de morir.

William se rió y la abrazó, girándola lentamente en círculo.

Ella admiró su entorno una vez más. —Esto es adorable. Pero los jardines de tu villa también son hermosos.

—Gracias. Me inspiré aquí.

Ella lo miró a él. —¿Qué te gusta de ello?

—Es bonito. Su localización. Si nos quedamos en la parte superior, donde está la villa, tendremos una vista extraordinaria de las colinas circundantes. Hay viñedos cerca. Detrás de la casa está el olivar. Aquí hacen su propio aceite de oliva. Sus brazos se tensaron.

—Es lo que has disfrutado en la villa. Tengo a Lucía abasteciendo para ti.

—Gracias.

—El jardín aquí es diferente a los jardines de York, cuando vivía allí. Pero algo sobre este lugar me recuerda a mi hogar. La cara de William adquirió una expresión que Raven no había visto antes.

Pareció perdido en sus pensamientos por unos momentos.

Raven esperó a que él volviera con ella. —¿Cómo eran tus padres?

—Mi madre era bonita y de una familia adinerada. Ella fue muy exitosa y recibió una buena educación.

—¿Y tu padre?

—Era un tirano. William tomó su mano y comenzó a alejarla de la fuente.

—¿A dónde vamos?

—Es una sorpresa.

—Creo que he tenido suficientes sorpresas. ¿Quieres decirme más sobre tu padre?

—No.

—Está bien, dijo en voz baja. —Todavía estoy tratando de procesar el hecho de que Maquiavelo todavía está vivo. Lo estudié en una clase de ciencias políticas en la universidad. Él podría haberme enseñado.

—Él no lo haría. Los humanos están debajo de él y su intelecto.

—Sabía que había una razón por la que no me gustaba.

Caminaron una distancia considerable a través del naranjal hasta que se acercaron a otro claro.

Una vez más, pequeñas luces blancas iluminaban el espacio de los árboles en los que colgaban. Las linternas eléctricas se alineaban en el perímetro de una piscina rectangular. Raven le lanzó a William una mirada inquisitiva. Él sonrió y la llevó a un lado.

—Prueba la piscina. No soy un buen juez de la temperatura.

Ella se inclinó y sumergió su pie sano en el agua. —Está templada. La piscina debe ser calentada.

—Excelente.

William se acercó a una tumbona y comenzó a desabrocharse la camisa.

—Espera. ¿Qué estás haciendo? Raven sonó alarmada.

—Vamos a nadar.

Ella miró impotente a su alrededor. —Estamos invadiendo.

—No le tengo miedo a los dueños.

—Yo estoy. No tenemos trajes de baño.

—No tengo un traje de baño. Él le dio una mirada diseñada para tentar mientras se quitaba la camisa, revelando su musculoso pecho. —Y si tuvieras uno, te convenceré de que no te lo pongas. Se desabrochó los pantalones vaqueros negros.

Raven murmuró una maldición de sorpresa.

Sin pudor, William caminó desnudo hasta el otro extremo de la piscina y se zambulló en el agua. El sonido de su cuerpo al atravesar la superficie parecía atronador. Raven aguzó el oído en busca de alguna indicación de que alguien hubiera oído el ruido y viniera a investigar.

William nadó hacia el lado más cercano a ella. Parecía un dios, su parte superior era perfecta en proporción y salpicada de gotas de agua. Su poderosa presencia apenas fue silenciada por el agua, aunque la miró vacilante.

—¿Me acompañas?

—Nos arrestarán.

William inclinó la cabeza hacia un lado. —Es una tarde cálida. Hemos recorrido un camino largo y polvoriento. Pensé que sería refrescante nadar. Juntos.

El tono de su voz cambió en la última palabra y Raven lo sintió en su piel, como una caricia.

—¿Qué pasa si alguien nos ve?

—Tengo una excelente audición y un sentido del olfato excepcional. El viento sopla de tal manera que no nos sorprenderá nadie que venga de la villa. Ven, Raven. Quiero verte.

—Su expresión se calentó.

Enclavado entre la vegetación en la semioscuridad, la piscina parecía acogedora. Aún más cuando se combina con el dios agua antes ella. Raven apretó sus manos en puños.

—Bien.

Con cuidado, ella desabrochó su chaqueta de cuero y la colocó en una silla cerca de la ropa de William. Con la mayor velocidad que pudo reunir, se desvistió. Cubriendo sus pechos con un brazo, cojeó hasta el extremo poco profundo de la piscina y bajó por las escaleras. Ella solo se relajó cuando el agua le llegó al cuello.

William observó todo el procedimiento como un halcón. Él permaneció a un lado, mirándola, pero no hizo ningún movimiento para acercarse a ella.

Sus mejillas llamearon.

Extendió su mano sobre la superficie del agua. Era una invitación. Lentamente, ella se acercó a él.

—¿Cómo se siente el agua en tu pierna? Su expresión era casi tierna.

—Se siente bien. Con los años he hecho terapia acuática y ejercicio. Ayuda.

—Pero no has estado haciendo eso en Florencia.

—No, no lo hice.

—Haré los arreglos.

Ella estaba preparada para discutir con él, pero rápidamente lo pensó mejor dado su tono. —Gracias. Extraño nadar.

Levantó su mano, pero en lugar de empujarla contra su cuerpo desnudo, suavemente le tocó la cara y alisó su cabello. Ella colocó sus brazos sobre sus hombros para estabilizarse. —El agua está muy caliente.

Él asintió, todavía mirándola a los ojos.

Ella rompió el contacto visual. —Te has quedado callado.

—Los vampiros tienen excelentes sentidos. Cuando nos alimentamos o entablamos relaciones sexuales, nos distraemos.

Para asegurar que no nos sorprendan, tendré que renunciar a esas actividades. —Su mano se deslizó bajo el agua para descansar sobre su cadera. —Lo encuentro difícil.

Ella se acercó, sus pechos rozando contra su pecho. William cerró los ojos y gimió.

—Creo que sería una grosería para nosotros realizar esas actividades en la piscina de otra persona. Raven le besó el cuello.

Golpeada por una inspiración repentina, ella lamió una gota de agua de su piel. Las manos de William se agarraron a sus caderas, tirando de su cuerpo inferior contra él. Sin decir una palabra, la besó profundamente.

—Me ocuparé de eso, dijo con voz ronca, sus ojos como fuego gris.

Él envolvió sus brazos alrededor de su espalda y Raven se olvidó por completo de los dueños de la piscina.

## CAPITULO 26

Más tarde esa noche, William llevó la moto a un lugar cerca de la puerta de entrada del edificio de apartamentos de Raven. Esperó a que él la ayudara a levantarse de la moto, encontrando sus piernas inestables.

Él se rió entre dientes mientras se quitaba el casco. —¿Estás bien?

—Estoy perfecta. Ella sonrió y levantó la cara.

Él capturó sus labios, tirando de ella contra él. Se besaron durante un rato, explorando suavemente la boca del uno al otro, antes de que William se retirara. Él le dio un besito en la mejilla.

—Vamos a entrar.

Caminaron hacia la puerta principal, tomados de la mano y susurrando sobre sus actividades en la piscina. Fue, quizás, una de las noches más románticas de la vida de Raven.

Mientras se acercaban a la puerta, una figura salió de las sombras. El cuerpo de William se solidificó y un fuerte gruñido escapó de su pecho. Al instante, él la empujó detrás de él.

La mirada de Raven se movió en dirección a la de William. A unos metros de distancia, vestido de negro sacerdotal, estaba el padre Kavanaugh. Estaba mirando a William con una expresión atronadora.

—¡Súeltala!, Le ordenó.

Sacó una cruz de su bolsillo y la sostuvo delante de él mientras avanzaba, recitando lo que Raven pensó era latín. Trató de rodear el cuerpo de William, pero él la empujó hacia atrás, maldiciendo al sacerdote en latín, mostrando los dientes.

—Por el poder del Señor, te ordeno que la liberes. El Padre sacó una botella de lo que parecía agua bendita. El pánico desgarró a Raven.

Sabía que el agua bendita solo tenía un efecto mínimo en William. Ella también sabía que él se esforzaba por mantener esta información en secreto. No podía arriesgarse a que el padre Kavanaugh arrojara el agua en su dirección, solo para descubrir que William era inmune.

—Pare. Raven logró apoyarse en William, haciendo contacto visual con su antiguo mentor. —Estoy bien, padre. Él no me hará daño.

La expresión en la cara del sacerdote se hizo aún más determinada.



—Raven, camina hacia mí. En este momento. Su voz era baja mientras continuaba acercándose al enojado vampiro.

—Ella es mía, silbó William, bloqueándola de la visión del sacerdote una vez más.

—William, detente. Ella lo agarró del brazo e intentó empujarlo, pero él no se movió. —

Este es el padre Kavanaugh, el sacerdote que nos salvó a mí y a Cara.

El agarre de William se aflojó por un momento y ella logró liberarse. Cojeando para pararse entre los dos hombres, miró de uno a otro.

—Estoy a salvo. Nadie me va a lastimar. Ustedes dos, simplemente relájense. Ella levantó sus manos, tratando de evitar que temblaran.

—Raven, ven aquí. Ahora. Padre murmuró palabras que ella no entendió. Buscó en su bolsillo y sacó un disco plano, que mostraba una cruz roja formada por dos espadas.

William agarró la mano de Raven y la atrajo hacia su cuerpo. Él la cubrió con sus brazos.

—Debemos irnos. Ahora.

—Pero él es prácticamente es mi padre, protestó. —No voy a huir de él.

William dirigió sus ojos enojados hacia el sacerdote. —¿Qué deseas?

—No estoy aquí para pelear. Vine a ver a Raven. El sacerdote extendió su mano en su dirección.

—Libérela y no tenemos que pelear.

—Basta, ustedes dos. Ella se liberó de William una vez más. —No estoy en peligro. Si ustedes dos acabaran de subir, estoy segura de que podemos hablar de esto.

—Te estoy pidiendo ahora, Cassita, que vengas conmigo. El tono de William hizo que un escalofrío ascendiera por la columna vertebral de Raven.

—Necesito hablar con él. Él no me hará daño. Raven intentó convencer a William con la mirada. William sostuvo su mirada, luego sus ojos se movieron hacia el sacerdote.

El padre Kavanaugh no había relajado su postura pero había dejado de moverse, sus pálidos ojos se entrecerraron.

William escupió en el suelo. Dio media vuelta y corrió hacia un edificio cercano.

Raven observó en estado de shock mientras escalaba la pared sin mirar atrás, desapareciendo en el techo.

Él la había dejado.

—Necesitamos entrar. Padre envolvió un brazo alrededor de sus hombros y observó la plaza.

—Podría haber más de ellos.

Confundida, ella le permitió que la acompañara a la puerta principal del edificio.

El sacerdote insistió en cruzar el umbral primero, sosteniendo una cruz y recitando fórmulas latinas sagradas. Raven estaba demasiado distraída por sus preocupaciones sobre la partida de William como para prestarle mucha atención.

Cuando abrió su departamento, una vez más el padre Kavanaugh insistió en entrar primero. Buscó en todo el espacio, encendiendo todas las luces, antes de dejarla entrar. Cerró y atornilló la puerta detrás de ellos, dejando escapar un lento suspiro de alivio. —¿Qué acaba de pasar? Ella tropezó con una silla, ansiosa por quitar el peso de su pierna. Ella estaba sin su bastón porque William le había sugerido que lo dejara en su villa antes del viaje en motocicleta.

—Gracias a Dios que estás a salvo. El sacerdote la abrazó como si hubiera sobrevivido a una guerra. Raven le devolvió el abrazo.

El padre Kavanaugh estaba en la mitad de los cincuenta y era dos pulgadas más alto que Raven. Llevaba un cuello, una camisa negra y pantalones negros. Su cabello, como su barba cuidadosamente recortada, era blanco. Sus ojos eran azules y generalmente felices. Sus manos fueron rudas por años de arduo trabajo en Covenant House en Orlando.

Una vez que la soltó, colocó la cruz, el disco y el agua bendita sobre la mesa de la cocina. Él acercó una silla y se sentó frente a ella, su piel visiblemente pálida detrás de su barba.

—¿Qué acaba de pasar?, Repitió, con los brazos cruzados defensivamente sobre el pecho.

—Tenemos que salir de aquí. Empaca una bolsa. Te llevaré a Roma, donde estarás a salvo.

—Estoy a salvo aquí.

El sacerdote negó con la cabeza. —Los. . . el hombre con el que estabas es peligroso. Tienes que alejarte de él. Esta noche.

—Él no es peligroso para mí.

Los ojos del padre se estrecharon. Le tocó la barbilla, volteando su rostro hacia un lado para poder examinar su cuello. —Sin marcas, murmuró. —Gracias a Dios.

Ella se sacudió lejos. —Dime qué está pasando. ¿Qué estaban diciendo ustedes dos en latín?

—Lamento decirte esto, pero el hombre con el que estabas no es un hombre. El sacerdote habló en voz baja, observando su reacción.

—Lo sé, Raven resopló. —Es un vampiro.

Padre se reclinó en su silla, con los ojos muy abiertos.

—¿Sabes? Dijo finalmente.

—Por supuesto. Es obvio, ¿no? No conozco a demasiados humanos que puedan escalar edificios y desaparecer en la noche.

—Está alimentándose de ti, anunció el padre, buscando su cruz.

Instintivamente, la mano de Raven se movió hacia su cuello. —No es así. El me ama. Y lo amo.

Ante el sonido de sus palabras, el sacerdote se levantó, sosteniendo la cruz. —Podemos romper la conexión. Ven conmigo. Voy a convocar a los demás.

—¿Que otros?

—Los jesuitas tienen una casa cerca del Duomo. Te llevaré con ellos.

Raven levantó sus manos en señal de protesta. —No voy a ninguna parte.

El padre Kavanaugh se puso visiblemente nervioso. —No entiendes. Los vampiros están poseídos por demonios. Estás obsesionado con...

—No estoy obsesionada con nadie, interrumpió. —William no está poseído. Y yo tampoco.

El sacerdote la examinó atentamente, prestando especial atención a sus ojos. Él inhaló profundamente y respiró en ella.

Raven frunció el ceño. —¿Qué está haciendo?

Él presionó sus labios juntos. —Fue una prueba. Los vampiros son seres humanos que han sido poseídos por un demonio. Ellos odian y destruyen. Cuando atacan a un ser humano sin tomar posesión, se llama obsesión.

—William nunca me atacaría. Su tono era obstinado. —El me ama.

—¿William?, Susurró, con el impacto de sus rasgos. —¿Ese era el Príncipe?

Raven asintió.

El sacerdote se cruzó de nuevo. —Tenemos que alejarte de él, lejos de su control.

—No estoy bajo su control. Escucha lo que estoy diciendo. Tiró de la mano del sacerdote, animándolo a recuperar su asiento. —William no es como los otros. Hace unos meses fui atacado por un grupo de hombres. William me salvó.

—Los vampiros no interfieren en los asuntos humanos.

—William lo hizo. Él sanó mis heridas. Hubiera muerto sin su ayuda.

—¿Así que te has alimentado de él? Susurró el sacerdote.

—No.

—Bien. Pareció aliviado. —¿Pero te has entregado a él?

Raven se retorció. —Estamos enamorados. No es lo que piensas.

—Raven. Su tono era una suave protesta. —¿Sabías que era un vampiro cuando te

entregaste a él?

—Sí.

Él hizo una mueca. —Los vampiros se alimentan de seres humanos. Nos ven como presas, como objetos para servirlos y sus placeres. Pueden ser seductores y encantadores, pero son mentirosos. No se puede confiar en ellos.

Su mano se movió a su muñeca, al lado de su pulsera. —¿Te lo dio?

Ella tiró de su brazo hacia atrás. —Sí.

—Es una marca. Eres de su propiedad. Su mascota.

—Fue un regalo. No soy una mascota. Ella puso su mentón obstinadamente.

Pasó una mano sobre su boca. —Llegué a Roma a principios de mes. Tu madre me envió un correo electrónico diciéndome que tú y Cara habían tenido una pelea. Vine a ver si podía ayudar. Él la miró angustiado. —No puedo creer esto. No puedo creer que seas un alimentador.

—No me llames así. Los ojos verdes de Raven brillaron. —Estoy enamorada de él.

—¿No lo entiendes? Los ojos del sacerdote se llenaron de compasión. —Ellos no aman.

Son malvados.

—No lo conoces.

—Si, lo hago. Lo sé todo sobre el Príncipe de Florencia.

—¿Cómo?

Los ojos del sacerdote se clavaron en los de ella. —Soy parte de un grupo que protege a los seres humanos de los vampiros.

Raven sintió como si su corazón dejara de latir.

El padre Kavanaugh acercó su silla.

—Soy miembro de un grupo llamado La Curia.

## CAPITULO 27

—¿Qué? Raven graznó, su boca y garganta repentinamente secas.

—Supongo que has oído hablar de nosotros.

Ella asintió, tratando de procesar su revelación.

—Fui reclutado para unirme a la Curia poco después de convertirme en jesuita. Los he estado sirviendo desde entonces. Simplemente me transfirieron a Roma.

—¿Tú eres uno de ellos?

El sacerdote frunció el ceño. —Veo que ha estado llenando tu cabeza con tonterías.

—Los matas.

—Los liberamos.

—Un eufemismo cortés por asesinato, se burló.

—Exorcizamos al demonio, permitiendo que el ser humano esté libre de su control.

—Así lo dices. Raven envolvió sus manos alrededor de su cintura, luchando contra la creciente subida de náuseas.

—Escuché sobre lo que sucedió en la Edad Media. Cómo los arruinaste a ellos.

—Historia revisionista. ¿El vampiro describió cómo era Europa antes de que se formara la Curia?

Raven apretó los labios. —Realmente no.

Se inclinó hacia adelante en su silla. —Entonces déjame iluminarte. Eran como animales, se alimentaban de todos: mujeres, niños, ancianos y enfermos. Y en todos los casos, en cada caso, violaron sexualmente a la víctima. Cuando se alimentan, violan. Su víctima nunca es la misma.

Raven cerró los ojos y volvió la cara. —No te creo.

—Es verdad. Usan el control mental o la fuerza para dominar a sus víctimas, luego toman lo que quieren y dejan a la persona dañada. Son seres horribles y malvados.

Raven tosió, luchando contra el impulso de vomitar. —William no les permite alimentarse de niños. Y él nunca haría lo que describes.

—Raven. Los ojos del sacerdote se llenaron de compasión. —¿Alguna vez lo has visto alimentarse?

—Se alimenta de botellas.

Padre la miró con lo que solo podía ser tristeza. —Y de ti. Dime, ¿la actividad sexual fue parte de la alimentación?

La piel de Raven flameó. Ella no dijo nada.

El sacerdote tomó su mano. —Si has fornicado con él, la oscuridad te ha sido transmitida. Puede que no estés poseída en este momento, pero estás bajo su influencia. Te nubla la razón.

—Tonterías. Raven arrojó su mano a un lado y se levantó. —Te crees un montón de historias aireadas.

—Cuidado. Su tono se hizo más agudo. He dedicado mi vida a esos cuentos de hadas. Moriría por ellos. Son las únicas cosas que pueden salvarte.

—No quiero ser salvada. Ella se acurrucó contra el mostrador de la cocina, su cuerpo temblaba.

La mirada del sacerdote se movió hacia el trío de objetos que estaban sobre la mesa. Tocó el disco brevemente.

—Esta no es la primera vez que trato de ayudarte. Habló suavemente, sin mirarla. —En todos los años que nos conocemos, ¿alguna vez te he engañado?

—No.

Sus ojos se encontraron con los de ella. —¿Alguna vez mentí?

Ella sacudió su cabeza.

—Juro ante Dios, no te estoy engañando. ¡Estoy tratando de salvarte! Sus manos comenzaron a temblar.

Los metió en sus bolsillos. —La Curia fue formada por la Iglesia para mantener a raya a la población de vampiros. Protegemos a la humanidad y evitamos que los vampiros se hagan cargo.

—Si son tan malos, ¿por qué no los eliminas?

—Ni siquiera Dios puede eliminar el mal perpetrado por el libre albedrío.

Raven puso los ojos en blanco.

—Es cierto, continuó. —Podemos limitar su maldad, pero no podemos eliminarlos. Al menos no todos ellos. Para hacerlo, tendríamos que eliminar la población de demonios que los engendra. Y eso está más allá de nuestras capacidades.

—Al igual que los demonios, los vampiros pueden operar dentro de ciertos límites y de acuerdo con ciertas reglas. Cuando se rompen los límites, intervenimos. Ellos nos temen y tienen razón al hacerlo. Tenemos bondad de nuestro lado.

Raven resistió el impulso de burlarse, principalmente porque creía que la persona sentada frente a él era un buen hombre.

El sacerdote cambió el tema. —Dime lo que pasó con tu hermana.

Raven se apoyó pesadamente contra el mostrador, favoreciendo su pierna lesionada.

—¿Qué te dijo mi madre?

—Prefiero escuchar tu versión. El tono del sacerdote se volvió suave una vez más. Su dulzura la atravesó como una espada atraviesa su carne.

—Llamé a Cara e intenté hablar con ella sobre nuestro padrastro. Le pregunté si le daría el cierre.

—¿Cómo respondió ella?

—Al principio, ella era indiferente. Entonces ella se enfadó. Dijo que me caí por las escaleras. Los labios de Raven se retorcieron ante el recuerdo.

—Eso fue cruel. También fue una mentira.

—Me defendí a mí misma. Ella se enojó y me gritó. Entonces Dan me dijo que me mantuviera fuera de sus vidas y que no volviera a llamar. Raven se mordió el interior de la boca para contener las lágrimas.

Padre la miró con simpatía. —Obviamente, Cara no quiere recordar. Pero tengo curiosidad de por qué hablaste del tema con ella ahora. —Su mirada se posó en el brazalete de oro en la muñeca de Raven.

—No le conté a Cara sobre William. Pero como ya sabes... —Hizo un gesto hacia los artículos sobre la mesa. —William trajo a mi padrastro a Florencia.

—¿Por qué tendría que hacer eso?

—Él me prometió justicia.

El sacerdote frunció el ceño. —A los vampiros no les importa la justicia, especialmente la justicia para una mascota.

—No todos los vampiros ven a los seres humanos como mascotas.

—Quizás estaba aburrido y buscando diversión.

—¿Así que envió a alguien a California para localizar a mi padrastro porque estaba aburrido?

El sacerdote no respondió.

—William me dio a mi padrastro como un regalo. Él quería darme la oportunidad de matarlo.

El sacerdote se reclinó en su silla, horrorizado. —Raven, no lo hiciste-

—Por supuesto que no, espetó ella. —¿No me conoces en absoluto?

—Pensé que sí. El sacerdote se acarició la barba pensativo. —¿Qué le pasó a tu padrastro?

—Le pedí a William que lo enviara de vuelta a California y lo entregara a la policía.

—¿Y él?

—Solo porque lo pregunté. Él quería matarlo.

El padre Kavanaugh parecía perplejo. —¿Por qué un vampiro, un príncipe, se interesaría tanto por tu padrastro?

—Te lo dije, él me ama.

El sacerdote se volvió, mirando los talismanes sobre la mesa. —Eso es imposible.

—Para alguien que comercia en lo imposible, eres increíblemente escéptico.

—No soy un escéptico sobre los hechos. El Príncipe es el tema de una amplia discusión en Roma. Reconozco que es más conservador que los otros gobernantes, pero eso no lo hace bueno.

—Él es diferente de los demás. La voz de Raven se calmó. —Si supieras cuánto.

—Su control se está desvaneciendo. El sacerdote recogió el disco y se lo mostró. —No queremos que se repita la Peste Negra, cuando los cuerpos se alinearon en las calles de la ciudad.

—William no permitirá que eso suceda.

—Quizás no. Se aclaró la garganta. —Encontrarte aquí con él, cambia todo.

Raven se dirigió hacia él. —Por favor, no traigan a la Curia aquí. William hace cumplir las leyes. Los otros no.

El sacerdote estudió su expresión, notando sus puños apretados. —Entonces ven conmigo.

Ella dio un paso atrás. —No puedo. Lo amo.

El sacerdote suspiró ruidosamente. —No estoy ansioso por la guerra. Pero yo soy solo uno entre muchos. Esas decisiones no dependen de mí.

—¡Pero lo matarán!

—Lo van a liberar, insistió su padre. —Y por asociación, tú. ¿No crees que mereces ser libre?

—Soy libre, dijo entre dientes. —Nunca pensé que alguien me amaría por mí misma. Nunca pensé que alguien me defendería. Lo hace.

Una mirada de dolor llenó los ojos del sacerdote. —Traté de defenderte. Te amo, Raven. Tú y Cara son las hijas que nunca tuve.

Raven miró sus zapatos.

—Yo también te amo, susurró. —Sé que me defendiste.

—Todavía te defiende. Te defiende ahora.

Ella levantó su mirada. —Entonces ayúdanos, suplicó.

Él respiró profundamente. —Quizás lo amas. Cosas más extrañas han sucedido. Pero el



ser humano que amas está poseído por un gran mal.

Ella negó con la cabeza ferozmente. —Eso es una mentira.

Se sacudió la barba con agitación. —Si él es un vampiro, la oscuridad en él es más poderosa que su humanidad. Incluso si ese no fuera el caso, aún será considerado responsable de su elección.

—¿Que se supone que significa eso?

—Un vampiro no puede entrar a un hogar sin ser invitado. Un demonio no puede poseer un humano adulto a menos que el adulto le conceda la entrada.

La boca de Raven se abrió. —¿Me estás diciendo que quería esto?

—No estoy diciendo que no hubo una seducción. Pero si el humano rechaza la oscuridad con fuerza, el demonio mira hacia otro lado.

—William es diferente.

—William es un vampiro. Padre se levantó, levantando la cruz de la mesa. —Que no te engañen.

Está controlado por la oscuridad, y es la oscuridad que ves cuando lo miras a los ojos. Es oscuridad lo que llevas a tu cuerpo cuando fornicas con él. Si no tienes cuidado, esa oscuridad te alcanzará también.

—Reflexiona sobre eso, Raven, y aléjate de él. Le sostuvo la cruz. —Tómalo. Te protegerá.

—No necesito protección de William; él me protege de los demás.

El sacerdote la sostuvo la mirada por un momento y colocó la cruz en su bolsillo. Él juntó los objetos restantes en sus manos.

—Regresaré a Roma esta noche. Ven conmigo.

—No.

—Es peligroso aquí. Él podría matarte.

—Es tan probable que me lastime como tú.

La cara del sacerdote se vio afectada. Raven sintió que se formaban lágrimas al verlo.

Ella quería ir a él. Ella quería abrazarlo.

Pero ella amaba a William más.

El sacerdote suspiró y se frotó la barba antes de cruzar hacia ella y poner sus manos sobre sus hombros. —Piensa en lo que he dicho. Incluso si no tienes nada que temer de él, tienes todo lo que temer de los otros vampiros, especialmente si desean atacarlo a través de ti.

El sacerdote la besó en la frente. Luego, con su pulgar, hizo el signo de la cruz sobre su

piel.

—Que Dios te proteja y te defienda.

Caminó hacia la puerta y la abrió, colocando su mano en el pomo de la puerta. —No me rendiré contigo, Raven.

Ella asintió, con los ojos húmedos.

—Hagas lo que hagas, no te alimentes de él. El tono del sacerdote era ominoso. —Esa es una línea, una vez cruzada, no se puede descruzar.

El padre Kavanaugh salió de su apartamento y cerró la puerta detrás de él.

Unos minutos más tarde, se dio cuenta de que había dejado la cruz sobre la mesa.

## CAPITULO 28

La primera preocupación de William fue por la seguridad del principado. Corrió de edificio en edificio, saltando por los tejados, buscando cualquier señal que la Curia había invadido. Hizo un recorrido por la ciudad, examinando las fronteras y las patrullas con un ojo evaluador.

Eventualmente, se paró en lo alto del Palazzo Vecchio, mirando hacia la ciudad que amaba, y sintió miedo.

En circunstancias normales, él habría ido al Consilium, habría compartido su inteligencia y habría enviado grupos de búsqueda para ver si otros miembros de la Curia habían ingresado a la ciudad. Pero no podía arriesgarse a exponer a Raven.

El Consilium exigiría saber acerca de su conexión con la Curia y probablemente la sentenciaría a muerte, una sentencia que podría conmutar a la transformación, como príncipe. Pero cualquiera de los resultados era inaceptable. Raven no quería ser un vampiro. Y la idea de su muerte. . .

William se estremeció.

¿Cómo era que su amor por Alicia se había reducido a una pequeña brasa en comparación con el furioso fuego de su amor por Raven? Él pensó que había conocido el amor. Pero la calidez y el afecto que había sentido por Alicia no eran nada comparados con lo que sentía por Raven.

Él sintió desesperación y deseo.

El Consilium tendría que ser informado sobre la infiltración de la Curia en la ciudad, si ellos no lo sabían ya. La red de inteligencia inevitablemente descubriría la presencia del sacerdote. Tendría que ocultar la participación de Raven, a través de cualquier medio necesario.

Con un grito, saltó de la parte superior del palazzo a las piedras de abajo, rompiendo en una carrera en el impacto. Había cumplido con su deber de evaluar la seguridad del principado. Ahora necesitaba asegurarse de que Raven estaba a salvo. Si el sacerdote hubiera decidido llevarla con él. . . William no quería pensar en las consecuencias.

Mientras corría sobre el Ponte Santa Trinita y hacia Santo Spirito, no rezó. Pero le habló a su amigo el santo, que había muerto hacía mucho tiempo, y le suplicó que orara, no por él mismo sino por ella.

## CAPITULO 29

Raven se sentía como si estuviera bajo el agua; todos los sonidos parecían distantes, todas las vistas parecían borrosas.

Se sentó en la mesa de su cocina, mirando fijamente la cruz del padre Kavanaugh, completamente inmóvil. Sus pensamientos volvieron al día en que William le reveló lo que era. Recordó haber visto horrorizada cómo se clavaba una daga en la mano y comenzaba a sangrar. Ella recordó haber intentado huir de él.

La revelación de que Jack Kavanaugh, el hombre que ella había considerado como un padre, era miembro de la Curia era igual de impactante, si no más. Él era la mejor persona que ella conocía. El más santo. Y pertenecía a un grupo que mataba seres conscientes. Además, él creía que William era malvado.

*¿Cómo podría alguien tan sabio y tan amable estar tan engañado?*

*A menos que él no esté engañado, pensó ella.*

Una astilla de duda penetró en su mente.

*¿William realmente había elegido esta vida? ¿Era culpable de esa elección?*

Raven se cubrió los ojos con las manos, incapaz de rastrear esa línea de pensamiento hasta su conclusión.

Mecánicamente, se movió hacia la ventana, notando con cierta preocupación que la motocicleta de William todavía estaba estacionada afuera.

Él la había dejado. Él había prometido protegerla, pero se había ido. Seguramente él tenía tanto miedo de la Curia como ella, si no más. Y él la había abandonado.

Ella se preguntó si volvería.

Se preguntó si alguien podría morir.

Con estas preocupaciones pesando sobre ella, Raven se levantó, preparándose para apagar las luces e irse a la cama.

Dio un paso adelante, deteniéndose cuando vio la cruz que el padre Kavanaugh había dejado atrás.

Era pequeño y primitivo, un crucifijo de madera con una figura de Cristo toscamente tallada. Había estado tan seguro de que la protegería, lo que sin duda era el motivo por el que la había dejado a pesar de sus protestas.

*Debe ser una reliquia.*

Examinó la cruz, preguntándose qué clase de reliquia era. Algunos crucifijos tenían la reliquia dentro, visible a través de una pequeña ventana en la parte posterior. Este no

tenía esa ventana. Estaba a punto de dejarlo sobre la mesa e ir a la cama, cuando una comprensión repentina se apoderó de ella.

Si esto fuera una reliquia, William lo evitaría. No quería que los demás supieran sobre su resistencia a las reliquias. Había quitado la reliquia que inicialmente le había dado en su departamento cuando se conocieron, para no despertar sospechas.

Si quería que William volviera, tenía que quitar la cruz lo antes posible. Agarró sus llaves, guardó su teléfono celular en el bolsillo trasero de sus pantalones vaqueros, y salió de su apartamento, cerrando la puerta con seguridad detrás de ella.

Mientras bajaba la escalera, agarrada a la barandilla en ausencia de su bastón, su corazón latió rápidamente. Se movió por la puerta de atrás y caminó hacia un edificio vecino, que también daba a la piazza. No estaba segura de qué tipo de radio proyectaba una reliquia, pero decidió que tres edificios de distancia deberían estar lo suficientemente lejos.

Ella colocó la cruz en un pequeño hueco junto a una ventana cerrada. Al menos ofrecería a sus vecinos algún tipo de protección. Se dio la vuelta y apenas se acercaba a la puerta trasera cuando sintió una repentina ráfaga de viento.

Abrió la boca para gritar, pero una mano se cerró sobre ella, amortiguando el sonido.

## CAPITULO 30

Raven luchó, pero solo hasta que sus ojos se encontraron con los de William.

Él le indicó que se callara antes de levantarla en sus brazos y barrer el costado del edificio hacia su motocicleta. La colocó sobre sus pies, sus brazos se envolvieron como bandas de hierro alrededor de su cintura.

—Pensé que te había perdido. Su fachada normalmente neutral se había roto, revelando emociones intensas.

—Pensé que te había perdido. Su voz era trémula.

Su beso fue feroz cuando él apretó su cuerpo fuertemente. Él colocó el casco sobre su cabeza y montó en la bicicleta, tirando de ella para que se sentara detrás de él. Pronto cruzaron corriendo el Arno y subieron por la sinuosa carretera que conducía al Piazzale Michelangelo y más allá, a su villa.

Raven se agarró la espalda como una persona a punto de ahogarse, con los ojos cerrados. Esto no era como el viaje que habían hecho horas antes. William condujo como un loco, tomando las curvas a una velocidad inhumana, la motocicleta gritando su aceleración.

El estómago de Raven se tambaleó en su garganta y ella luchó contra el impulso de vomitar.

Atravesó las puertas que protegían su villa y se lanzó por el camino de entrada hacia el garaje independiente. Cuando se detuvo, tuvo que abrir los brazos de Raven alrededor de su cintura.

—Estamos a salvo, dijo, levantando su casco.

—Desearía poder creer eso, se las arregló, agarrándose el corazón. Sin ceremonia, se inclinó sobre el costado de la bicicleta y rápidamente vació el contenido de su estómago en el suelo.



La biblioteca estaba oscura a pesar de la tenue luz que brillaba a través de las ventanas y los paneles de vidrio que formaban el alto techo abovedado. William había evitado las luces eléctricas, como solía hacer, optando en cambio por aumentar la luz de las estrellas con unas pocas velas.

—Lo olvidé. Se agachó frente a la silla de Raven y se limpió la boca con su pañuelo.

—¿Olvidaste qué?

—Me olvidé de moderar mi velocidad. Es mi culpa que estés enferma. —Tiró el pañuelo a un lado y le puso un vaso de agua en la mano.

La mano de Raven temblaba tanto, el agua chapoteaba sobre los lados del vidrio.

Con una maldición, William colocó su mano sobre la de ella. —Estamos seguros aquí.

Barrí la ciudad, buscando cualquier señal de la Curia. Creo que tu sacerdote es el único.

—¿Qué pasa si hay más?

—Mis patrullas darán la voz de alarma. Estamos a salvo dentro de la villa. Las reliquias confundirán a la Curia y harán que miren hacia otro lado.

—¿No estás pensando en irte?

William apretó los labios. —No puedo dejar a mi gente.

Raven tomó unos sorbos de agua antes de apartar la copa. Ella se acurrucó en la silla, apoyada en el reposabrazos.

William ahuecó su cara. Presionó sus labios en cada mejilla, lentamente, como si estuviera saboreando el contacto. —Ha pasado mucho tiempo desde que sentí miedo.

—Me dejaste. Ella le agarró los brazos por las muñecas y se llevó las manos a la cara.

—¿Por qué?

Sus ojos grises se clavaron en los de ella. —Si me hubiera quedado, habría significado la muerte.

—¿Para ti o para él?

William se apartó y se levantó, pasándose los dedos por el pelo. —Tenía una poderosa reliquia en su posesión. Si no hubiera huido, si hubiera sido arrastrado a la batalla con él, se habría dado cuenta de mi fuerza. William apretó la mandíbula. —Hubiera tenido que matarlo.

Raven volvió la cara.

—No tengo ningún remordimiento por matarlo, continuó William en voz baja. —He matado a miembros de la Curia antes. Pero hacerlo sería un acto de guerra.

Él suspiró. —Además, no estoy ansioso por matar al hombre que te rescató a ti y a tu hermana. Odio a la Curia.

—Su objetivo es destruirnos; mi objetivo es defenderme y defender a mi gente.

Permanecer esta noche hubiera significado la muerte de uno de nosotros: tu sacerdote o tu amante. Tomé la decisión de irme, salvándonos a los dos. Dudo que tu sacerdote hubiera hecho lo mismo.

Raven miró y encontró a William mirándola. Estaba parado a cierta distancia, frente a su escritorio, con su postura rígida.

Ella aclaró su garganta. —El padre Kavanaugh se fue a Roma. Traté de razonar con él. Le pedí que no traiga aquí a la Curia, pero dijo que no toma esas decisiones. También dijo que la Curia sabe que eres conservador en tu gobierno, pero que no quieren la existencia de vampiros expuestos al mundo.

—La Curia siempre está ansiosa por preservar su poder. William habló con amargura.

—Debo encontrar al traidor. Con rapidez.

Mantuvo la distancia, su postura cada vez más defensiva, como si se estuviera preparando para un golpe. —¿Qué más le dijiste?

Raven se acercó a William lentamente. Ella tomó uno de sus puños y lo acunó en sus manos. —Le dije que te amo. Le dije que no me harías daño.

El labio superior de William se curvó en burla. —El amor es un mito para ellos. Ellos entienden el poder y el control, pero poco más.

—Se sintió aliviado de que no haya comido de ti.

—Por supuesto, William se burló. —No podemos tener a su prístina Raven mancillada por la sangre del monstruo.

Él suspiró. —Pero tiene razón en estar preocupado. Una vez que hayas ingerido una cierta cantidad de sangre, comienzas a cambiar. William hizo una pausa, sus ojos parecían oscurecerse. —Y existe el vínculo cuando se intercambia sangre.

—Me cuesta creer que podríamos estar unidos más de lo que ya estamos.

Él levantó su mano y presionó sus labios en su parte posterior, como si eso fuera una respuesta.

—En este momento, tu alma está en peligro porque estás fornicando con un vampiro. Sin duda él cree que te estoy controlando. Pero lo que realmente teme es que te conviertas en un vampiro, porque entonces estaría obligado a matarte.

Raven se estremeció una vez más. —No creo que él haga eso.

La mano de William se movió hacia su hombro. —No subestimes su lealtad hacia la Curia. Ellos tienen una sola misión y esa misión, es destruirnos. Cualquier afecto que él tenga por ti será dejado de lado si te opones a ellos.



Raven levantó su barbilla. —No lo creo.

—Inténtalo. William cruzó hacia la gran pared de ventanas en el otro lado de la biblioteca, dándole la espalda.

—Es curioso cómo estás tan segura de que lo conoces y lo que hará, Raven llamó a William. —Está tan seguro de que te conoce y de lo que harás. Estoy atrapado en el medio, convencido de que los dos están equivocados.

Una flexión de hombros fue la única respuesta de William.

—El padre Kavanaugh está equivocado acerca de ti. No puedo evitar creer que tú también estás equivocado acerca de él.

—Esa es una conclusión peligrosa. William habló sin darse la vuelta. —Te dio una poderosa reliquia para que me eleje.

—Lo saqué de mi apartamento. Apoyó la cadera de su pierna herida contra su escritorio, necesitando el apoyo. —Dijo que elegiste esta vida.

—Él no sabe nada, escupió William, dándose la vuelta.

—Dijo que quiere liberarte.

William caminó hacia ella, su cuerpo casi borroso. —Lo conozco desde que era una niña.

—¿Sabías que era parte de la Curia?

Raven frunció el ceño ante su tono acusador. —¡Por supuesto que no! Ni siquiera creía en vampiros antes de conocerte. Tú lo sabes.

William continuó mirándola con ojos ardientes.

—Me pidió que fuera a Roma con él. Rechacé. Y aunque no haga la pregunta, responderé diciéndole que no revelé ninguno de tus secretos ni ninguno de tus problemas en el Principado. Maldijo. —Soy tu amante, William, no tu enemigo.

Su postura se relajó un poco y él levantó una mano para trazar el arco de su mejilla.

—Lo sé, susurró.

—El padre cree que estás poseído.

—Indudablemente.

—¿Por qué piensa eso?

William dejó caer su mano. —Intenté explicarte una vez, mientras estábamos en esta habitación.

—Todo lo que puedo recordar es que hablas de luz y oscuridad.

Raven se movió para sentarse sobre el escritorio de William para quitarle el peso de la pierna. Ella exhaló su alivio.

—Solo así, reflexionó William. —Puedes ver el poder posesivo de la oscuridad en los

salvajes. Ellos carecen de racionalidad. Serán como animales. Los vampiros mantienen su racionalidad, pero hay momentos en que la oscuridad los nubla. O lo alcanza. Su mirada se posó en una de las velas que estaban sobre su escritorio, y él miró la llama parpadeante.

—¿La oscuridad es un demonio?

—La Curia cree que sí.

—¿Qué piensas?

Los ojos de William se encontraron con los de ella. —Todo lo que sé es mi propia experiencia. Siento la presencia de la oscuridad; Siento su poder y su influencia. Pero puedo superarlo, al menos, en ocasiones.

Se aclaró la garganta. —Cuando te encontré en el callejón, tuve la tentación de alimentarme de ti. Estuve tentado de compartir contigo con Aoibhe y los demás.

—Pero no lo hiciste. Raven juntó sus manos.

—No, no lo hice. Recordé cómo me sentí cuando encontré a Alicia. Le fallé, pero no te fallaría.

Raven tocó su manga. —Tu humanidad te salvó.

—No. William se apartó de ella. —La humanidad tiene su propia oscuridad. Tú, de todas las personas, lo sabes. Fue el recuerdo de la bondad y la determinación de preservarlo lo que me permitió salvarte. Lo haría de nuevo, y de nuevo, sin pesar. Si viviera mil años, haría la misma elección.

Su perfil parecía resignado y vulnerable.

Raven parpadeó para contener las lágrimas. —¿Elegiste convertirte en un vampiro, William?

Fingió no oír y se acercó al escritorio. Hizo pasar la mano por la llama de la vela, una y otra vez, los movimientos rítmicos e hipnóticos.

—¿William?, Le preguntó.

—Sí.

Raven sintió una opresión en el pecho. Ella presionó su mano sobre su corazón, como en un esfuerzo por soltarlo. —Estaba segura de que el padre Kavanaugh estaba equivocado sobre eso. Pensé que alguien te había forzado a entrar en esta vida.

—Tristemente no. Una vez más, solo puedo hablar desde mi experiencia, pero tengo la sospecha de que las transformaciones solo ocurren cuando los humanos están dispuestos a entregarse al cambio.

—¿Así fue cuando se transformó en alguien?

—No sé, confesó, sosteniendo su mano en la llama. —Nunca he cambiado a nadie.

—Detente. Raven agarró su muñeca y sacó su mano del fuego.

—No duele. Él sostuvo su palma frente a su cara. —¿Vez? Ningún daño hecho.

—Me has hecho daño al hacer eso delante de mí. Y te has autolesionado al tratar tu cuerpo con indiferencia.

William colocó su palma de la mano sobre su muslo. —No quise hacerte daño. Su voz era como la de un niño.

Ella levantó la palma de su mano hacia sus labios y la besó, sorprendida por el calor que irradiaba su piel sin marcar. —Me alegra que estés bien.

Su mirada parpadeó hacia la superficie del escritorio. —Recuerdo cuando traté de demostrarte que era un vampiro. Puse una daga en mi mano. Los ojos de William se alzaron hacia los de ella. —Estaba tan molesto. Querías usar tu suéter blanco para detener el sangrado.

—Te amo, William. Por supuesto que no quiero verte lastimado.

—Hay muy poco en esta tierra que pueda dañarme, susurró, con expresión solemne. — Pero tendré más cuidado, mi pequeña alondra con el corazón grande.

—Solo cuando se trata de ti.

—Ah, pero eso no es cierto, \*Defensa. Y ambos lo sabemos.

—¿Por qué no has transformado a alguien?

Él retiró su mano. —Las transformaciones requieren un cierto nivel de responsabilidad. El creador se convierte en el responsable del vampiro que crea. No quería ese tipo de responsabilidad. No quería explotar la debilidad momentánea de un humano y condenarlo a una larga vida de esto. Hizo un gesto para sí mismo.

Ella extendió la mano hacia él, tirando de él para que se interpusiera entre sus rodillas abiertas.

—Dime por qué elegiste esta vida para ti.

William enterró su rostro en su cuello antes de comenzar su historia.

\*Defensa: Usado como expresion de que la persona es defensora.

## CAPITULO 31

—Ya te dije que vivía en York en el siglo XIII. Yo era el hijo mayor de una familia normanda. Me enamoré de la hija de un anglosajón, Alicia. Hicimos planes para fugarnos, pero ella fue atacada en su camino para conocerme.

Raven apretó su abrazo.

—Después de que Alicia murió, mi familia hizo los arreglos para que me casara con una chica normanda de otra familia aristocrática. Huí del acuerdo y viajé a Oxford. Mientras estuve allí, los dominicanos me acogieron. Viví con ellos y continué mis estudios, más tarde hice votos como novicio.

—Me mudé a París para continuar mi educación. Fue allí donde me hice estudiante de un famoso maestro de teología.

William se aclaró la garganta.

—Era un hombre callado, contemplativo y estudioso. Pero él fue amable conmigo. Le confesé sobre Alicia y cómo había dejado a mi familia. Puso su mano sobre mi cabeza y oró por mí, con una expresión de tristeza en su rostro. Como si realmente estuviera arrepentido de haberla perdido. Como si sintiera mi pena.

—Me alegro de que haya sido amable contigo.

—El fue muy amable. Y muy sabio.

—¿En qué año fuiste a París?

—Mil doscientos sesenta y nueve.

—¿Cuántos años tenías?

—Acaba de cumplir diecinueve años.

—Tan joven, reflexionó.

Él sonrió. —He mantenido mi verdadera edad en secreto, pero te diré. Nací en 1250.

—¿Y te convertiste en vampiro en 1274?

—Sí.

Raven tocó su rostro. —Tan joven. Tan hermoso.

Él cerró los ojos mientras ella con ternura trazaba sus cejas y su mandíbula.

—Soy mucho más vieja que tú. Su voz sonaba arrepentida.

Él abrió los ojos. Ellos brillaban en la diversión.

—¿Has estado vivo durante ocho siglos?

—Solo tenías veinticuatro años cuando fuiste transformado. Tengo treinta.

—En realidad, yo tenía veintitrés años. Me transformaron en marzo, pero mi cumpleaños es en noviembre. Él presionó sus labios en el costado de su mano, que descansaba sobre su mejilla. No me di cuenta de que tendría que esperar setecientos años para encontrar a mi alma gemela.

Ella sonrió, retirando su mano. —No pensé que mi alma gemela sería un hombre más joven.

Él rió y el sonido hizo eco en la oscura biblioteca. —La edad no debería significar nada para nosotros. Lo que importa es que nos hayamos encontrado. Finalmente.

—Estoy de acuerdo. Tus ojos se ven viejos a veces, pero tu cara siempre parece joven.

—Es parte de la maldición atrapada en un cuerpo que nunca envejece, mientras que nuestra mente decae lentamente.

Ella se estremeció. —Eso es morboso.

Se frotó el labio inferior con el pulgar. —Esa es mi realidad. Pero te estaba contando sobre mi tiempo en París. Viví, trabajé y estudié con mis compatriotas dominicanos. Mis días y noches se estructuraron en torno a la oración, el tiempo en la universidad y la misa. Fui respetado por mi habilidad para razonar y mi facilidad con los idiomas. Me convertí en asistente de un fraile llamado Reginald, que era confesor y ayudante de mi maestro. Cuando los trasladaron a Nápoles, fui con ellos.

—¿Cuándo fue eso?

—Mil doscientos setenta y dos. Se apartó, pasándose los dedos por el pelo una vez más.

—Mi maestro me ayudó a recuperar mi fe en Dios. Encontré consuelo en la misa. Empecé a creer que la muerte de Alicia, aunque injusta, tenía un propósito sagrado, porque me permitía encontrar mi vocación. Me preparé para el sacerdocio, rodeado de titanes intelectuales y espirituales, trabajando al servicio de un santo.

Raven vio como la expresión de William cambiaba. —¿Que pasó?

—Lo que siempre sucede, la injusticia y el mal corroen el bien. El maestro al que estaba sirviendo se enfermó. En ese momento, no estábamos seguros de qué le pasaba, pero se debilitó. Un par de meses más tarde, estábamos en camino a un consejo de la iglesia y él se golpeó la cabeza. Esto pareció empeorar su condición. Lo llevamos en burro a un monasterio en Fossanova, a unos cien kilómetros de Roma. Descansó por unos días y luego, contra todas nuestras oraciones, contra todas nuestras esperanzas, murió.

Raven tomó la mano de William y la apretó. —Lo siento mucho.

—Hoy su muerte habría sido evitable. Lo habríamos llevado al hospital y habrían escaneado su cerebro y encontrado la lesión.

—O podrías haberlo ayudado como tú me has ayudado.

William negó con la cabeza. —Él era un santo. Hubiera elegido la muerte en lugar de tomar la alquimia que podría haberle ofrecido.

—Lo amabas.

—Sí. Los ojos grises de William ardían en la oscuridad. —Cuando necesitaba sabiduría, iba a verlo. Cuando luché con la duda y la culpa, fui hacia él. Él era mi hermano, mi amigo y mi maestro.

—Él era tu padre Kavanaugh, susurró.

—Casi. Él era un santo, no un asesino.

William se volvió hacia la ventana, de espaldas a ella. —Murió por la mañana. Todos estábamos en estado de shock. Sucedió tan de repente que no estábamos preparados. Dos de nosotros pensamos que vimos a un ángel de pie sobre el cuerpo, listo para llevar su alma al paraíso.

—¿Fue un ángel?

—No fue un demonio. Ahora que estoy bien familiarizado con la oscuridad, puedo afirmar con certeza que el ser era bueno. Ciertamente no era el ángel negro del que habla Guido da Montefeltro en el Infierno de Dante. Pero no importa. El ángel no estaba allí para nosotros; él estaba allí para nuestro maestro. Y nuestro maestro ya estaba muerto.

—Cuidamos su cuerpo, preparándolo para el entierro. Le entregamos sus papeles y libros a Fray Reginald, que los había catalogado. Dividimos sus posesiones. Hubo varias cruces, una de las cuales fue un regalo de su rica hermana. Esa cruz vino a mí, junto con un par de otros más pequeños.

—No les dije a los demás, pero oré por un milagro: una resurrección. Pasé horas postrado frente al altar mayor de la iglesia, rogándole a Dios que levantara a mi maestra de entre los muertos. Al caer la noche, estaba enloquecido por el dolor. Dejé el monasterio aturdido, aún agarrando las pertenencias de mi amigo.

—Trepé una colina cercana y me paré en la cima, en total desesperación. ¿Cómo pudo Dios permitir que tal bondad muriera? ¿Cómo podría sacarme a mi maestro cuando tenía tanto que aprender? ¿Cuando ya había perdido tanto?

William maldijo en latín, la blasfemia resonando dentro de la biblioteca.

—Era demasiado joven para morir. Sus escritos fueron inacabados. Su trabajo no estaba hecho. Fue un desperdicio Tan injusto.

—Había huido de York cuando Alicia fue asesinada. Ahora que mi maestro estaba muerto, ¿a dónde podría ir? La idea de quedarme con los dominicanos, de dedicar mi vida a un

Dios que ni siquiera se molestaría en intervenir para salvar a un santo, me repugnaba.

—Consideré el suicidio, pero la única cosa que me detuvo fue la idea de que lastimaría a mi maestro. Había escrito sobre eso, por supuesto, argumentando que era un pecado mortal. Y en ese momento, fui más reacio a su dolor que al destino del infierno.

—William, murmuró Raven, acercándose a él.

Él extendió sus manos, alejándola.

—Pero yo quería morir. Le supliqué a Dios que me matara porque no podía hacerlo yo mismo.

—Fue entonces, en mi punto más bajo, cuando oí algo crujir en el bosquecillo detrás de mí. Me volví y vi a un hombre vestido de blanco, saliendo de la oscuridad.

—¿Un ángel?

El labio superior de William se curvó. —Mi crisis de fe no justificó el envío de un ángel. Pero a su manera, Dios respondió mi oración.

—Al principio, pensé que el hombre era uno de mis hermanos, enviado para traerme de vuelta al monasterio. Sabía que nunca volvería. Mi creencia, la justicia de Dios murió con mi maestro. No pude servirlo más.

—El hombre se mantuvo a distancia, mirándome por un tiempo. Finalmente, se dirigió a mí en latín. Su latín era arcaico y hablaba con un acento extraño. No era el lenguaje de la Iglesia, pero hablaba lento y simplemente para que yo pudiera entenderle. Dijo que podía oler mi desesperación y me preguntó por qué yo, un novato vestido con las túnicas de un dominico, habría perdido la esperanza.

—Le expliqué que mi maestro había muerto. Que estaba perdido. Que Dios me había abandonado. La figura sonrió y dijo que podría darme vida. Él podría darme poder, riquezas y propósito. Prometió ser mi maestro y mi padre. —William apretó los dientes.

—Él me llamó su hijo.

—Dijo que había estado solo durante muchos años, que era rico y tenía una gran propiedad. Lo único que le faltaba era un heredero. —Aparta los juguetes de la vieja religión y conviértete en mi hijo, dijo. *“Puedo quitarte tu dolor”*.

—Por impulso, dejé caer las cosas que había heredado de mi maestro. Me quité la bata dominicana y me puse de pie bajo la ropa interior. Él me hizo señas. Caminé hacia él y él me abrazó como a un hijo.

—Lloré. Me besó en la frente y giró mi cabeza hacia un lado, luego hundió sus dientes en mi cuello.

Raven se estremeció. —¿Él era un vampiro?

—Sí. En ese momento, no tenía idea de que hubiera tales cosas. Había oído rumores de seres extraños en París, pero pensamos que era obra del diablo. No pensamos que hubiera una raza diferente de seres escondidos entre nosotros.

—Cuando terminó de beber de mí, me susurró al oído, preguntándome si quería la vida que podría darme. Los ojos de William se fijaron en los de Raven. —Dije que sí. En ese momento, sentí su poder. Sentí la atracción de unirme a él. Y sentí alivio de mi sufrimiento. Puso mi boca sobre su cuello y me dijo que bebiera.

—Al principio, me horroricé, pero él siguió susurrando: "*Te daré la vida. Te quitaré tu dolor. Serás mi hijo*". William se estremeció y se volvió hacia los jardines. —Bebí. Raven colocó sus brazos alrededor de su cintura desde atrás, abrazándolo. Él permaneció inmóvil y quieto, sin tocarla.

—¿Qué pasó después? Su voz estaba amortiguada por su chaqueta.

—La transformación lleva tiempo. Es doloroso y confuso. Apenas estuve consciente durante la mayor parte. Apenas me tragué la primera muestra de su sangre, sentí arrepentimiento. Pero seguí bebiendo. Sus manos se cerraron en puños. —Estaba enojado, estaba desesperado. Sin embargo, incluso cuando sabía que estaba cometiendo un error terrible y no estaba dispuesto a dejar de hacerlo, le envié una oración débil a mi maestro, suplicando su perdón, rogándole que orara por mí.

William colocó sus manos sobre el vidrio, con la cabeza inclinada.

—Cuando desperté, mi cuerpo era como lo ves ahora. Mi creador estaba parado sobre mí con una mirada de triunfo. Él me ayudó a levantarme y me dijo que me mostraría mis nuevos regalos. Y así es como comenzó mi vida como vampiro.

Ella lo abrazó con más fuerza, sin saber qué decir.

—Mi creador fue extremadamente poderoso, lo que probablemente explique mi fortaleza.

—¿Podría caminar bajo el sol?

—No.

—Pero puedes.

—Sí.

—Eres un misterio.

—Quizás. Pasé tiempo con mi creador, quien, fiel a su palabra, me trató como a un hijo. Un día me di cuenta de que las cosas normales que disuadían a los vampiros tenían poco efecto sobre mí. Fui lo suficientemente sabio como para darme cuenta de que mi descubrimiento era algo que debía mantener en secreto. Ese día, fui a ver a mi creador y me despedí, diciendo que quería hacer mi propio camino en el mundo. Él me dio la



bendición de un padre y me fui.

—¿Dónde fuiste?

—Regresé al lugar donde murió mi maestro- quizás por sentimentalismo. No lo sé. Viajé cuesta arriba y descubrí que los artículos que había dejado atrás seguían allí. Era como si me estuvieran esperando. Sin pensar, los recogí. Solo más tarde me di cuenta de que tenían poder sobre otros vampiros, pero no en mí.

—Las reliquias, susurró. —Perteneían a tu maestro.

—Sí. Su postura se suavizó y él la abrazó. —Son todo lo que me queda de él. No sé por qué no tienen ningún efecto sobre mí, pero no lo hacen.

—Si yo fuera una persona supersticiosa, sugeriría que eres un regalo.

Las cejas de William se juntaron. —¿De quien?

—Tu profesor.

—No daría un regalo a una criatura como yo.

—Tenía compasión por tu sufrimiento cuando estaba vivo, dijo en voz baja. —No creo en una vida después de la muerte. Pero si lo hiciera, esperarí que tu maestra todavía tenga compasión de ti.

—Sería como la Curia-desaprobando noblemente.

—Nada de lo que me has contado sobre él y nada de lo que leí sobre él sugiere que era ese tipo de persona.

William le dio una media sonrisa. —¿Has leído sobre él?

—Olvidas, que fui a una universidad católica. Tu maestro fue...

William se llevó los dedos a los labios. —No.

—¿Por qué no?

—En mi estado actual, no soy digno de pronunciar su nombre o de escucharlo.

—No lo creo. Yo tampoco creo que él lo creyera.

La mirada de William se inclinó hacia el suelo y, de repente, se vio como un niño. —Se que se avergonzaría de mí por perder la esperanza.

—Fuiste joven. Has experimentado una gran pérdida. Entiendo esto. ¿Por qué no lo haría?

—Acepté lo que mi tentador me ofreció, sabiendo que estaba mal. Eso significa que cometí un pecado mortal.

—Estabas abrumado por el dolor. Y aunque no lo fueras, en ese momento pediste la ayuda de tu maestro. Debe haber lamentado su decisión.

William alzó los ojos para estudiarla. Por un momento, su expresión culpable se

desvaneció. Entonces, como una nube decidida a bloquear el sol, regresó.

Raven se acercó para besar el borde de su ceño fruncido.

—Ahora entiendo por qué estabas tan enojado cuando te dije que el salvaje lo llamaba pedófilo.

Los dientes de William se unieron. —Lo hubiera matado por el insulto. Afortunadamente, cuando me dijiste, ya estaba muerto.

—¿Viniste a Florencia una vez que recuperaste las reliquias?

—No. Mi memoria de mi vida humana estaba empezando a desvanecerse. Pero recordé todo sobre mi maestro y sobre Alicia. Regresé a York como un vampiro, decidido a hacer justicia.

—¿Y lo hizo?

—No descansé hasta que encontré a sus asesinos. Eran una banda de brutos que habían estado cruzando la ciudad. Los cacé, los torturé y arrojé sus cuerpos sobre una pira. Pero ya era demasiado tarde para Alicia. Pensé que como vampiro podría haber tenido el poder de la resurrección. Cerró los ojos. —Estaba equivocado.

Miró tristemente a Raven. —Pasé un tiempo en Florencia con mi maestro. Era una hermosa ciudad llena de artistas e intelectuales. Decidí regresar. El Príncipe me permitió unirme a su principado y he estado aquí desde entonces.

—Entiendo cómo se siente perder un padre. Lo siento por tu profesor.

—Tu padre sustituto ha regresado. El tono de William se volvió ominoso. —Ojalá mi maestro hiciera el mismo viaje.

—El padre Kavanaugh me dijo que te deje. Dijo que era peligroso para mí estar contigo.

—Tiene razón. William se retiró de su abrazo y miró hacia los jardines. —Si viene la Curia, estaras atrapada en el medio.

—El padre Kavanaugh dijo que me protegería.

—Él se pondrá del lado de la Curia. William le dio una mirada llena de determinación.

—Entonces *tenemos* que evitar que venga la Curia.

—*No*, dijo ásperamente William. —*Necesito* evitar que la Curia venga. Si vienen, debes huir de la ciudad.

—No. Intentaste hacer que me fuera antes, ¿recuerdas? Y me negué. No te voy a dejar ni a ti ni a la ciudad. Te amo, William Malet. Me quedo contigo.

Los ojos de William ardieron con fuego gris. Él la tomó en sus brazos, penetrando su boca con su lengua. Ella se agarró a sus hombros, sosteniéndose desesperadamente cuando su beso la reclamó.

Sin previo aviso, la apoyó contra la librería más cercana, presionando su cuerpo contra el de ella.

## CAPITULO 32

La mano izquierda de William ahuecó la parte posterior de la cabeza de Raven, la acolchonó contra la estantería. Él lamió el interior de su boca, su lengua burlándose de la de ella antes de retirarse. Ella lo siguió, saboreándolo ansiosamente, sus dedos trepando por su cuello para retorcerse en su cabello.

No había espacio entre ellos. Su cuerpo inflexible presionado contra sus suaves curvas, el contacto tentador.

Ella tarareó mientras su mano se deslizaba hasta su cintura, trazando la banda de sus jeans antes de apretar el botón.

Raven aprovechó la oportunidad para quitarle la camisa de vestir de los pantalones, desabrochar botones y empujar la camisa sobre sus musculosos hombros.

Con un gruñido, William tiró la camisa al suelo.

En la parpadeante luz de la vela, ella se echó hacia atrás para examinar su pecho definido y sus abdominales, sus fuertes deltoides y bíceps. Su dedo hizo un flojo circuito alrededor de su ombligo, y ella sonrió mientras cerraba los ojos y gruñía.

Febrilmente, él tomó su boca, abriendo sus pantalones vaqueros y arrastrándolos sobre sus caderas. Él se arrodilló ante ella, rasgando su ropa interior hasta que se cayó.

Levantando con cuidado la pierna lesionada hasta su hombro, acarició el interior de la parte superior del muslo con la nariz.

Cuando su lengua hizo contacto con la carne entre sus piernas, su cabeza giró hacia atrás, golpeando contra la estantería.

"Ow", lloró, sin ver las estrellas.

William levantó su rostro, sus labios perfectos brillando en la semioscuridad. —¿Estás bien?

Ella asintió tímidamente, colocando sus manos sobre su cabeza en un esfuerzo por estabilizarse. Jugeteó con su pelo rubio mientras continuaba lamiendo, provocando y tentando con cada golpe.

La pierna en la que estaba parada comenzó a temblar. Las manos frías de William le cubrieron la espalda y la arrimaron contra su boca.

Su cabeza se movía de lado a lado sin pensar, mientras ruidos incoherentes escapaban de su garganta, haciendo eco en la cavernosa habitación.

Redujo el ritmo una vez que llegó al clímax, pero continuó acariciándola, hasta que la

sensación fue demasiado y trató de alejarlo.

Bruscamente, se puso de pie, sus ojos como brillantes ascuas con una cara feroz de deseo. Recogió su camisa desechada y se la pasó por la cara antes de tirarla a un lado una vez más.

Raven tembló contra la estantería, sus piernas parecían de goma. Él la levantó, tirando de sus piernas para rodear sus caderas. Su mano izquierda acunó su cabeza, protegiéndola del daño.

Él acercó su nariz a la de ella. —Cuando estoy solo, anhelo tu gusto. Eres como la miel en mi lengua. Podría alimentarme de ti por toda la eternidad. Él tiró de los botones de su camisa.

Pronto su camisa y su sujetador se unieron a sus ropas en el piso, una maraña de tela desechada.

Ella le besó un lado de la cara cuando su boca se posó en sus pechos, abrazando la carne redonda y llena antes de atraer un pezón entre sus dientes. Ella apretó su cabeza contra su pecho, saboreando la sensación de su lengua fría.

Él lamió sus pezones, alternando entre ellos. Su mano se movió hacia su trasero, sosteniéndola mientras se posicionaba entre sus piernas.

Con un rápido y profundo empuje, él estaba dentro de ella. Ella jadeó ante la exquisita plenitud, agarrándose a sus hombros.

Su boca se movió hacia su cuello mientras se movía ansiosamente hacia adentro y fuera. Era casi demasiado, la sensación de él frotándose contra su sensible carne. Sin previo aviso, sintió su cúspide de excitación y ella lo mordió en el hombro.

Con un gruñido, los dientes de William se hundieron en su cuello y comenzó a chupar, bebiendo la cálida y fluida sangre de su arteria.

Parecía flotar alejándose de su cuerpo cuando otra oleada de placer la abrumó. Bebió mientras ella flotaba, tragándose la vida por la garganta mientras la empujaba.

Sus caderas se aquietaron cuando encontró su liberación. Retiró los dientes de su cuello y lamió suavemente la herida.

La respiración de Raven se hizo más profunda y su ritmo cardíaco comenzó a disminuir. Entonces su cuerpo comenzó a convulsionar.

Los ojos de William se abrieron de golpe.

—¿Cassita?

## CAPITULO 33

Fuertes manos la rodearon, estrechándola en un fuerte abrazo. Raven se relajó contra la piel fría y suave, incapaz de traducir las palabras misteriosas que le susurraban en su pelo.

Murmuró, la satisfacción la recorrió y sintió la palma de William cubrir su corazón. Él estaba sintiendo latir su corazón.

Cuando abrió los ojos, se encontró envuelta en el cuerpo desnudo de William. Sus cejas estaban juntas, sus ojos oscuros y angustiados.

—Estás bien. Su tono sonó como una pregunta.

Ella sonrió. —Se podría decir. Eres muy generoso con tus atenciones.

La cara de William era sombría. —Pensé que había tomado demasiado.

—Me siento mareada, pero siempre me siento así cuando me haces venir.

Él le devolvió la sonrisa, aunque vacilante. —Trataré de recordar eso. Sin embargo, necesito ser más cuidadoso. Será difícil porque me encanta saborear cada parte de ti.

Ella se acurrucó en sus brazos. —¿Qué pasaría si bebes demasiado?

William se puso rígido, los tendones en sus brazos se elevaron por debajo de la superficie de su piel.

—Morirías.

Raven se congeló. Pensó en una pesadilla que había tenido no hacía mucho antes de una pesadilla en la que William se había alimentado de ella hasta que la había agotado.

Ella se encogió.

—Tendré más cuidado, lo juro. Es solo que te siento... Él vaciló, su agarre en ella se tensó.

—Yo también lo siento, respondió en voz baja. —Si pudiera consumirte, lo haría. Te quiero tanto.

—A veces me siento como si me estuviera ahogando y tú eres el único que puede salvarme.

Él asintió una vez, rechinando los dientes.

—No quiero separarme de ti, William. Cuando me dejaste con el padre Kavanaugh, temía que no volvieras.

—Siempre regresaré, susurró.

—¿Lo prometes? Ella lo miró fijamente.

—En la medida de lo posible, lo prometo.

—Bien. Ella besó el espacio sobre su corazón, relajándose en sus brazos una vez más.

—Necesito llevarte a la cama. Tienes que trabajar en unas pocas horas.

Raven suspiró. —Trabajo. Olvidé.

Él le besó la oreja. —Ven mi amor. Ven a mi cama.

Todavía desnudo, la llevó al vestíbulo y subió por la gran escalera hasta el segundo piso.

—Si esto es lo que es ser condenado, él murmuró, —entonces que nunca me perdonen.

## CAPITULO 34

Raven apareció para trabajar en los Uffizi a la mañana siguiente, habiendo dormido solo unas pocas horas.

No es que a ella le importara.

Todavía tenía dudas sobre el hecho de que William la había dejado cuando se enfrentó con el padre Kavanaugh. Una sensación molesta en su estómago desafió su aceptación de su explicación. Ella no quería ver conflicto entre los dos hombres que amaba. Pero ella se sentía abandonada, de todos modos, y seguía sintiendo sus efectos después de los golpes.

William había sido vulnerable a ella, dejando al descubierto sus lamentaciones y miedos del pasado. Fue una experiencia especialmente íntima, incluso antes de que hubieran hecho el amor. Por el resto de su vida, ella recordaría su hermosa y joven cara y sus ojos atormentados mientras le contaba sobre estar parada en la cima de una colina, abrumada por el dolor. De hecho, su mente podría concentrarse en poco más ese lunes por la mañana.

Y esa fue la razón por la que cuando se acercaba a la entrada de los empleados a los Uffizi, bajó la guardia, permitiendo que alguien la sorprendiera.

—Señorita Wood.

Raven saltó.

Se volvió y encontró al Inspector Batelli de pie cerca. Él no estaba usando una expresión feliz.

—Es hora de que hablemos, señorita Wood. Me ha evitado lo suficiente.

Raven lo favoreció con su espalda. —Se supone que no debes hablar conmigo. Fuiste reprendido por acosarme.

—Todavía estoy a cargo de la investigación. A pesar de lo que dicen los periódicos, sé que el agente Savola no fue asesinado por los rusos.

Raven se obligó a sí misma a seguir adelante, apoyándose pesadamente en su bastón.

Batelli la siguió, bajando la voz para que solo ella lo pudiera oír. —Savola trabajó exclusivamente en casos de arte robado. Él no tenía conexión con el crimen organizado.

Raven lo ignoró, acercándose a la puerta.

—Fue asesinado cerca de su apartamento, después de que usted fuera investigada por nosotros en relación con el robo aquí. Le había estado siguiendo por un tiempo. Dígame,



¿cuánto tiempo ha estado durmiendo con William York?

Raven de alguna manera perdió el equilibrio y cayó hacia adelante. Batelli la agarró del codo y la mantuvo erguida.

—¡No me toques! Ella se apartó de él, casi volteándose.

—Interesante, dijo, calculando sus ojos. —Es interesante cómo tú y Gabriel Emerson parecen ser las únicas personas que reconocen ese nombre. Sin embargo, ninguno de ustedes desea hablar sobre él.

El inspector se movió para bloquear su camino. —¿Te gusta Suiza?

—Si no te apartas de mi camino, haré una escena. Déjame en paz. Raven agarró su bastón con fuerza.

—William York hizo una gran donación a los Uffizi hace dos años. Estaba conectado desde un banco suizo que, por supuesto, se niega a revelar cualquier información. El Mercedes que te lleva está registrado a un diplomático suizo. Y el profesor Emerson compró sus ilustraciones de una familia en Cologny, Suiza.

—Me voy. Raven esquivó al inspector y colocó su mano sobre la puerta.

Presionó la palma de su mano contra la puerta, manteniéndola cerrada.

—Sé que todo lo que te diga se lo transmitirá a él. Así que dale este mensaje. Aprendí del error de Savola. Si algo me sucede, William York estará expuesto.

Contra todo instinto para reprimir una reacción, Raven lo miró, con los ojos muy abiertos.

Batelli se inclinó más cerca. —Dígale que coloque las ilustraciones, sin daños, en un lugar seguro. Puede hacer que alguien envíe un aviso anónimo y lo recuperaremos.

Raven tiró de la puerta y él dio un paso atrás, permitiéndole abrirla.

—Esto está lejos de terminar. Su voz la siguió a la galería mientras se alejaba rápidamente de la puerta.

## CAPITULO 35

—Y luego hubo cuatro, comentó Niccolò secamente, examinando a los miembros restantes del Consilium, excluyendo al Príncipe.

Niccolò, Lorenzo, Aoibhe y Stefan de Montreal se reunieron en la cámara del consejo bajo tierra, esperando a su gobernante. Había interrumpido su descanso normal durante el día para asuntos urgentes relacionados con la seguridad.

—¿Alguna noticia de Pierre y Max?"Aoibhe entrevió sus ojos oscuros a Lorenzo, el segundo al mando.

Él reaccionó con visible molestia, su mano apretando al Personal de Florencia que siempre sostenía durante las asambleas formales. —Recibimos un mensaje de que habían llegado a París, pero nada desde entonces.

La mirada de Aoibhe se movió hacia Niccolò. —Eso es un poco extraño, ¿no crees? ¿Cuánto tiempo tomaría matar a unos pocos humanos y arrojar sus cuerpos debajo de la Torre Eiffel?

—Se requiere un poco de delicadeza en estos asuntos. La voz de Niccolò hizo eco en la gran cámara, casi vacía. —No es que puedas apreciar tales cosas.

Con un gruñido, ella voló hacia él, con los dientes al descubierto. Dio un paso hacia un lado y, con un movimiento de su pie, barrió sus piernas debajo de ella. Ella se estrelló contra el suelo con un fuerte grito.

Niccolò la miró, haciendo contacto visual antes de hablar. —No todos estamos cegados por tu belleza, mujer. Será mejor que recuerdes eso.

Aoibhe resopló y se puso en pie, reorganizando sus faldas y su cabello. Ella regresó a su asiento, eligiendo sabiamente no darle la espalda.

En ese momento, el Príncipe abrió las puertas de la cámara del consejo y caminó por el pasillo.

Los miembros del Consilium se pusieron de pie, inclinándose respetuosamente y esperando hasta que el Príncipe estuviera sentado antes de recuperar sus asientos.

Lorenzo golpeó sobre el piso para llamar a su Personal a ordenar la reunión.

El príncipe apartó los pliegues de su capa de terciopelo negro, apoyando las manos en los brazos del trono dorado. —Niccolò, eres el jefe de seguridad. ¿Qué tienes que decir?

El florentino se levantó e hizo una reverencia. —Como le informé anteriormente, un miembro de la Curia fue visto ayer en la ciudad.

Los miembros restantes de Consilium se sentaron en silencio, estupefactos.

—¿Y? Los ojos del Príncipe revelaron una furia apenas atemperada.

El consejero de seguridad tosió, aclarando su garganta. —Hablé con las patrullas, mi señor. El miembro de la Curia en cuestión llegó durante el día, vistiendo ropa ordinaria. Como es estadounidense y nuevo en Roma, no fue identificado. Sin embargo, nuestra red de inteligencia informó que se quedó en la casa de los jesuitas dentro de la ciudad y que regresó a Roma en automóvil poco después de la medianoche.

La expresión del Príncipe quedó en blanco. —¿Qué hay de sus movimientos dentro de la ciudad?

—No tengo nada que informar, mi señor. Parece ser que solo se detectó cuando se fue. Las patrullas informaron que los estaban vigilando esa noche, lo que les pareció curioso. El príncipe agitó su mano casualmente. —Una inspección sorpresa. Indique a las patrullas que continuaré esas inspecciones, a veces delegando la actividad a un miembro de Consilium. Los quiero en alerta máxima. Pide a nuestros espías en Roma que envíen fotografías de nuevos miembros de la Curia para que no nos sorprendamos de nuevo. Cualquier movimiento sospechoso fuera del Vaticano debe ser informado personalmente, de inmediato.

—Sí, mi señor. Niccolò se inclinó, obviamente sacudido.

—Un miembro de la Curia se infiltró en mi ciudad y solo me avisaron cuando el hombre se fue. ¿Debo sacarte por esta transgresión? La pregunta del Príncipe no era realmente una pregunta.

—Mi señor, estaría a favor de eso exactamente. Aoibhe se levantó, su tono cuidadosamente calculado para sonar menos que triunfante.

—¿Qué dice usted, teniente? El Príncipe dirigió su atención a Lorenzo.

Lorenzo hizo una reverencia, conteniendo una sonrisa. —Los asesores de seguridad anteriores han sido decapitados por menos, mi señor.

—Cierto. La mirada del Príncipe se movió hacia el francés canadiense. —¿Y usted, el miembro más nuevo de nuestra emblemática asamblea?

Stefan se levantó, frotándose nerviosamente la barbilla. —Mi señor, sería prematuro para mí intervenir en un asunto así cuando no conozco todos los hechos.

Los labios del Príncipe aparecieron. —Aprecio tu sinceridad. Puedes estar sentado.

Stefan se inclinó y se sentó, notablemente aliviado.

El Príncipe miró a Niccolò por un largo tiempo. El florentino estaba silencioso e inmóvil bajo la atenta mirada de su soberano. Su expresión no delataba nada, pero una

inspección más cercana reveló el cierre y la apertura de su mano derecha, una expresión de nerviosismo.

El Príncipe golpeó su mano en la parte superior del apoyabrazos. —Sir Machiavelli, ha servido al principado durante siglos y lo ha hecho honorablemente. Aunque es mi derecho ejecutarlo por su fracaso, lo estoy excusando. Necesito su servicio a este cuerpo y al principado por un poco más de tiempo.

—La seguridad se ha convertido en responsabilidad de todos los ciudadanos. Quiero que los patrones de patrulla varíen y que aumente el número de patrullas. Quiero que todos, especialmente los plebeyos, estén en alerta máxima.

No se debe hacer nada que pueda provocar la ira de la Curia.

—Ahora que Maximilian y Pierre están en París, debería haber una diversión. Sin embargo, debemos prepararnos en caso de que fallen.

—Lorenzo y Aoibhe, la bacanal debe ser pospuesta. Quizás la demora impresione a todos la necesidad de una mayor vigilancia. Todos los ciudadanos deben prepararse para la guerra. El ejército debe estar en su máxima disposición.

—Este cuerpo es despedido. Lorenzo, necesito una palabra. El Príncipe hizo un gesto a su teniente, asintiendo con la cabeza ausente a los otros miembros mientras se inclinaban antes de irse.

Mientras se acercaban a la puerta que conducía al pasillo, Niccoló se volvió hacia Aoibhe.

—Has cometido un grave error.

Ella se detuvo, su bonita cara pensativa. —¿De verdad, Sir Machiavelli? Cuéntame más. Acababa de abrir la boca para hacerlo cuando le dio un puntapié en la rodilla y lo derribó. Ella se paró en su antebrazo con ambos pies, impidiéndole sacar la espada larga que siempre llevaba a su lado.

—Aoibhe, gruñó el príncipe, notando su demostración de fuerza.

Ella forzó una sonrisa. —Solo un poco de diversión inofensiva, mi señor. Dio un paso a un lado, inclinándose sobre su cautivo con una mirada triunfal. —Te vuelves imprudente en tu vejez, Nick.

Se puso de pie. —No es probable.

—Soy más valioso para ti como un aliado que como un enemigo. Será mejor que lo recuerdes, ya que tu lista de aliados es sorprendentemente corta. Ella pasó junto a él, sus ojos se encontraron con los de Stefan. Bajo la mirada intimidante del vampiro mucho más viejo, Stefan bajó la vista a sus pies.

Con un alegre movimiento de su pelo rojo, Aoibhe caminó hacia la salida.



Sir Machiavelli esperó hasta que el pasillo estuviera vacío antes de deslizarse en el estudio privado del Príncipe, que estaba ubicado en el pasillo de la cámara del consejo. Gregor, el ayudante del Príncipe, estaba fuera haciendo un mandado y el propio Príncipe estaba en una profunda conversación con su teniente al otro lado del pasillo. Ahora era un excelente momento para que el jefe de seguridad hiciera su movimiento.

A Niccolò no le gustaron las sorpresas. No le gustaba sentirse avergonzado aún más. Su ira y resentimiento hacia el Príncipe se tornaron azules. Pero había aprendido de su conflicto con los Medici hace mucho tiempo que no permitía que su ira superara su razón. Rápidamente estudió el contenido del estudio y se dirigió al escritorio, recogiendo informes y misivas, leyéndolos rápidamente y luego devolviéndolos a sus puestos. Pero no había nada de interés. Continuó su búsqueda, esperando encontrar algo que implicara al Príncipe o apoyara su propia posición, pero pronto se dio por vencido. El tiempo no estuvo de su lado.

Estaba a punto de salir del estudio, cuando notó un libro que sobresalía ligeramente de una de las estanterías. Parecía extrañamente fuera de lugar entre todos los volúmenes cuidadosamente archivados.

Lo sacó del estante, notando con cierto interés que era una edición de uno de sus propios trabajos. Hojeó las páginas sin hacer nada, observando en silenciosa fascinación como algo revoloteaba en el suelo.

Si hubiera sido humano, su corazón se habría acelerado cuando se dio cuenta de que el pergamino llevaba la huella del Rey de Italia. Con manos casi temblorosas, desdobló la carta y la leyó.

El mensaje en sí mismo no tenía nada de especial y estaba firmado por el teniente romano. Pero había un apéndice al mensaje, escrito en una mano diferente.

Su blasfemia renacentista era rápida mientras su mundo se inclinaba sobre su eje. Niccolò volvió a doblar el pergamino exactamente como lo había hecho antes y lo volvió a colocar en el libro. Lo volvió a guardar, cuidando mucho para asegurarse de que su aspecto estuviera exactamente como había estado antes de tocarlo.

Luego, con los pies ansiosos, salió del estudio, cerrando la puerta cuidadosamente detrás de él.

## CAPITULO 36

El Príncipe necesitaba una distracción.

Maximilian y Pierre no habían sido escuchados. Como sugirió Lorenzo, era posible que estuvieran escondidos en París y esperaban el momento apropiado para crear un espectáculo digno de la atención de la Curia. También era posible que los hubieran traspasado y que los hubieran destruido.

Por eso el Príncipe necesitaba una distracción, algo para distraer a la Curia de Florence y Raven.

Se sentó en su habitación privada en el inframundo y sacó un pequeño sobre del bolsillo. La carta le fue entregada temprano esa mañana, con cierta urgencia. Sacó la única hoja de papel de su sobre y la leyó por décima vez.

*Para el Príncipe de Florencia,*

*Conozco a Raven Wood desde que era una niña. Le escribo en deferencia a su control sobre ella, exigiéndole que libere a Raven de su posesión y la entregue a salvo en el Vaticano.*

*A cambio, estoy dispuesto a persuadir a mis hermanos para que pasen por alto tu principado. Usted ha tenido el control de Florencia durante varios siglos, y en ese momento, nunca tuvimos una razón para entablar un conflicto abierto con usted.*

*La paz entre nuestros pueblos beneficia a todos. Trabajaré para asegurar que la paz continúe, siempre que mi demanda se satisfaga inmediatamente y la quietud previa de su principado continúe.*

*Por supuesto, si no está dispuesto a satisfacer mi demanda, estoy igualmente preparado para persuadir a mis hermanos a interesarse de manera inmediata y ávida por Florencia. Espero escuchar su decisión sobre este asunto.*

*Padre Jack Kavanaugh, S.J.*

William dobló la carta y la volvió a colocar en el sobre.

A lo largo de los siglos, su habilidad para sorprenderse había disminuido hasta casi desaparecer. Sin embargo, el sacerdote lo había sorprendido.

La Curia no era conocida por poner el bien de un ser humano sobre el bien de la humanidad. De hecho, era legendario por tratar de proteger a la mayor cantidad de personas en la mayor medida posible, de ahí su disposición a entrar en un tratado con vampiros.

Pero el sacerdote de Raven era diferente. Había burlado la convención de la Curia y había abierto una negociación directa con el enemigo. Podría ser expulsado del Vaticano y expulsado por eso.

No había prometido que sería capaz de convencer a la Curia de que dejara sola a Florencia, incluso si Raven le fuera entregado. Pero el hecho de que estuviera dispuesto a intentar fue extraordinario.

William tenía en sus manos la promesa de una distracción, el medio de retener el control sobre el principado y asegurar que la Curia luchara en otras batallas. Todo lo que tenía que hacer era entregarle "su mascota" a su padre sustituto.

Sabía lo que los miembros del Consilium dirían si compartía la misiva con ellos. No habría dudas. Raven debería ser sacrificada por la seguridad de la ciudad.

*Los seres humanos son desechables.*

*Las mascotas son reemplazables*

*No olvides lo que le sucedió a Fausto, el Príncipe de Cerdeña.*

Las voces de sus hermanos sonaron en sus oídos. No dudarían en entregar a Raven a la Curia, a cambio de la posibilidad de la paz. De hecho, probablemente matarían a cualquiera que se opusiera al intercambio.

William colocó la carta en el bolsillo de su chaqueta y salió de la habitación.

## CAPITULO 37

Raven esperó hasta el lunes por la noche para contarle a William sobre su encuentro con Batelli.

William estaba molesto pero distante. Le habló a Raven solo por el teléfono de Ambrogio, y le indicó que se quedara en casa por la noche. Insistió en que se ocuparía de Batelli, prometiéndole que sus medidas no incluirían la ejecución. No había necesidad de llamar la atención de la Curia sobre el asesinato de otro policía.

Raven le preguntó a William qué le preocupaba, pero se negó a confiar en ella, diciendo que solo estaba preocupado por la ciudad. Insistió en que tenía que irse y le pasó el teléfono a Ambrogio sin decir una palabra más.

Raven estaba muy inquieta por la conversación, pero, aparte de perseguir a William y enfrentarlo, era poco lo que podía hacer.

Le envió otro correo electrónico a su hermana y se acostó temprano, mirando por la ventana de su habitación al cielo y preocupándose.



La noche siguiente, Raven fue al orfanato después del trabajo. Ella pasó tiempo con los niños, incluyendo a María, la niña que probablemente sería adoptada por Gabriel y Julia Emerson, ayudándoles a leer. También cenó con los niños, ya que Ambrogio había respondido a su texto diciendo que su señoría estaba comprometido esa noche y que hablaría con ella el miércoles.

Después de la cena, regresó a su apartamento solitario y pasó el resto de la noche escuchando música y leyendo. Pero ni siquiera el Príncipe Caspian podía mantener su mente completamente ocupada, distraída como estaba por las preocupaciones sobre William y su ciudad.

Justo antes de acostarse, ella recibió un correo electrónico del padre Kavanaugh. No había enviado una respuesta a su mensaje anterior, sino que había iniciado un nuevo



intercambio.

Ella encontró la decisión curiosa.

*Querido Raven,*

*Me sentí aliviado de recibir su mensaje.*

*Hay un nuevo proyecto de restauración que comienza en el Palacio Pontificio en septiembre. El equipo estará trabajando en los frescos de Rafael en la Sala de la Segnatura. Ya he hablado con el director del proyecto y le he pasado tu currículum. Si quieres el trabajo, es tuyo.*

*La Ciudad del Vaticano es el lugar más seguro de la tierra. Ciertos seres no pueden poner un pie dentro de nuestras fronteras. Puedo asegurarme de que tienes un trabajo y un lugar para vivir aquí. Estarás bajo nuestra protección.*

*Me tomó un poco de esfuerzo, pero convencí a Cara para que hablara conmigo. Confirmé lo que le dijiste y la animé a que te contacte. Se supone que debemos hablar nuevamente por teléfono mañana. Rezo para que tenga éxito en ayudarlos a reparar su relación.*

*Recuerdo a ti y a tu familia en mis oraciones, rezando para que todos encuentren la paz. Aún más, rezo por tu seguridad.*

*Si quieres ser libre, todo lo que necesitas hacer es entrar en una iglesia. Estarás a salvo allí.*

*Le enviaré un mensaje de texto con mi nuevo número de teléfono celular. Puede llamarme en cualquier momento, de día o de noche, y te aseguraré un salvoconducto a Roma.*

*Tu situación en Florencia es precaria. Espero oír de ti pronto.*

*Padre Jack*

Raven levantó su mirada de la pantalla de la computadora y miró al vacío.

Se sintió aliviada al descubrir que su padre no sabía que ese terreno sagrado no importaba a William. Ella tomó esto como una señal de que los secretos de William no habían sido descubiertos por la Curia.

No estaba segura de que William pudiera entrar a la Ciudad del Vaticano. Pero no importó. Ella no tenía intención de ir a Roma. Ella no tenía intención de dejar a William. Ni siquiera para una de las mejores oportunidades de restauración que el mundo tenía para ofrecer los frescos del Vaticano de Rafael.

Ella suspiró. Para un hombre de la tela, el padre Kavanaugh era perfectamente hábil para tentarla. Escribió una breve nota, agradeciendo al sacerdote por haberla defendido a Cara y reiterando su deseo de volver a hablar con su hermana. Ella no mencionó el trabajo de restauración.

Raven consideró enviar el correo electrónico del padre Kavanaugh a William, pero decidió que ella hablaría con él al respecto en persona. Luego se arrastró a la cama, dando vueltas y vueltas hasta antes del amanecer.

Ahora que conocía la maravilla de dormir en los brazos de William, era doloroso y difícil dormir solo. Ella ni siquiera tenía un artículo de su ropa, una camisa, tal vez para envolverse a sí misma mientras estaban separados.

La última vez que hablaron, la fría soledad de Raven se agravó aún más por su actitud fría. Después de estar tan cerca de William el domingo por la tarde y la madrugada del lunes, parecía que había una distancia interminable entre ellos.

Una distancia aún más siniestra por el reconocimiento de que varias fuerzas estaban tratando de separarlos.

## CAPITULO 38

—Es hermoso. Patrick apretó el hombro de Raven apreciativamente mientras admiraban el recién restaurado Nacimiento de Venus.

Era el viernes por la tarde. Los Uffizi habían cerrado temprano e invitaron a todo su personal al laboratorio de restauración para admirar la pieza terminada antes de que fuera devuelta a la habitación de Botticelli en el piso de arriba.

—El profesor Urbano está muy satisfecho. Raven asintió en dirección a su supervisor. Estaba radiante de orgullo, estrechando manos y aplaudiendo a la gente por la espalda.

—Todos van a tomar una copa para celebrar. Patrick le tocó el hombro. —¿Vienes?

—Sí. Raven sonrió. —No me lo perdería.

—¿Qué pasa con tu novio? Gina y yo queremos conocerlo.

—Está ocupado. La sonrisa de Raven se desvaneció.

Patrick le apretó el hombro. —¿Problemas en el paraíso?

—No. Raven jugó con el brazalete en su muñeca. —Está ocupado esta semana.

—¿Qué pasa con Batelli, todavía te está molestando?

—No lo he visto desde que me arrinconó el lunes.

—Bueno. El tipo es un idiota.

Raven asintió con la cabeza, olvidando mencionar que la reacción de William a su historia sobre Batelli había sido mucho, mucho más fuerte. Gina caminó hacia ellos y, al instante, Patrick tomó su mano. Se sonrieron cálidamente el uno al otro.

Raven sintió una repentina punzada de envidia.

—¿Vendrán ustedes dos a la gala mañana a la noche?

—Sí, seguro. Gina se apoyó contra Patrick y él sonrió ampliamente. —¿Que pasa contigo?

—Sí. El equipo de restauración será presentado por el Doctor Vitali.

—Doctora Wood. El profesor Urbano se acercó a ella desde un lado, estrechándole la mano e intercambiando comentarios amables con Patrick y Gina antes de preguntarle si podía hablar con Raven en privado.

—Te veré esta noche. Patrick asintió con la cabeza antes de alejarse.

Raven intentó no ponerse nerviosa ante la idea de hablar con su supervisor en privado. Caminaron hacia la pintura y, mientras lo hacían, la pequeña multitud se separó.

—La restauración es hermosa. Hizo un gesto hacia la obra de arte, su cara expresando satisfacción.

—Los colores son tan vibrantes, dijo. —Es como una pintura completamente diferente.

—Sí. Él la miró con aprecio. —Tengo buenas noticias. La galería ha recibido fondos para llevar a cabo una restauración completa de Judith y Holofernes de Artemisia Gentileschi.

—¿De verdad? Respiró Raven. —Eso es maravilloso. No ha sido restaurado antes, ¿o sí?

—No. La pintura es muy oscura. Hay varias capas de barniz que deberán eliminarse. Tengo la oportunidad de elegir a los miembros de mi equipo. Me gustaría que fueras parte de eso.

—Sí, respondió sin dudarlo. —Gracias.

Él rió. —¿Tal vez le gustaría tener tiempo para considerarlo? Es otro contrato de un año aquí en la galería. ¿Tal vez le gustaría regresar al Hospicio?

—No. Me gusta trabajar aquí y sería un gran honor restaurar esa pintura. Siempre he admirado su trabajo.

—Bueno. Como probablemente sabrá, las pinturas de Artemisia solo recientemente han recibido el reconocimiento que merecen. El profesor Urbano le tendió la mano. —  
Bienvenida al equipo.

—Gracias, Profesor. Ella le estrechó la mano.

Después de ese intercambio, la sonrisa de Raven regresó, a pesar de que era algo más pequeña que antes.



El Mercedes negro esperaba detrás de los Uffizi, junto con algunos otros vehículos de lujo. Raven acababa de salir de la galería con Gina y Patrick cuando vio el automóvil. Ella se detuvo en seco.

—¿Qué pasa? Patrick miró su reacción con preocupación.

—Mi novio está aquí. Les dio a sus amigos una sonrisa de disculpa. —No lo he visto en toda la semana.

—Vayan sin mi. Podría reunirme con ustedes mas tarde.

—Podemos esperar, ofreció Patrick, entrecerrando los ojos ante el Mercedes.

—Dale tiempo a Raven con su novio. Gina tiró de su mano. —Raven, podemos verte alla.

—Gracias. Ella le dio a Gina una mirada de agradecimiento.

—Tráelo contigo, Patrick dijo por encima de su hombro.

Mientras sus amigos caminaban en dirección al bar, Raven se dirigió hacia el auto. Abrió la puerta y subió, cerrando la puerta cuidadosamente detrás de ella.

## CAPITULO 39

Estoy sorprendida de verte. No he hablado contigo desde el lunes por la noche. Raven agarró su mochila, sin moverse hacia él.

William se volvió para dirigirse al conductor. —A la villa, Luka.

—Espera. Raven jugueteó con su mochila. —Mis amigos van a tomar una copa para celebrar la finalización del proyecto de restauración. Me voy con ellos.

William parpadeó. —Muy bien.

—¿Eso es todo? Ella frunció el ceño. —¿Eso es todo lo que tienes que decir?

William ajustó sus gemelos, evitando su mirada de censura. —Deseas estar con tus amigos. Entiendo. Te veré mañana por la noche.

—Pero no me verás, protestó. —Mañana por la noche es la gala, celebrando la restauración. Tengo que ir.

Los ojos de William se encontraron con los de ella. —Entonces te veré después. Llama a Ambrogio y dile cuándo te envía el auto. Te veré en la villa.

Raven se volvió para mirar por la ventana oscuramente tintada.

—Soy equipaje, murmuró.

—¿Qué es eso? El tono de William era agudo.

—Soy algo para ser recogido y dejado. Levantó su mochila al hombro y colocó su mano en la puerta. —No te he visto en toda la semana, después - después. . . Ella titubeó, de repente luchando contra las lágrimas.

—Luka, sal del auto. El tono de William era bajo y autoritario.

El hombre grande salió del vehículo y cerró su puerta, dándole a la pareja algo de privacidad.

Sin decir una palabra, William levantó a Raven y la colocó de costado sobre su regazo, arrojando su mochila al suelo. Él pasó sus pulgares bajo sus ojos, recogiendo la humedad.

—¿Qué voy a hacer contigo? Susurró.

—Nada, porque me voy. Intentó apartarse de su regazo, pero él le pasó un brazo por la cintura.

—Luka te llevará a encontrarte con tus amigos, después de que me expliques las lágrimas. Le secó los ojos otra vez.

—Si tengo que explicarlo, entonces tenemos más problemas de lo que pensaba.

William hizo una mueca.

Cuando se hizo evidente que estaba esperando que ella hablara, ella resopló. —Lo juro, eres el hombre más exasperante que he conocido. ¿Por que me estas evitando?

William pasó su mano por su cabello. —Los asuntos de estado han tomado más que su parte de mi atención. Sé que prometí asegurarme de que tenías acceso a una piscina para tu pierna, pero no he tenido tiempo. Haré que Ambrogio lo arregle.

—¡No me importa nadar! Lo que me importa eres tú y cómo me estás tratando.

William parecía confundido. —¿Cómo te estoy tratando?

—Cuando hablamos el lunes por la noche, fuistes frío conmigo.

—Tienes frío. Él presionó su palma contra su mejilla.

—William. Su tono era de angustia. —Cuando estamos separados, te extraño. Quiero estar contigo. Quiero hablar contigo. Y cuando tienes frío, duele.

La realización pareció amanecer en su expresión. La atrajo contra su pecho, envolviéndola en sus brazos. —Mis enemigos pagarán por cada una de esas lágrimas.

—No quiero venganza. Solo te quiero a ti.

Sus labios encontraron su frente y los sostuvo allí. —Te amo mucho. Estoy segura de que es cruel por mi parte amarte porque no podemos tener una vida normal. Sin embargo, no puedes obligarme a parar.

—Sé que te preocupas por la ciudad. Pero me preocupo por ti. Por favor, no me dejes afuera.

—Hay cosas en movimiento de las que debería contarte. Pero esta noche no. Su nariz rozó el costado de ella. —Seca tus lágrimas, Cassita. Lamento todo.

Ella se secó la cara y lo besó, envolviendo sus brazos alrededor de su cuello.

—Te llevaremos con tus amigos. Mañana por la noche, estaremos juntos.

Ella sonrió y el cambio se reflejó en la cara de William cuando su expresión se alivió.

—No soy un ser fácil de amar, Cassita. Pero juro que mis pecados de omisión son en realidad pecados de amor. Estoy tratando de protegerte a ti y a la ciudad. Estoy fallando.

—Lo siento por la ciudad. No entiendo cómo sería ser responsable de tantas personas.

Ella tocó su rostro, trazando sus cejas tejidas y su boca orgullosa. —Ojalá tuviéramos más tiempo juntos.

Él besó el lado de su mano. —¿Sin embargo, vine a ser el esclavo de una dama tan magnánima?

Sin darle la oportunidad a Raven de responder, William tocó el techo del auto. Luka abrió la puerta y se deslizó en el asiento del conductor. Pronto el Mercedes se abrió camino desde la galería y calle abajo.

## CAPITULO 40

William llevaba en el bolsillo los medios para salvar su ciudad. El procedimiento era lo suficientemente simple-entregar a Raven a la Curia y Florencia se salvaría.

Había pasado siglos protegiendo su principado. Había dedicado toda su existencia vampírica a ello, esforzándose constantemente para garantizar que sus ciudadanos disfrutaran de una vida cómoda y, seguros de que la Curia nunca marcharía por sus calles como lo habían hecho en Praga, París y Budapest.

Nunca había permitido que nadie se interpusiera entre él y la ciudad que amaba, razón por la cual siempre había estado solo.

Entonces una alondra herida había volado sobre su cielo y lo había cambiado. Siempre. Cuando los primeros rayos del amanecer iluminaron las calles de la ciudad, William salió de una de las puertas secretas que conducían al subterráneo cerca de la estación de Santa Maria Novella. Estaba disfrazado de turista, con gafas de sol y un sombrero de Panamá, una tela rociada con la sangre de un viejo vampiro sujeta a su camisa. Si alguien fuera a rastrearlo, esperaba que estuvieran confundidos.

Ignoró el dolor de cabeza y la incomodidad que sintió en el momento en que pisó el terreno sagrado, entró en la iglesia de Santa Maria Novella y se movió veloz y casi invisible a la Capilla Española. Se acercó al famoso fresco e inclinó su respeto.

—Salve, hermano. Saludó la imagen de su maestro en latín, como había sido su costumbre cuando estaba vivo. Como siempre, el santo lo miró impassible.

—Ha pasado un tiempo desde que lo visité. Te ves bien. William apartó los ojos de la pared pintada y comenzó a caminar. —Me encuentro en cierta dificultad, y es por eso que he regresado.

—Tu Iglesia se ha interesado por mi ciudad. Hay rumores de guerra. Me resulta difícil creer que esos conflictos no perturben tu descanso, ya que claramente enseñaste que el clero debería ser pacifista.

William hizo una pausa. —Sí, lo sé. Luchan contra principados y poderes, y contra las fuerzas de la oscuridad. Me he resignado a la oscuridad. Pero hay alguien cercano a mí que no.

—Hay una mujer. William observó a su maestro de cerca, imaginándose que, solo tal vez, el rostro había cambiado. —Una mujer joven, muy encantadora. Valiente, generosa y feroz. La materia de la poesía y los sueños.



—Te reirás de esto, viejo amigo. La mujer me ama.

Los ojos de la imagen parecían arder en los de él. El Príncipe continuó su ritmo. —Ella era la protegida de uno de los sacerdotes de la Curia. Él exigió que se la entregara a cambio de la paz.

William se enderezó y se dirigió hacia el fresco, de frente.

—Si acepto su demanda, salvaré mi ciudad pero la pierdo. Romperé su corazón y la Curia romperá su espíritu. Si la mantengo, la Curia vendrá. Matarán a tantos de nosotros como puedan, incluyéndome a mí. Así que ya ves, viejo amigo, no importa lo que elija, la perderé.

—¿Qué sería peor, perderla voluntariamente pero saber que ella estará protegida por mi enemigo? ¿O para mantenerla, sabiendo que la guerra finalmente nos separará?

William se frotó los ojos con ambas manos, borrando las imágenes sagradas que lo confrontaban.

—Es exactamente el tipo de dilema que nuestros colegas te habrían planteado en París. Entonces, ¿qué dices, magister? ¿Cuál es la decisión virtuosa?

El Príncipe miró a su famoso maestro.

—Sí, por supuesto, es un dilema falso. Podría enviar a la mujer- mi mujer- lejos. Pero eso solo aceleraría la llegada de la Curia. Asumirían que la había matado.

—Podría matar al sacerdote. Sería difícil de hacer ya que vive en territorio sagrado, pero los asesinatos se han llevado a cabo en el pasado. El Príncipe se pasó los dedos por el pelo. —Sí, sé lo que sucedió como resultado. La Curia marchó sobre Budapest y masacró a los aquelarres allí. El principado nunca ha sido el mismo.

Caminó de un lado a otro y de un lado a otro, con los puños metidos en los bolsillos.

—Podría intentar negociar con la Curia. Pero ¿por qué deberían negociar un tratado conmigo, cuando uno de los suyos quiere que su protegida esté fuera de mi control?

—No. Hay innumerables posibilidades, todas igualmente crueles.

El Príncipe lanzó una mirada funesta a las personificaciones de las virtudes que rodeaban a su maestro. Las Virtudes, por supuesto, permanecieron en silencio.

—Tú y yo hablamos muchas veces de la belleza de la bondad. Esta joven y extraordinaria mujer es tan hermosa, tan noble en su carácter, que te habría fascinado. Ella ha leído tus obras. Le dije acerca de ti y ella piensa que tendrías compasión de mí, a pesar de eso. . . Se aclaró la garganta.

—No espero compasión. Hice mi elección; Acepto mi destino Pero para ella, para su bella y valiente alma, espero. William levantó la cara. —La amo. Y porque la amo, vengo a ti

ahora para pedir tu ayuda.

—Sé que es mejor tratar de negociar contigo. Acudirás en mi ayuda o te negarás. No tengo nada que ofrecer a cambio, ninguna forma de expiar mi pecado, ninguna virtud para recomendarme.

—Pero te pregunto, maestro, cualquier compasión y amor que tengas por mí, por el niño que fui una vez, que lo mismo se la extenderías a ella. Cualquier gracia que se te haya otorgado, te pido que ores para que la misma gracia descanse sobre ella.

William extendió sus brazos, su figura como una cruz, y se inclinó muy bajo. —Una vez más, siento molestar tu descanso. Te pido un favor en recuerdo de nuestra amistad, solo recuerda a mi mujer, que su belleza y bondad no pueden morir.

Sin una mirada hacia atrás, el Príncipe salió de la sala capitular, su cuerpo apretado, su corazón latiendo un tatuaje incierto en su pecho.

## CAPITULO 41

—Damas y caballeros, les doy el nacimiento de Venus.

Con una floritura, el Doctor Vitali retiró la gran lona que cubría la pintura recién restaurada. La multitud reunida en la sala de Botticelli en los Uffizi estalló en un fuerte y entusiasta aplauso.

Vitali presentó al profesor Urbano, quien ofreció algunas observaciones preparadas sobre el proceso de restauración. Presentó a Raven y los otros miembros de su equipo a un estruendoso aplauso.

Mientras agradecía a los donantes y organizaciones que habían financiado la restauración, incluidos el Profesor y la Sra. Emerson, que no estaban presentes, Raven se hizo a un lado, evaluando el trabajo.

Un excelente trabajo de restauración permite que una pintura presente su mejor yo. En su cuidadosa estimación, esto fue precisamente lo que el equipo del profesor Urbano había hecho. Los colores de la pintura eran más brillantes y vibrantes. Los detalles de las figuras y los otros elementos fueron mucho más fáciles de ver. De hecho, la habilidad de Sandro Botticelli era más visible ahora que las capas de barniz oscurecido y decolorado habían sido eliminadas. El nacimiento de Venus ahora disfrutaría de una segunda vida. Raven estaba orgullosa.

Ella estaba con sus amigos Patrick y Gina, apoyada en su bastón. La falda llena de su nuevo vestido de seda azul blandía cada vez que se movía. Había pasado mucho tiempo con su apariencia, incluso yendo a un estilista para hacer su largo cabello negro hecho en un elaborado y elegante giro. Había cubierto la marca de mordisco aún visible en el costado de su cuello con maquillaje, su presencia apenas perceptible excepto tras un minucioso escrutinio.

La habitación de Botticelli estaba llena. Había patrocinadores y políticos, periodistas y profesores, y el personal de los Uffizi, todos de pie en reconocimiento de la hermosa pintura.

El Inspector Batelli, observando los procedimientos desde un punto a unos pocos pies de distancia de *La Primavera*.

Raven lo ignoró.

—No puedo creer que ese imbécil esté aquí. Patrick sacudió la cabeza en dirección al policía.

—Tiene sentido, ¿no? Gina se encogió de hombros. —Tal vez los ladrones están aquí. Tal vez intentarán tomar el *Nacimiento de Venus*.

Raven miró furtivamente en dirección a Batelli y lo encontró mirándola. Le dio la espalda a él para dirigirse a sus amigos. —Necesitarían diez hombres para hacerlo y posiblemente una grúa. Nos costó mucho mover la pintura del laboratorio.

—Es una obra maestra. Gina le sonrió mientras aplaudían la conclusión del discurso del profesor Urbano.

El Doctor Vitali finalizó la parte formal de la noche invitando a todos a disfrutar de la sala Botticelli. La multitud avanzó, ansiosa por ver más de cerca la restauración, y Raven y sus amigos se apartaron discretamente para permitirles a los invitados una mejor vista. Patrick dio un silbido bajo. —Vi las fotografías de antes de la restauración. Ustedes hicieron un trabajo fantástico.

—Gracias. Raven se inclinó.

—Creo que esto requiere vino. ¿Damas? Patrick alzó las cejas. Raven y Gina asintieron y él se excusó para encontrar un camarero.

La mirada de Raven lo siguió mientras se movía al otro lado de la habitación. Sin ninguna razón en particular, sus ojos parpadearon hacia la puerta que conducía al pasillo.

De pie en el pasillo, parcialmente en sombras, había un hombre joven y apuesto vestido todo de negro.

Sus ojos se encontraron con los de ella.

Raven buscó una excusa para Gina y comenzó a moverse a través de la multitud. Pero había mucha gente y no se movió rápidamente. Cuando ella llegó a la puerta, él ya no estaba.

Frustrada, continuó por el pasillo vacío, buscándolo. El resto del segundo piso de los Uffizi estaba acordonado. Se detuvo junto a la cuerda de terciopelo y la señaló que instruía a los invitados a permanecer fuera.

Alguien la agarró del brazo y la metió entre un par de estatuas.

Antes de que pudiera gritar, levantó la vista hacia una cara familiar. Su corazón saltó en un latido.

—¡Tienes que dejar de hacer eso! Ella se soltó. —Casi me das un ataque al corazón.

William sonrió. —Puedo escuchar tu corazón. Está perfectamente sano.

—Creo que los vampiros son capaces de reconocer una forma de hablar. Se llevó una mano al pecho, tratando de recuperar el aliento.

William se puso solemne. —No quise asustarte. Se inclinó hacia adelante y le dio un

suave beso en la mejilla. —Eres hermosa.

La cara de Raven se encendió. —Gracias.

—La pintura es encantadora, pero su belleza palidece en comparación con la tuya.

—¿Podías verlo desde el pasillo?

Él acarició el lado de su cara. —Me deslicé antes y eché un vistazo debajo de la lona. Tu trabajo es excepcional.

Raven jugueteaba con su bolso. —Yo era parte de un equipo. ¿Por qué estás aquí?

—Vine a verte. Sus ojos se cerraron. —¿No soy bienvenido?

—Por supuesto que eres bienvenido. Se movió para poder ver más allá de las estatuas hacia la habitación Botticelli. —Pero hay cámaras en todas partes. Y el Inspector Batelli está aquí.

—Lo sé. Lo vi. William llevó la boca a la oreja y la besó. —Cambiemos a un lugar que sea más privado.

Él la tomó de la mano y la llevó a la Sala Tribuna octogonal, que estaba a solo tres puertas de la sala Botticelli. Él la condujo dentro del espacio, que estaba lleno de pinturas y esculturas.

—No hay cámaras aquí.

La habitación estaba oscura, iluminada solo por una serie de ventanas pequeñas y altas que filtraban la luz de las estrellas desde el exterior. Las esculturas parecían fantasmas para los ojos de Raven. William, por otro lado, navegaba por el espacio como si estuviera bañado por la luz del sol.

Se detuvieron en el centro de la habitación, delante de una mesa octogonal. Sin decir una palabra, dejó a un lado el bolso y el bastón, la levantó por la cintura y la sentó en el borde.

—Esta no es una buena idea. No quiero romperlo. Ella miró la mesa dubitativa, preguntándose si resistiría su peso.

William colocó la palma de su mano sobre la mesa y presionó, como si probara su solidez. —No me preocuparía.

—No quiero dañar nada. Se movió como si fuera a pararse.

—No lo haremos.

Él colocó sus manos sobre sus rodillas, levantando sutilmente la falda de su vestido. Sus fríos dedos se deslizaron bajo la seda para separar sus piernas, luego él estaba parado en medio de ellos, poniendo sus caderas en contacto con las suyas.

—William, yo- Raven fue interrumpida por los labios de William, que tocaron los suyos

con reverencia.

Como si una llama hubiera sido encendida, comenzó a besarla profundamente, con urgencia, sus manos ahuecando la parte posterior de su cabeza.

—¿Qué te han hecho?, Murmuró, su pulgar trazando el giro en su pelo.

Ella habló contra su boca. —Pensé que se vería bien.

—Eres adorable, pero más adorable, creo, desnuda y con el pelo suelto hacia abajo. La besó de nuevo, esta vez explorando su mejilla, su mandíbula y su cuello. Cuando él comenzó a mordisquear su garganta, ella colocó una palma en su pecho. —Para.

—¿Por qué? Continuó sus atenciones, su mano deslizándose entre sus piernas para trazar el borde de sus bragas.

—Algo está mal.

William levantó la cabeza, pero mantuvo la mano donde estaba, y la tendió sobre la ropa interior.

—¿Qué está mal?

Ella sacudió su cabeza. —No conmigo. Contigo.

Ella tomó su mano de entre sus piernas y la arrojó a un lado.

Intentó acercarse pero ella lo mantuvo a raya con una mano sobre su corazón. —Esta semana estabas distante y frío. Ahora estás sobre mí. ¿Qué está pasando?

—Disculpa. No pensé que necesitaba una razón para tocarte.

Se retiró inmediatamente y se ajustó los pantalones, volteándose hacia ella para tirar de los puños de su camisa. Sus gemelos de oro, que llevaban el símbolo de Florencia, brillaban mientras se movía.

Instintivamente, ella tocó su brazalete.

—William, ella respiró, su rostro arrugado. Ella se alejó de él y envolvió sus brazos alrededor de su pecho.

—No hay forma de evitarlo, murmuró. —Tengo que decirte.

Le pasó un brazo por la cintura, apoyó la frente en su hombro y lanzó un gran suspiro tembloroso.

—Estoy perdido. Sus palabras fueron amortiguadas contra su vestido.

—¿Cómo?

Cuando él no respondió, ella se volvió y tocó su cabeza. —Estoy aquí. Háblame, William.

Levantó su rostro, su expresión torturada. —Será una larga conversación.

—No tengo otro lugar adonde ir. Ella se rascó el cuero cabelludo.

—¿Qué hay de la celebración? Deberías estar con tus amigos.

—Estoy con un amigo, creo. Ella le dio una mirada de búsqueda.

—Entonces es mejor que nos vayamos. Él recogió su bolso y su bastón y extendió su mano.

Ella tomó su mano, saltando sin elegancia de la mesa. Sin más explicaciones, William la acompañó al corredor y bajó por una de las escaleras laterales.

Una vez que llegaron al exterior, la levantó en sus brazos y comenzó a correr, ganando velocidad suficiente para escalar un edificio cercano y ascender al techo. Desde el techo hasta el techo, él saltó, mientras Raven mantenía los ojos fuertemente cerrados. Unos minutos más tarde, aterrizó en una terraza en la parte superior de una de las estructuras cercanas al Duomo.

Puso a Raven en pie.

—No me atrevo a pisar suelo sagrado, no cuando la noche tiene tantos espías.

Ella asintió con la cabeza. —Por favor dime qué pasa.

William cruzó hasta el borde del tejado y puso su mano en la almena de piedra. Se quedó en silencio por un momento mientras contemplaba la ciudad que amaba.

—Recibí una carta de tu sacerdote.

El corazón de Raven saltó a su garganta. —¿Qué? ¿Por qué?

—Porque estás conmigo. ¿De verdad crees que te dejaría ir? Si él no te devolvió a tu madre la noche en que te encontró a ti y a tu hermana, ¿por qué te permitiría quedarte con un demonio?

—No eres un demonio. El tono de Raven era feroz. —Está equivocado. Él piensa que tiene que salvarme. Me escribió esta semana y me pidió que fuera a Roma para trabajar en uno de los proyectos de restauración en el Vaticano.

William volvió la cabeza. —Es una artimaña.

Eso pinchó el orgullo de Raven.

—Quizás. Ella se encogió de hombros.

—A ti te ofrece la promesa de un proyecto prestigioso. Para mí, él ofrece paz. Si te entrego a él, persuadirá a la Curia de que se mantenga alejada.

—¿Por qué tendría que hacer eso?

—Porque él te ama. Porque él tiene miedo por ti. Él piensa que te mataré, o peor, haré que me gustes.

El Príncipe volvió a mirar la ciudad, su cuerpo tenso.

—Padre me dijo que habló con Cara. Estoy agradecida por eso.

—Me alegro por ti, si es verdad.

Raven se puso rígida. —Él nunca me mintió. ¿Qué le dijiste?

William se apoyó pesadamente en la almena. —No he respondido. Eso, en sí mismo, es un tipo de respuesta, pero dudo que actúe de forma preventiva. . . He estado tratando de descubrir qué es lo que voy a hacer.

—¿Qué vas a hacer? Repitió Raven.

Él continuó mirando el horizonte. —Sí.

—¿Que hay de mí? ¿No debería tener algo que decir sobre lo que me sucede?

Los ojos de William se clavaron en los de ella. —Soy responsable de mi ciudad y de ti.

Ella cojeó hacia él. —No te pedí que asumieras esa responsabilidad.

—Me pediste que te amara, dijo, reprochándole. —¿Cómo puedo amarte si no garantizo tu seguridad?

Raven cerró su boca bruscamente.

William rechinó los dientes. —El Vaticano es la ciudad más segura del mundo, al menos de los vampiros.

—No quiero estar a salvo de ti. Se apoyó en su bastón, moviendo su peso de su pierna lesionada, que estaba empezando a palpar.

William no respondió.

—¿Quieres que vaya? La voz de Raven tembló.

—No. Su agarre se apretó en las piedras. —Pero lo que quiero no importa. Con una letra, ha destruido todo lo que he construido.

Ella extendió la mano y rozó su manga. —Tienes que explicármelo, porque no entiendo.

William flexionó los brazos, retrocediendo desde la almena.

—Si te entrego a él, te perderé. Él te desprogramará o lo que sea que le hagan a aquellos que estaban esclavizados por un vampiro. Me olvidarás y se asegurará de que nunca te vuelva a ver.

Su expresión se apretó. —Si te quedas aquí, la Curia vendrá, si no es por ti, entonces, para asegurar que mi reino termine. Ningún principado ha sido capaz de luchar contra la Curia. Seré destruido y serás rescatada si no te matan por accidente.

Ella le agarró el brazo, apoyándose en él. —Podemos irnos. Podemos huir de la ciudad esta noche.

Él le dio una mirada sombría en su resolución. —No puedo.

—¡Pero te matarán! Si nos vamos, la Curia se mantendrá alejada.

—No dejaré que mi gente sea asesinada. Incluso si no me importa la ciudad que he amado y gobernado durante siglos, todavía no me iría. Tu sacerdote está decidido a



salvarte. Él nos cazará. Eventualmente nos encontrarán.

—¿No hay otra ciudad a la que puedas apelar? ¿No pueden los otros principados unirse?

—¿Y arriesgarse a las masacres en las calles de sus propias ciudades? No. Hubo un tiempo cuando todos los vampiros estaban juntos. Así fue como pudimos negociar un tratado con la Curia. Pero los tiempos han cambiado. Muchos de los aquelarres son débiles y todos son egoístas. Nadie vendrá en mi ayuda. Simplemente mirarán, aliviados de que Florence esté siendo atacada y no ellos.

—¿Así que solo te estas rindiendo? Ella lo empujó en el pecho. —¡No puedes rendirte! William retrocedió un paso, sus ojos chispearon de ira. —Dime, si eres tan sabia, ¿qué debería hacer? ¿Matarlo?

—No dije eso. No quiero que lo mates. No quiero que te mate.

—Pero eso es precisamente lo que sucederá. Uno de nosotros morirá y probablemente sea yo.

Ella buscó en sus ojos. —Podría ir con él, rogarle que deje a Florencia sola.

—No. No sé lo que te harán. Bajó la voz. —Si vas a ellos, puedo entregar las llaves de la ciudad. Preferiría encontrarme en el infierno que quedarme aquí sin ti.

Ella miró sus zapatos. —Nunca creí en el infierno. Pero estoy empezando a cambiar de opinión.

—Diablos es conocer tu destino y saber que no hay nada que puedas hacer al respecto. William se apartó un mechón de cabello de la frente.

—El padre Kavanaugh dijo que no gobernaba la Curia. Él no cree que tenga mucha influencia con ellos.

Un músculo saltó en la mandíbula de William. —Ese puede ser el caso. Pero dado que la Curia ya está interesada en Florencia, sus súplicas no llegarán a oídos sordos. Les ha dado una razón para marchar sobre mi ciudad, algo que no han tenido desde que gobernó el antiguo príncipe.

Raven volvió la cabeza y miró el Duomo. Miró los techos y edificios de tejas, el cielo nocturno estrellado y la solemne estructura del campanario que estaba cerca.

—No soy Helena de Troya. La Curia no libraré una guerra contigo sobre mí, no cuando arriesgan el pánico y la exposición en todo el mundo. Todo lo que necesitamos es un transeúnte con un teléfono celular, y el video de La Curia asesinando a los vampiros estará en Internet.

—Subestimas su poder.

—No me importa lo poderosos que son. No pueden controlar a todos y todo. Guerra

significa exposición, para ellos y para ti. Es por eso que el Padre quiere que vaya a él voluntariamente. Él no quiere una guerra más de lo que tú lo haces.

William frunció el ceño. —No me compararía con él si fuera tú.

Ella levantó su barbilla. —Puede que no sea capaz de elegir mi muerte, pero puedo elegir mi vida. Y elijo pasar el tiempo que me quede contigo.

—¡No!, Espetó.

Ella lo miró más herida que irritada. —¿Por qué no? ¿No me amas?

Se frotó la barbilla bruscamente. —Claro que te amo. Ese es el punto. Estoy tratando de salvarte. Podrías regresar a América. Podría llamarte cuando sea seguro volver.

Raven lo observó por unos segundos, la expresión de su rostro, su lenguaje corporal y el extraño vacío que llenaba sus hermosos ojos grises.

—Estás mintiendo. Sabes que si me envías, nunca más volveremos a vernos. Sería demasiado peligroso para mí regresar y es posible que la Curia te mate por ser más astuto que ellos.

Suspiró su resignación. —Ya estoy muerto. El humano que fui murió hace años y este cuerpo tomó su lugar. He vivido una vida larga, el tiempo suficiente para tener esperanza en mis brazos.

William atrapó un mechón de pelo de Raven y lo enrolló tiernamente alrededor de su dedo. Su expresión se volvió angustiada. —Pero tú, Cassita, tienes toda tu vida por delante. Si te quedas, podrías ser asesinada.

Sus ojos verdes brillaron desafiantes. —Entonces moriremos juntos.

—Es un suicidio. No puedes...

Raven lo interrumpió. —¿Cómo sería mi vida, sabiendo que aún vives pero que no podríamos estar juntos? Preocuparse todos los días de que podrían estar cazando o torturándote. Preocuparse de que te mataran. Prefiero pasar el tiempo que nos quede, en estar seguros en algún lugar al otro lado del océano, que sufriendo porque he perdido la mitad de mi corazón.

Ella apretó sus bíceps con fuerza. —Eres la otra mitad de mí, William. Por favor no me envíe lejos.

William levantó la cabeza hacia el cielo y cerró los ojos. Apretó los puños y recitó una letanía de maldiciones.

—Estoy demasiado débil para enviarte lejos. La noche en que te encontré, vi una visión de cómo sería el mundo sin ti. Eso fue antes de que te conociera y amara. Ahora que lo hago, sería imposible.

Ella enterró su rostro en su pecho. —Iría a la Curia para salvar tu vida.

—Lo sé. Él besó la parte superior de su cabeza. —Defensa. Pero es posible que me destruyan de todos modos.

—¿Y qué tipo de vida tendría sin ti? ¿Sin luz? ¿Sin esperanza?

Su labio inferior tembló. —Tenía tanto miedo de que me enviaras lejos.

—No, susurró, envolviéndola en su apretado abrazo. —También puedo caminar hacia el fuego y dejar que las llamas me aniquilen. Ese destino sería preferible.

Ella se estremeció en sus brazos. —¿Qué vamos a hacer?

Él dudó. —Podemos esperar que tu sacerdote tenga poca influencia sobre aquellos en el poder. Podemos esperar que la Curia dirija su atención a un principado diferente.

—¿Es eso probable?

William suspiró. —No lo sé. Traté de organizar una distracción pero parece haber fallado.

—Puedo intentar retrasar al padre Kavanaugh. Puedo decir que estoy pensando en eso.

—No lo antagonizaría, Cassita. Eso podría acelerar su llegada.

—Es tan injusto, susurró, luchando por contener las lágrimas. —Esperé toda mi vida para encontrarte, y ahora que lo he hecho, te voy a perder.

—No perdáis la esperanza. No podría soportarlo si la luz de tu esperanza se extinguiera.

Él la abrazó con fuerza y ella se aferró a él como si estuviera cayendo.

## CAPITULO 42

A raíz de su decisión compartida, el amor de William y Raven adquirió una nueva dimensión. William pasó las horas de la tarde adorando lentamente el cuerpo de Raven y, a su vez, ella hizo lo mismo por él. Permanecieron despiertos en brazos del otro casi hasta el amanecer, cuando Raven finalmente sucumbió a dormir.

William arrimado a Raven, sus ojos se fijaron en la representación de Allegra de Botticelli mientras su mente bullía con los preparativos para la guerra y la protección de su amada.



A la mañana siguiente, Raven estaba sentada en el balcón, tomando café y tomando el sol, cuando su teléfono celular sonó con un mensaje de texto.

*Estoy en Roma, Dan y yo volamos anoche. Nos quedamos con el Padre Jack. Ven a verme y hablaremos.*

Raven casi deja caer su teléfono.

Ella miró el mensaje de Cara, leyéndolo y volviéndolo a leer, una sensación de terror cayendo sobre ella. Ella quería ver a su hermana y reconciliarse con ella. Pero no en Roma. Ahora no.

¿Podría ser que el padre Jack estuviera usando a Cara para alejarme de William?

La respuesta a su propia pregunta era clara.

Ella no había esperado esto. Ella no había esperado nada de esto. Y ella no tenía idea de qué hacer.

—Siento ansiedad. William habló desde la puerta, su nariz arrugada. Estaba vestido de negro, como era su costumbre, y su cabello todavía estaba húmedo por la ducha.

Raven lo miró tristemente. —Lee esto. Ella le entregó su teléfono.

Escaneó las palabras. —Y así comienza. Él le devolvió el teléfono.

Ella miró hacia la pantalla. —No puedo creer que la use así.

William no hizo ningún comentario.

Raven lo miró. —¿Que debería hacer?

—Creo que es mejor dejar todas las conversaciones sobre la Curia y sobre mí fuera de esto. Quizás puedas contestar, diciendo que estás terminando tu proyecto y que no puedes llegar a Roma. Invítala a venir aquí.

—Si mi padre está tirando de los hilos, ella verá mis excusas.

William se inclinó y la besó en la frente.

—Y si Cara se parece a su hermana, insistirá tercamente en decidir por sí misma 'qué pensar'.

—Eso es cierto, admitió Raven.

Ella tipeó una respuesta rápida y se lo mostró a William.

*Hola, Cara. Me alegra que Dan y tú estén aquí. No puedo dejar el trabajo esta semana. ¿Podrías venir a Florencia? Amor, Rave.*

Él asintió secamente. Envió el mensaje de texto y colocó su teléfono a un lado, volviendo a su desayuno.

La mano de William descansó en su cuello. —¿Cómo estás esta mañana?

—Estoy cansada, confesó.

Su pulgar trazó el parche de piel alrededor del lugar donde se había alimentado de ella.

—He tomado demasiado. Le diré a Lucía que te traiga un suplemento de hierro.

Ella sacudió su cabeza. —No estoy tan cansada. Estoy ansiosa por todo y ... y me gustaría hacer las paces con mi hermana antes. . . Ella no pudo obligarse a decir las palabras.

William asintió con la cabeza. —Lo siento.

—Lo sé. Ella se apoyó en su toque. En ese momento, su teléfono celular sonó. Sus ojos preocupados se encontraron con los de William. Ella levantó el teléfono.

*Perdón por lo que te dije. Volé sobre un océano para llegar hasta aquí. ¿Por qué no puedes tomarte un par de horas para verme en Roma? No tienes que quedarte toda la noche.*

William leyó sobre su hombro.

—Ofrecería traerla aquí, pero eso solo agravaría las cosas.

—Tengo que convencerla de que se vaya de Roma.

Raven rápidamente tipeó una respuesta.

*No puedo. Es un par de horas en tren en cada sentido y tengo que trabajar temprano mañana.*

Ella estaba mintiendo y Cara probablemente lo sabía. La conclusión del proyecto de restauración había sido noticia internacional, especialmente después del robo en los Uffizi.

Incluso si Cara no hubiera visto las noticias, sin duda, el padre Kavanaugh se lo habría dicho.

Raven envió su mentira rápidamente y en unos pocos minutos, recibió una respuesta.

*Correcto. El trabajo es más importante que yo. ¿Por qué diablos me molesté en venir?...*

Raven resistió la tentación de arrojar su teléfono desde el balcón al jardín de rosas de abajo. Arrojó el objeto ofensivo en una silla vacía en su lugar.

William acercó una silla a su lado. —Puede que esto no sea lo que quieres escuchar, pero Cara todavía podría estar en Estados Unidos.

—¿Crees que el padre Kavanaugh robó su teléfono y me envió un mensaje de texto? Los textos provienen de su número.

—Creo que él te quiere en Roma y está dispuesto a hacer lo que sea necesario para llevarte allí.

—Voy a llamar a su teléfono fijo en Florida. Raven presionó botones en su teléfono y se llevó el dispositivo a la oreja. Sonó un par de veces y cambió al correo de voz. Ella

terminó la llamada y marcó el número de teléfono de Dan. Lo mismo sucedió

Tomando una respiración profunda, llamó a la casa de su madre. Sonó el teléfono, sonó y luego oyó una voz adormilada. —¿Hola?

—Mamá.

Hubo una larga pausa y luego el sonido del movimiento y los pasos. —¿Jane? ¿Eres tu? Raven apretó los dientes. —Es Raven. ¿Dónde está Cara?

—¿Qué quieres decir?

—Llamé a su casa. Ella no está en casa y Dan no está respondiendo a su celular.

—Eso es porque ella está en Italia. ¿No está ella contigo?

—Tuvimos una discusión. ¿Qué te hace pensar que vendría a verme? Raven hizo todo lo posible para parecer convincente.

—Ella quería hablar contigo. Pensé que ella te había dicho que iría.

—¿Entonces ella está en un avión?

—Ella se fue anoche. Hubo sonidos incipientes, amortiguados y el clic agudo de lo que podría haber sido un interruptor de luz. —Son las cinco de la mañana aquí. Según el itinerario que ella me dio, habrían llegado a Roma hace un par de horas.

—De verdad. Raven se reclinó en su silla.

—Ja-Raven, ¿qué está pasando?"

—Nada, mamá. Regresa a la cama.

—¡Espera! No cuelgues. Su madre sonó aterrorizada. —Quiero hablar contigo.

Raven cerró los ojos. —No puedo hablar ahora. Tengo que encontrar a Cara.

—Lo siento. Las palabras apenas eran más que un susurro.

—¿Que es eso?

—Lo siento. Su madre tosió. —Yo-escuché sobre David. Fue noticia. Yo-lo siento.

—Es demasiado tarde para eso. El tono de Raven era duro. —¿Por qué no lo lamentaste cuando tocó a Cara?

Hubo silencio por un momento.

—Lo que pasó con Cara fue un malentendido. Pero, por supuesto, lamento cómo te trató. Me gustaría verte.

—¿Un malentendido? Raven contó hasta cinco para controlar su enojo. —Es bastante difícil malinterpretar a un hombre adulto con una niña pequeña que está desnuda de cintura para abajo.

La aguda inhalación de aire en el otro extremo de la línea silbó en el aire.

—No necesito esta mierda, mamá. Olvida que llamé.

—¡No cuelgues! Su madre sonaba frenética. —Por favor. Solo dame un minuto. No hemos hablado en años. Te he extrañado.

Raven golpeó su pulgar y su dedo medio juntos, tratando de no gritar.

Su madre continuó. —No tienes que llamarme. Puedo llamarte. Solo dame una oportunidad, cuando estés lista.

—No hago promesas.

Su madre suspiró. —Bueno. Al menos estamos hablando ahora.

—Tengo que irme. Los ojos de Raven se encontraron con los de William. Él la miraba con expresión protectora pero confundido.

—Bueno. Adiós, Raven. Te amo.

—Adiós. Raven terminó la llamada y se acurrucó en una pelota en la parte superior de su silla.

William arrancó el teléfono de su mano y lo puso a un lado. Él la levantó y se sentó en su silla, jalándola a su regazo. Cuando él la envolvió en sus brazos lo más fuerte posible, él habló. —Supongo que era tu madre.

Raven resistió el impulso de decir algo frívolo. —Sí.

—Los seres humanos son las criaturas más extrañas. Nunca puedo anticipar lo que harán después.

—¿Ella espera que yo le hable? ¿Cuando ella todavía no admite lo que pasó?

—Si lo hace, ella está loca.

—¿Por qué ella dijo que lo sentía si niega la verdad?

—Ella es una humana y una mujer. Tales misterios están más allá de mí.

Raven le dio una media sonrisa. —Te quedas corto.

—Lo dudo. ¿Es posible que tu hermana esté en Roma?

—Sí, a menos que inventara el itinerario y le mintiera a mi madre. No la veo haciendo eso.

William tarareó. Raven se apoyó en él. —No puedo tratar con mi madre ahora mismo. Pasé años en terapia tratando de sacarla de mi cabeza.

—Puedo enviarle un mensaje, si quieres. El tono de William tenía una ventaja.

Raven se movió para poder ver sus ojos.

—¿Qué? ¿Como un paquete de peces muertos?

Los ojos grises de William brillaron. —Desde que vi la película que me mostraste, he querido enviar un mensaje siciliano. Aunque en este caso, sería un mensaje de la Toscana, lo que significa que tendríamos que enviar piezas de un jabalí.

—Por favor, no. Se frotó los ojos. —Fue un error mostrarte El Padrino. Prométeme no hay jabalíes en camino a la casa de mi madre en Miami.

—Como deseas. Él apretó los labios.



—¿Qué debería hacer con mi hermana?

—Nada. Ella se contactó contigo; tu respondiste. Esperemos y veamos qué hace ella después. Nos dará una indicación del próximo movimiento de la Curia.

—No me gusta la idea de esperar. Me pone nerviosa.

—Me temo que nuestra decisión de permanecer en Florencia requiere que esperemos. Pero quería mencionar algo.

—¿Qué?

—Si algo me sucede, o si por alguna razón decides que quieres irte de la ciudad, ve a Via San Zanobi, número treinta y tres, y pregunta por Sarah.

—¿Quién es Sarah?

—Mi madre. Él le dio una sonrisa apretada. —No te preocupes. No es mi madre la que verás; es simplemente una contraseña. Ve allí y verán que salgas de la ciudad a salvo.

—¿Quiénes son?

—Han sido bien pagados, evadió. —Solo ve con ellos en las circunstancias más difíciles.

—William, te dije que no quiero irme.

—No tenemos idea de lo que sucederá. Esta es mi tranquilidad de que estarás a salvo.

—Bueno. No prometo usarlo, pero lo recordaré. Treinta y tres Via San Zanobi.

—Bien. El cuerpo de William se relajó. —Con ese asunto resuelto, probablemente deberíamos hacer arreglos para recuperar tus cosas de tu apartamento y traerlas aquí.

—Sí. Ella lo abrazó cerca.

—Vamos a celebrar esta noche, una vez que estés cómodamente instalada aquí en tu nuevo hogar.

—Me gusta el sonido de eso, a pesar de que las circunstancias no son ideales.

—Bienvenido a casa, susurró, cubriendo su boca con la suya.

## CAPITULO 43

Cuando se puso el sol, Raven había empacado con éxito sus pertenencias mundanas en cajas y estaba sentada en su escritorio en su habitación.

William había ofrecido su ayuda y también había ofrecido la ayuda de Lucía y Ambrogio, pero Raven no quería que otras personas manejaran sus cosas.

Era extraño pensar que después de conocer a William por tan poco tiempo ella estaría viviendo con él. Dada la incertidumbre de sus vidas, ella estaba tirando precaución al viento. Ella no quería separarse de William por una sola tarde, por lo que tenía sentido compartir su casa y su cama.

Como señaló, la villa era uno de los lugares más seguros de la ciudad.

Raven contempló las paredes en blanco y la parte de su viejo bastón que todavía estaba incrustado en una de ellas. No tenía idea de cómo se lo explicaría al propietario. Sin duda tendría que pedir prestado dinero a William para pagar los daños. Él había sido el que arrojó el bastón con tanta fuerza que se había quedado inesperadamente en la pared. Había desmontado y empacado cuidadosamente todas sus ilustraciones y sus bocetos. Estaba deseando pintar en el jardín de William. Estaba deseando que posara para ella. La idea hizo que su piel se sonrojara.

Su teléfono sonó con un texto entrante.

El texto era de Cara.

*En la estación de tren en Florencia. ¿Cual es tu dirección?*

Raven estaba tan sorprendida, que casi deja caer el teléfono. Rápidamente tecleó la dirección y agregó: *¿Está el padre Kavanaugh contigo?*

En cuestión de segundos, recibió la respuesta. *No, no quería que nos fuéramos. Joder eso. Nos escapamos.*

Raven resopló y colocó su teléfono celular en el bolsillo trasero de sus jeans. Se sintió aliviada de que su hermana hubiera decidido ir a verla, pero también estaba nerviosa. Ella no sabía cómo sería su conversación. Y no sabía cómo iba a explicar la relación ahora tensa entre ella y el padre Kavanaugh.

Se preguntó cuánto tiempo le tomaría darse cuenta de que Cara y Dan se habían ido. Se preguntó si enviaría a la Curia detrás de ellos. Estaba a punto de telefonar a Ambrogio para avisar a William de los planes de Cara, cuando llamaron a la puerta.

Ella agarró su bastón y cojeó por la cocina. William estaba siendo excesivamente formal. Ella abrió la puerta, la abrió y la abrió de par en par.

Pero no era William quien se paró en el pasillo.

El hombre que estaba frente a ella parecía joven, apenas de veinte años. Y tenía el cabello largo y rizado de color castaño que le recorría los hombros. Sus ojos, que también eran marrones, se estrecharon y miraron. Estaba vestido con ropas renacentistas.

Él sonrió y se inclinó. "*Signorina*", dijo, dirigiéndose a ella. —El Príncipe me ha enviado para rescatarte.

—Oh. ¿Dónde está? Raven miró hacia el pasillo.

—Está esperando en el Palazzo Riccardi.

Raven frunció el ceño. Ella nunca había estado en el Palazzo Riccardi con William. Y no era propio de él enviar a alguien en su lugar, a menos que estuviera ocupado.

—¿Dónde está Luka?

El hombre dudó, pero solo por una fracción de segundo. —Él está abajo.

Ella miró al hombre cuidadosamente. Era obviamente un vampiro, con una piel pálida y perfecta, y una perfección casi etérea de rostro y forma. No lo reconoció como uno de los sirvientes de William, pero su voz, y su italiano pasado de moda, era familiar. Debe haberlo oído en algún lado antes.

Se preguntó por qué no podía identificarlo por su cara.

—No puedo ir ahora mismo. Mi hermana y su novio están en camino hacia aquí.

—El Príncipe quiere que vengas ahora. El tono del vampiro cambió. —Las mascotas obedecen a sus amos.

Raven levantó sus cejas, mientras resistía el impulso de corregirlo.

—Llamaré a Ambrogio y explicaré. Ella giró hacia la mesa de la cocina.

—¿No me vas a invitar a entrar?

Reflexivamente, Raven se hizo a un lado.

Abrió la boca para invitar al vampiro, cuando algo que el padre Kavanaugh había dicho cruzó por su mente. Volvió la cabeza lentamente y vio al hombre que la observaba, preparado en el umbral como una serpiente, esperando golpear.

Ella sonrió en un esfuerzo por desarmarlo. Luego, en un movimiento rápido, ella cerró

con el cerrojo la puerta.

Algo pesado se estrelló contra la puerta y el objeto de madera se hundió en sus bisagras. Los sonidos de maldiciones italianas se filtraron por el aire.

Ella sacó su teléfono celular, buscando a tientas los botones. El hombre golpeó la puerta, exigiendo que lo invitaran a entrar. Raven esperó con impaciencia su llamada para conectarse.

—¿Ambrogio? Ella casi gritó en el teléfono. —Un extraño vampiro está aquí. Él dice que él trabaja para su señoría. Está golpeando mi puerta, exigiendo que le invite a entrar.

—No lo invite a entrar, respondió fríamente Ambrogio, como si simplemente le estuviera dando un informe meteorológico. —Su señoría no está en casa, pero le enviaré un mensaje. Quédate donde estás. Enviaré a Luka y Marco.

—Mi hermana está en camino hacia aquí. Ella tomará un taxi desde Santa Maria Novella.

—Quédese donde está. Los hombres están llegando.

Raven terminó la llamada, dejando caer su teléfono sobre la mesa de la cocina.

Luka y Marco, que eran meramente humanos, no serían rival para el vampiro enojado y fuerte.

¿Y qué pasaría si acechaba cuando llegaran Cara y Dan?

Raven inclinó su cabeza hacia la puerta, pero el vampiro había cesado. En silencio, ella se acercó a la mirilla y miró hacia afuera. El pasillo estaba vacío.

Cautelosamente aliviada, entró en su habitación y caminó hacia la ventana, empujando las cortinas hacia un lado para poder mirar la plaza.

Había clientes sentados en el café al otro lado de la plaza y había algunos turistas y estudiantes dando vueltas. Pero no había vampiros. Ella se preguntó a dónde había ido.

Treinta minutos después, Raven estaba sentada en su cama, agarrando su teléfono y esperando que llegaran Luka y Marco. Todavía no había señales del vampiro.

Desafortunadamente, tampoco había señales de Cara y Dan.

Sonó el timbre de su apartamento. Miró por la ventana de su dormitorio y se sintió aliviada al ver a Cara y Dan afuera con su equipaje.

Ella colocó su teléfono en el bolsillo trasero de sus jeans y se acercó a la puerta de su departamento.

El pasillo todavía estaba despejado.

Abrió la puerta, la abrió un poco y asomó la cabeza. Satisfecha de que la sala estaba vacía, cerró la puerta con llave y bajó las escaleras, mirando por encima de la barandilla mientras bajaba para asegurarse de que nadie se escondiera en la escalera.

Una vez que llegó a la puerta de entrada, la abrió y rápidamente atrajo a sus visitas al interior.

Raven estaba a punto de cerrar la puerta detrás de ellos, cuando la mano de un hombre se cerró sobre el marco de la puerta.

## CAPITULO 44

Antes de que Raven pudiera cerrar la puerta, el hombre entró al edificio y cerró la puerta tras él. Se puso de pie, bloqueando la salida, su tamaño amenazante, su expresión severa. Cuando su mirada se posó en Raven, él lanzó una mirada.

En un horrible instante, Raven lo reconoció como el vampiro que había atacado a Bruno unos meses antes. William lo había llamado Max.

—Dan, lleva a Cara a la puerta de atrás. Raven se colocó entre el vampiro y su familia, arrojando las llaves de su casa a Dan. Él los atrapó cómodamente.

Con un gruñido, Max la agarró del brazo y comenzó a arrastrarla hacia la puerta.

—¡Oye, déjala ir! Cara reaccionó de inmediato, moviéndose al lado de Raven.

Raven luchó, girando y girando en un intento de liberarse. Pero él la abrazó con fuerza.

Cara lo golpeó con el bastón de Raven, pero sus golpes parecían tener poco efecto aparte de irritarlo. Él le quitó el bastón de su mano y lo tiró a varios metros de distancia.

Cuando levantó la mano como para golpearla, Dan intervino, agarrando el brazo carnosos del vampiro y tirando de él hacia atrás. Con un gruñido, la criatura liberó a Raven y ella cayó de rodillas. El vampiro se echó hacia atrás y le dio un puñetazo a Dan en la cara, causando un crujido enfermizo en la sala. Dan cayó al suelo en medio de los gritos de Cara.

—¡Dan!, Gritó, arrodillándose a su lado. Ella colocó una mano sobre su pecho. —¡Él no está respirando!

El vampiro ignoró su arrebató y agarró a Raven por el pelo, poniéndola de pie.

—Cara, corre, logró decir Raven, haciendo una mueca de dolor. —Consigue ayuda.

—Déjala ir. Cara se puso de pie, limpiándose la sangre de su novio en sus jeans negros. Ella estaba temblando de ira.

—No, Cara. ¡Correr!

Cara ignoró las súplicas de su hermana y recogió el bastón desechado, blandiéndolo como un palo en la dirección del vampiro.

—¡Corre! Gritó Raven, el pánico se apoderó de ella.

—Deja ir a mi hermana. Cara avanzó con determinación.

El vampiro escupió a sus pies. —Mis órdenes fueron limitar el desastre. Quédate donde estás o te mataré.

—No Raven agarró a Max por su camisa. —Iré contigo. Déjala sola.

Max sonrió.

Abrió la boca para replicar, pero Cara lo atrapó en el costado de la cabeza con el bastón. Momentáneamente aturdido, liberó a Raven y ella se lanzó hacia adelante, golpeándose contra la pared.

—¡Cara, sal de aquí!

Su hermana seguía moviendo el bastón hacia el vampiro, golpeándolo donde podía, pero Max solo apartó el bastón, su rostro se dividió en una amplia sonrisa. Cuando se cansó de Cara, él la golpeó con el revés y ella se estrelló contra el suelo, la sangre brotó de su nariz. Ella se quedó quieta.

—¡No!, Gritó Raven, arrastrándose hacia su hermana.

Max interrumpió su movimiento y la levantó por la cintura.

—Pertenezco al Príncipe de Florencia. Todavía luchando, ella le mostró el brazalete que William le había dado. —Soy su mascota.

—Sé quién eres, gruñó. —Cierra la boca o mataré al otro también.

La mirada de Raven se dirigió hacia Cara. Ella no se estaba moviendo y tampoco Dan. Quizás el vampiro podría sentir que Dan ya estaba muerto.

Raven guardó silencio.

Mientras Max la llevaba por la puerta de atrás y hacia el callejón, se volvió hacia él.

—¿A dónde me llevas?

Él la sacudió como un gato sacude a un gatito. —Silencio. Él llevó su nariz al cuello e inhaló profundamente. —Te llevaré a un lugar lo suficientemente privado como para vengarme. Entonces voy a averiguar exactamente qué tipo de mascota eres.

Él se rió de su demostración de miedo y la colocó bajo su brazo, agarrándose de un lado del edificio mientras se preparaba para escalar.

## CAPITULO 45

—¿Qué noticias hay de Suiza? El príncipe se detuvo en Piazzale Michelangelo después del atardecer con Gregor, su asistente.

El joven vampiro se inclinó. —En sus órdenes, fui a Cologny y me reuní con la familia que vendió sus ilustraciones a los estadounidenses. Les dije que era un agente de la Interpol asignado para investigar el robo.

—¿Qué tienes que informar?

Gregor sacó una pequeña maleta y se la entregó a su gobernante. —La familia me proporcionó notas y páginas de un diario que conservaba uno de sus antepasados: el hombre que compró las ilustraciones en el siglo XIX.

El Príncipe se metió la valija bajo el brazo. —¿Y la persona que los vendió?

Gregor se aclaró la garganta. —Fue descrito como italiano. Vendió las ilustraciones por mucho menos de lo que valían, diciendo que habían pertenecido a su familia, que había pasado por tiempos difíciles.

Las cejas del Príncipe se juntaron. —¿Este italiano tiene un nombre?

—El caballero insistió en que permanezca en el anonimato. Ante esto, Gregor señaló la valija. —Pero el diario describe al hombre. Vestía ropa vieja, hablaba italiano con fluidez y tenía la piel pálida.

—¿Un vampiro?

—La familia no lo identificó como tal, pero la descripción lo sugiere. Al hombre que compró las ilustraciones se le advirtió que debería mantener la transacción en secreto y nunca hacerla pública, o arriesgaría algún tipo de maldición.

—Subterfugio, por supuesto. El Príncipe miró hacia el espacio por un momento. —Es posible que quienquiera que haya robado las ilustraciones le haya pedido la ayuda del italiano para venderlas.

—Es posible, mi señor, pero hay más que informar.

Los ojos del príncipe se movieron hacia su asistente. —Procede.

—Parece, mi señor, que el destinatario describió al hombre como joven, con cabello oscuro y rizado que caía sobre sus hombros.

El Príncipe se movió abruptamente hacia la barandilla de piedra. —Miles de vampiros respondieron a esa descripción al mismo tiempo. Y todos parecemos jóvenes hasta cierto punto.



Gregor cambió su peso incómodamente. —Sí, pero este individuo afirmó estar relacionado con los Medici.

El Príncipe volvió la cabeza, clavando su mirada a Gregor en el lugar.

—¿Estas seguro?

—Está en el diario, mi señor. Está escrito en francés, pero traducirlo fue bastante fácil.

—Entonces la sombra se revela a sí mismo, murmuró el Príncipe, volviéndose a inspeccionar su ciudad una vez más.

—En lugar de exponerse a sí mismo como un digno adversario, muestra que es un ladrón y un cobarde. ¿Has mencionado tu viaje a alguien?

Gregor negó con la cabeza vigorosamente. —No, mi señor.

—¿Has hablado sobre tus hallazgos con alguien más? El tono del Príncipe era engañosamente calmado.

—Te sirvo solo a ti, mi príncipe.

—Bueno. Lo has hecho bien, Gregor. Su servicio será recompensado. Te elevo al Consilium.

La expresión nerviosa de Gregor se iluminó con una sonrisa. —Gracias mi Señor.

—El siglo pasado, una sombra cayó sobre mi principado. Esta noche esa sombra se extinguirá.

Vamos, Sir Gregor. Te necesitaré en la reunión del Consilium.

El asistente hizo una profunda reverencia y los dos vampiros saltaron la barandilla de piedra, corriendo en dirección al Arno.

## CAPITULO 46

Los pies de Maximiliano todavía estaban en el suelo cuando algo mojado lo cubrió a él y a su prisionero. Él aulló de dolor y la soltó, dejándola caer al suelo.

Raven aterrizó con fuerza en su trasero, el dolor irradiaba desde su cola hasta la columna vertebral. El impacto de su caída fue tan grande que simplemente se quedó allí sentada, aturdida.

Max estaba de rodillas, frotándose la cara y maldiciendo, mientras un hombre intentaba rodearlo con un anillo de sal.

Raven reconoció al hombre como Marco. Un par de manos se metieron debajo de sus axilas para levantarla. Ella luchó, rodando hacia un lado e intentando escapar.

—Es Luka, dijo una voz.

Ella miró hacia una cara familiar.

Sin decir una palabra más, el chófer de William la arrojó sobre su hombro y comenzó a correr, saliendo del callejón que se extendía detrás de los edificios y hacia una calle cercana. El Mercedes de William estaba estacionado en la acera.

Luka abrió rápidamente la puerta trasera del pasajero y la colocó en el asiento trasero, luego se subió al asiento delantero, cerró las puertas y encendió el motor.

—Mi hermana, Raven se atragantó. —Ella está en mi edificio de apartamentos. Tenemos que llevarla al hospital.

—Mis órdenes son llevarte a la villa.

Ella lo agarró por el hombro. —No podemos dejarla. Su novio también fue atacado. Necesitan una ambulancia.

—Mis órdenes son llevarte a la villa, repitió.

Raven apretó su incredulidad ante su intransigencia y rápidamente abrió la puerta. Luka se inclinó sobre el asiento delantero y la tomó del brazo.

—No es seguro. No sabemos cuántos otros hay por ahí.

—No la voy a dejar.

Luka observó su expresión por un momento. Él maldijo y puso el auto en el estacionamiento.

—Solo espera.

Él presionó un botón. El sonido de un teléfono sonando llenó el vehículo antes de que se conectara la llamada.

Luka le anunció a Ambrogio que tenía a Raven y que la llevaría al Príncipe. Pidió que se enviara una ambulancia a su edificio para su hermana y su amigo.

Ambrogio le ordenó que llevara a Raven a la villa de inmediato, pero ella lo interrumpió. —Su señoría no quiere que deje a mi hermana. Estoy siguiendo sus órdenes y ellos siempre se cumplen.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Finalmente, Ambrogio habló. —Luka, recupera a la hermana y tráelos a los dos de regreso a la villa. Veré que llamen a un médico.

Luka terminó la llamada, y con otra fuerte maldición, salió del vehículo, enganchando las cerraduras antes de cerrar la puerta.

Ella se sentó en el asiento trasero, explorando el área oscura alrededor del automóvil.

Los segundos se convirtieron en minutos y un minuto se convirtió en diez. Estaba a punto de salir y regresar al edificio, cuando algo pesado aterrizó en el techo del auto.

El vehículo gimió, pero se sostuvo rápido.

Raven se volvió para mirar por el parabrisas y vio a Maximilian parado frente al auto.

Tenía la cara y la cabeza desfiguradas, como si hubiera sido rociado con ácido. Su cabello y su piel habían sido arrancados, dejando heridas abiertas que rezumaban sangre negra de vampiro. Uno de sus ojos estaba cerrado, como si hubiera sido cegado.

Pero fue lo que tuvo en sus brazos lo que causó que el corazón de Raven se detuviera.

Sin dudar, ella abrió la puerta y salió del auto.

## CAPITULO 47

Había algo inquietante en el aire.

Aoibhe estaba en lo alto del Palazzo Vecchio, examinando la ciudad con la cara hacia el sur.

Cerró los ojos e inhaló, permitiéndole a su mente ordenar entre la miríada de olores que se arremolinaban a su alrededor.

En otros aspectos, era una tarde perfectamente normal en verano. Turistas y lugareños paseaban por la plaza de abajo y cerca de la Galería de los Uffizi. Los vampiros se movían con sigilo entre ellos, a veces mirándolos desde los tejados, a veces derritiéndose en las sombras.

Pero los sentidos de Aoibhe, que habían sido perfeccionados por varios eventos a lo largo de su larga vida, se despertaron.

Abrió los ojos y vio el movimiento sobre los edificios cerca del Arno, un gran casco de vampiro corriendo y llevando un cuerpo debajo de cada brazo. El aroma de uno de ellos le golpeó la nariz con fuerza. Sus labios se curvaron hacia atrás en un gruñido y ella voló al techo de un edificio inferior, corriendo tan pronto como sus pies hicieron contacto con los azulejos.

Varios saltos más y ella lo cortó exitosamente, esperando con anticipación mientras aterrizaba frente a ella.

—¿Cazando, Max? Lo saludó, su sonrisa calculada para desarmarse.

—Ve y fornícate a ti mismo. Max ajustó su control sobre sus cargas, preparándose para volar al edificio adyacente.

Él sostuvo a una mujer joven debajo de cada brazo. La primera era una rubia con un atractivo pero nada especial. Su cara estaba ensangrentada y apenas estaba consciente, sus gemidos subían y bajaban con cada respiración.

Pero la otra mujer era fácilmente reconocible. Ella era la razón por la que el interés de Aoibhe había despertado.

Aoibhe chasqueó la lengua. —Dejaría caer al de pelo negro, si fuera tú. Ella es la mascota del Príncipe.

Max gruñó y sostuvo a la mujer con más fuerza. Los ojos de Aoibhe se encontraron con los de Raven y en ellos ella leyó una súplica silenciosa. Aoibhe evitó su mirada.

—Te mataré por tocarla.

—El Príncipe está muerto, o lo será en breve. Max se rió entre dientes. —Me gustaría ver tu propia cabeza. Puede que no lo guardes por mucho tiempo.

Corrió al borde del edificio y se dejó caer al siguiente. Aoibhe lo observó correr hasta que desapareció de la vista, cerca del Duomo. Una punzada de miedo pinchó su interior.

Se preguntó si había dicho la verdad si algo le había sucedido al Príncipe. Seguramente, si hubiera habido un golpe ella habría visto u oído algo.

Estaba a punto de seguirlo cuando escuchó un fuerte ruido detrás de ella. Se volvió y se sorprendió al encontrar a cinco de sus hermanos de pie cerca del borde del techo. Todos estaban armados con espadas.

Ella se enderezó a sí misma. —Soy Lady Aoibhe del Consilium. ¿Cuál es el significado de esto?

—Sabemos quién eres, gruñó uno de los soldados, sacudiendo su espada.

Ella suspiró y rodó sus ojos hacia el cielo. No era así como ella se imaginaba al conocer su fallecimiento.

Se subió las mangas, su vestido y separó los pies. Luego, con una arrogancia nacida de muchas victorias, sacó una espada samurái curva y delgada desde atrás de su espalda. Ella agarró el arma con ambas manos.

Tres soldados avanzaron, uno en el centro y uno a cada lado en un intento de flanquearla. Ella se deshizo del soldado en su mano derecha primero, decapitándolo de un solo golpe.

Los movimientos de Aoibhe fueron rápidos y elegantes, su pelo rojo se arremolinaba en el aire, mientras enfrentaba a los otros dos soldados. Ella luchó con cada uno de ellos, evitando sus golpes hasta que fue capaz de descifrar uno de ellos. Ella lo mató rápidamente antes de girar su arma hacia su compañero.

El soldado más grande se acercó a ella después. Tenía más habilidad que los demás y sabía que no debía darle la más mínima oportunidad.

Trató de barrer sus piernas, pero se frustró. Trató de desacreditarlo, pero él fue capaz de asestar un golpe en su costado izquierdo, apuñalando a través de los pliegues carmesíes de su vestido para hacer contacto con su cuerpo.

La herida la sorprendió.

Instintivamente, ella colocó su palma contra ella. Pero esto fue un error, ya que la espada que prefería requería dos manos.

El espadachín le cortó la muñeca y ella soltó su espada, sangre negra salía de sus venas.

—Lady Aoibhe. Mientras hablaba, señaló la punta de su espada en dirección a su

garganta. —Estás condenada a muerte por traición.

—¿Traición contra quién?. Ella agarró su muñeca con la mano opuesta. —He sido leal al Príncipe.

—Exactamente. El Príncipe ha sido desleal a Florencia, permitiendo que su control disminuya mientras la Curia acecha. Por estos crímenes, serás ejecutada.

—¿De quién es la autoridad? Se detuvo, sus ojos oscuros escaneaban el techo en busca de alguna posibilidad de escape.

—En la autoridad del nuevo príncipe. El soldado levantó su brazo, preparándose para atacar.

—¿No debo aprender el nombre del nuevo señor? Ella dobló sus rodillas.

—No, respondió el soldado. Levantó su brazo aún más alto.

Y luego su brazo y su espada volaron por el aire, aterrizando con un golpe seco y metálico en el techo.

El soldado gritó sorprendido cuando la sangre brotó de la herida abierta. Se giró para buscar a su atacante, pero una espada silbó en el aire, separando su cabeza de su torso.

Aoibhe observó en silenciosa fascinación como una figura vestida con túnicas oscuras despachó rápidamente a los dos soldados restantes antes de moverse hacia ella.

Ella dio un paso atrás. El aroma de la figura era confuso y desconocido. Ella buscó desesperadamente su espada, pero estaba demasiado lejos.

—No iré en silencio, dijo, enseñando sus dientes y moviéndose en cuclillas.

La figura arrojó su capucha.

—Ibarra, respiró, colocando una mano en su garganta.

—Acabo de salvarte la vida, mi señora. ¿Es todo el elogio que me darán? Él mostró una sonrisa diabólica.

Con un grito, ella envolvió sus brazos alrededor de él y lo besó.

—Mucho mejor. Él se inclinó para examinar su costado y su muñeca. —Has sido herida. ¿Estás bien?

—Una herida en la carne. Se quitó la tela del vestido de la piel y se pasó los dedos por la lágrima. —Ya se está cerrando.

Ella hizo un movimiento similar con su muñeca, limpiando la sangre de su piel pálida.

—Estoy contenta. Ibarra se movió para besarla de nuevo, pero ella se apartó, arrugándose la nariz.

—Apestas.

—Gracias. Se inclinó burlescamente. —He estado usando varias sangres para enmascarar

mi olor.

—¿Debes bañarte en indeseables? Apenas puedo soportar el hedor.

Él rió. —Por eso pude sorprender a la fiesta de asesinatos que te atacó.

—Pensé que estabas en el País Vasco.

—Decidí permanecer cerca y ver qué podía descubrir. Ibarra miró los cuerpos de los cinco soldados. —Parece que el Príncipe ha sido depuesto.

—No puedo creerlo. Niccolò no es lo suficientemente poderoso como para superarlo en una pelea justa.

—El ejército. ¿Quién dijo que la pelea era justa?

Aoibhe negó con la cabeza. —El ejército es leal al Príncipe.

—La lengua bífida de Niccolò podría influir fácilmente sobre ellos, especialmente con los rumores de una invasión de la Curia. Ibarra observó los tejados adyacentes, buscando cualquier señal de movimiento. —Debe estar matando a sus rivales del Consilium.

—No vale la pena molestar a Stefan. Max está en buena salud. Lo vi llevando la mascota del Príncipe hace unos minutos. Se supone que debe estar en una misión a Francia.

Claramente, falló.

—Entonces Max debe estar aliado a Niccolò. Una extraña alianza, de hecho. El Príncipe debe estar muerto si Max pudo asegurar su mascota. ¿Por qué se molestaría con eso?

—Porque Max codicia las cosas bonitas.

Los ojos oscuros de Ibarra se encontraron con los de ella. —A menos que sea una trampa.

—El Príncipe es lo suficientemente inteligente como para valorar a Florencia sobre una mascota. Aoibhe se acercó para besarlo una vez más. —Te debo mi vida.

—Una deuda que me complace poseer. La besó en la espalda, envolviendo sus brazos alrededor de su cintura. —¿Deberíamos limpiar este desastre? Seguro llamará la atención.

Aoibhe miró a sus hermanos caídos desdeñosamente. —Quiero que Niccolò sepa que falló.

—Enviarán más soldados.

—Tendrán que atraparme primero. Seré más hábil escondiéndome ahora. Ella lo soltó y recogió su espada, envainándola antes de disimularla detrás de su espalda.

—No mueras hasta que tenga la oportunidad de probarte de nuevo. Ibarra sonrió, limpiando su espada en la ropa de uno de los soldados caídos.

Aoibhe dejó caer una reverencia exagerada. —Lo mismo para usted, Sir Ibarra.

## CAPITULO 48

El Príncipe sintió una sensación de alivio cuando corría por el metro secreto de pasajes subterráneos que conducían a las cámaras centrales del inframundo.

Conocía el reino de Italia y sus habitantes vampiros. La edad y las conexiones políticas le habían proporcionado ese conocimiento. Solo había un vampiro que afirmaba estar emparentado con los Medici, y había servido al Príncipe de Florencia durante cientos de años. ¿Durante cuántos años había planeado traicionarlo?

Armado con una valija llena de evidencia, el Príncipe estaba ansioso por enfrentar y ejecutar al traidor, convirtiéndolo en un ejemplo para los demás.

En aras de la seguridad y la sorpresa, el Príncipe condujo a Gregor a través de un pasaje que solo él conocía, al pasar por una puerta oculta que conducía a su estudio, que estaba situado cerca de la cámara del consejo.

Podían ver en la oscuridad, pero por conveniencia, más que nada, el Príncipe encendió un candelabro, iluminando la habitación oscura que había sido tallada en piedra. Lo que encontró lo perturbó.

Los papeles estaban esparcidos sobre el escritorio y en el piso. Los libros habían sido sacados de sus estantes y arrojados al azar. Documentos, pergaminos y manuscritos cubrían todas las superficies.

—Consigue un destacamento de diez soldados y regresa aquí inmediatamente, ladró el Príncipe. —Alguien pagará por este ultraje.

—Sí, mi señor. Gregor hizo una reverencia y salió al corredor principal.

El príncipe cambió de libro y se asustó momentáneamente cuando no pudo encontrar el volumen que quería. Una encuesta rápida de los libros en el piso arrojó el premio.

Cogió la copia de las escrituras de Maquiavelo y cuidadosamente retiró una misiva manuscrita.

Lo escondió en el bolsillo de su chaqueta, cerca de otro documento importante. Luego volvió a guardar el libro.

En cuestión de minutos, Gregor regresó. Abrió la puerta rápidamente, entró al estudio y cerró la puerta detrás de él. Sin previo aviso, se acercó al escritorio y apagó las velas.

—¿Cuál es el significado de esto? ¿Dónde están los soldados? El príncipe frunció el ceño a su asistente en la oscuridad.

—Mi señor, tartamudeó, visiblemente conmocionado.



—¿Qué es?

—El ejército está reunido en el gimnasio.

El Príncipe se enderezó. —¿De quién es la autoridad?

—Un nuevo príncipe. Alguien tomó su trono y ya envió destacamentos más pequeños para ejecutar a los miembros del Consilium.

—Aoibhe. El Príncipe respiró, agarrando el borde de su escritorio con fuerza.

—Ella ya puede estar muerta, mi señor. El general Valerian se dirigió a la asamblea, diciendo que están esperando nuevas órdenes. Estaba exaltando las virtudes del nuevo líder.

—Si la cobardía y la mezquindad son virtudes. Los ojos del príncipe se estrecharon. — ¿Dónde está el traidor?

—El general no dijo nada. No lo sé, mi señor.

—Probablemente ya se haya situado en mi trono. Manténgase alejado de la cámara del consejo, pero vea si alguno de los miembros de Consilium ha sobrevivido. Diles a ellos y a todos con los que te pongas en contacto que el verdadero príncipe está muy vivo y preparándose para la guerra. Aquellos que se oponen a mí serán asesinados. Aquellos que son leales serán recompensados.

—Si mi señor.

—Reúne a los leales en Palazzo Riccardi, pero hazlo con cuidado para evitar una emboscada. Hay un alijo de armas y chalecos de Kevlar en una habitación debajo del palazzo. Theodore tiene las llaves. Arme a los leales y aguarde más instrucciones. El Príncipe señaló la puerta oculta. —Date prisa. Pero no pierdas la cabeza.

Con una reverencia, el asistente desapareció por el pasadizo secreto, dejando al príncipe contemplar su preocupación más apremiante.

Raven.

Por ahora, Ambrogio debería haberse asegurado de que ella hubiera regresado a la villa, donde estaría a salvo.

Como el Príncipe no tenía un teléfono celular, no tenía manera de confirmarlo. En cualquier caso, los teléfonos celulares no recibieron señales en los pasajes subterráneos. Había hecho todo lo posible por mantener su relación con Raven lo más privada posible, confiaba en que sus hermanos la verían como una diversión temporal. Dada la mezquindad del traidor, sin embargo, incluso un juguete era un objetivo potencial. Dado que sin duda sabía dónde estaba su apartamento...

El Príncipe sacó una de sus espadas de un armario de armas que estaba en la pared del

fondo. Ocultó la hoja bajo su chaqueta y rápidamente salió del estudio, esperando que su amada Raven ya estuviera esperando en su cama.

## CAPITULO 49

—¿Cara? Raven acarició la cara de su hermana. —¿Puedes oírme?

Cuando vio a Max sosteniendo el cuerpo inconsciente de su hermana, Raven no dudó. Ella había salido del Mercedes y le había suplicado que dejara a Cara y se la llevara. El vampiro también sonrió y la tomó. Ahora estaban en una de las habitaciones privadas del Teatro.

Era la misma habitación en la que Raven había hecho el amor con William, lo que parecía a una de atrás; una habitación con paredes de color púrpura oscuro y una gran cama vestida de satén negro. Un espejo corría a lo largo de una pared, lo que refleja las dos hermanas.

—¿Cara?

Ella gimió en respuesta. Raven interpretó esta reacción como un signo positivo. El vampiro los había llevado a través de una de las entradas secretas, llevándolos por el pasillo trasero, que estaba vacío.

Raven dudaba que alguien supiera dónde estaban. A pesar de que su teléfono celular todavía estaba en su bolsillo, no había tenido un momento de privacidad para usarlo. Se consoló pensando que Ambrogio lo usaría para rastrearla y que William la rescataría. Ella esperaba que Dan estuviera bien. Trágicamente, estaba bastante segura de que tanto Luka como Marco estaban muertos.

Tocó el brazalete que le había dado. William vendría por ella. Ella estaba segura de eso. Cara gimió de nuevo.

—Necesita un doctor. Raven cambió su atención a su captor, cuidando de mantener su cuerpo entre él y su hermana.

—Sin doctor. El acento germánico de Max confundió su italiano, haciéndolo difícil de entender, pero ella entendió su negativa.

La música tecno fuerte golpeó dentro del club, pero con la puerta cerrada el ruido se desvaneció en un zumbido distante. Si Max fuera a atacarlos, nadie en el Teatro escucharía sus gritos.

Raven se estremeció.

Arrancó una tira de la parte inferior de su camiseta y comenzó a limpiar la sangre de la cara de su hermana.

Cara estaba posicionado sobre su espalda, con los ojos cerrados. Tenía la nariz rota, los

ojos ennegrecidos, y había un gran moretón en la mandíbula.

—Vas a estar bien, susurró Raven. —Lo prometo.

Sosteniendo la tela sucia en su mano, miró a Max. —Mi hermana tiene una lesión en la cabeza. Ella necesita estar en un hospital.

—¡Sin doctor! Su mano salió disparada y empujó el hombro de Raven, enviándola hacia atrás sobre la cama.

Instintivamente, se arrastró de regreso a su hermana y cubrió su cuerpo con el suyo.

—No la toques.

El vampiro la observó exhibirse con disimulada diversión. —Tu sangre huele más dulce. Se dirigió pesadamente hacia la puerta y colocó su oreja contra ella. Aparentemente satisfecho con lo que sea que haya escuchado o no escuchó, apoyó la espalda en la puerta y miró hacia la habitación iluminada por velas.

Su cuerpo ya había empezado a regenerarse, pero lentamente. La piel comenzaba a crecer en su cara y cuello, cerrándose sobre las heridas abiertas. Su ojo herido ya no estaba hinchado y parecía haber recuperado la vista.

Él era, sin embargo, todavía horrible.

Raven encontró su mirada. —¿Puedo tomar un poco de hielo? Ayudará con la hinchazón.

—No hay hielo.

—El hielo ayudaría a tu rostro, también. Esas heridas deben doler.

El vampiro parpadeó. —¿Cuidarías mis heridas?

—¿A cambio de hielo? Sí.

Él la miró fijamente. Cuando él no ofreció más comunicación, Raven giró sus pies sobre el costado de la cama. Ella caminó hacia un gabinete que contenía una pequeña nevera de bar. Mientras vigilaba al vampiro, abrió la nevera y se sintió aliviada al descubrir unos cubitos de hielo. Los envolvió en la tela que todavía tenía en la mano y volvió a la cama. Max observó sus movimientos pero no intervino.

—¿Por qué no nos dejas ir? Ella sostuvo el hielo sobre la cara de su hermana, alternando entre su nariz y su mandíbula. —El Príncipe nos rescatará. Ahora es tu oportunidad de escapar.

El vampiro se rió. —El Príncipe está muerto. Uno nuevo ha tomado su lugar.

Raven se congeló. —¿Muerto?

—Tomamos el control del ejército. Ni siquiera uno viejo puede derrotar a tantos. Se rió entre dientes. —¿Por qué crees que fue tan fácil para mí llevarte?

Raven presionó su mano sobre su boca.

*¿William está muerto?*

Ella no sabía si Max estaba diciendo la verdad. Pero eso explicaría por qué William no había venido en su rescate. También explicaría por qué el otro vampiro había sido tan osado como para aventurarse dentro de su edificio.

Él está mintiendo. William tiene poderes que desconocen; no podrán matarlo tan fácilmente.

A pesar de sus pensamientos positivos, Max había introducido la duda en su psique. Miró a su hermana y las lágrimas llenaron sus ojos.

Una risa baja vino desde el otro lado de la habitación. La criatura se estaba riendo de ella, burlándose de su dolor.

Tal vez dijo la verdad y algo le había sucedido a William después de que ella había hablado con Ambrogio. Tal vez la criatura estaba mintiendo, jugando con su mente. Ella no tenía tiempo para llorar. Ella tenía que salvar a su hermana.

—Rave, susurró Cara, sus ojos se abrieron. Deslizó su mano sobre la colcha, su pequeño dedo tocando el de su hermana.

Raven le tomó la mano con fuerza, tragándose las lágrimas. Ella sostuvo el hielo sobre la cara de su hermana.

—Si el Príncipe está- muerto- Raven se estremeció, apenas capaz de pronunciar la palabra- —no hay razón para mantenernos. Estoy segura de que el nuevo príncipe necesita tu ayuda. La Curia está mirando.

Los pasos enojados de Max resonaron en la cámara. —¿Qué sabes sobre la Curia? Trató de parecer indiferente. —Soy la mascota del Príncipe. Escucho cosas. Estaba preocupado de que la Curia invadiera la ciudad.

—¿Qué más? Se inclinó hacia adelante, acercando su horrible cara a la de ella.

Raven atormentó su cerebro por algo que pudiera decir, algo que no sería demasiado dañino para William, si aún estuviera vivo.

—Dijo que había espías en la ciudad.

Max se enderezó, acariciando lo que quedaba de su barba. —Todos saben eso.

—Sí, pero estos espías están reportando a la Curia. Cada vez que un humano es asesinado de manera sospechosa, la Curia lo oye. Esos cuerpos que dejaste en mi departamento van a llamar la atención.

Ella se inclinó hacia adelante. —Tal vez es hora de que escapes.

—No hay escapatoria, dijo enojado. —Ahora es el momento del deporte.

—Hay mujeres hermosas por ahí. Hizo un gesto hacia la puerta. —¿Por qué no nos dejas?

No vamos a ir a ningún lado.

—Aún no. Voy a disfrutar de ti antes de que te drene el corazón. Y luego me desharé de tu hermana.

Raven apretó los dientes. —Todo lo que podrías querer está ahí afuera. No quieres perder tu tiempo con nosotras.

El vampiro estaba de pie al lado de la cama y la miraba desde la cabeza hasta los pies.

—Quitate la ropa.

—No. La voz grave de Raven era de acero.

—Dije, quítate la ropa. Él la sacó de la cama, girándola hacia la pared.

—Si el Príncipe está muerto, entonces no me importa vivir. Su voz era baja pero desafiante. —No me importa si me matas. No me quitaré la ropa.

Max levantó su mano como para golpearla, luego le apretó la barbilla bruscamente, obligándola a mirarlo.

—Mírame a los ojos y concéntrate en mi voz. Soy tu amo ahora.

Algo se revolvió en la parte posterior de la mente de Raven, algo inquietante. En ese momento, no podía recordar de qué se trataba.

Un zarcillo helado de miedo serpenteó por su espina dorsal. Ella miró al vampiro con desprecio.

—No, repitió obstinadamente.

Los ojos de Max se entrecerraron confundidos. Él maldijo y agarró su cabeza con ambas manos. —Soy tu maestro. Harás lo que yo digo. Quitate la ropa.

Raven parpadeó. —No.

Él la empujó a un lado, frotando con una mano su cara donde la piel era nueva. — Entonces llevaré a tu hermana primero.

Él se movió hacia la cama.

—¡No! Raven lo agarró del brazo, tratando de detenerlo. Él la sacudió y puso una rodilla en la cama.

Cara yacía inmóvil, con los ojos cerrados.

No había forma de que Raven estuviera a su lado mientras este animal tocaba a su hermana. No lo había hecho cuando tenía doce años y no lo haría ahora, no mientras tuviera fuerzas para luchar.

Raven agarró al vampiro por la cintura. —No por favor. No ella.

Volvió la cabeza, con los ojos fríos y calculadores.

—Entonces quítate la ropa. Despacio. Quiero saborear este momento.

—Voy a fornicarte hasta que ya no puedas caminar, y luego te voy a beber hasta secarte.  
Raven lo liberó. Ella se alejó de su hermana, esperando que él la siguiera.  
Él lo hizo, mirando con anticipación.  
Ella cerró los ojos.  
William, pensó ella, ayúdame.  
Con manos temblorosas, levantó el dobladillo de su camiseta.

## CAPITULO 50

Para cuando William llegó al edificio de apartamentos de Raven, la policía ya lo había acordonado.

El Inspector Batelli era visible fumando un cigarrillo justo afuera de la puerta principal. Dos técnicos médicos de emergencia pasaron junto a él, llevando una bolsa negra para cadáveres en una camilla.

La ansiedad rodó sobre William cuando el aroma de la muerte llenó su nariz. Pero el ser humano muerto era un hombre, no una mujer, y ciertamente no Raven.

Esperanza vivida.

Desde su punto de observación sobre su techo, pudo ver a otro grupo de personal médico revoloteando sobre dos cuerpos que yacían detrás del edificio. Reconoció el aroma de Marco y el de Luka. Con ese reconocimiento vino la escalofriante comprensión de que quienquiera que los había atacado probablemente lo había hecho en un esfuerzo por robar a Raven.

Afortunadamente, no había señales de su cuerpo.

Sin importarle si lo vieron saltar al edificio de al lado, voló por el espacio y corrió hacia el borde del tejado. A cierta distancia podía ver su Mercedes, abandonado en una calle lateral.

Los policías entraban y salían del vehículo y colocaban los artículos en bolsas.

Una ráfaga de viento se elevó desde la calle de abajo y con ella, cientos de olores diferentes. Cerró los ojos y discernió los restos de sangre, incluida la sangre de una joven. Su aroma no era familiar.

Mezclado con ese olor estaba el aroma más dulce que jamás había experimentado: ligero, sensual, valiente y hermoso.

Inhaló, saboreando la fragancia y comenzó a toser violentamente. El hedor de un vampiro recorrió sus fosas nasales, borrando el olor de Raven. El olor a vampiro era demasiado familiar.

Maximilian.

Él había regresado.

William resistió la tentación de rendirse a la furia o la prisa, forzándose a sí mismo a dejar de lado el hedor y centrarse solo en Raven. Su corazón se hundió cuando se dio



cuenta de que Max debía haberla sacado del Mercedes, llevándola hacia el Arno. Sorprendentemente, el aroma de la mujer desconocida permaneció vinculado con los otros dos.

El olor era fresco, menos de una hora. Pero ese era el tiempo suficiente para que Max haya asesinado a Raven o la haya transformado en vampira.

Un grito de angustia escapó de los labios de William mientras movía su puño hacia el cielo.

He vivido durante siglos y he maldecido los años vacíos. Ahora no tengo tiempo.

William corrió tan rápido como pudo a través de los techos, siguiendo el rastro de la construcción al edificio antes de caer a la calle para cruzar el río.

Se subió a un edificio cerca del Ponte Santa Trinita en su persecución, deteniendo un tejado cubierto con cuerpos de vampiros. Iban vestidos con el uniforme del ejército florentino, sus espadas descartadas cerca. Si esta era una de las partidas de caza de su rival, había fracasado. No se encontraron miembros de Consilium entre los muertos.

Y sin embargo, se podían discernir dos olores familiares de vampiros: uno pertenecía a Aoibhe. Y el otro...

—Lo sabía. Una voz triunfante sonó a su lado.

Aoibhe estaba de pie a unos metros de distancia.

Hizo un gesto hacia los cuerpos que estaban detrás de ellos. —¿Esta es tu obra?

—Un extraño vino en mi ayuda. Pero maté, mi parte. Ella sonrió. —Veo que los rumores de tu muerte son exagerados.

William olfateó. —¿Un extraño, dices?

Aoibhe pareció incómoda, pero solo por un instante. —Sí. Soy afortunada de que haya pasado por allí.

—No soy tan afortunado. William caminó hacia el borde del techo. —Estoy apurado y no puedo perder el tiempo. Me alegra que estés bien.

—Si estás buscando a tu mascota, Max la tiene.

William vaciló. —¿Dónde están?

—Se dirigieron en dirección al Duomo, pero, por supuesto, ese no puede ser su destino. William saltó al suelo y Aoibhe lo siguió. Él la miró con amargura.

—Tu vida está en peligro. Están cazando al Consilium. Deberías irte de la ciudad.

Ella sacudió su cabello. —¿Y ser asesinado en otro lugar? No. Soy demasiado viejo para unirme a otro principado. Nunca me admitirían.

—Es tu cabeza.

Despegó a gran velocidad, corriendo en dirección al Duomo y, una vez más, Aoibhe se quedó a su lado. Él frunció el ceño en su dirección. —Si te encuentran conmigo, te matarán.

—Si estoy contigo, existe la posibilidad de que sobreviva.

—Entonces sé útil y reúne a los ciudadanos leales. Es posible que tengamos que luchar contra nuestro propio ejército.

Ella endureció los dientes tercamente. —Después de haber pagado mi deuda.

William dobló una esquina, siguiendo el rastro del edificio que albergaba el Teatro.

—¿Qué deuda?

—Me salvaste la vida. Tu mascota me defendió de los cazadores. Te ayudaré a recuperarla y luego a cuidar mi propia piel.

William se detuvo. —No es como que te intereses por los demás, mucho menos por un humano.

—No es como que te intereses por una mujer, pero estás corriendo como si tu existencia dependiera de ello. Claramente, la valoras. Al ayudarla, cumpliré mi deuda. Además, he querido matar a Max por casi un siglo. Él es un violador. Sería un placer terminar con él. La expresión de William se endureció. —Si él la tocó, seré yo quien lo mate.

Aoibhe sonrió. —Entonces déjame el lujo de estar presente en su ejecución. Necesito una nueva decoración para mi puerta de entrada. Su cabeza funcionará muy bien.

William negó con la cabeza, pero no se molestó en disuadirla más.

—Él la llevó adentro. William hizo un gesto hacia la puerta lateral. —Podría ser una trampa. Tendremos que entrar por el túnel.

Se alejó en la dirección opuesta, Aoibhe trotando sobre sus talones.

—No hay un túnel que conduce al Teatro.

—Prepárate para sorprenderte.

Entró en un edificio cercano y bajó por una escalera, girando y girando en la oscuridad hasta que encontró una puerta de madera, cerrada con un candado de hierro. Con un movimiento de su muñeca, rompió la cerradura y abrió la puerta.

Aoibhe levantó sus faldas desagradablemente mientras caminaban por un pasillo oscuro y húmedo que estaba plagado de ratas. —He cambiado de opinion. No soy lo suficientemente noble como para pagar mis deudas.

William la ignoró, aumentando su ritmo. Sin dar explicaciones, hizo dos giros a la izquierda y luego se detuvo frente a otra puerta cerrada.

—Esto nos llevará a una de las habitaciones.

—Reza para que no esté en uso, murmuró Aoibhe mientras rompía la cerradura.

Subieron por una escalera sinuosa que conducía a una trampilla. La música fuerte y pulsante se arremolinaba a su alrededor, indicando que estaban debajo del club.

—Puede haber soldados. ¿Estás armado? —William susurró, moviendo su atención a su compañera.

—Sí. ¿Tú?

—Sí. Levantó la trampilla una fracción de pulgada, preparándose mientras las bisagras de la puerta crujían. Podía ver la tenue luz de las velas, pero poco más. La trampilla se abrió debajo de una cama.

—Permíteme entrar primero, susurró Aoibhe. —Frecuento al Teatro y no llamaré la atención.

—Eres buscado por traición. Te ejecutarán a la vista.

—Por eso debes seguirme de cerca, mi príncipe. Le tocó la cara. —Estos pueden ser mis últimos momentos.

—No es como que seas sentimental.

—La muerte tiene efectos secundarios extraños. Ella asintió con la cabeza y él levantó la puerta más alto. Ella se arrastró a través de él en el piso.

Luego miró por debajo de la cama.

## CAPITULO 51

La habitación estaba vacía.

—Sígueme. Aoibhe salió de debajo de la cama y se levantó, sacudiéndose el vestido carmesí y chasqueando para sí misma. —Qué pena. Me gustó este vestido.

William la siguió hasta la puerta, abriéndola un poco.

Otras habitaciones corrían a lo largo del pasillo vacío. Tendría que entrar y apresurarse para recoger el aroma de Raven.

Esperaba que no fuera demasiado tarde.

—Déjame. Aoibhe se agachó bajo su brazo. —Si me ven, tal vez pueda hablar para salir del peligro.

A regañadientes, William se apartó, mirando a través de la grieta mientras Aoibhe caminaba de puntillas por el pasillo, finalmente señalando una puerta cerrada. Antes de que pudiera unirse a ella, ya había llamado.

—¡Aoibhe! Siseó.

Ella le dio una sonrisa cómplice y se volvió hacia la puerta.

No pasó nada. Ella golpeó de nuevo.

—¡Vete!, Bramó Max desde adentro.

Tocó por tercera vez, algo impaciente.

—¿Qué es esto?, Gritó, arrojando la puerta de par en par.

Aoibhe ya había desenvainado su espada y tan pronto como vio su rostro, ella se volvió hacia él.

Desafortunadamente, su arma rebotó en su espina dorsal, dejando su cabeza parcialmente cortada.

William no perdió el tiempo, pero pasó volando y derribó a la gran bestia.

Aoibhe cerró la puerta firmemente y la bloqueó con su cuerpo.

—¡William!

Levantó la cabeza para ver a Raven de pie junto a la cama. Ella estaba vestida solo con ropa interior.

La ira de William se encendió.

Aterrizó un golpe en la mandíbula de Max mientras el vampiro más grande aún yacía en el suelo. —¿Qué le hiciste a ella?

Max se puso de pie. —No eres el maestro aquí. Tu reinado ha terminado.

Aoibhe intervino, golpeando sus piernas con su espada y derribándolo. William tomó su cabeza y, con un tirón rápido, hizo que la carne que se había abierto se rasgara más.

—¿Qué le hiciste a ella? Siseó.

Max comenzó a reír. —Él estaba en lo correcto. A ti te importa más tu pequeña mascota que a la ciudad.

Es por eso que pudo hacerse cargo del ejército. Estás tan ocupado teniendo celos con tu humana lisiada, que ignoraste lo que sucedía debajo de tu nariz.

Aoibhe se limpió las manos en su vestido. —Vamos a matarlo y se rápido. Tenemos que irnos antes de que alguien nos olfatee.

Max se puso de pie, pero ella lo evadió, aterrizando una patada rápida en sus costillas. Él gimió y se inclinó, agarrándose el costado. —No sobrevivirás, jadeó. —Perderás todo.

—Una última pregunta. William levantó la barbilla de Max con su espada. —¿Dónde está Pierre?

Los ojos de Max adquirieron una extraña luz. —Muerto. Nunca llegamos a París.

—¿Puedo? Preguntó Aoibhe, sosteniendo su espada.

William asintió.

—Finalmente, respiró. Balanceó su espada con ambas manos, decapitando a Max por completo.

Ella caminó hacia su cabeza, que todavía estaba goteando sangre negra, y la levantó.

—Sí, esto estará bien. Ahora que tengo mi premio, te dejaré. Se inclinó ante William.

—No te vayas, Aoibhe. Te necesito.

Un grito estrangulado llenó la habitación cuando Raven se derrumbó sobre la cama, tapándose la boca con ambas manos. William se movió a su lado, cubriendo su chaqueta sobre sus hombros. Él envainó su espada.

—¿Estás lastimada?

Ella sacudió su cabeza.

—Él hizo... William se apagó, sus ojos grises se clavaron en su parte inferior del cuerpo, que era un trauma notablemente ausente.

—No, se las arregló. —Dijo que estabas muerto.

Él ahuecó su rostro en sus manos. —Pero yo no. Estoy aquí y estás a salvo.

La besó con firmeza, su aliento frío se mezcló con el de ella.

—La ciudad ha caído en manos de un traidor. Debemos regresar a la villa. La mirada de William se movió hacia la mujer en la cama. —¿Esa es tu hermana?

—Sí. Raven giró sobre la cama, examinando la forma pálida de su hermana. —Creo que

su nariz está rota. ¿Ella estará bien?

—Su corazón late y ella respira bien. Ella lo haría mejor con sangre de vampiro.

William se volvió para mirar a Aoibhe, que negó con la cabeza. —He descargado mi deuda. Es hora de irme antes de que alguien se dé cuenta de que estamos aquí.

—Ella sanará más rápido si la ayudas.

—Entonces alimentala.

—Aoibhe. Su voz era un poco más de un estruendo.

Una larga mirada pasó entre los dos vampiros.

—Si hago esto, quiero un favor a cambio. Aoibhe olfateó.

—Un modesto favor, a cambio de lo que será una modesta cantidad de sangre. La expresión de William se volvió amenazadora.

—¿Tengo tu palabra?, Preguntó, sin soltar la cabeza cortada de Max.

—Siempre que su solicitud sea modesta, no me negaré.

—Bien, espetó ella. Caminó hacia la cama y le tendió la muñeca.

—Espera. Raven sostuvo sus manos sobre Cara protectoramente. —William, preferiría que tuviese tu sangre.

—No, dijo con firmeza.

—¿Por qué no?

—Porque no quieres que tu hermana se una a él. Aoibhe le lanzó a Raven una mirada fulminante.

—¿Es eso cierto? Preguntó Raven.

William asintió.

—No me gusta la idea de que Cara se una a ella. Raven hizo una mueca.

—Te gustará lo suficientemente bien cuando sus heridas se curen, replicó Aoibhe. —Eres una ingrata moza.

—Aoibhe, William retumbó.

Tomó la mano de Raven y pasó su pulgar sobre su palma. —Todo estará bien, lo prometo. Solo la alimentaré un poco... lo suficiente como para curar sus heridas y tal vez su mente. Probablemente duerma pacíficamente durante varias horas.

—Está bien. Raven le apretó la mano.

William miró a Aoibhe, y cuando ella asintió, él tomó su uña y le abrió la muñeca.

Abriendo la boca de Cara, colocó la muñeca de Aoibhe sobre ella.

Raven le dio la espalda a la escena.

—Ahora que está hecho, me iré, anunció Aoibhe unos minutos después. —De nada,

mascota.

Raven se volvió y encontró a Aoibhe mirándola desdeñosamente antes de salir de la habitación, llevando su premio. Cara todavía estaba en la cama, con los ojos cerrados. Lentamente, sus moretones comenzaron a desvanecerse y su respiración se hizo más profunda.

William la examinó. —Ella está sanando. La sangre continuará funcionando durante un tiempo. Puede que no recuerde lo que sucedió, pero eso es probablemente una misericordia.

—Gracias.

—Entiendo por qué no querías la sangre de Aoibhe en el sistema de tu hermana, pero es mejor así.

Tiró de Raven en sus brazos. —Nunca he compartido mi sangre con nadie más que con mi creador.

—¿Por qué?

William frunció el ceño. —El intercambio de sangre une al par. Yo dudaría en compartir mi sangre incluso contigo. Ya tenemos una conexión extraordinaria. Creo que si me probaras, no estarías satisfecho hasta que no hayas bebido lo suficiente como para transformarte. No podría rechazarlo.

Raven le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la barbilla en su hombro. —Estar separado de ti es peor que la idea de convertirse en un vampiro. Pero no puedo resignarme a una vida de cientos de años. Simplemente no quiero vivir tanto tiempo.

William la abrazó con más fuerza.

Las lágrimas le pincharon en las comisuras de sus ojos. —Tenía tanto miedo de no volver a verte. Tenía más miedo de eso, que de que Max me matara.

William la aplastó contra su pecho. —Cada hematoma, cada herida es mi culpa.

—No asumas las fallas de los demás, pero por favor, nunca me dejes en paz. Tenemos que permanecer juntos.

—Te protegeré. Lo juro. Él se inclinó y la besó, sus labios se mezclaron hasta que ella quedó sin aliento.

Raven se apoyó en él. —El novio de mi hermana estaba con nosotros en mi edificio. ¿Él está bien?

William la miró con gravedad. —Vi a la policía allí, quitando los cuerpos.

Raven se cubrió la boca con la mano, su mirada se movió hacia su hermana.

—Luka y Marco fueron asesinados. No sé sobre el novio.

—Se iban a casar.

William le apretó la mano. —Él puede estar vivo. Lo descubriré. Pero ahora mismo, tenemos que llevarte a ti y a tu hermana a la villa. ¿Puedes caminar?

—Lentamente, pero sí. ¿Que pasa contigo? ¿Dónde estarás a salvo?

—El traidor ha tomado el control del ejército. Voy a tener que luchar con él para recuperar la ciudad. Pero no haré nada hasta que estés a salvo.

William levantó a Raven de su regazo y ambos se levantaron.

—Hay un túnel secreto. Es una caminata larga, pero nos llevará directamente a la villa.

—Levantó a Cara en sus brazos.

William caminó hacia la puerta, esperando mientras Raven giraba el pomo de la puerta hacia él. Cuando salieron al pasillo, vieron a Aoibhe, flanqueada por varios vampiros vestidos de uniforme.

—Lo siento, susurró.



## CAPITULO 52

—Aoibhe te traicionó, susurró Raven mientras caminaba junto a William por un largo pasillo.

—Ella convocó a los soldados.

Tenía en sus brazos una Cara dormida y había sido despojado de su espada. —Lo dudo, a menos que hayan sido publicados en el Teatro. Apenas hubo tiempo de convocarlos desde el inframundo. Además, el traidor intentó matarla esta tarde. No le conviene que la atrapen.

—¿Por qué no peleaste?

William sostuvo a Cara con más fuerza. —No podía despacharlas, salvarte a ti y a tu hermana al mismo tiempo.

—Lo siento.

William la miró con dureza. —No seas. Mantente cerca, pero si estamos separados, recuerda lo que te dije sobre Sarah. Lleva a tu hermana contigo.

Raven vaciló. Entonces ella recordó su conversación anterior. Ella asintió.

Los soldados los condujeron a través del inframundo, junto con Aoibhe, a un conjunto de grandes puertas de madera, que se abrieron para revelar un espacio inmenso y cavernoso. Raven había visto atisbos de debajo de su venda en la única ocasión en que William la había llevado a la sala del consejo.

Solo que esta vez, alguien más se sentó en el trono. Alguien que había estado en la puerta del apartamento de Raven horas antes, pidiendo ser invitado a entrar.

—Por fin, el traidor es arrestado. Lorenzo aplaudió lentamente.

Los soldados acompañaron a los cautivos hasta la base de los escalones que conducían al trono, luego la mitad de ellos se movió para flanquear a Lorenzo.

—Los humanos no pueden asistir a las reuniones del consejo a menos que formen parte del catering, anunció.

—Sentarse en un trono no te convierte en un príncipe. Soy el Príncipe de Florencia y tú eres un traidor .

William gruñó.

—Mi control del ejército dice de manera diferente. Lorenzo hizo un gesto a las tropas.

—Y yo soy príncipe de nacimiento. Soy un Medici; eres solo un inglés.

Raven miró con sorpresa al pretendiente al trono.

—Eres un bastardo correcto, lo que sea que te engendró, escupió Aoibhe. —¿Por qué trataste de matarme?

—Me ocuparé de ti más tarde. No pienses que has escapado a la ejecución; simplemente lo has retrasado.

Lorenzo habló sobre su farfulla. —¿Dónde está Max?

—Muerto. Aoibhe levantó la cabeza de Max triunfalmente. —Voy a usar esto como un llamador de puerta.

—Lo dudo, ya que también estarás muerto. Hizo un gesto a los soldados que custodiaban a William.

—Retiren las mascotas a Palazzo Riccardi. Me desharé de ellos más tarde.

—Eso sería imprudente. La voz de William era engañosamente tranquila.

—Creo que sobreestimas tu fuerza. Con un chasquido de mis dedos puedo tener todo el ejército reunido en esta cámara. Ni siquiera tú puedes vencerlos sin ayuda.

—Quizás. Pero estos seres humanos pertenecen a la Curia.

El silencio sonó en la gran sala.

—Mientes. Lorenzo apretó el puño.

William se volvió hacia Raven, que estaba parado junto a él. —En el bolsillo interior de la chaqueta a la izquierda hay una carta. Dámelo a mí.

Raven hizo lo que le dijeron, hurgando en la chaqueta que llevaba puesta y recogiendo un pedazo de papel doblado. William tomó la carta con la mano que envolvía la espalda de Cara mientras la acunaba.

—Este mensaje me lo envió un sacerdote de la Curia. Él ha conocido a estos humanos desde que eran niñas. Amenaza con la guerra si no le son entregados de forma segura en Roma.

Lorenzo hizo una seña a uno de los soldados, y tomó la carta de la mano de William y se la entregó a su amo.

Lorenzo escaneó la carta. —Él menciona a un ser humano, no a dos.

—Son hermanas. William levantó a Cara levemente. —Esta acaba de llegar para acompañar a la otra de regreso a Roma. Pero ya lo sabes, desde que enviaste a Max a capturar a mi mascota.

—Tu mascota es un riesgo de seguridad. ¿No es correcto, Stefan de Montreal?

El francés canadiense se había mantenido a un lado en las sombras. Él avanzó ahora, inclinándose nervioso ante el trono.

—Por el Príncipe-ah-me refiero a la admisión del ex príncipe, su mascota tiene problemas

psiquiátricos que le causaron gran preocupación.

—Eso no es verdad, susurró Raven.

William sacudió su cabeza hacia ella. Ella lo miró herido y desvió la mirada.

—Hablé con Stefan sobre la fragilidad de su mente, admitió William. —Pero ese es un problema secundario. La Curia la quiere a ella y a su hermana. Inmediatamente.

—La carta está fechada hace varios días. Lorenzo arrojó el periódico al suelo. —¿Me estás diciendo que te negaste?

—No. Se suponía que mis sirvientes las entregarían esta misma noche.

—Desafortunadamente, interfiriste.

El tono de William fue increíblemente indiferente.

Raven inhaló fuerte, con los ojos muy abiertos. Examinó a William, tratando de determinar cuánto de su presentación era artificiosa y cuánta verdad. Él le había prometido que no la abandonaría. Él había prometido que no serían separados.

Bajo su escrutinio, William permaneció quieto, con la mirada fija en el traidor.

—Supongo que mi ascensión al trono fue tremendamente inconveniente para tu mascota. Lorenzo se burló. —Max operó mis órdenes. Necesitaba alguna forma de asegurar que tuviéramos tu atención.

—Hiciste un acuerdo con la Curia, pero como ya no eres un príncipe, ese acuerdo es nulo, continuó Lorenzo. —Enviaré un mensajero al Vaticano, les informaré sobre el cambio de poder y reabriré las negociaciones.

—Hazlo a tu propio riesgo y bajo el peligro de la ciudad. El tono de William se hizo ominoso. —La Curia quiere a los humanos. Evitaron a Florencia durante siglos, sabiendo que yo era un adversario digno, pero me amenazaron con la guerra para forzar el cumplimiento. ¿Con qué lo amenazarán?

La expresión de Lorenzo se torció. —¡Yo soy el que haré amenazas!

—Entonces tu reinado será el más corto en la historia florentina. William habló en forma pareja. —Honra a tus antepasados y a la casa de Medici protegiendo la ciudad. Entregar a los humanos de forma segura a la Curia y evitar una guerra.

Raven colocó su mano sobre el brazo de William, advirtiéndole. Estaba aterrorizada de que el traidor estuviera de acuerdo con sus palabras.

Lorenzo miró a la pareja. —Esta es la mascota por la que mataste a tres hombres hace algunos meses. La sanaste con tu sangre y la has estado protegiendo desde entonces. ¿Cómo sé que esto no es una estratagema para perdonarle la vida?

—¿No estás familiarizado con el destino de Praga? ¿Quién elegiría una mascota por sobre

la aniquilación?

La expresión de William permaneció impasible.

Los ojos oscuros de Lorenzo se fijaron en Raven. Ella retiró su brazo, incapaz de ocultar su angustia.

—Quizás la carta es una falsificación, observó Lorenzo.

—El sacerdote que me escribió la visitó hace un tiempo. Su presencia fue confirmada por la seguridad.

—Puede ser un miembro de la Curia, pero no es de alto-rango. Su intento de persuadir a sus superiores para que nos invadan puede fracasar.

—Ni siquiera eres lo suficientemente tonto como para asumir ese tipo de riesgo, dijo William.

—¡Soy el Príncipe de Florencia!, Espetó Lorenzo. —¡Te dirigirás a mí con respeto!

William se burló. —¿Qué respeto debo tener por un teniente que traiciona a su príncipe? ¿Para un pequeño ladrón que me robó y vendió mis tesoros a los humanos? Usted, que vendió secretos a los venecianos y se confabuló con ellos para que me asesinaran en suelo florentino. Dejas entrar a los cazadores a la ciudad, permitiéndoles mutilar y matar, para que puedas subir al trono.

William se volvió para hacer contacto visual con los soldados, uno por uno. —¿Deseas servir a un príncipe que sacrifica tan rápidamente a sus ciudadanos en todo momento? ¿No sabes qué pasó con el principado de Praga? Si la Curia marcha hacia Florencia, todos ustedes morirán.

—¡Basta! Lorenzo golpeó con el puño en el reposabrazos. —No merecías ser el príncipe de esta gran ciudad. Soy un príncipe de nacimiento; eres simplemente un extranjero.

William escupió en el suelo. —Eras un bastardo cuando naciste en el siglo XVII y solo un primo lejano de los Medici reinantes. Tu padre apenas te reconoció, y solo porque la familia de tu madre lo amenazó con violencia.

—¡Esas son mentiras!

—He sido Príncipe de Florencia desde el siglo XIV. Conocía a los verdaderos Medici y lo que pensaban de ti. No puedes blanquear tu historia para mí.

Lorenzo habló sobre él. —Guardias, saquen a los humanos. Decidiré qué hacer con ellos más tarde.

—¡No! Gritó Raven, aferrándose a William. Dos vampiros grandes la agarraron por los brazos.

—No, suplicó nuevamente, pero los soldados la apartaron.

Dos soldados más se acercaron a William cautelosamente, mirando a la mujer en sus brazos.

—¿Nos condenarías a todos a la muerte a manos de la Curia por tu vanidad? William alzó la voz incrédulo. —Eres un cobarde.

Lorenzo abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera hablar, las puertas de la cámara se abrieron de golpe.

Una figura solitaria apareció en la entrada, su ropa salpicada de sangre.

## CAPITULO 53

—La próxima vez que envíes un destacamento para matarme, dobla sus números.

Niccolò entró en la sala, sus ropas desgarradas revoloteando detrás de él.

Lorenzo miró en estado de shock.

El ex jefe de inteligencia avanzó por el pasillo, asintiendo rígidamente a Aoibhe. —Veo que sobreviviste a la ejecución. Qué pena.

—Vete al infierno, gruñó.

Niccolò miró alrededor de la cámara del consejo. —Parece que ya estoy allí.

—Guardias. Lorenzo señaló a su rival. —Quita a Maquiavelo y mátalos.

—Un momento, por favor. Niccolò levantó sus manos en señal de rendición. —Parece que estoy interrumpiendo algo importante. ¿Alguien quiere iluminarme antes de mi ejecución?

Aoibhe inclinó la cabeza en dirección a Raven y su hermana. —La Curia quiere a las mujeres humanas. Lorenzo se niega a renunciar a ellos.

—Ah, dijo Niccolò. —Otro error táctico por parte del nuevo príncipe. No es el primero y, por desgracia, no será el último.

—¡Guardias!, Ladró Lorenzo.

—Solo un momento. Niccolò se puso de pie a la izquierda de Aoibhe, de cara al trono.

Observó a Raven y Cara, luego cambió su atención al nuevo príncipe. —El de pelo negro es lo suficientemente dulce, pero apenas vale la pena una guerra. ¿Por qué no darlos a la Curia a cambio de un tratado de paz?

—Si hubiera querido tu opinión, viejo, no habría enviado una partida de caza después de ti.

—Siglos de oportunidades vinieron y se fueron y no aprendiste nada. Niccolò suspiró. —Eres el último de tu familia, el último de los famosos Medici. Los has deshonrado con un golpe descuidado, dejando al viejo príncipe aún con vida y cortejando el desastre con la Curia.

—¿Qué está pasando? Susurró Raven, levantando ojos temerosos hacia William.

—Cuando los enemigos de uno están en guerra con otros, lo mejor es estar en silencio, murmuró. El borde de su boca apareció ligeramente.

Raven se mordió el labio, luchando por mantener la calma.

Niccolò se movió para dirigirse a los soldados. —Este no es digno de lealtad. Intentó

derrocar a su rival, mientras lo dejaba con vida. Ahora arriesga la ira de nuestro enemigo más poderoso.

Un murmullo recorrió las filas.

—¡Ya, dije, suficiente!, Gritó Lorenzo. —Soy el príncipe aquí, por nacimiento y por poder. Guardias, atrapen a Maquiavelo y quítenle la cabeza.

Ante esto, Niccolò sonrió. —Eres como tus antepasados: arrogante, mezquino e ignorante. No reconocerías la grandeza si te atravesase con una espada.

Lorenzo comenzó a aplaudir, exageradamente. —Pontificando incluso al final. Nunca he conocido a un hombre que ame el sonido de su propia voz más que a tú.

—Una voz que ignoraste.

—Tuviste todas las oportunidades para apoderarte del trono pero fuiste demasiado cobarde para hacerlo.

—¿Cuál es el viejo adagio? Ah, sí. La fortuna favorece a los valientes. Hoy, soy favorecido y estás muerto.

La sonrisa de Niccolò se ensanchó.

—Sí, la fortuna favorece a los valientes. Si hubieras prestado atención a la historia de tu familia, sabrías que la fortuna los abandonó hace mucho tiempo. Fui testigo del exilio de tu familia en 1494. Los vi volver al poder solo para perderlo. Aprendí mi lección: nunca metas tus aspiraciones políticas en un Medici.

Hizo un movimiento bajo y cortante con la mano, y una larga fila de soldados entró en la cámara, marchando por el pasillo y reuniéndose detrás de las sillas reservadas para los miembros del Consilium.

Lorenzo parecía confundido.

—Guardias, agárrenlo.

Uno de los soldados salió de detrás del trono con la espada en alto. Lorenzo vio la espada y se movió hacia un lado, pero otro soldado le cortó la cabeza.

Su cadáver cayó al suelo.

—Alguien debería haber leído El arte de la guerra. Niccolò pasó por encima de la cabeza con disgusto, levantando su túnica mientras pateaba el cuerpo decapitado.

Los soldados continuaron ingresando en la cámara hasta que estuvo llena. Parecía que todo el ejército florentino se había reunido, los trescientos de ellos.

Maquiavelo asintió con la cabeza al comandante, que se inclinó ante él.

—Estás allí. Hizo un gesto hacia los soldados que sostenían a Raven. —Sueltala. Toma a tres de tus hermanos y lleva el cuerpo del perro Medici fuera de la ciudad. Quema todo e

informa de nuevo aquí.

Los soldados se inclinaron y obedecieron.

Raven se apretó contra William y Cara, con los ojos muy abiertos.

—No esperaba eso, murmuró Aoibhe, maldiciendo en irlandés.

—No viví tanto tiempo para que mi vida acabase con un Medici. Niccolò la favoreció con su espalda mientras ascendía al trono.

Arregló su túnica y miró a Raven y William.

—Ahora, ¿qué hay que hacer con ustedes dos?



## CAPITULO 54

—La carta de la Curia con respecto a los humanos está a tus pies. William asintió con la cabeza hacia el papel.

Un soldado lo recogió y se lo entregó a Niccolò. Lo leyó y lo devolvió.

—Si la Curia quiere a las mujeres desesperadamente, es tentador mantenerlas para negociar una paz más detallada y prolongada.

William maldijo.

Niccolò levantó su mano. —Pero para un nuevo príncipe, eso sería imprudente. Las mujeres no tienen ningún valor para mí excepto como peones políticos, por lo que es mejor enviarlos como un regalo a nuestro enemigo y luego negociar la paz.

—No, protestó Raven.

—Aquí no es seguro, le advirtió William en inglés, hablando en voz baja.

—¿Cuánto tiempo, Niccolò? William levantó su voz, hablando ahora en italiano. —¿Cuánto tiempo has estado esperando tras bastidor?

—También me gustaría una respuesta a esa pregunta, interrumpió Aoibhe.

—Ninguno de ustedes está en condiciones de exigir nada. Niccolò se enderezó en el trono. —Pero dado que estoy de humor para ser magnánimo, revelaré que descubrí las actividades de Lorenzo hace algún tiempo. Me guardé mi descubrimiento. Ni siquiera él sabía que estaba consciente de su duplicidad. Él se arriesgó, mientras esperaba mi momento. Pero se suponía que él debía destruirte.

—Podríamos luchar por el trono. William apenas contuvo una sonrisa.

—Ambos sabemos que no puedo superarte cara a cara.

—¿Cara a cara, entonces? William se burló de él.

—Dudo que lo encuentres divertido cuando coloco al ejército contra ti.

—Puede que no sea capaz de derrotarlos -el tono de William se volvió amenazador-

—pero moriré en el intento. Si está seguro de que el ejército es leal a ti, entonces no te importará ponerlo a prueba.

—Las probabilidades están a mi favor.

La sonrisa de William se ensanchó. —No se puede saber qué hay en sus corazones, Niccolò. Hemos disfrutado siglos de prosperidad y paz bajo mi mando. Incluso ahora he negociado una forma de mantener a raya a la Curia.

Un murmullo de soldados ondeó en la asamblea.

William asintió agradecido. —Parece que todavía tengo amigos en las filas.

—Supongo que mucho. Tal vez te obligue a rendirte tomando a tu mascota y disfrutando de ella por un tiempo.

William apretó los labios, reprimiendo su reacción. —Cualquier daño que sufra será denunciado a la Curia por sus espías.

—Sí, reflexionó Machiavelli. —Soy consciente de eso. Tu mascota huele dulce, pero está enferma. No la encuentro tentadora.

Hizo un gesto hacia el comandante del ejército. —General, elija diez de sus mejores y más confiables soldados para acompañar a los humanos a la Ciudad del Vaticano. Deben liberar a las mujeres ilesas y sin dañarlas.

—No, lloró Raven en inglés. —No quiero ir. ¡William, haz algo!

—Cassita, susurró. Sus ojos tenían una advertencia.

—Lo prometiste, dijo ella acusadora. —Prometiste que permaneceríamos juntos.

—Es la única manera.

Raven se inclinó ante Niccolò y cambió al italiano. —Por favor, no me envíes a Roma.

Él la ignoró y habló con William. —¿Tu mascota se dirige a mí?

—Sí, respondió ella.

El nuevo príncipe frunció el ceño. —Tu mascota está mimada y necesita aprender su lugar.

—No soy sorda. Estás discutiendo mi destino frente a mí. Debería poder decir algo.

Raven respondió.

—Los seres humanos no tienen estatus en esta cámara excepto como alimento.

—No pensé que la gran raza de vampiros sería especialista. Las manos de Raven se cerraron a los costados.

Los ojos de Maquiavelo parpadearon hacia los de ella. —Te consentiré por un momento, pero solo porque tienes un vocabulario envidiable. Se breve.

—Gracias. Raven respiró profundamente, tratando de desacelerar el rápido latido de su corazón.

—En su libro *El Príncipe*, usted escribió que cuando no hay un tribunal al que recurrir, buscamos resultados.

Ante esto, Maquiavelo se inclinó hacia adelante. —¿Leyó *El Príncipe*?

—Lo leí en inglés, pero sí.

Su pecho se hinchó. —Interesante. Procede.

—Puedo proporcionarle los resultados que desea, sin entregarnos a la Curia.

—¿Cómo?

—El padre Kavanaugh es mi amigo. Varios susurros llenaron la cámara, pero Raven los ignoró. —Él piensa que estoy en peligro, y por eso me quiere en Roma. Si me permites escribirle, puedo persuadirlo de que estoy a salvo y que la Curia debería dejar a Florencia en paz.

—Aunque aprecio el gesto, el sacerdote ha exigido tu presencia. ¿Qué te hace pensar que puede cambiar de opinión?

—La guerra no le interesa a la Curia y tampoco le conviene. Déjeme intermediar en la paz.

Niccolò se rió entre dientes. —Una niña humana intermediando un acuerdo de paz entre la Curia y nosotros. Oh, esta mascota es una delicia. Verdaderamente. Casi quiero darte la oportunidad de probar tu suerte en la paz simplemente por el bien de la diversión. Pero eso no sería juicioso.

—La Curia te quiere. Tal vez ellos quieren a tu hermana. Ninguno de ustedes tiene ningún valor para mí, así que te estoy regalando a ellos. Lo que decidan hacer contigo después es su preocupación. El destino de tu maestro es un caso separado. Pero es justo decir que no vivirá mucho.

Raven miró al vampiro a los ojos. —Envíalo con nosotras.

Niccolò sonrió triunfante a William. —Parece que los afectos de tu mascota han sido alienados. Ella desea que la Curia te ejecute.

—Si no lo envías con nosotras, déjame quedarme con él. Por favor.

Los ojos de Maquiavelo se clavaron en los de ella. —Dime, ¿estarías dispuesta a escribirle a la Curia y pedirle paz, después de que lo ejecute?

Raven se estremeció. —No creo que los seres conscientes deban ser asesinados indiscriminadamente, ya sea que el ser sea un vampiro o un ser humano. La paz entre usted y la Curia es mejor para todos, incluidos los humanos.

—Sé que lo sabes, señor Maquiavelo. He leído sus trabajos. Usted rechaza la tiranía. Pero si ejecutas a William sin más propósito que mostrar tu poder político, te convertirás en lo que desprecias -un tirano. Y después de todo lo que he leído, no puedo creer que lo hagas.

Maquiavelo frunció el ceño. —He evolucionado. El ser humano ya no existe. Me siento halagado de que hayas leído las obras que escribí cuando era humano, pero no estoy convencido por tu argumento. La acción que probablemente arroje resultados es la que he descrito. Irás a la Curia. Y el antiguo príncipe será ejecutado.

—General, elija a los soldados que escoltarán a las hembras al Vaticano.

Diez soldados avanzaron por indicación del general, y William le entregó a Cara a uno de ellos.

—William, por favor. Raven se aferró a su brazo, incluso cuando un soldado comenzó a alejarla.

Hizo un gesto hacia ella y levantó la voz. —¿Puedo tener mi chaqueta?

Raven se quedó boquiabierta. —¿Tu chaqueta?

—Piensa en Cara, susurró, en inglés.

Un soldado la ayudó a quitarse la chaqueta y se la entregó a William, que se la puso y palmeó discretamente los bolsillos.

—Stefan, dijo Niccolò, dirigiéndose a él. —Acompañarás a las humanas al Vaticano, asegurándote de que lleguen con buena salud. Lleva la carta del sacerdote contigo.

El médico se levantó e hizo una reverencia. —Con respeto, mi señor. No tenemos permiso para viajar a través de los territorios intermedios. Nuestros vecinos verán a los soldados y nos matarán.

—Los mensajeros serán enviados antes que usted, ofreciendo una explicación. Me encargaré de que se envíe un mensajero a la Curia esta noche, anunciando tu llegada.

—¿Pero qué pasa con los cazadores, protestó Stefan, —o ¿los salvajes?

—Viajarás con un destacamento de soldados florentinos. Confío en que puedan manejar algunos depredadores. —Niccolò hizo señas a uno de los soldados que lo estaban protegiendo. —Quita el anillo de sello de la mano del ex príncipe. Lo necesito.

El soldado se acercó a William cautelosamente, con la espada preparada. William hizo una mueca y se quitó el anillo de sello que simboliza el principado de Florencia. Él lo abandonó sin decir una palabra.

Niccolò sonrió triunfalmente, colocándose el anillo en su dedo. —Stefan, vete al Vaticano de una vez. Escribiré cartas para los correos cuando me haya deshecho del antiguo príncipe. Los correos te alcanzarán.

—William, prometiste que permaneceríamos juntos. Raven luchó contra el soldado que la había agarrado del brazo. Su mente giraba violentamente en varias direcciones diferentes, tratando de pensar en una forma en que podría quedarse en la ciudad. Estaba furiosa con William por aceptar su expulsión y por colocarla a ella y a Cara en manos de sus enemigos.

—¡William!, Suplicó Raven, esperando poder cambiar de idea incluso mientras la arrastraban hacia la puerta. —¿Como pudiste hacer esto?

Sus ojos nunca dejaron los de ella mientras sus labios se movían en silencio. —Yo te quiero.

—Si me amas, entonces ayúdame, lloró. —¡William!

Raven y su hermana fueron llevadas al pasillo y la gran puerta de la habitación se cerró tras ellas con un estrépito resonante.

## CAPITULO 55

—Ahora que el problema menor está resuelto, el principal problema permanece.

Maquiavelo miró a William.

—Tus problemas recién comienzan, respondió William. —¿Has revisado las fronteras recientemente? Esta noche oí a un viejo enemigo que de alguna manera se infiltró en la ciudad.

Ante esto, el nuevo príncipe se enderezó. —¿Quien?

Los ojos de William parpadearon hacia Aoibhe y volvieron al nuevo príncipe. —Eso es para que descubras.

Niccolò levantó su mano, y una fila de soldados se adelantó, rodeando a William. —Es hora de que resuelva este problema.

William se volvió y observó las caras de los soldados.

—Entonces déjame ofrecerte una nueva solución -apelo al Romano.

Una vez más, el silencio resonó en la gran cámara.

Niccolò frunció el ceño. —Su apelación no tiene sentido. Soy señor y amo aquí.

—El Rey de Italia permite a los principados a su gusto. Cuando el Príncipe de Palermo lo insultó, los soldados romanos marcharon sobre la ciudad y lo ejecutaron. Incluso ahora, Palermo permanece bajo control romano.

—Eso fue hace trescientos años. El Romano ya no interfiere en los asuntos de las ciudades-estado.

—Cuando se entere de las circunstancias de mi muerte, hará una excepción.

Algo brilló en los ojos de Niccolò. —Esa es una afirmación audaz.

—Uno que estoy preparado para defender. William rebuscó en uno de los bolsillos interiores de su chaqueta y sacó una misiva.

Un soldado se lo llevó a Niccolò, quien lo abrió. —He visto esto antes.

William alzó las cejas. —¿Cómo?

—Como jefe de inteligencia busqué en tus habitaciones y lo encontré. No dudo de su autenticidad. Lorenzo se lo entregó él mismo desde Roma. Pero solo porque tengas una conexión con el Romano, no significa que me molestará.

—No eres Lorenzo, observó William en voz baja.

Los ojos de Maquiavelo brillaron. —De hecho, yo no.

—Si eres lo suficientemente inteligente como para evitar una guerra con la Curia,

deberías ser lo suficientemente inteligente como para evitar uno con Roma.

—El romano nunca se ve y se comunica solo a través de su teniente. Me sorprendería que se molestara contigo.

—Una señal de su respeto por mí, se reincorporó William. —Has leído la historia de Florencia. Yo era joven cuando maté al viejo príncipe, pero ¿quién apoyó mi ascensión al trono?

Niccolò apretó los labios y no dijo nada.

William continuó. —Ninguno de ustedes quiere una guerra, no con la Curia, no entre nosotros, y ciertamente no con Roma.

—Si esperas que entregue el trono y te sometas a la ejecución, estás loco.

—Mataré al ejército antes de sucumbir, dejándote vulnerable a un ataque. Las noticias de mi muerte se extenderán, y además del Romano, tratarás con Tarquin de Venecia y posiblemente Simonetta de Umbría. Ellos han envidiado por mucho tiempo este territorio. Permíteme dejar la ciudad.

—¿Qué? El tono de Maquiavelo era agudo.

—Me uniré a los romanos en su corte, elogiaré tu liderazgo y viviré mis días a su lado. Los ojos de Niccolò se estrecharon. —Irás a Roma, asegurarás tu ejército y marcharás aquí.

—Si me voy de Florencia voluntariamente, habré abandonado mi reclamo del trono. Puedes enviar mensajeros a los romanos indicando ese hecho.

—¿Qué garantías tengo de que no decidirá regalarte con el principado, ya que eres su favorito?

—No tendría motivos para regresar a una ciudad de la que huí, especialmente cuando puedo disfrutar de los lujos que proporciona Roma.

Maquiavelo miró a William durante un rato.

—Eres un viejo. El Romano aún es más viejo, pero no puede vivir para siempre. Si te dejo ir, existe la posibilidad de que lo derrotes. Eso solo aumentaría mi peligro.

—El Romano ha escapado de la maldición de la Curia. Es el vampiro más poderoso que existe y absolutamente inexpugnable. William dirigió una mirada fría a su rival. —Razón de más para no enojarlo.

Maquiavelo tamborileó con los dedos sobre el reposabrazos, aparentemente absorto en sus pensamientos.

—Todo lo que pido, Niccolò, es que se me permita salir de la ciudad sin peligro y que Aoibhe pueda acompañarme.

Miró a William, su cara una expresión de sorpresa.

—Aoibhe está programado para su ejecución, anunció Maquiavelo.

—Prefiero hablar por mi propia cuenta, que cualquiera de ustedes decida mi destino.

Aoibhe miró a cada vampiro por turno. —Tu lista de aliados se acorta, Nick. No tienes Consilium ni amigos. Envías a William al Romano para vivir sus días, de los cuales hay pocos, y permíteme el papel de teniente.

—¿Teniente? Balbuceó Niccolò. —Debes de estar loca.

—¿Quién te protegerá la espalda? ¿Stefan? Aoibhe se rió. —Si exilias a William, soy el ciudadano de más edad de este principado, junto a ti. Me necesitas. O bien te encontrarás con un reinado del tamaño de Lorenzo.

—Pensándolo bien, prefiero enviarte a los romanos. Puedes ser una espina en su carne, así como has estado en la mía.

Aoibhe frunció los labios e intercambió una mirada con William.

Maquiavelo hizo un gesto a los centinelas que custodiaban a los dos vampiros.

—Esperaba que Lorenzo se deshiciera de ustedes dos. Ahora que ha fallado, no tengo elección.

Ejecutar al antiguo príncipe puede merecerme la censura del Romano, pero estoy dispuesto a correr ese riesgo.

—Si la Curia ha decidido ejercer un mayor control sobre el reino de Italia, el Romano tendrá problemas más grandes con los que lidiar. Argumentaré que perdiste el principado por descuido.

Ante esto, se levantó y extendió su mano. —Yo, Niccolò, Príncipe de Florencia, condeno a muerte a William de Britannia y Aoibhe de Hibernia por actos de traición. La ejecución tendrá lugar sumariamente por el ejército florentino.

—¿No debemos tener un momento para hablar en nuestra propia defensa? William lo desafió.

Maquiavelo recuperó su asiento. —No hay juez o jurado aquí. Ya pronuncié la oración.

William se alejó del nuevo príncipe para dirigirse al ejército, con los brazos extendidos.

—Hermanos y hermanas, me conocen. Soy William y he servido al principado de Florencia desde el siglo XIV.

—Durante cientos de años, mantuve la ciudad a salvo de la Curia, mientras que otras ciudades cayeron. Me aseguré de que la comida fuera abundante y de que los salvajes y los cazadores se mantuvieran fuera de la ciudad. Nos protegimos cuando los venecianos intentaron invadirnos.



—Pero años de paz y prosperidad son insuficientes para alguien como Niccolò. William hizo un gesto desdeñoso hacia el trono. —Él solo estará satisfecho con la tiranía.

—Mira tus espadas, hermanos y hermanas. Mira a los que sirven contigo. ¿Le darás tu espada y tu vida a este intruso? ¿Este tirano que susurra dulces mentiras en las sombras mientras el verdadero príncipe lucha para mantener el peligro a raya?

Se escucharon algunos ecos de apoyo.

—No puede superarme en combate, así que convoca a mi ejército para que ocupe su lugar. ¿Estás dispuesto a renunciar a tu existencia para alimentar su vanidad?

—No te equivoques. Aoibhe apuntó sus ojos oscuros al general. —Él tendrá tu cabeza. Cualquier persona que sea una amenaza será eliminada, y eso significa que cualquier persona mayor de edad de crianza mínima. Señaló a la fila de soldados. —Eso significa que todos ustedes.

—Eso es suficiente, gruñó Machiavelli. Hizo un gesto al general Valerian, que ya estaba posicionando a sus soldados para que rodearan a los prisioneros condenados.

—Puede comenzar, general.

Los soldados levantaron sus espadas.

—Aún hay tiempo para rendirse, advirtió William. —Suelta tu espada y tu vida se salvará. Le dio la espalda a Aoibhe para que ambos se enfrentaran a sus verdugos.

—No puedo creer que haya vivido tanto tiempo solo para terminar con mi vida al final de una espada florentina. Ella se agachó, atenta a la primera señal de un ataque.

—Seguramente el Príncipe de Florencia no es tan mezquino como para dejarnos sin armas. William alzó los ojos al trono.

Niccolò hizo un gesto con la mano al general. —Dale a cada uno una espada.

Dos espadas volaron por el aire, cada una atrapada hábilmente por los cautivos.

—Esta es tu última oportunidad, Niccolò. La voz de William sonó. —Termine este conflicto antes de que disminuya el ejército.

—Si pierdo soldados, haré otros nuevos. Maquiavelo asintió con la cabeza al general. —Empiecen.

Aoibhe levantó su espada con ambas manos, lista para atacar. —¿Escuchaste eso, ejército? No eres mejor que los humanos para tu nuevo príncipe. Cada uno de ustedes es desechable.

El General ladró una orden y el ejército avanzó por todos lados.

## CAPITULO 46

William y Aoibhe eran un torbellino de movimiento, golpeando y bloqueando a cada paso, pero estaban irremediablemente superados. Por cada soldado asesinado, otro ocupaba su lugar.

Mientras tanto, el nuevo príncipe se sentó en su trono, viendo cómo su ejército se encogía.

William sabía que eran demasiados. Había demasiados para él y él era viejo. Aoibhe era más fuerte que cualquiera de los soldados individualmente, pero tomados en conjunto, la abrumarían y entonces no tendría a nadie a su espalda.

Dejaría ir a Raven sin besarla. Sin persuadirla, mantenía su promesa de protegerla a ella y a su hermana, a pesar de que eso significaba enviarla a su enemigo. Ahora él nunca tendría la oportunidad de mirarla a los ojos y explicar.

Con renovado vigor, William continuó el ataque, obligando a la línea de soldados a retirarse.

Detrás de él, Aoibhe tropezó. Ella cayó al suelo, su espada cayendo por el piso y llegando a descansar fuera del alcance.

Una fila de soldados avanzó y uno levantó su brazo en preparación para tomar su cabeza. Su golpe fue atrapado a centímetros del cuello de Aoibhe por la espada de William.

Un soldado vio la apertura y corrió detrás de él, apuntando a su cabeza. Con un rápido relámpago, William se volvió, inclinándose hacia atrás para evitar el metal que brilló en el aire, por poco pierde la garganta.

Levantó su espada, pero antes de que pudiera golpear, la cabeza del soldado voló desde sus hombros y su cuerpo se desplomó en el suelo.

Gregor estaba detrás de él, espada en mano.

Fue entonces cuando William vio una afluencia de sus ciudadanos, armados y luchando con los soldados que lo rodeaban. Más allá de ellos, la mitad del ejército ya había retrocedido, desconectándose del conflicto.

Una mujer le arrojó una espada a Aoibhe y ella estaba de pie, arremolinándose como un salvaje pelirrojo.

—¡Abajo el traidor!, Gritó William. —¡A las armas, ciudadanos de Florencia!

Los civiles leales vitorearon mientras luchaban por llegar al trono, subiendo los escalones de dos en dos antes de pararse frente a quien lo había derrocado.

—¡Guardias, mátenlo!, Gritó Niccolò.

Pero los guardias ignoraron su orden, arrojando sus espadas. El metal resonó en el piso de piedra.

William hizo una pausa mientras se ponía de pie sobre su antiguo jefe de inteligencia.

—Deberías haber concedido mi apelación, Niccolò.

—Fue un riesgo calculado.

Maquiavelo miró por el pasillo. Las escaramuzas habían terminado mientras todos miraban la escena que se desarrollaba en el trono.

—He vivido una larga vida, con algunos remordimientos. Miró amargamente la espada de William. —Lamento subestimar la lealtad de los ciudadanos hacia usted.

—Un error que no harás de nuevo.

Maquiavelo miró a su Príncipe. —¿No creo que puedas ser persuadido de ser misericordioso?

William apretó los labios. —No conozco tal palabra.

La cabeza de Maquiavelo voló al suelo y una gran serie de vítores llenó la sala.

William tiró del anillo de sello del dedo del cadáver decapitado y apartó el cuerpo. Volvió a colocar el anillo en su dedo y se levantó, con los brazos en alto.

—Ciudadanos de Florencia, el traidor está muerto.

## CAPITULO 57

—Es una suerte que a la Curia le hayan enviado un premio, declaró Aoibhe, de pie junto al Príncipe en la cámara vacía del consejo. —Ellos habrían marchado contra nosotros con seguridad. Los grupos de caza causaron estragos en toda la ciudad, y Max mató a tres humanos en Santo Spirito, dejando que sus cuerpos se pudran.

El Príncipe mantuvo su propio consejo mientras inspeccionaba las secuelas de la batalla. Habían podido regenerar gran parte de los cuerpos que reunían el ejército con sus cabezas cercenadas y tomar prestada sangre de vampiros para efectuar la reanimación. Los cadáveres y las cabezas de aquellos que el Príncipe despreciaba habían sido retirados de la cámara y ahora estaban quemando una pira fuera de la ciudad.

Había ejecutado al general Valerian y sus oficiales, reemplazándolos por otros de menor rango que habían jurado lealtad. Él estaría observando de cerca al ejército de ahora en adelante.

Al mencionar a la Curia, William se agitó. Niccolò no había tenido tiempo de enviar mensajeros a los gobernantes de los principados vecinos. William había despachado mensajeros tan pronto como pudo, pero aún era posible que Raven y Cara pudieran caer en manos de otro aquelarre rumbo a Roma. Habían escapado de un peligro solo para ser empujados a otro.

—Sé que es mejor que creer que nuestra especie es digna de milagros, observó Aoibhe, moviéndose para que el Príncipe ya no pudiera ignorarla. —Sin embargo, no puedo evitar creer que estaba favorecida con uno hoy.

Él se puso rígido. —No hago ningún reclamo.

—Parece que estoy destinada a permanecer en deuda contigo. Ella le tocó el brazo.

—Gracias. Ahora viene la difícil tarea de reconstruir la ciudad.

El Príncipe la miró estoicamente. —Tu luchaste a mi lado hoy y por eso estoy agradecido. Pero ocultaste tu contacto con Ibarra. Debería ejecutarte por eso.

Aoibhe retiró su mano como si la hubiera quemado. —Ibarra está muerto.

—La amalgama de aromas de Ibarra podría ser lo suficientemente fuerte como para engañar a muchos, pero no es lo suficientemente fuerte como para engañarme. Lo olí en lo alto del edificio donde fuiste atacada. Él vino en tu ayuda.

—Fue un extraño. No lo reconocí.

—Mientes como fornicas, Aoibhe: ingeniosa y enérgicamente. No tengo tiempo para

ninguno de los dos. Avanzó por el pasillo, llevando su espada con una mano y la misiva con la firma romana en la otra.

—Espera. Se levantó las faldas y lo siguió. —¿Por qué pensarías que Ibarra todavía está vivo? Lo vimos morir.

William la miró. —No me insultes. Un destacamento armado ya lo está persiguiendo. Aoibhe voló a su lado. —He sido tu aliado. Ayudé a proteger a tu mascota. Le di mi sangre por su hermana.

—Es por eso que todavía está vivo, respondió. —Te prometí un modesto favor. Elegí no ejecutarte por traición no es muy modesto, pero no tengo tiempo para tratar contigo en este momento.

Aoibhe frunció el ceño. —No he hecho nada más que mostrar mi lealtad, una y otra vez, mientras los otros miembros del Consilium tramaban tu fallecimiento. Discutí con Nick por tu vida. Luché a tu espalda. ¿Así es como me pagas?

William apretó y aflojó la mandíbula, como si apenas controlara su ira. —¿Invocaste a los soldados en el Teatro?

—¡Por supuesto no! Ya estaban situados en el club. Nos olieron en el pasillo y cuando salí de la habitación, cayeron sobre mí.

—Eres experta en mentir, Aoibhe. ¿No pensaste en mentir para atraerlos?

—Sabían que Max tenía tu mascota. Sabían que estabas dentro de la habitación. Mentir no hubiera logrado nada. Me viste cuando entraste en el pasillo; ya me habían desarmado. Todavía tengo que recuperar mi espada.

Los ojos de William se estrecharon mientras se concentraba en el sonido de su corazón, escuchando cualquier señal de duplicidad.

—Hemos sido aliados, Aoibhe. Pero las alianzas cambian. Si me traicionas, te mataré.

Aoibhe hizo una reverencia, desviando la mirada. —Entendido, mi señor.

William se acercó a la puerta y estaba a punto de atravesarla cuando ella lo llamó.

—¿Qué hay en la nota que le mostraste a Nick?

William consideró su pregunta por un momento antes de responder.

—El Romano escribió una nota con sus propias manos.

—Una nota no es suficiente para haber detenido a Niccolò.

—Él escribió—*Saludos, mi amado hijo, con quien estoy muy complacido*—. Los ojos grises de William brillaron. —El Romano es mi creador.

Sus ojos se agrandaron. —¿Verdaderamente?

—Sí.

Dio un paso atrás, su expresión temerosa. —¿Es verdad que el Romano ha pasado sus mil años? ¿Que escapó de la maldición?

—Había pasado sus mil años cuando me hizo.

—¿Cómo es eso posible? La maldición afectó a todos aquellos que habían pasado sus mil años, se toparon con la locura de inmediato.

—Nuestra existencia parece estar- plagada de excepciones.

Ella lo miró con nuevos ojos. —Tienes tanto poder. ¿Por qué no tomaste los principados de América?

William apretó los labios. —Olvidas mi edad. América no era deseable en ese momento.

—Podrías haber hecho de América lo que quisieras.

—Vine a Florencia en busca de belleza y esperanza.

—¿Belleza? Ella frunció el ceño. —Quizás no pareces lo suficientemente fuerte.

—Por el contrario, fui recompensado con ambos. Ahora debo salvarla. Se dirigió hacia la puerta.

Aoibhe alzó la voz. —No necesita salva a Florencia, mi príncipe. Florencia ya está salvada.

William salió al pasillo, sus pasos rápidos y seguros. Sí, había salvado la ciudad que amaba, pero al tratar de proteger a su mujer, la había puesto en grave peligro. Lo había hecho incluso cuando ella le rogó que se quedara con él, sabiendo que probablemente ambos morirían.

La mujer con los grandes ojos verdes y el alma enloquecedora y valiente.

Su maestro no había escuchado su oración para mantenerla a salvo. Estaba claro. Solo había un ser que podía ayudarlo a luchar contra la Curia con alguna esperanza de éxito.

Era hora de ver a su creador.

Era hora de visitar al Romano.

# FIN

## Agradecimientos

Tengo una deuda con la ciudad de Florencia, sus ciudadanos y la incomparable Galería de los Uffizi. Gracias por su hospitalidad e inspiración.

Utilicé una licencia poética para ubicar el trabajo de restauración de Raven en los Uffizi, ya que en realidad se realizaría en uno de los laboratorios operados por el Opificio.

La cita en el capítulo 9 está tomada de la famosa obra Don Quijote de Miguel de Cervantes. Otros textos a los que se hace referencia en esta novela incluyen El príncipe y El arte de la guerra, ambos de Niccolò Machiavelli, así como El arte de la guerra, escrito por Sun Tzu.

Estoy agradecido con Kris, quien leyó un borrador inicial y ofreció valiosas críticas constructivas. También estoy agradecido a Jennifer y a Nina por sus comentarios y apoyo.

He estado muy complacido de trabajar con Cindy Hwang, mi editora, y Erin Galloway y Kristine Swartz en Berkley. Gracias también al equipo de producción y diseño de Berkley. También me gustaría dar las gracias a Kim Scheffler y Cassie Hanjian, mi agente, por su orientación y consejo.

Mi publicista, Nina Bocci, trabaja incansablemente para promover mi escritura y ayudarme con las redes sociales, lo que me permite estar en contacto con los lectores. Me siento honrado de ser parte de su equipo.

Elena respondió pacientemente mis diversas preguntas, y por eso estoy agradecido.

También quiero agradecer a los muchos bloggers de libros que se han tomado el tiempo de leer y revisar mi trabajo.

Estoy agradecido con Erika, Deborah Harkness y Lauren por sus amables palabras sobre The Raven.

Gracias.

También quiero agradecer a las Musas, a Argyle Empire, a los lectores de todo el mundo que operan las cuentas de redes sociales de SRFans, y a los lectores que grabaron los podcasts de The Gabriel Series y The Florentine Series. Gracias por su continuo apoyo. Deseo recordar a Terry, quien fue un lector solidario y colaborador de Argyle Empire antes de fallecer. Ella es muy extrañada.

Tengo una deuda que nunca puedo pagarle a mis maestros, que me educaron y me guiaron y me pusieron en el camino de la curiosidad y el aprendizaje.

Finalmente, me gustaría agradecer a mis lectores y a mi familia por continuar este viaje conmigo. Estoy orgulloso de ser tu Virgil durante esta incursión en el Inframundo.

—SR

ASCENSION 2015



## Información de Redacción y Realización

La traducción de este libro es un proyecto de fans.

No es ni pretende ser o sustituir al original y no tiene ninguna relación con la editorial oficial. Ningún colaborador —traductor, corrector, recopilador— ha recibido retribución material por su trabajo. Ninguna persona es remunerada por estas producciones y se prohíbe estrictamente a todo usuario el uso de dichas producciones con fines lucrativos. Se anima a los lectores que quieran disfrutar de esta traducción a adquirir el libro original y confía basándose en experiencias anteriores, en que no se restarán ventas al autor, sino que aumentarán el disfrute de los lectores que hayan comprado el libro.

Se realiza estas traducciones porque determinados libros no salen en español y quieren incentivar a los lectores a leer libros que las editoriales no han publicado. Aun así impulsa a dichos lectores a adquirir los libros una vez que las editoriales los han publicado. En ningún momento se intenta entorpecer el trabajo de las editoriales, sino que el trabajo se realiza de fans a fans, pura y exclusivamente por amor a la lectura.

TRADUCIDO, CORREGIDO Y DISEÑADO POR...

D O M Y

